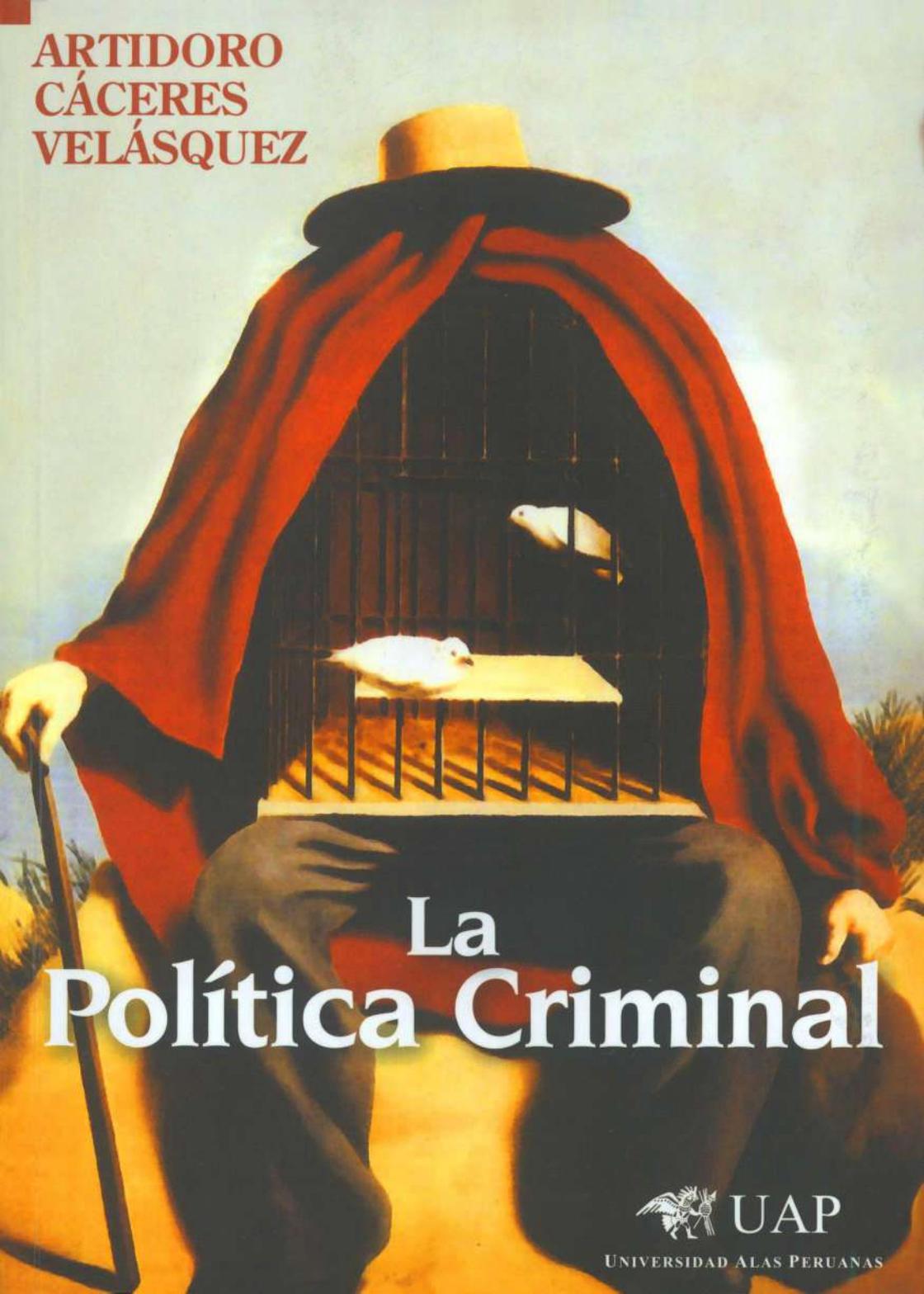


ARTIDORO
CÁCERES
VELÁSQUEZ



La
Política Criminal



UAP

UNIVERSIDAD ALAS PERUANAS



Dr. Artidoro Cáceres Velásquez

Decano de la Facultad de Ciencias de la Salud, y Director de la Escuela Académico Profesional de Psicología Humana de la Universidad Alas Peruanas, Presidente de la Asociación Peruana de Psicología Académica, Miembro Honorario de la Academia Peruana de Psicología y Miembro Fundador de la Sociedad Latinoamericana de Neuropsicología. Miembro Activo y Principal de varias instituciones nacionales e internacionales en el área de Medicina, Psicología, Neuropsicología y de la Sexología, es Miembro Honorario de la Academia Peruana de Psicología y Miembro Fundador de la Sociedad Latinoamericana de Neuropsicología.

Entre sus publicaciones destacan: *"Acusaciones y denuncias"*, *"Buscando el sendero"*, *"Manual de sexología"*, *"Tratado de patología del lenguaje"*, *"Tonterías que se dicen del sexo"*, *"La sexualidad en el Perú precolombino"*, *"Afasias"*, *"Audición y lenguaje"*, *"Neuropsicología de la sexualidad"*, *"La glándula pineal"*. *"Planificación familiar: de lo biológico a lo filosófico"*, *"Psicología de la criminalidad"* y *"Del Psicoanálisis al Neuroanálisis"*.

LA POLÍTICA CRIMINAL

fonda e

LA POLÍTICA CRIMINAL

ARTIDORO CÁCERES VELÁSQUEZ



UAP

UNIVERSIDAD ALAS PERUANAS

UN LIBRO
SIEMPRE ES
UNA BUENA
NOTICIA

FONDO EDITORIAL UAP

LA POLÍTICA CRIMINAL

© Artidoro Cáceres Velásquez

© UNIVERSIDAD ALAS PERUANAS

FONDO EDITORIAL

Calle Teruel 370, Miraflores

Teléfonos: (01) 628 6361 anexo 22

Website: <http://www.uap.edu.pe>

| e-mail: j_deza@uap.edu.pe |

Dirección de Arte y Concepción Gráfica:

BAZICO, *Imagen y Diseño*.

Grimaldo Del Solar 120. Miraflores.

Teléfono: 445 4342

Cuidado de Texto: Víctor Rojas

Impresión: Talleres Gráficos de la Universidad Alas Peruanas.

Hecho el Depósito Legal

en la Biblioteca Nacional del Perú: 2009-11244

ISBN: 9-789972-210860

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otro medio sin el permiso previo por escrito de los editores.

*Mi gratitud a Erika Janeth
por haberme dado la luz para
no maldecir la oscuridad*

*Mi reconocimiento a Gabriela
Vargas Ordinola por su calificada
interpretación de mis garabatos
manuscritos.*

Los orígenes de la política son más antiguos que la humanidad.

FRANS DE WAAL. La política de los chimpancés

Los dioses y los hombres conceden al injusto una mejor suerte que al justo.

PLATÓN. La república

*Lo único que se necesita para que el mal triunfe es
que los hombres buenos no hagan nada.*

EDMUND BURKE (1729 - 1797)

¡Juro por Dios y por la plata!

CONGRESISTA DE LA REPÚBLICA DEL PERÚ

...has de poner los ojos en quien eres, procurando conocerte a ti mismo, que es el más difícil conocimiento que puede imaginarse. Del conocerte saldrá el no hincharte como la rana que quiso igualarse con el buey...

—Señor —respondió Sancho—, bien veo que todo cuanto vuestra merced me ha dicho son cosas buenas, santas y provechosas, pero ¿de qué han de servir, si de ninguna me acuerdo?

MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA. Don Quijote de la Mancha

*I, desgraciadamente,
el dolor crece en el mundo a cada rato,
crece a treinta minutos por segundo, paso a paso,
y la naturaleza del dolor, es el dolor dos veces
y la condición del martirio, carnívora, voraz,
es el dolor dos veces
y la función de la yerba purísima, el dolor
dos veces
y el bien de sér, dolernos doblemente.*

*Jamás, hombres humanos,
hubo tanto dolor en el pecho, en la solapa, en la cartera,
en el vaso, en la carnicería, en la aritmética!
Jamás tanto cariño doloroso,
jamás tan cerca arremetió lo lejos,
jamás el fuego nunca
jugó mejor su rol de frío muerto!
Jamás, señor ministro de Salud, fue la salud
más mortal*

CÉSAR VALLEJO. "Los nueve monstruos" (Poemas humanos)

INTRODUCCIÓN	17
PRIMERA PARTE	
I. BITÁCORA 1	25
II. BITÁCORA 2	29
III. ANECDOTARIO Y COMENTARIOS	
Alfa: acusaciones y denuncias	31
Beta: nuevos comentarios	96
SEGUNDA PARTE	
IV. LA POLÍTICA	143
V. LA CRIMINALIDAD	149
VI. LA POLÍTICA CRIMINAL	151
VII. PSICOLITERATURA DE LA CRIMINALIDAD	155
TERCERA PARTE	
VIII. LA ETOLOGÍA Y LA POLÍTICA CRIMINAL	237
IX. LIDERAZGO. KUBERNESIS. KUBERNETES. CIBERNÉTICA	251
CUARTA PARTE	
X. LA AUTORIDAD Y EL PODER	257
XI. IDEARIO. IDEOLOGÍA. DOCTRINA	267
QUINTA PARTE	
XII. FACTORES DE LA POLÍTICA CRIMINAL	
1. LOS POLÍTICOS Y LOS GOBERNANTES	283
2. LOS ENFERMOS QUE GOBERNARON Y GOBIERNAN	289
3. PERFILES PSICOLÓGICOS Y PSICOPATOLÓGICOS	298
XIII. EL PUEBLO. LAS MASAS	
1. PSICOPATOLOGÍA DE LAS MASAS	305
2. DINÁMICA CARTESIANA DE LA POLÍTICA CRIMINAL	311
3. LAS RELIGIONES Y LA POLÍTICA CRIMINAL	315
4. LOS "PSICOSOCIALES". EL RUMOR, EL CHISME Y LA ESTADÍSTICA	321
5. LA CORRUPCIÓN Y LA TOLERANCIA	328
XIV. IDEOLOGÍAS, DOCTRINAS Y POLÍTICA CRIMINAL	335
EPÍLOGO	343
BIBLIOGRAFÍA	347

■ INTRODUCCIÓN

En un breve anecdotario curricular confesaré que en mis ya setenta y tantos años de vida, he visto, experimentado y sufrido hechos de naturaleza “política” que han llegado a asustarme primero, a espantarme después, y a aterrarme finalmente. Durante mi infancia familiar y escolar, en mis años de pubertad y adultez temprana, y, después, en mi adultez tardía y vejez, fui desarrollando poco a poco, ineluctablemente, mi rechazo a esas prácticas canallescas que diseñaban la conducta, el comportamiento y la mentalidad de personas que se hacían individuos y que, con un orgullo torpe y malsano, se autocalificaban y se hacían llamar “políticos”. El objetivo de tales individuos era tomar el poder por asalto; su meta –obsesiva, adictiva y delirante– era encumbrarse en los partidos políticos y llegar, montados en la cresta de la ola, al Municipio, al Congreso de la República o a cualquier órgano de gobierno, o, como validos tartufianos, acomodarse a la sombra de otros y ascender las escaleras, sin medida ni clemencia, atropellando, pisoteando, mintiendo, difamando, traicionando y hasta... “matando”. Gracias a esta gente, todos los hermosos discursos, todas las definiciones y todos los conceptos que a

lo largo de la historia se dijeron y escribieron sobre política –esa ciencia, arte, técnica y filosofía de gobernar a los pueblos que conocemos desde hace más de veinte siglos– fueron ensuciados, prostituidos e infectados con prácticas ilícitas, indignas y delincuenciales.

He visto desfilar de lejos y de cerca a personajes y monstruos extraídos de esas canteras. En el análisis de su vida personal y familiar, en el consultorio, en los partidos políticos, en los recintos burocráticos administrativos del estado, tomé contacto, cada vez más asqueado, con la forma como se actuaba “políticamente”. Inclusive, como asesor, o como integrante de grupos, experimenté sus mañas, sus metas, sus reptaciones, esas que los conducían a la cúspide del “poder político”. Por supuesto que en estos casi cincuenta años de actividad profesional y otros tantos de vida académica, he encontrado a nobles personalidades, idóneas hasta el martirologio, y que dieron muestra indiscutible de ser y parecer, de una indeclinable vocación de servicio, de honradez a toda prueba, de lealtad y fraternidad ejemplares. Pero son los menos, y cada vez más son especies en extinción. Entonces, haciendo una parada, con la angustiante sensación de que los años pasan y el plazo dado por la vida se acorta, tomé la decisión de escribir este libro. En él pretendo dejar constancia de mi enorme preocupación por el curso tortuoso y criminal de la “política” en nuestro país. Y así como la defensa nacional

no puede ser solo preocupación de los militares, ni la salud solamente preocupación de los médicos, menos aún la educación afán solo de los maestros, así creo, estoy seguro, que la “política” no puede ser solo interés de los “políticos”, y que la “política criminal” no puede ser materia de estudio únicamente de los abogados. Para mayor abundamiento diré que existe un concepto de tipo psicolingüístico que es pertinente utilizar aquí. Se trata de aquello que se conoce como “demencia semántica”. Es la utilización de términos, el empleo de frases y hasta de discursos del tipo de los utilizados en la *Rebelión en la granja*, de George Orwell, o en *Un mundo feliz*, de Aldous Huxley, y hasta en *Walden Dos*, de B. Skinner. Son expresiones con significados diferentes a los formales y establecidos por la Biblia lingüística que es el diccionario, son neologismos crípticos y hasta esquizoverbales que, cuando son escritas, resultan esquizográficas y jerganofasias, ininteligibles para el usuario o los usuarios de las mismas. Representan el caos, la anarquía verbal.

Pero sin ser tan laberínticos, estos ejemplos también tienen sus similares más o menos confusos y perturbadores, que muchas veces son el producto de la viveza ilícita de cleptómanos y mercachifleros. Eso pasa con el término *neurolingüística*, denominativo que algunos desinformadores, copiones, desocupados u ociosos se llevaron a otros ámbitos y lo transformaron en producto comercial de compra y venta

de ilusiones. Algo parecido ocurre con la expresión *política criminal*, que tanto en el campo del derecho como en el de la sociología, de la historia y de la psicología es empleada con ideas, intereses y prácticas diferentes.

Para unos, la *política criminal* es el conjunto de medidas “políticas” diseñadas para combatir el crimen: normas, reglamentos, leyes y medidas prácticas dirigidas a combatir los delitos y los delincuentes. Se habla por eso de *política criminal y seguridad pública*, de *política criminal y política penitenciaria*, considerando a mi juicio, confusamente, que es lo mismo “política criminal” que “política de la criminalidad”. Voy a explicarme: existen, sin duda, “política de deportes”, “política de tránsito”, “política de relaciones exteriores”, etc., etc., etc. Así también existe “psicología de la criminalidad”, “sociología de la criminalidad”, “antropología de la criminalidad”, “biología de la criminalidad”, etc., etc., etc. Pero una cosa es “psicología de la criminalidad” y otra muy diferente “psicología criminal”. Esta última es la utilización de los métodos, técnicas y procedimientos psicológicos para cometer delitos, para actuar con fines criminales. A eso apuntan, por ejemplo, los llamados en el Perú “psicosociales”, utilizados por algunos políticos para engañar, manipular o delinquir. En cambio, “psicología de la criminalidad” es, como lo he definido en mi libro titulado precisamente *Psicología de la criminalidad*, “el estudio, el análisis, la investigación de conductas, comportamientos,

mentalidades, lugares, factores intervinientes en un acto criminal voluntario e involuntario”.

Bajo esa perspectiva, creo que la política de la criminalidad debe ocuparse de todos los análisis, estudios y factores intervinientes en el desempeño político ilícito, mientras que la política criminal debiera ser el estudio, análisis, investigación y descripción de la política con fines criminales. Otro ejemplo: una cosa es hablar de política de salud y otra de medicina criminal. Esta última es el uso inmoral, anético y delincencial de los procedimientos médicos para enfermar, matar, intoxicar, alienar. Las leucotomías prefrontales practicadas a los disidentes políticos en países totalitarios es un ejemplo, entre muchos, de las prácticas de los menceles que hubieron, hay y seguramente habrán en el mundo. Lo mismo podríamos decir de la educación criminal, maniquea, arrebañadora, titiritera y enajenante de profesores, escuelas y educadores fundamentalistas y fanáticos de ideologías políticas y religiosas; o del ejercicio del derecho y de la magistratura puestos al servicio de la corrupción, de la prostitución y del engaño. Aclarado, creo, el asunto, entraremos en este laberinto delictivo de la política al servicio del crimen.

**PRIMERA
PARTE**

■ I. BITÁCORA 1

Alfa. “La mayor infamia de este mundo es que nadie quiere tomar sobre sí la miseria de los necesitados; los grandes de este mundo hacen lo que se les da la gana”.

Tomas Munzer (¿1489? - 1525). *De los anabaptistas*. Decapitado.
Teólogo alemán, fundador de la secta.

Beta. “Los amores de la multitud son breves e infaustos; juzga más por la fortuna que por la intención: llama virtud al delito útil, o infamia a la honestidad que le parece dañina; y para tener sus aplausos, conviene atemorizarla, o engordarla, o engañarla siempre”.

Ugo Foscolo (1778 - 1827). Poeta y novelista italiano.
Últimas cartas de Jacobo Ortis

Gamma. “La política es el arte de obtener la plata de los ricos y el voto de los pobres, bajo el pretexto de proteger a los unos y a los otros”.

Jules Michelet (1798 - 1874). Historiador francés.

Delta. “Si usted desea la simpatía de las masas, usted debe decirles las cosas más estúpidas y las más descarnadas”.

Hitler (1889 - 1945). *Mi Lucha*.

Épsilon. “La política es una guerra sin pérdida de sangre, y la guerra es una política sangrienta”.

Mao Tse Tung (1893 - 1976). *De la guerra prolongada*.

Zeta. “¿Cómo es que un hombre obeso consigue tantas mujeres?”, pregunta Mao Tse Tung a Henry Kissinger. “El poder, señor presidente, es el mejor afrodisíaco”, responde Kissinger.

Eta. “Si observan el modo de proceder de los hombres, verán que cuantos llegaron a tener grandes riquezas, o gran poder, se valieron para ello del fraude o de la violencia, y lo que por la fuerza o el engaño usurparon, para disfrazar la brutalidad de la conquista, con falsos títulos lo conservan”.

Nicolás Maquiavelo (1469 - 1527). *Historias florentinas*.

Theta. “Lo único que se necesita para que el mal triunfe es que los hombres buenos no hagan nada”.

Edmund Burke (1729 - 1797). Escritor irlandés.

Iota. “Nuestra época es el siglo de oro de la mentira política, y los políticos pueden sentirse legítimamente orgullosos.”

Jean Jacques Courtine. *Introductions à L'art du mensonge politique*.

(*El arte de la mentira política*).

Kappa. “Porque en esto radica el gran triunfo del soberano del poder: esclavizar la imaginación y los pensamientos de los hombres”.

Julio Soderini. *Maquiavelo: las técnicas del poder*.

Lambda. “Todo poder tiene su raíz en la usurpación”.

Francisco Velttori. Embajador de Florencia de los Médici ante la Santa Sede. Amigo de Nicolás Maquiavelo.

My. “Lo único que había aprendido era a hablar: sería político, la profesión ideal”.

Philipp Vandenberg. *César y Cleopatra*.

■ II. BITÁCORA 2

“...a los hombres hay que tratarlos bien o aplastarlos, porque ellos se vengan de las pequeñas ofensas, pero de las grandes no pueden vengarse. Por lo tanto, la ofensa que se les hace debe ser tan grande que no permita ninguna venganza”.

“Un hombre que quiere profesar de bueno en todos los aspectos, solo logrará su ruina entre tantos que no lo son. Por tanto, un príncipe, si quiere conservarse, debe aprender a poder ser no bueno, y valerse de ello o no, según la necesidad”.

“Los hombres olvidan más rápido la muerte del padre que la pérdida del patrimonio”.

“Deben saber ustedes, entonces, que hay dos modos de combatir: uno con las leyes, otro con la fuerza. El primero es propio del hombre, el segundo, de las bestias. Pero como el primero muchas veces no basta, conviene recurrir al segundo. Por lo tanto, a un príncipe le es necesario saber usar bien a la bestia y al hombre”.

“Procure, entonces, un príncipe vencer y conservar el Estado. Los medios que utilice siempre serán juzgados como honrosos y elogiados por

todos, porque el vulgo siempre se atiene a las apariencias y a lo que sucede, y en el mundo, no hay más que vulgo”.

“El odio se conquista tanto con las buenas obras como con las malas... Si un príncipe quiere preservar el Estado, a menudo está forzado a no ser bueno”.

Nicolás Maquiavelo. *El Príncipe*.

■ III. ANECDOTARIO Y COMENTARIOS

ALFA.

Acusaciones y denuncias

UNO. La *política criminal* se ha infiltrado en todas las instituciones. Así como existe la “política económica”, la “política deportiva”, la “política de salud”, etc., así mismo existe también la “política educativa”, y dentro de esta, la “política universitaria”. Por supuesto, existe también la “política penitenciaria” o “política carcelaria”.

Desde mis años de estudiante en la más vieja universidad de América, la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, experimenté y sufrí la *política criminal* universitaria. Los partidos políticos infiltrados y asaltadores de las asambleas universitarias, los dirigentes, politicastos y validos de los líderes y de los dirigentes politiqueros de moda, mendicantes y pordioseros, títeres y marionetas, mandaderos y testaferros de partidos políticos dominantes y de moda, proxenetas y manipuladores, se entrometieron y prostituyeron la esencia académica de la más importante universidad del país, y llegaron a la ignominia de transformar su médula académica en servil dependencia del terrorismo pseudorrevolucionario.

Cuando fui Director de Bienestar Social de la Universidad de San Marcos, sufrí en el vientre del monstruo los efectos de esta alienación. Desde los años cincuenta hasta los sesenta, vi con “mis propios ojos” la tragicomedia de la patología académica mientras estudiaba medicina. Después, sufrí

la purulencia como docente, desde Ayudante de la Práctica a Profesor Principal y miembro de la Asamblea Universitaria. Incluso arrastré los síntomas en mi enseñanza de postgrado. Cuando en la Facultad de Psicología me invitaron a dictar un curso de postgrado en maestría de Psicología Clínica, unas alumnas del curso de Sexología, venidas de las universidades Católica y Femenina, cuestionaron mis enseñanzas por “demasiado liberales” y “muy crudas” y lograron que el minúsculo responsable y pseudoliberal decano decidiera clausurar la asignatura con el infeliz argumento, que tanto daño hace al desarrollo de la ciencia, de que “vox populi es vox dei”. La *política criminal* de la ideología religiosa, en este caso católica, no soportaba que se afirmara que el Génesis no tenía nada que ver en la sexualidad humana, que Adán no podía ser el producto de un pedazo de barro con un soplo divino, que la masturbación no estaba condenada en la Biblia y que la mujer no había salido de la costilla de Adán ni tenía que parir con dolor. ¡La estupidez triunfó!

Casi veinte años después, en la Escuela de Postgrado de la Facultad de Derecho, en la Maestría de Derecho Penal, volvió a triunfar el mecanismo alienante de la política universitaria criminal. El Director de la Escuela de Postgrado de esa Facultad y el Secretario Académico me pidieron con mucha generosidad que dictara el curso de Política Criminal. Tenía varios antecedentes para aceptar: había dictado esta materia en varias universidades del país, había participado en varias contiendas eleccionarias –tanto municipales como generales, incluyendo presidenciales–, había sido asesor en el Congreso de la República, jefe de campaña de candidatos, Secretario Nacional de Ideología y Doctrina de UNIÓN POR EL PERÚ (UPP), candidato, consejero, asesor y víctima. Preparaba este libro y me sentí capaz de dictar una cátedra sobre *política criminal*. Acepté.

El primer día de clase con maestristas en Derecho Penal, me encontré con un ausentismo protestatario. De los veintiséis alumnos matriculados, habían asistido solo cuatro –entre ellos la delegada–, que me hicieron saber que no podían aceptar que un médico neuropsiquiatra, neuropsicólogo, sexólogo, dictara este curso porque “¡solo podía dictarlo un docente abogado y penalista!”. La *política criminal* se había infiltrado y la discriminación, el prejuicio y la estupidez habían invadido el lóbulo frontal de abogados y magistrados matriculados en esa maestría. Se me informó, confidencialmente, que dos profesores y un alumno interesados en asaltar el poder habían manipulado a la mayoría para convencerlos de apoyar esta exigencia. Por dignidad, amistad y gratitud con el director y con el coordinador, desistí de este dictado antes de que me echaran, lo que en realidad ocurrió.

¿Por qué –me pregunté– un profesor con más de cincuenta años de experiencia académica y hurgando en las conductas, los comportamientos y las mentes de los políticos no podía dictar un curso de Política Criminal? ¿De dónde surge el prejuicio, el interés o la estupidez de creer que “solo un abogado penalista” puede hablar y dictar una cátedra sobre esta materia? Recordé que los más grandes políticos y acusadores de la *política criminal* norteamericana eran Noam Chomsky y Michael Cooper, el primero lingüista y el otro cineasta. Recordé que en nuestro país los “politólogos” eran periodistas, médicos, sociólogos, antropólogos y hasta filósofos, entre otros. Recordé que la Facultad de Derecho de la Universidad de San Marcos se llama también de Ciencia Política, y que, según este nombre, podía hacer cátedra de política, incluyendo a la criminal, un matemático puro, ya que se afirmaba, erróneamente creo, que la política es ciencia. Y me pregunté qué habían hecho los abogados

para diagnosticar y tratar la asfixia, la corrupción y la purulencia de la *política criminal* en el Perú, incluyendo al Poder Judicial y al Ministerio Público. Como contrapartida, si un médico no puede hacer cátedra sobre *política criminal*, ¿podía un abogado en derecho penal enseñar sobre medicina criminal? Veamos: ¿puede un abogado enseñar sobre el consumo de drogas en el Perú? ¿Puede hacerlo sobre realidades tan criminales como el proxenetismo y la prostitución, sobre aborto criminal, sobre violaciones, sobre perversiones sexuales, sobre tuberculosis y desnutrición, sobre pobreza y contaminación ambiental, sobre hacinamiento y bacilo de Koch, sobre donación de órganos, sobre venta de cadáveres, sobre la píldora de día siguiente, sobre fertilidad in vitro y alquiler de útero, sobre eutanasia y suicidio asistido, sobre transfusiones de sangre –prohibición fundamentalista y criminal de algunos grupos evangélicos sobre esta medida terapéutica–, sobre el derecho de los hijos producto de espermatozoides de banco para conocer a sus padres donantes, sobre contaminación ambiental y sobre contagio de SIDA por transfusiones sanguíneas? ¿Puede un abogado penalista dictar cátedra sobre la venta de fármacos adulterados, expirados y dañinos para la salud, o sobre la venta de órganos, sobre control de la natalidad o sobre suicidios, homosexualidad, transexualidad y perversiones sexuales? ¿Por qué diablos, entonces, no puede un médico neuropsicólogo enseñar sobre *política criminal* a estudiantes de una maestría en derecho penal, en la universidad más antigua de América y a la que dedicó más de 30 años de su vida enseñando el análisis, la investigación, el diagnóstico y las medidas terapéuticas de esta catástrofe purulenta y putrefacta que se llama *política criminal* en el Perú? Simple y llanamente porque la infección había llegado a la academia universitaria, prostituida desde hace años y enferma de mitos, prejuicios y alienación.

La política en el Perú, inclusive la política educativa y hasta universitaria, camina hacia la criminalidad. Colegios, institutos y universidades al servicio de la huachafaría, del mercantilismo, del nepotismo, de la mercachiflería y del burdo y subalterno comercio se extienden y crecen en el territorio nacional. Claro que aún existen centros educativos idóneos, pero van quedando ya como honrosas excepciones.

Lo grave es que la mentalidad de los usuarios va contagiándose y sucumbiendo a esta tarea. La *política criminal* en el Perú es una realidad apocalíptica. Lo dijo César Vallejo en su poema “Los nueve monstruos”: “...el dolor crece a treinta minutos por segundo...”.

Veamos otros ejemplos más recientes: compra de ambulancias y patrulleros en operaciones fraudulentas y corruptas, contratos de personal “fantasma” en el Congreso y en el Tribunal Constitucional (un presidente que atornilló a su amante y madre de su hijo extraconyugal), venta y compra de medicamentos adulterados, nepotismo y burocracia mediocre, construcción de estadios de iglesias con el dinero del erario mientras niños, adultos y ancianos se hunden en la pobreza y en la enfermedad; oposición a la planificación familiar; educación alienante, troglodita, mítica, prejuiciosa, engañosa y falaz, con la complacencia de gobernantes y biotraficantes; policía, poder judicial, colegios profesionales, periodistas, iglesias y sectas manipuladoras, enajenantes, corruptas y excrementicias. ¿Para qué más? La política ha viajado en nuestro país de la educación a la hipocresía, de la verdad a la mentira, de la lealtad a la traición, de las promesas al incumplimiento y a la amnesia, del altruismo al egoísmo, de la honradez a la deshonestidad, del bien común a la corrupción, del gobierno a la anomia, de la beneficencia a la *política criminal*.

DOS. Un día de los últimos del mes de abril de los años sesenta, acudió a mi consultorio una madre atormentada con su hijo de 8 años que tenía serias dificultades para “hablar, leer, escribir y aprender” en el colegio. La evaluación neuropsicológica encontró signos evidentes de un retardo lingüístico en las áreas verbales y gráficas, del tipo que en la época llamábamos dislalias, dislexias y disgrafías. Sometido a tratamiento, el niño salió adelante y terminó secundaria. Nos volvimos a encontrar cuando el niño creció y alcanzó los veinte años. Su problema ahora era otro: desconfiaba de su orientación sexual y tenía dificultades para la erección. Llegaba tarde a las consultas, postergaba citas, no cumplía indicaciones, pero era un exitoso empresario en negocios de importación y distribución de productos traídos de China, negocio que heredó de su padrastro, que había fallecido en forma repentina. Estaba construyendo una mansión en Santa Anita, tenía camioneta y auto. Venía para “fortalecer su autoestima y darle seguridad para conseguir pareja femenina”. Volvió a desaparecer después de dos consultas y no logró resolver el enigma de su orientación sexual. Regresó cuando tenía veinticinco años, para consultas quincenales, como le advertí. Aceptó una evaluación sexológica que determinó en él una gran inclinación a la homosexualidad. Así se le informó. Dio un enorme respiro y derramó lágrimas de alivio. “Era lo que sospechaba”, dijo, y aceptó seguir ese sendero. Volvió a desaparecer hasta el año dos mil tres, con treinta y tres años de edad y una envidiable solvencia económica. Poseía auto BMW, Volvo y Mercedes Benz, camioneta con lunas polarizadas, casa en La Molina, guardaespaldas... y pertenecía a un grupo político del que era secretario de economía. Necesitaba consejo psicopolítico y orientación “ideológica”, pero su fidelidad retaceada y al crédito volvió a traicionarlo. Después de esa consulta, desapareció. Lo volví a encontrar en el écran de

la televisión. Su candidato, ya ganador, había logrado que lo nombrasen Viceministro de Trabajo.

No había pasado del quinto año de secundaria y era altísimo directivo del Estado. Volví para preguntarnos si tendría condiciones para estudiar Derecho en una universidad privada. No vimos ninguna dificultad para que lo haga. Nos confió que el Presidente de la República le había ofrecido varias alternativas de trabajo y algunos ministros y congresistas de su bancada lo instaban a ocupar el Ministerio de Trabajo o una embajada en algún país de Latinoamérica o en España. Acostumbrados a escuchar referencias contrafácticas de política discapacitada, no nos sorprendimos, sin dejar de opinar en extroversión y en introversión. Tres años después nos encontramos en la calle, y lo sentimos triste, decepcionado, frustrado y resentido. “Me explotaron, doctor. Me sacaron más de un millón de dólares, vendí mis propiedades, me sacaron del Ministerio, me difamaron y ahora tengo deudas por más de otro millón. Me abandonaron y ahora aborrezco la política. Felizmente, en medio de esta catástrofe, conservo mi trabajo, he reiniciado mis estudios de Derecho... y tengo una pareja gay”.

TRES. “Yo acuso... yo denuncio”. En 1999, decidí escribir un libro que publicó la Editorial San Marcos con el título de *Acusaciones y denuncias*. En él digo, en el prólogo, lo siguiente: “Este es un libro que bien podría tener en su carátula las expresiones siguientes: “¡Yo acuso... yo denuncio!”. En realidad es el producto de vinagres y de mieles existenciales. Más de seis décadas vividas tienen que dejar algo en el tintero, del que ya es hora de sacar el contenido. Hubiera querido hacerlo desde una plaza pública, desde un balcón, desde una silla parlamentaria y, a lo mejor, hasta desde un púlpito. La cátedra universitaria no es suficiente, y los medios de comunicación no

siempre sirven para la declaración orgánica y, a veces, ni siquiera tisular. Queda entonces el libro, con la esperanza de que sea primero publicado y después leído. Claro, el metabolismo es personal y pertenece a cada lector. Algunos se reirán, otros se lamentarán, habrá alguno que protestará y, a lo mejor, varios que se identificarán con él. En un país con abundantes perros del hortelano, con egoístas narcisos y ególatras, con personajes en cuyos labios aparece la expresión: “Mi respuesta es no. Dime cuál es tu pregunta”, con una horda creciente de psicópatas que asaltan los poderes y se clavan, sacándose la cabeza para que nadie pueda después extirparlos; con gente así, digo, tiene que haber más de una víctima que reconozca, en las páginas de este pequeño libro, algún momento de su propia existencia. Acusaciones y denuncias son conductas verbales o gráficas catárticas, y en alguna forma pueden hacer de pócimas o vacunas preventivas para que los abusadores epidérmicos entiendan, aunque tarde y con vaselina, que no todo quedará impune, y que, a la larga o a la corta, el dardo los alcanzará, aunque en ese momento la costra, la caparazón o la amnesia de la sanción formal y convencional los salve de ver lastimados en lo más mínimo su desparpajo y su cinismo.

En la primera parte de este libro está la sección Acusaciones. El contenido de las secciones es, creo, estrictamente de *política criminal*, la misma que viví en diferentes instituciones, lugares y con diversos personajes. Pienso que es útil que vuelva a presentar estas “acusaciones”, puesto que el libro se ha agotado y la pus persiste. En la segunda parte, Denuncias, están algunos artículos que escribí para revistas y periódicos (básicamente el diario oficial *El Peruano*) en relación con acontecimientos de *política criminal* en el Perú. Creo que volver a presentar estas opiniones, frente a persistentes demostraciones de política delincencial y de signos y

síntomas que demuestran tanta endemia de la enfermedad, puede ser útil para el diagnóstico, el tratamiento y la prevención, siempre que sean actos racionales, reflexivos, mnésicos y anticonformistas. A continuación tales opiniones.

A. MICRÓFONOS Y CÁMARAS

La década de los sesenta del siglo pasado en el Perú vio el ascenso y jubilación de muchos militares. Los medios de comunicación del siglo pasado cambiaron de directivos; no sé si de dueños. El asunto es que tanto en periódicos y revistas, como en emisoras de radio y televisión, se encontraba uno, en oficinas y pasadizos, con gente uniformada. También estaba “la civil”, formada por dejados o acomodados que deambulaban, unos rajando de los gobernantes coyunturales y otros saludándolos, abrazándolos y adulándolos sin ningún pudor, en oficinas y, sobre todo, en reuniones públicas y entrevistas personales. Cara a cara se encontraron la indignidad del soboneo y la miseria de la hipocresía. Lo de siempre.

Por aquel entonces, un amigo y compañero de viaje en la televisión, mi apreciado y recordado Iván, había sido encargado de la gerencia de una emisora, muy cerca a un canal de televisión que se había incorporado a lo que se llamó en ese entonces Telecentro. Una mañana y en un café próximo, con un ambiente comparable (aunque de lejos) con el bar Zela de la Plaza San Martín, mi amigo Iván me sacó la aceptación para producir y conducir un programa radial en “su” emisora. Juntos encontramos el nombre: *Dialoguemos*. Saldría los sábados de 10 a 11 de la mañana, y tendría como contenido temas familiares y sexológicos. Mi amigo abrió

los ojos y con una contundencia de dueño me dijo: “Este sábado, doctor; impajaritadamente”. Así fue efectivamente el primer y segundo sábado. Increíble pero cierto. En aquel entonces no se acostumbraba conversar “al aire” a través de una línea telefónica; eso fue una novedad. El éxito fue, llana y sencillamente, apabullante. La gente preguntaba, opinaba y proponía. Un médico propuso: “Hable usted de la masturbación, doctor”. Y un joven pidió que se le informe “si el uso del preservativo hace daño”. Al final del segundo programa, prometí analizar los temas propuestos el siguiente sábado, ocho días después, durante el tercer *Dialoguemos*. Llegada esa mañana, aparecí en la emisora a las 9:30 a. m. Mi amigo Iván me recibió en su oficina; estaba apurando la pócima milagrosa que, según él, mantenía la frescura y virilidad de su voz: un vaso de cerveza con tres huevos de gallina, crudos y sin batir. Años después me enteré que aumentó su dosis de cerveza tanto como la de los huevos (¡la magia de los huevos, mi querido Iván!). Amablemente, me pidió que tuviera “cuidado” con los temas propuestos: “La señora dueña de la emisora me ha pedido, doctorcito, que no toque usted nada sexual; pero yo le he asegurado que usted sabrá hacerlo, ¿verdad?”. Con tal gentil recomendación de mi invitante anfitrión y corresponsable de *Dialoguemos*, ingresé a la cabina y me puse, les aseguro, frenos, guantes y riendas para hablar. Dije que preservativo o profiláctico no eran un término adecuado porque decía muchas cosas sin decir lo esencial, y que apuntaba casi siempre a enfermedad, a pus, a llaga. Me atreví a decir que mejor era denominarlo como suena el apellido de su inventor: ¡Condón!, y... “un paréntesis y regresamos para recibir sus llamadas telefónicas”. De repente apareció en la puerta mi amigo Iván, desencajado, triste y apesadumbrado. La señora, la dueña, la gerente general de la emisora había llamado para decir: “Detengan esa cochinidad. Cómo se atreve a decir tremendas groserías en mi emisora. Ese doctorcito

no entra más, es mi orden”. ¡Y chao!, patapúfete, ama y señora, guardiana de la sabiduría, de la moral y de la estupidez. Yo había dicho “condón”. No tuve ninguna posibilidad de hablar de masturbación. Supongo que si lo hubiera hecho terminaba en El Frontón o, por lo menos, en un juzgado penal. Mi pobre amigo Iván me despidió en la puerta y, dicho y hecho, nunca más entré a Radio P..., por higiene mental mía. Veinticinco años después, esa emisora comenzó a hacer publicidad, varias veces al día, de una marca conocida, aunque mala, de preservativos, perdón, de condones. Y así recomiendan sus anunciadores: “use condones P”, reiteradamente. Pero eso no es todo, qué va. No fue por puro gusto que mencioné a la televisión. Sobre ella y sus mezquindades podría escribir varios libros. Cuando retornó a su feudo el gran pontífice del canal, vecino de esa emisora, ese hombrón de voz semiatiplada, grandulón a lo súperman (o más bien a lo supercholo), nos convocó a su oficina, un día, a César Miró y a mí, para “informarnos” de lo que teníamos que hacer al haberse “expulsado” a “los mierdas de los militares”. Teníamos que dejar, dijo, “esos programas cojudos que, según ustedes, son culturales, porque en este canal hay que vender y hay que hacer que la gente se desahueve riéndose, como hace Ferrando; así que hagan que los cholos se diviertan y sobre todo que hagan compras”. César sonrió. Yo pregunté qué programas culturales van a quedar. La respuesta fue digna de algunos de mis entrevistados penitenciarios cuando fui médico de la Sanidad de Policía: “Ninguno, carajo; yo me cago en la cultura”.

Más de veinte años después, un canal “de la cultura oficial” me atravesó otra flecha envenenada por el *curare* de la estupidez. “Su programa es elitista”, me increpó aquel doctorcito, abogado petimetre y presidente del directorio. “Haga algo para el pueblo; de esos “toc chous” que están de

moda, y deje de hablar de Vallejo y de Arguedas, que aburre a la gente y a nadie interesa tanto. Además, don Artidoro, vamos a privatizar este canal y hay que ponerlo vendible, pues, doctorcito; el Ministro está interesado. Ya después, cuando estemos en cable, hará usted programas culturales. Ah... otra cosa, la doctora M. A. no lo quiere nada, y como ella integra el directorio me ha pedido que saque su programa... ¡y a usted!”.

Esa era la gente del Ministro de la Cultura, así de simple y de necrótico. Y entonces: “¡Más valdría en verdad que se lo coman todo y acabemos!” (C. Vallejo). Menos mal que este petimetre salió después. Era un simple valido, o a lo mejor un testaferro; uno de esos tinterillos de la política que nadan bajo el agua, sacando de vez en cuando la cabeza del pantano para tomar aire, de esos cuya catadura física y mental no les da para más. Y la dama, psicóloga ella, al parecer no tuvo ni la menor gratitud por los conocimientos que adquirió cuando recibió mis clases en la universidad donde estudió.

B.J.J.

Años setenta en Lima, la “Gran Capital” del Perú. Desde hacía poco, los médicos que ingresaban a trabajar en la entonces llamada Sanidad de Policía podían alcanzar el altísimo grado de General. Mi padre fue médico de esa institución, Jefe de Departamento, otorrinolaringólogo, viejo servidor y maestro. Me convenció de que para mi “futuro” era mejor ingresar a esa “su” Sanidad. Lo pensé mucho, tal vez demasiado, porque en el otro sendero estaba Santo Toribio de Mogrovejo, viejo hospital neurológico, sede de cátedra universitaria y del que salí para llegar a París.

Con la neurología y la enseñanza estaba, además, la política. El Maestro, don Óscar, era un tigre, y llegaría a ser Ministro de Estado varias veces, Senador, Presidente del Senado y Embajador. Cualquier cosa, ¿verdad? Sin embargo, estaba el padre natural, la cercanía hospitalaria, mi reciente matrimonio y, por supuesto, mis necesidades económicas. Naturalmente, también el poder del uniforme y de los “ascensos”. Y me quedé entre uniformados.

Por el viaje y mi postgrado en Francia y Europa, por mi subespecialidad: la neuropsicología y la patología del lenguaje, por suerte, o tal vez por mi inteligencia o mi testarudez, logré lo que se llama predicamento y ambiente. Tenía en ese entonces tal nivel, que los medios de comunicación se disputaban mis declaraciones, no sobre medicina sino sobre cualquier otra cosa, a tal extremo que uno de esos gurúes periodistas con extensión de basural y profundidad de pulgada, que hacía y deshacía bailarinas, un tal Guido Eme, se atrevió a llamarme en su columna de periodicucho como el “factótum de los medios”. Ya ese individuo murió y no debo hablar más de él. Pero es que me hice o, mejor aún, me hicieron “hombre público”.

Mi padre había trabajado en la Sanidad Policial con un señor de la medicina que tenía un hijo, también médico e igualmente otorrino, a quien le encargó soportarlo. Petulante, señorito satisfecho, creído, arrogante, en una palabra, sobrado. Se dice con frecuencia que los atletas tienen hijos cojos, o los bailarines, creo. Muerto mi padre, este individuo se la agarró conmigo. El asunto es que tenía mucho mayor grado en galones que yo, y llegó a general. Lamentablemente, esto ocurrió cuando mis padrinos del gobierno se iban a casita y cuando, como dije, mi padre ya no estaba. El “hermano hipocrático” se “sentó” en el código deontológico, y un día me

lo quiso demostrar. Me mandó llamar y, rodeado de unos felpudines, en su mansión imperial de la Dirección General, en la avenida Arequipa, en Miraflores, me dijo más o menos lo siguiente: “Comandante, acaba usted de ascender y lo he llamado para ordenarle varias cosas. Primero, usted y sus colaboradores, de inmediato, se cortan el pelo como policías. Tienen ocho horas de plazo para hacerlo o yo personalmente los meto a la peluquería. Segundo, está usted prohibido, ¿me oyó?, prohibido de dar declaraciones a los periodistas, o de salir en televisión por cualquiera motivo. Tercero, usará mandil blanco y uniforme cada vez que esté en ambiente hospitalario. Cuarto, está usted prohibido de hablar con jefes de la Policía o de las Fuerzas Armadas sin mi consentimiento. Por último, ¡le prohíbo tener conversaciones con políticos sin mi consentimiento, cualquiera sea el asunto, y en especial sobre temas de la Institución! ¡Y retírese de inmediato, que tengo mucho que hacer!”. Como yo, hasta ese momento, todavía lo consideraba amigo fraterno, y todo aquello me parecía una farsa, le pregunté: “Señor general, ¿necesito también de autorización para defecar?”. Esta impertinente y fatal pregunta me valió cinco días de “castigo de rigor”, que tuve que cumplirlos encerrado en un cuarto de hospital, resguardado por mis amigos, colegas, jefes, algunos de los cuales venían a verme, a lamentarse, a contarme sus cuitas y a sugerirme que me retirase de la Institución. Uno de esos amigos, César, que llegó a ser general y a dirigir la Institución, fue más directo: “Tú –me dijo– no puedes quedarte con estas mierdas, Artidoro. Tu futuro está en otro sitio”. Y salí, renuncié, me largué, porque, además, mi hijo Arti me contestó, cuando le pedí un consejo: “¿Qué te interesa ser más, papito, médico o policía?”. Contundente, ¿verdad? Un día, J.J., el apache, el patán, el envidioso, el mandamás, el ingrato, el creído, el abusivo dictador, el traidor, pasó por la puerta de mi casa, pero en ataúd. Este infeliz,

petulante, vanidoso y desleal se ganó más enemigos que Hitler, Atila y Rasputín juntos. Destrozó la Sanidad, y sus humos de incendio aún hoy se pueden sentir. Jamás comprendió que para tratar niños y consumidores de drogas no se necesitaba uniforme, mandil o pelo rapado. No sabía, el pobre, que “patología del lenguaje” no era necropsia o disección de cadáveres, y que la “neuropsicología” existía en el mundo desde hacía más de un siglo. Con otro energúmeno de su calaña, aunque dizque más académico y también con el grado de general –“neuropsiquiatra” se hacía llamar–, tramaron demostrar a los altos jefes del Ministerio del Interior que no era pertinente crear el Instituto de Neuropsicología y Patología del Lenguaje, que organicé, fundé y dirigí, muy a pesar de estos carroñeros necrofílicos. Pero todo floreció, lamentablemente, por corto tiempo, pues al irme comenzó la debacle en la que terminó ese centro que fue el primero en Latinoamérica. Pero todo terminó también para esos individuos a los que hoy recuerdo con comprensión profiláctica y sobre los que escribo para recuerdo, epitafio y exhumación cadavérica, por supuesto. Ah, olvidaba decir que el incalificable J.J. tenía en su grupo pituquero una amiga de la “alta sociedad”: G.W., fumadora de cigarros negros, de los que consumía dos cajetillas promedio por día. Mal hablada y grosera, era de esas mujerzuelas con enorme poder económico que se creen dueñas del mundo; borrachina con boca de cloaca, era también dueña de un centro privado para niños con sordomudez. A la infeliz todopoderosa se le vino el mundo encima cuando se enteró que iba a crearse un instituto público, oficial, de atención gratuita, dirigido por un especialista llegado de Europa. No podía soportarlo, y menos cuando supo que este recién llegado no se sometería a sus caprichos de niñita ricachona, dipsómana y coprolática. Acudió entonces a su amiguísimo general, quien era además el que examinaba a sus niñitos sordos en su consultorio particular. Y juntos

tramaron el plan para tumbar la torre que se construía. El uniformado general de Sanidad Policial al servicio de la Nación ni siquiera, creo, se dio de cuenta que debía muchas cosas a los uniformados militares que tenían o habían tenido el poder. La pituca ahorada agregaba a su furor uterino la rabia contra unos gobernantes que controlaban bancos y quitaban feudos y propiedades a señorones que hasta ese entonces se habían considerado intocables. Y a pesar de que decía tener “amigos” en el gobierno y que su testafarro preferida era esposa de un comandantillo del ejército, fue nombrada “directora” de su centro, cuando la pobre ignorante, estoy seguro, en su vida había visto un sordomudo, y digo “visto” y no “oído”, porque el primer día de su nombramiento “exigió” que, para el rendimiento de la institución, se atendiera un mínimo de 5 pacientes por hora, y estableció que ella era la que determinaba qué niño ingresaba a ese centro y quién no. Esta pobre mujer, ignorante y arribista, se coló por entre las rendijas del ejército en esa etapa de cambio para el Perú, en aquellos años en los que lo que parecía duradero e inamovible se resquebrajaba hasta el derrumbe. Y con el sucesor del que condujo al “gobierno revolucionario”, ese que creyó y afirmó que “el patrón no comería más con la desgracia del pobre”, esa nueva “experta” en niños sordos, graduada por generación espontánea, llegó hasta el Ministerio de Educación y fue nombrada Directora de Educación Especial en el Perú. ¡No faltaba más! ¡Habrased visto!

C. VICERRECTOR

Años ochenta. Años horribles, trágicos, lamentables, desgraciados, de culto a la muerte. Los días de esas semanas, de esos meses, de esos años, parecían “los heraldos negros que nos manda la muerte”. Y los peruanos

sufríamos, los peruanos fugaban del país, los peruanos morían. Yo, como casi todos los compatriotas que nos quedamos, tengo heridas que hasta hoy sangran como consecuencia de esos horrorosos años ochenta, y más particularmente, a partir de 1985, y aún sigo confirmando la estupidez humana. En octubre de 1998, más de diez años después, me encontré, en el Colegio Médico del Perú, con dos connotados médicos apristas que ocuparon durante este infausto período notorias e importantísimas responsabilidades, uno en el Instituto Peruano de Seguridad Social, y el otro, en el Ministerio del Interior. Con una amnesia increíble, con una arrogante desfachatez, con torpe cinismo, con injustificable desvergüenza, o todo junto a la vez, intentaban convencerme de que ese fue “el mejor gobierno que tuvo el país” y que fracasó “exclusivamente por el poder de los banqueros, que se opusieron a la reforma bancaria”. Un médico dedicado casi cuarenta años a la neuropsiquiatría no podía tolerar tal delirio, tal amnesia o tal alucinación, en gente que aunque no mostraba signos de psicosis, sí evidenciaba los del fanatismo. ¿Cómo se puede ser tan atrozmente sectario para no reconocer que a los gobernantes de esos infaustos años se les fue de las manos, o dejaron escapar, la gran oportunidad de sus vidas para hacer algo por este sufrido país? Pero eso, lamentablemente, no ocurre con políticos de esta secta. He comprobado con frecuencia, en más de un conocido, que cuando alguien sube al poder político se olvida de sus amigos, de sus promesas, de sus peroratas, y “si te he visto no me acuerdo”; primero son sus bolsillos, después los de sus ayayeros, y finalmente los bolsillos de los que están o estarán más cerca de él. El resultado es que una vez desmontados del burro del poder, esos enanos mentales quedan no solo amnésicos sino inconscientes de sus fechorías y en la mera calle de la gratitud general. Conozco la tragicomedia de un amigo que, por ser francófono y casado con francesa, como lo era la madre

de mis hijos, atravesó el túnel del poder, y de ser un periodistucho en el diario *Correo*, creo, recogedatos (el término “datero” lo ennoblecería), pasó a ser asesor presidencial, jefe de todo el sistema de información del gobierno, y después aceptó, orondo y “conchudo”, ocupar la Embajada del Perú en Francia. Increíble, “digno de Ripley”, meritoria revolución de los idiotas. Ya habrá otra ocasión para contar o narrar otras experiencias de esta etapa, siempre, claro está, para recuerdo profiláctico, porque la mayoría de peruanos sufre por lo menos de una variante del síndrome neuropsicológico de Korsakow: amnesia y confabulación. Por aquellos años nefandos, con incontables peruanos indignos, me tocó ocupar el cargo de Director de la Oficina de Bienestar Universitario y Asuntos Estudiantiles en la vieja casona universitaria sanmarquina. Debo decir aquí que tal nombramiento se produjo por elección de Asamblea General, por si acaso. Era Rector entonces un viejo profesor de bioquímica, conocido en la aristocracia limeña y tacneña; bonachón, con frecuencia simplón, pero soportable, con aguante de *abuelitud* y componedor de fórmulas en ese mare mágnum de disputas y horas infinitas de palabreo y protagonismo parroquial y provincianismo mezquino. Ahora comprendo que la frase “caos premeditado”, del entonces presidente de CONCYTEC (uno de los pocos peruanos con autoridad y poder en ese nocturno período de gobierno), podría aplicarse con certeza a la situación sanmarquina y universitaria en general. Uno de los vicerrectores era filósofo, profesor de psicología y brote cultural de una importante familia peruana, o mejor aún, limeña, que ostentaba preesas de poder multifacético; el otro era lingüística, quechuólogo, izquierdizado. Así pues, en la cúpula del poder académico sanmarquino estaban un rector bonachón, bioquímico y conservador, y a sus flancos, un filósofo semiaristocrático y un lingüista semiandino e izquierdizado. Mi cargo dependía predominantemente del

lingüista. ¡Gran berenjena! Debía controlar, sostener, manejar y limpiar un estadio gigantesco, sin deportistas, que durante el día eran un terral y durante la noche un burdel clandestino; comedores a los que asistían centenares de personas, entre los que nadaban, semiasfisiados, los verdaderos estudiantes universitarios tratando de obtener un “menú” cuyo precio era menor que el de la impresión del boleto de ingreso al local del jirón Cangallo, foco subversivo y caballito de pelea “por la alimentación del pueblo”; viviendas universitarias sobrepobladas, con capacidad para uno y con población de diez, nueve de los cuales ya no eran estudiantes universitarios, o nunca lo fueron, o lo que es peor, nadie, absolutamente nadie, sabía quiénes eran y a qué se dedicaban; un centro médico asistencial en el que “gobernaban” asistentes sociales, “compañeras revolucionarias” que catalizaban las protestas y pedidos de los alumnos, mientras llevaban “frazadas y medicamentos” a los “pobrecitos estudiantes inocentes” presos en Lurigancho y en el Frontón, acusados de terrorismo, a los que también les conseguían “abogados democráticos”, profesores sanmarquinos de reconocida filiación política de izquierda y que visitaban, con frecuencia y devoción increíbles, tanto las prisiones como la dirección universitaria bajo mi cargo, pero sobre todo al señor rector y, fundamentalmente, al “vicerrector administrativo”, que tenía como asesora a una “sacrificada arqueóloga-antropóloga”, “compañera” en el intento de “administrar” San Marcos. En ese laberinto tenía yo que moverme. El presidente de la Federación Universitaria de San Marcos (FUSM) era un estudiante de economía, o administración creo, a quien encontré años después en Huánuco asesorando a una conocida empresaria y alcaldesa de esa ciudad. Como todos los dirigentes estudiantiles de esa época, este señor era un poderoso personaje, miembro de la jauría de intocables que llegaban a las reuniones de Consejo Universitario (semanales) y Asambleas Universitarias

(impredecibles) como y cuando les daba la real gana. Verlos almorzar y oírlos hablar en ese recinto cargado de señorío que era la Sala de Sesiones –cercana al rectorado, en el sexto piso del edificio Kennedy, ubicado en la avenida Arenales, en Lima– era llana y sencillamente un espectáculo denigrante. Uno de ellos, que después fue elegido presidente de la FUSM, era literalmente un patán, y cuando comía, realmente tragaba, con unas manazas de uñas negras y vistiendo una camisa y un pantalón que jamás cambiaba. Sentir su olor a obrero de construcción civil después de haber trabajado diez horas y aguantar sus risotadas y majaderías era una prueba de resistencia al enchusmamiento sanmarquino. En ese ambiente y en esas circunstancias se le ocurrió a este modesto escritor y rememorador, como Director de Bienestar y Asuntos Estudiantiles, realizar un censo, tanto en las viviendas como en el comedor del jirón Cangallo, en La Victoria. El objetivo no sólo era conocer quiénes vivían y comían en esos ambientes, sino, sobre todo, sanear la utilización de los pobres recursos con que contaba mi Dirección. Con estos objetivos, comencé por visitar esos lugares del desayuno a la comida, especialmente durante la noche. Fue así como pude comprobar la utilización del estadio para fines sexuales, así como la infiltración terrorista en los demás ambientes. Así pues, ordené a las asistentes sociales la investigación de los usuarios. Y apareció la furia. Primero fueron las llamadas telefónicas intimidatorias, con mentadas de madre y todo lo escatológico que uno pueda imaginar. Usaban tanto el teléfono de mi consultorio como el de mi casa. Este último, claro, era atendido por mi esposa en ese entonces, por mis hijos o por la empleada, y cuando me tocaba responder a mí, las palabras y las frases con las que me atacaban eran de digna extracción rectal.

Antes de llevar el asunto al Consejo Universitario, en cuyo seno figuraban

profesores variopintos, decidí hablar con mis jefes inmediatos, los amigos y compañeros de viaje: el rector y el vicerrector administrativo. El primero, con esa sonrisa socarrona y esa actitud displicente cargada de abuelitud, alambicadas en las fórmulas bioquímicas que tanto lo caracterizaban, me dijo: “Vea usted, doctor Cáceres, esas cosas son recontrasabidas y nada fáciles de demostrar. Usted es el jefe de la unidad y usted decide lo que haya que hacer; yo lo apoyaré”. Claro, después olvidó su promesa, y en una célebre sesión, la última para mí en esa experiencia administrativa coyuntural, me increparía que nunca le informé y que “la Dirección de Bienestar no hace lo que debería porque su director está en la televisión buscando protagonismo”. Ese día tomé la decisión de renunciar. Pero tenía además otras razones para esa renuncia, una de las cuales, muy poderosa, fue que las amenazas subían de tono y se cuajaban planes contra mis hijos. Este es un asunto que lo dejo en el tintero para otra ocasión.

En cuanto a mi inefable vicerrector, ¡nada! Permaneció impertérrito, gélido, sincrético, críptico. Hasta que un día, en su propia oficina, oí salir de su boca estas perlas, dignas de una antología del absurdo: “Artidoro, no hay que hacer nada; nada, me oye. Dejemos que San Marcos agonice, que ya lo haremos revivir más adelante. ¡Y cuídese!”. Por aquella época, el imperativo “cuídese” no era todavía tan frecuente en su uso, menos en los labios de un lingüista culto, y menos aún en un hombre de izquierda. Al fin y al cabo era una traducción mimetizada del *take care* norteamericano. Sin embargo, el “cuídese” me impactó, porque justamente esa mañana había recibido una notita anónima amenazándome y mentando, una vez más, a mi pobre madre. Al salir de aquella oficina sentí que la declaración vicerrectoral me había conmovido, y esos modales, entre señoriales y cínicos, me tuvieron meditando por horas. “¿Qué diablos ha querido decirme este hombre? ¿Cuál

es su mensaje connotado y profundo?”. Los significantes eran claros, pero ¿me hablaba en sincronía o en diacronía?, ¿me estaba recomendando sintagmática o paradigmáticamente?, ¿qué iba a hacer ahora? Claro, la renuncia de la que he hablado fue la campana salvadora para mí. Estaba atrapado en el laberinto, con el síndrome de Túpac Amaru, estirado, jaloneado por las cuatro extremidades: una tirada por mi familia, otra por mis responsabilidades directorales, otra por los jefes inmediatos y la última por los todopoderosos estudiantes. Los únicos apéndices estirables, los extremos cefálicos, craneal y el otro, por el momento, no se tocaban. Al fin y al cabo, al pobre Túpac Amaru tampoco le tocaron esas extensiones, que se sepa. ¡Y me retiré!

Años después, mirando un noticiero en la televisión, me enteré que a ese vicerrector lo habían encarcelado acusado de terrorismo. Y me estremecí. No sé qué será de él; no puedo saber si fue una víctima, o lo otro. Sigo admirándolo por su actitud investigativa y por su trato aristocrático. Me cuesta mucho creer que su mente hubiera sido necrofilica. Me cuesta inmensamente creerlo, pero...

D. MARICÓN, VIOLADOR, “CHIBOLERO”, FALSIFICADOR

Maricón

Sufría la acusación de “maltratador psicológico”. La madre de mis hijos, en contubernio con abogaduchas flacuchentas de un grupo pseudofeminista cuyo interés mayor no era, ni es, defender a la mujer, como pinta su disfraz, sino triturar a los varones que caen en su tela arácnida, habían presentado la acusación bajo la figura medular de que el doctor Cáceres “no aceptaba

firmar el divorcio” sino que, además, “sometía a la pobre señora, venida desde lejos, a una serie de vejámenes, como no hablarle, por ejemplo, o no permitirle el ingreso a los ambientes de su consultorio”. Ciertamente no debía ingresar a mi consultorio, pues cuando lo hacía era para sacar y destruir lo que le venía en gana, además de que no debía exponer a riesgo las historias clínicas que guardan secretos y confidencias de gente amable y generosa que me confía sus pesares, sus dolencias, sus desgracias.

Mi hijo Arti, leal, decidido, valeroso, testigo excepcional de la verdad, compañero irremplazable en el dolor y en la angustia de aquellos momentos lamentables y dolorosos, me sugirió abandonar el hogar, salir de ese recinto que con tanto sacrificio y renunciaciones habíamos logrado construir. Y le obedecí. Y él salió conmigo; me dio su brazo fortachón, su fresco y espiritual aliento, su esperanza juvenil, su coraje bondadoso, su energía estimulante. Los sesenta años de mi vida sintieron el vigor de su invaluable compañía. Nos enquistamos en el íglú de un departamento; desayunábamos y merendábamos lo que él o yo preparábamos, o lo que esa buena e inolvidable María Elena nos dejaba. Gitanos alimentarios para el almuerzo, disfrutábamos del trabajo fuerte y de la diversión a saltos, anémica, casi clandestina. Nos sentíamos libres pero, al mismo tiempo, raros. El calor de hogar casi había desaparecido y el concepto de familia crujía y se resquebrajaba. Todo ese vendaval duró casi seis meses. ¡Y pasó! Y vino la primavera, creció la esperanza; germinó una nueva fe y volvimos a creer —como nos enseñó Goethe o Toulouse-Lautrec, según dicen otros— que la vida es hermosa a pesar de todo... ¡de todo!

Por aquellos días, siempre estábamos juntos, material y espiritualmente. Creció esa sinapsis que estoy seguro experimentan los padres inefablemente y sienten los hijos inclusive en el Gólgota. Siempre nos alcanzábamos,

desde donde estuviéramos, y hasta creció esa fuerza de comunicación inexplicable que se llama telepatía. Y un día decidimos ir al cine Romeo, aquí en Miraflores. La película era *Otelo*, y la coincidencia extraña: *Otelo en Romeo*. Al salir del cine, y como era nuestra costumbre, Arti, cariñoso sostén, cuidadoso, amoroso, protector, puso su mano izquierda sobre mi hombro izquierdo, y yo pasé, automática, agradecida y orgullosamente, toda mi extremidad superior derecha por la cintura de mi hijo. De repente, un fogonazo se interpuso en nuestro camino, cerca ya de la avenida Diagonal, en Miraflores. Alguien saludó y desapareció, con una máquina fotográfica colgada al cuello. “Para Colorama”, creo que dijo. No sé más. Pasó una quincena y luego otra vez María Elena me alcanzaba una revista. En ella había una fotografía. Dos personas y una leyenda: “El doctorcito con su pareja... con razón defiende a los maricas”. Las personas, esas dos personas, con esa leyenda infame, éramos yo y mi adorado hijo, ese hijo al que debo el Elam de mi quinta edad, ese hijo en el que deposité mi fe y mi esperanza, ese hijo al que dediqué un libro con estas palabras: “Compañero y estímulo persistente en el combate”. Ese extraordinario hijo, del que me siento orgulloso y con el que me siento inmortal, había sido confundido por uno de esos farsantes disfrazados de periodistas y había salido en esas porquerías con máscaras de revistas como la “pareja” del “doctorcito”.

*Desfallezco, y callo
mi melancolía;
pero, en mi orgulloso silencio, batallo...
Y, así, la victoria será toda mía.
...
¡quedáronme siempre muy firmes las alas!*

José Santos Chocano (“No me despertéis”)

Violador

Desde los años sesenta me interesé por los temas que tocaban la sexualidad. Mi estadía en Francia, particularmente en París, me abrió perspectivas que ampliaban mis conocimientos más allá de los límites freudianos. Recordaba siempre lo que aprendí en mi patria: Chimú, Mochica, Paracas... Estoy más seguro hoy día que los antiguos pobladores de estas tierras extraordinarias tienen para enseñar mucho, muchísimo más de lo que los mismos peruanos de hoy creen y saben sobre la sexualidad. Y así retorné. Conocimientos, ambiciones, energía y seguramente petulancia, pero lo confieso en visión retrospectiva: más atrevimiento que insolencia y más presunción que descaro. Y opté por la iconoclasia, con la acepción que tuvo en el octavo siglo de nuestra era, es decir, creo, rompiendo el tabú, destapando engaños, quitando ojeras, prendiendo la chispa o avivando la duda. No creo, lo confieso también, que se me hubiera ocurrido perseguir farsantes. Mi anarquismo intelectual, cultural y, específicamente, sexológico no alcanzaba a repetir lo que los Torquemada de este siglo lograban hacer con los ingenuos, desinformados e ignorantes caminantes descerebrados del rebaño que no acataban sus indolentes e insolentes dogmas y fanatismos. Creo que mi paso por estas casi tres décadas de buceo sexológico y de intención liberal no tuvo el arma aniquiladora ni el fuego necrofilico que muchos me asignaron. Pero la chispa enardeció y soliviantó no solo a los perros del hortelano sino, sobre todo, a los sectarios que se desgañitaban diciendo amar a Dios por sobre todas las cosas mientras metían la mano en bolsillos ajenos, engatusando, pero eso sí, domingueando en las iglesias y atragantándose semanalmente con galletillas con nombre de hostias. ¿Qué no hicieron para tumbarme y pisotearme? No señor, de eso ni hablar. ¿Quién se cree usted para decir que la sexualidad es sobre todo placer?

¿Dónde cree usted que está para venir a decir que la masturbación no es mala, afirmando que ni siquiera la Biblia lo refiere así? Por supuesto, como ocurre siempre, las biblias, es decir, los libros de no importa qué contenido, son referidas sin haberlas leído, y a veces se mencionan por referencias de terceros, cuartos o décimos pseudolectores. En ninguna parte de la tan traída y llevada Biblia religiosa, católica y cristiana, se menciona “lo malo que es masturbarse”. Pero así fue, y ¡zuácate con el zoquete! La consigna fue durante años: ¡a tumbarlo! Anónimos, mentadas de madre telefónicas, amenazas de toda índole, panfletos, frases “periodísticas” en páginas purulentas y de color excrementicio que me acusaban de todo, desde “cholo serrano y miserable bastardo” hasta “pseudodotor”, “psicólogo sin título”, “mercachiflero”, “protagónico”, “loco”, “pervertido”, y cuanta basura se puede arrojar a quien no se atrevía a devolver ojo por ojo, pero tampoco les ponía la otra mejilla. Aprendí a esquivar golpes. Los más, no se daban cuenta que estaban practicando la filosofía de las moscas, que prescribe: “¡Coma basura; cien mil millones de moscas lo recomiendan!”. Pero aguanté, y sigo aguantando. Y aguantaré, espero. Durante ese traqueteo me atacó una acusación vil, malévola, estúpida, horrorosa. Ocurrió mientras yo estaba en París, asistiendo a un congreso de sexología, y como siempre que viajaba, estaba acompañado de la que era mi esposa y es, pese a ella, la madre de mis hijos. Alguien por esos días me acusó de violación en el poder judicial. Mis pobre hijos, algunos miembros de mi familia y mi querida hermana Violeta se quedaron petrificados. Un periodicucho de esos elaborados en la porción final del intestino grueso hizo noticia de ello con una primera plana y enormes letras a todo color. Cuando llegué a Lima, quince días después, me enteré del escándalo. Mi amigo Juan, gran abogado penalista, compañero de colegio secundario, leal aunque distante, dejó el inolvidable mensaje de que me defendería “por conocer a fondo

mi idoneidad”. Pero fue mi hermana Violeta la que me acompañó en la tormenta. ¡Y pasó! Y otra vez me senté en el poyo de mi puerta y vi los cadáveres de mis enemigos pasar. Y volvió el sol, la primavera y se renovó mi fe. Y aunque “mi corazón es tiesto de amargura”... aún “píafan en mis carnes más ganas de beber”.

Chibolero

Pasaron los años, cruzaron las nubes y apareció el rocío y el crepúsculo del amanecer. Se turnaban los jueces, bajaba la inquina; crecía el expediente. Mis labios de nuevo sintieron la miel y en mi oreja sentía el cartilago hermoso. Claudita, extrañada más allá de mi inocencia y más acá de mi amor, sintió la hora del retorno y escogió el momento diastólico para llegar. Y aumentó mi fe, creció mi esperanza, volví a comprobar que la pendiente no era horrible y que el candor de mi hija restañaba lo que aún sangraba y que su encanto era “el amor que soporta no todos los castigos, sino también todas las culpas” (como hablaba Zaratustra). ¡Ya éramos tres! Con ella salí una noche e ingresamos a un teatrín, donde, entre los actores, un mago me reconoció. Amable, gentil, bondadoso, me hizo participar de la ilusión de su arte. En algún momento, la cabecita de Claudia se apoyó en mi hombro derecho, esa linda cabecita coronada de rizos caprichosos que ella no puede aún domar. Y otra vez el fotógrafo. Ese personaje increíble que hace lo que le da la gana y considera que su oficio es meterse donde quiera y con quien quiera. ¡Flash! y sansecabó. Una semana después, la foto. ¡Otra vez! *Tele...*, revista agonizante en ese entonces y ahora muerta, mostraba una foto y una leyenda. En la foto “el doctor Archiloco y su pitufá”. La leyenda completaba la ignominia: “Don Artidoro es chibolero. Provecho, doctorcito”. Majadería sin par. Los cretinos no se pueden extinguir con ningún pesticida. Me refiero no a los que padecen cretinismo, a quienes

ofrezco mi modesto saber de médico neuropsicólogo; estoy apuntando al cretino estúpido y necio que muchas veces tiene la inteligencia promedio y la tiroides normal, pero cuyo “cretinismo” espiritual y sobre todo ético no le permite diferenciar la demostración amorosa de un padre y la seguridad y confianza de una hija. El infeliz aplicaba el terminajo “chibolo” no en la acepción de “redondo y pequeño” sino en la de perversión y pederastia. Ese periodista infame, anético y delincuente siguió deambulando de revistas a emisoras, y después lo encontré en un canal de televisión. Era productor de un programa pestilente que sacaba a luz la pus de la ignorancia y la indignidad de la chusma, para beneplácito de miles de televidentes carroñeros y necrofilicos.

Falsificador

Me acuerdo que un día, en la década de los cuarenta, mi padre me entretenía e ilustraba intentando resolver un crucigrama de un periódico de la época. Era un día dominical, en verano. Esperábamos que las primas Gaudencia y Shaurita terminaran de arreglarse y que el primo Josué llegaría con vituallas de no sé qué clase ni de dónde. Mi padre, mi recordado y querido padre, aparecía señorial, perfumado, elegante, discreto. Debo haber tenido diez o doce años; tal vez menos, tal vez más. Era la época de las vacaciones escolares, y viajaba yo a Lima desde esa para mí gigantesca ciudad, como la siento aún, que es Cajamarca. Atravesaba el cerro Gavilán, magistral Apu norteño, y al mirar desde allí, por última vez, a mi pueblo, invocaba silencioso la decisión de los dioses de no hacerme volver. Mi madre venía conmigo, laboriosa y diligente, sacrificada y esperanzada, alegre, corajuda, sentimental, luchadora, Zoilita. Llegábamos a Chilete. “No bajas, hijito; si te pican los zancudos, te dará la terciana... Apúrese, don José, salgamos ya de aquí...”. Don José, don Víctor, don Pedro, don

Neptalí... los choferes inolvidables. “Chupa esta naranjita, Lolito; se van a espantar los zancudos”. Y adelante, Tembladera, Guadalupe, Pacasmayo... ¡El mar! ¡Qué cosa! ¡El mar! Yo subía a la parte más alta del camión para recibir ese viento salado, vivificante y resucitador en plena cara, en toda la *majoma*, y entonces respiraba profundo, profundo. Lima se acercaba, y mis tíos y mis primos, y mis tías y mis primas, las de La Victoria y las del Cercado, del Jirón Ica, de la calle Concha 356, ahí frente al Teatro Municipal.

Estaba ese domingo de enero con mi padre y el crucigrama, cuando de repente atraviesa la puerta un señor expresivo, encorbatado, cariñoso: “Mi querido tiito Chilolito...”. Era Tomás, primo, maestro; venía todos los años desde Tarma, creo, o Huancayo, no sé. “Qué tal, Tomás. Bienvenido, hijo, siéntate...”. “Ahí nomás, tiito... he venido a verlo y a pedirle un favor...”. Se interrumpió el crucigrama y yo aproveché para ir a recibir el real (diez centavos) diario que esa recordada y maravillosa tía María me daba todos los días para comprar el chupete del “chinito” de la esquina. “Que sea de leche, Lolito; de leche”. Un real, dos medios, cinco gordos, diez centavos; un tremendo, grandazo, chupetazo de pura y auténtica leche, de esa de porongo. De repente, cuando ya salía, escuché la voz de mi padre, siempre cariñosa, dulce y convincente: “Artidoro, ven un momento... ¡siéntate y escucha!”. Cruzó las piernas, prendió un Camel y habló: “Tu primo Tomás me viene a pedir un certificado médico porque quiere quedarse una semana más en Lima. Debe estar en su escuela para los cursos de cargo vacacionales; pero él cree que con un certificado que diga que está enfermo podrá quedarse en Lima y su director creerá que sus motivos fueron de salud. Le he dicho que tú quieres ser médico y que lo que me viene a pedir es que mienta. Y un maestro debe saber que un

médico jamás debe mentir y que el certificado que me está pidiendo me convertirá en delincuente y, peor aún, en infractor de la ética. Tienes que aprender, Artidoro, que lo que tu primo me pide jamás deberás hacerlo, ni siquiera para tus propios hijos. Un certificado médico falso jamás lo puede hacer un médico de vocación”. Tomás enrojeció, y yo me acomodé entre mi padre y el chupete de leche que esperaba en mi mente. La escena quedó congelada en mi memoria y la lección me acompañó por siempre. A su turno, como esas antorchas de los juegos olímpicos, se trasladó de mi integridad profesional a la convicción indiscutible que guarda mi propio hijo, que ahora camina junto a su propio abuelo, ausente y presente, y a los que observo orgulloso y agradecido.

Esa fue la impronta de un certificado médico. Cincuenta y tantos años más tarde, en ese torturante y tortuoso trayecto que deshace el lazo matrimonial judicialmente, y que se llama “divorcio”, el veneno de dos abogaduchos (él y ella), litigantes psicopatológicos con antecedentes personales y familiares de maltratos y violencias (lo conozco profesionalmente a él en sus años de “amigo”), de esos que necesitan diagnóstico y tratamiento neuropsiquiátrico, derramaron su veneno, inventando un acto delictivo que tocaba una de las fortalezas más sagradas de mi vida profesional. La abogaducha y su amigo convencieron a su patrocinada, ausente en París, de que me acusara de haber cometido un delito contra la fe pública, por haber “falsificado un certificado médico” que diagnosticaba un real traumatismo que me obligaba a mantener “reposo absoluto” por riesgo de flebitis, tromboflebitis, celulitis y rotura del tendón de Aquiles derecho, por lo que no podía asistir a una diligencia judicial, en ese camino escabroso que hay que transitar en la separación legal. Cuatro años deambulando por los corredores del Palacio de Justicia, con jueces,

secretarios, testigos, acusado de “falsificador”. Pobre doctor Baigorrea del Centro de Salud de la Universidad, diligente profesional, víctima también de la innoble majadería de esos dos leguleyos que derramaron sobre nosotros el vinagre y el ácido de su resentimiento, con la complacencia benévola de su defendida y acusadora, que, desde su alegre viaje turístico por Francia, “maltratada” la pobrecita, sacrificada, nos acusaba, vía carta poder, de mentir sobre mi enfermedad y de falsificar documentos de salud. Más de cincuenta años defendiendo la idoneidad del certificado médico terminaban así. Ni mi condición de doctor en medicina, profesor principal de la más vieja universidad de América, integrante de comisiones sobre ética médica, autor de más de treinta libros y casi quinientos artículos sobre mis especialidades, “hombre público” por mis numerosas actividades en los medios de comunicación, impidieron que fuera acusado de falsificar un modesto pero sagrado certificado médico. Acusado por dos mequetrefes apenas paridos de alguna facultad de Derecho de esas tan numerosas y tan descuidadas en la deontología formativa, que abundan en nuestra patria, fui obligado a firmar mensualmente cuadernos de comparecencia, durmiendo con la duda torturante de que algún juez me condenara penalmente. Pasé miles de horas pensando en la justicia y en la injusticia, en las heridas de “los rostros más fieros” de los que, como yo, han decidido no solo vivir aquí sino también transitar esquivando los dardos purulentos de la indignidad construida con artificios de ley.

E. PENSIÓN DE ALIMENTOS

Transcurrían los noventa. Habían pasado los años, el expediente crecía y el divorcio no llegaba. La paciencia se ponía una vez más a prueba.

Paralelamente, nos esforzábamos por mantener cierto prestigio popular; los programas de televisión, las presentaciones radiales y los artículos periodísticos mantenían el nombre y el apellido Artidoro Cáceres en cierto nivel de la ola, amén de las clases universitarias, conferencias, congresos, libros y consultas... Con relativa frecuencia aparecía una que otra llamada telefónica que maldecía, despotricaba, amenazaba. Habíamos mantenido, con mi adlátere, *ad limitum*, incomparable Arti, un programa radial con el nombre de *Sinapsis*, los domingos por la noche, entre las 10 y las 12, en Radio Inca, una emisora popular. Diseñamos su estructura para dialogar con los oyentes sobre familia y sexualidad, pero luego, poco a poco, con el correr de los meses, empezaron a prevalecer las llamadas de personas con alternativas y orientaciones sexuales variadas, extrañas y marginales. Recibíamos alrededor de cien cartas semanales, y el programa, que comenzó con una hora de duración, se extendió más, mucho más allá de la medianoche. El éxito nos impulsó a inaugurar una consulta personal, primero, y un taller grupal, después, exclusivamente para homosexuales. Nuestro local en Miraflores llegó a tener una afluencia de gente comparable a la de una parroquia o a la de una casa política. La atención –lo decidimos así, no sé si por sonsos, ingenuos, buena gente, samaritanos o estúpidos– era total y absolutamente gratuita. Pero llegó un momento en que nos dimos cuenta de que los Cáceres estaban siendo considerados exclusivamente como sexólogos, o, peor aún, como “homosexólogos”. Se arrojó al tacho la psiquiatría general e infantojuvenil de Arti y mi neurología y neuropsicología, tan pasional, cariñosa y trabajosamente cultivadas. Y, por supuesto, se multiplicaron los enemigos y opositores. Pero también creció la idea, desgraciada e infeliz, de que “estábamos llenándonos de plata”, y aparecieron los “necesitados”, los “desocupados”, “los pobrecitos con padres graves”, “los maltratados por la vida”, y lógicamente los otros

delincuentes que, más activamente, querían arrebatarlos lo poco que teníamos para subsistir. En nuestro país los perros del hortelano son numerosos, pero los caníbales lo son más. Las abogadas de ese grupúsculo feminista que defendía a la “señora Cáceres” en el proceso de divorcio y que pertenecían a esa entidad con denominación semejante a un latinazgo, afanadas en lograr protagonismo con personajes como el señor Presidente de la República, a cuya esposa también “patrocinaban”, buscando siempre el escándalo para subrayarlo, agrandararlo, incendiarlo, como quien lleva el agua a su propio molino, no tuvieron otra ocurrencia que presentarse en un canal de televisión con una mujer que decía tener un hijo de 8 años de edad, “presuntamente hijo del doctor Artidoro Cáceres”, niño al que “tenía que pasarle pensión de alimentos”. Así de franco, decidido, contundente, directo. ¿El doctorcito de la televisión? ¡Ah, no!, dijo la urraca, la cecal C.V. Y a correr tras él. Cámaras al consultorio, cámaras al domicilio, llamadas telefónicas, amenazas de desprestigio, solicitud de pagos para “cubrir la imagen”, emisarios para “establecer tácticas de ayuda, que tienen su costo, por supuesto”. Esa fue la actitud escandalosa y miserable de los periodocastros que han asaltado el poder y que con caras bonitas unos, y con gestos y maneras delincuenciales otros, con fachas de perromuerteros y con labia de barraconeros, asustan, angustian y hasta infartan a los pobres televidentes y a las ingenuas víctimas, que no saben qué hacer para limpiarse de toda esa porquería que con premeditación, alevosía y ventaja insuflan estos asquerosos creídos que manejan periodicuchos purulentos y conducen programas radiales y televisivos que intentan enlodar la honra y el prestigio de quienes están expuestos a la vendetta mercachiflera. ¡Y otra vez al Poder Judicial! ¡De nunca acabar!

En la segunda presentación televisiva de la acusadora, sobresalieron en

ella algunos rasgos psicopatológicos notorios, inclusive para quienes no tenían experiencia de trastornos mentales. Pero lo más llamativo en esa sesión teledifamatoria fue que la abogada de ese grupo de feministas que tiró la primera piedra había desaparecido. Y la infeliz acusadora tuvo que contentarse en la persecución de su denuncia con “una abogada de oficio”, que no tuvo más remedio que agarrar la mosca al vuelo. Pero, ¿qué es lo que motivó que se tramara este enredo?, ¿por qué se organizó esta maquinación? En ese entonces se me había propuesto ser candidato en las elecciones municipales del distrito de Miraflores, por el artificioso grupo Vamos Vecino. Ejercía, además, la presidencia del menoscabado y encogido grupo Salvemos Miraflores, que se oponía al irreverente y descomunal proyecto Larcomar, porque el presidente de esa agrupación, uno de esos señoritos satisfechos, alucinado y trasnochado, pituco, mitomaniaco y autoritario, había renunciado “irrevocablemente” por “diferencias” con el tesorero, un inteligente y golpeado arquitecto que se esforzaba por transitar “con perfil bajo” pero que desplegaba fraternidad, respeto, coraje y magnanimidad económica. Mientras ejerció –y mantuvo “celosamente”– la presidencia, ese individuo tenía el cuajo de reunirnos en una parroquia, y antes de comenzar las sesiones, tanto ordinarias como extraordinarias, nos obligaba a rezar un Padrenuestro y un Avemaría, sin tener en cuenta para nada que entre los asistentes había judíos, protestantes, árabes, agnósticos y ateos. Cuando el gran “demócrata” se dio cuenta de que con su renuncia se le acababa radio, televisión y periódicos, no tuvo ningún empacho en reinstalarse en la presidencia, desprenderse de la mayoría de socios fundadores de la junta directiva, en especial de su vicepresidente y... ¡postular a la alcaldía de Miraflores! Claro que los votos que obtuvo no le alcanzaron ni para estar seguro de que su propia familia hubiera votado por él. Y esa “presidencia” vacante

fue la que tuve que asumir, por ser entonces vicepresidente, en esos días de la “denuncia por alimentos” en favor de un niño con problemas mentales y de desarrollo físico, nacido hacía ocho años y que había sido inscrito con otro nombre y otro apellido en una de las tantas municipalidades de la Gran Lima. El doctor Artidoro Cáceres, declarado defensor de los derechos de la infancia, luchador empecinado por una paternidad responsable, líder de opinión en medios de comunicación, conferencista y autor de libros y artículos, tenía un “juicio por alimentos” iniciado por una mujer a quien expertos psiquiatras calificaron de portadora de anomalías psicopatológicas, a quien su propia abogada abandonara y que no tuvo el cuidado de revisar fechas y años en su acusación, datos que en el cotejo pericial y en el balance de indicios y hechos resultaron incoherentes para sustentar la demanda y, por supuesto, la defensa. Y la conductorcilla del programa televisivo se esfumó, finiquitó, caput... desapareció. Su intrepidez suicida y excrementicia, conmigo y hasta contra ministros y gobernantes, colmó la paciencia y el aguante. Y se fue, pero, ¿tendrá conciencia? Lo dudo. Los psicópatas padecen del más elemental sentido de culpa, vergüenza y ética. Se fue, y seguramente volverá, pero la acusación y el proceso judicial, como una avalancha de nieve, crecieron y continuaron... y ¡fregaron!

Y también se sumó al coro de difamadores un enano mental, resentido y creído, que se considera pontífice de la televisión y que, aprovechador de pánicos y escándalos, sopló el fuego incendiario desde otro canal televisivo, con número maléfico. Pero de estos residuos más vale no hablar, dejarlos pasar por el desagüe cloacal de la indiferencia, recordarlos por medida preventiva y denunciarlos por pedagogía, con la esperanza de que la pus desaparezca y las bacterias también.

F. ¡EL CANDIDATO A LA PRESIDENCIA SOY YO!

La década del noventa del siglo XX estuvo cargada de polución política. Era increíble el número de personas que se consideraban “aptas” y “capaces” para ser alcaldes, regidores, congresistas, presidentes y directores de no importa qué institución. Pareciera que con la tranquilidad y las esperanzas de paz, aparecidas desde que Sendero Luminoso y el MRTA agonizaban y morían, una enorme cantidad de peruanos se consideraba “apta” para ejercer el liderazgo, el mando, el rol de capitán y hasta de mesías en nuestro país. Y no eran varones, sino que también relumbraban las “doñas” que, a cada cual más gritonas, simplonas y nalgudas, se lucían en todas las ocasiones para “asaltar el poder” y “salvar” a los pobres imbéciles que, según afirmaban estos ejemplares, necesitan de un encantador o de una encantadora de serpientes, o de vendedores de sebo de culebra. Era increíble y hasta escatológico y patético ver a estos huachafos e ignorantes pretender ser regidores, alcaldes, congresistas, ministros y hasta presidentes de la república.

Un día, apareció en mi consultorio un político profesional, abogado él, del sur andino peruano, titaquense, bastante conocido por su conducta tahuantinsuyense, y me propuso ser el jefe de campaña de la candidatura de su hermano a la alcaldía de Lima. Increíble, pero cierto: ¡acepté! No era la primera vez que establecía contacto con esta gente. Yo soy norteño, cajamarquino, shilico. El clan al que tenía que ingresar era del sur, andino y puneño. Pero el poder que había conquistado se había consolidado en Arequipa. Años atrás, mi visitante abogado me había propuesto integrar su “plancha” para la presidencia de la república, como candidato a la

vicepresidencia. Lo único que tenía que hacer era ponerme un chullo y decir que era hermano, putativo supuse, pero ellos aconsejaron e impusieron que fuera “sanguíneo”. ¡No acepté! Pero en esta nueva ocasión, para las elecciones a la alcaldía de Lima, caí en la red, y me transformé, por obra y gracia de las encuestas, de las propuestas, de la coyuntura, de la ambición y del interés en llegar al poder político para hacer algo por esta capital y por el Perú, en “jefe de campaña” de este supercholo, blanquiñoso, taita, wiracocha...

Armamos el tinglado. Reuniones, comidas y desayunos, almuerzos y trastiendas; horas y horas de conversaciones con ajos y culebras, con chicha, cerveza y güisqui, con tamales y ceviche; en las Brisas del Titicaca y en los restaurantes Rosa Náutica o Costa Verde. Y muchas otras cosas que llenarían más de un libro de Dante, Kafka, Orwell, Ribeyro y Sofocleto. ¡Un sancochado!

¿Y los tripulantes de la recua? ¡Una verdadera jauría extraída de la granja de George Orwell! Entre ellos, tres hermanos del candidato, ejemplares inefables, prototipos de la ambición caciquista y de la promiscuidad egolátrica; una deliciosa y repugnante mezcla de chica de jora con charqui, raspadilla con caldo de cabeza de carnero y mondongo; rocoto y cerveza, patasca con queso helado y semen con religión. ¡Qué horror! Pero ya estaba en la barriga del monstruo.

Y no sé cómo apareció la “bampi”. Por los años cincuenta, creo que hasta los sesenta, había un programa radial muy exitoso que se llamaba *La Escuelita Nocturna*. Se transmitía por radio Central y era genial. Entre los personajes que allí había, estaba una muchachota que encandilaba al “profe

Jarabe”. La llamaban la “rodilluda”, y uno de sus compañeritos, que repetía y repetía que su papá tenía mucha plata, la mostraba como la “reina”, capaz de conquistar a todo el universo, solo porque era la “rodilluda”. Y, por supuesto, ella sacaba las mejores notas; el “profe” babeada por la “bampi”. Así, igualita, era L..., la que llegó al “movimiento político” ese que quería llevar a su candidato primero a la alcaldía y después a la presidencia de la república. Semanas después, me di cuenta de que la “rodilluda” L... quería llevarse al candidato también a la cama, y, según él, se la “tragó”. Allá él y, por supuesto, ella. Se veía clarísimo que la opción era de ganador, y de ganadora, por supuesto, porque “el candidato” decidió, así de simple y de contundente, que la “bampi” L... tenía que ser “número dos en la lista”. En otras palabras, de recién llegada saltó a la segunda posición, después de mí, por supuesto. Esta santurrona moralina llegó a ser regidora y, cosa increíble, inmediatamente “que llegó” (qué curioso que el verbo llegar se use también para denotar que se alcanzó el orgasmo), se cambió de grupo político, o de “dueño”, tal vez. Deslealtad, infidelidad y traición. Y de la municipalidad pasó a la televisión, pues el nuevo alcalde era “showman T.V.” Y el serrano candidato, sonso, petulante y psicopatán: ¡a la cárcel! La tal “rodilluda”, como en la llamada metempsicosis o metamorfosis, pasó, después, de “política” a “talk show-woman”. Y mejor dejarla allí, porque, a decir verdad, no me gusta tanto hablar y escribir de mataharis criollas, feas, ignorantes y prostitutas.

El asunto era hablar del “hermanón putativo” del candidato a alcalde de la capital peruana. Como era un bocón, ambicioso, ególatra y psicopatón (o psicopatán), el mencionado candidato se fue de bruces por “igualado” y anético. Pero antes creyó tener todas las dotes y capacidades para ser presidente de la república. Y así lo anunció. ¿Y saben lo que pasó?

Cuando este simplón “burro blanco” se presentó en la televisión, afirmó que después de llegar a la casa municipal se pasaría a la de Pizarro. Pues bien, cuando el candidato anunció que no pararía hasta llegar a ser presidente de la República, su hermanito del alma, el gran compañero de lucha, el político demócrata, el político profesional, el “más antiguo del Parlamento”, el fundador del partido, en fin, el “men”, me dijo (o me ordenó) más o menos lo siguiente: “Te prohíbo que fomentes las ambiciones presidenciales de L...; él no puede llegar a ser presidente, pues, según juramento que hemos hecho frente al cadáver de nuestro hermano N... (el fundador y, según dicen, el creador de esa agrupación política), el real, auténtico y único candidato a la presidencia de la República del Perú soy yo. Como no acepté ser el autor del infundio, y como le increpé su deslealtad fratricida, esa misma noche, sus huestes tomaron el local político, se adueñaron de todo lo que allí había y, simple y llanamente, me pusieron en la calle. Nunca más los vi, ni a los otros dos hermanos contundentemente mediocres o imbéciles, uno de los cuales tuvo el cuajo de venir hasta mi consultorio y anunciarme que “por orden de L... estaba destituido”, después de todo lo que me sacaron de la cabeza, de los músculos y del bolsillo. ¡Qué tal imbécil! Felizmente, el candidato a alcalde nunca fue elegido.

¿Caín y Abel? Sí, y, por supuesto, varias quijas de burro.

G. SINARQUÍA Y MEDIOS DE COMUNICACIÓN

Entre 1962 y 1963 –no recuerdo con exactitud la fecha–, hacía una cola para recoger unos documentos en una de esas laberínticas callejuelas que

existían en el interior de La Sorbona, en París. De repente, y mientras me aburría en la espera, mis ojos se detuvieron en un afiche que estaba “enchinchado” en el interior de una de las numerosas vitrinas que estrechaban más esa callejuela. El afiche, un poco más grande que una hoja de papel de tamaño oficio, anunciaba la conferencia que ofrecía Claude Levi Strauss en un local, viejo como todos, de la calle Rue des Ecoles, allí mismo, en el Barrio Latino. El título: *Las sinarquías del siglo XX*. Confieso que era la primera vez que leía un título, una palabra, un nombre parecido: *sinarquías*. La palabreja se introdujo en mi corteza cerebral hipocámpica, y me pareció, en mi ignorancia, un listado de nombres de princesas europeas. Más tarde me daría cuenta de que no estaba tan descaminada mi primera deducción, que tal vez había que hacer un cambio de género sexual. Anoté la palabrita y por la noche la reencontré en el *Larousse*: derivaba del griego y significaba “gobierno constituido por varios príncipes”, teniendo cada uno, casi en propiedad, una parte de la torta del Estado. Claro que la descripción era más elegante y hasta edulcorada, pero el significado era ese: un grupo de poderosos que toman las decisiones y manejan el gobierno de las cosas y del Estado. Confieso que la conferencia fue magistral, como todas las de Levi Strauss, y la nueva palabra y el concepto se quedaron allí, en mis lóbulos temporales. En los años que siguieron no la usé muy a menudo, hasta que la volví a encontrar en una magnífica novela, que más parece un ensayo, con título tremendamente atractivo: *La conspiración de los idiotas*. Su autor es el escritor y médico argentino Marcos Aguinis. El contenido de esta obra subversiva no lo voy a divulgar, pero esa novela, ese título y ese contenido revivieron el mensaje del etnólogo y sociólogo francés, archivado en mi memoria desde hacía 35 años, y pusieron en mira a los grandes dueños, a los grandes directores, a los grandes editores y tremendos redactores de casi todos los medios de comunicación de nuestra

patria. Por supuesto, y es obvio, que son numerosas las excepciones, y a ellas las reconozco, agradezco y saludo. Pero, oiga usted, en especial en la televisión peruana, hay tal despelote en el atropello de la cultura y tal manejo de la mediocracia mensajera que no hay más remedio que admitir, o por lo menos sospechar, que la sinarquía asalta el poder y avanza en la descerebración de la cholada. A los infelices como yo, a quienes se nos ha ocurrido empujar con todas nuestras fuerzas el carro de la cultura hasta conducirlo al poder, nos están dejando zanjas oscuras en rostros y lomos. La sinarquía en los medios de comunicación peruanos está creciendo y creciendo y va transformándose en “una araña enorme a quien impide, el abdomen, seguir a la cabeza”. Y la sinarquía tiene presidentes de directorio, gerentes, directores, productores y hasta camarógrafos y fotógrafos, pero en especial tiene “críticos especializados” que derraman el ácido y queman el incienso creado y ordenado en los laboratorios feudales y monárquicos que se arrastran desde la época de los astrólogos y de los bufones. ¿Vamos a permitirlo?

H. SINARQUÍA II

Tengo que agradecer a las generosas, bondadosas y muy amables personas que me han hecho conocer, con sus felicitaciones, el interés en retomar el análisis de esta palabra, de este concepto y de esta realidad que consiste en el gobierno y, sobre todo, en el sojuzgamiento y sometimiento de los demás por un grupúsculo que asalta el poder y lo mantiene utilizando mecanismos sutiles y manifiestos de aplastamiento, trituración y abuso, incompatibles con los más elementales principios éticos de libertad, democracia, igualdad, fraternidad, justicia y humanismo.

En mi artículo ponía énfasis en la existencia de sinarquías en varios de los medios de comunicación de nuestra patria. Estos grupos, que utilizan subgrupos, infragrupos, minigrupos y personas e individuos que se prestan voluntaria e interesadamente al juego mefistofélico de someter y matar voluntades al puro estilo maquiavélico, kafkiano y orwelliano, están, sin ninguna duda, infiltrados también en otros medios que no son sólo los de “comunicación masiva”. Por el momento no voy a detenerme en esos otros ambientes de polución sinárquica y solo voy a referirme, ampliando el horizonte de la televisión, radio, periódico y revistas, al más amplio de la educación y de la cultura. Porque estoy seguro de percibir, desde hace ya varias décadas, la intromisión paulatina, continuada y creciente de sujetos que quieren conspirar estúpidamente contra la educación y el desarrollo cultural de nuestro pueblo. Para eso los sinarcas han infiltrado desde varios años a mediocres, imbéciles o delincuentes, cuyo único objetivo es embrutecer a la cholada y bloquear todo intento de formación y desarrollo intelectual. Y la infiltración no solo se viene haciendo en canales de televisión, emisoras de radio y oficinas de redacción de cuanto medio escrito tienen a su alcance, sino que también se está desparramando en escuelas, colegios, institutos superiores, universidades, grupos sociales y cuanto organismo institucional aparezca y en el que se pueda pescar a río revuelto. Para esta gente, agentes al servicio de la sinarquía, todo medio es válido para asustar, detener, deteriorar, regresionar y volver a colocar a la gente en las cavernas del oscurantismo, de la ignorancia, del prejuicio, de la irracionalidad, de la estupidez. Para eso utilizan a las religiones, a la política, a la charlatanería, al deporte y hasta a la ciencia, con el objetivo de embrutecer, dar pánico y descerebrar. Pero también tienen otro interés, que para muchos de los sinárquicos satánicos es fundamental y no pocas veces prioritario: embolsicarse enormes cantidades de dinero recogido de la venta de una enorme cantidad de productos dignos de la

cloaca del desagüe medioeval y venderlos en medio del desorden, del temor, de la ignorancia, de la irracionalidad, de la idiotez construida, desarrollada y mantenida. De ahí que en mi artículo anterior me haya referido a esa excelente novela del médico y literato Marcos Aguinis: *La conspiración de los idiotas*, que sigue la línea de Moliere, Rousseau, Dostoievski, Kafka, Huxley y Orwell, entre tantos otros denunciadores de la sinarquía mediocrizante a la que hay que descubrir, detener, combatir y, si es posible y necesario, destruir para lograr llevar la cultura al poder, gran utopía realizable.

I. VIOLENCIA, POLÍTICA Y HUMANISMO

La Organización Mundial de la Salud (OMS) define a la salud como el equilibrio corporal, mental y social, y desde la perspectiva social, interesa el análisis de la salud tanto del individuo como de los grupos, de los países; en fin, de toda la humanidad.

Los medios de comunicación social deben interesarse por la salud en especial y, casi preferencialmente, por su proyección social. Y los que se interesan por la salud tienen que interesarse también por la enfermedad, por la patología, por los trastornos sociales que perturban la salud de una comunidad. Las personas y las instituciones que se interesan por la salud no pueden estar ajenas a los problemas que atañen a la muerte de un hombre, sobre todo si esta es injusta, inhumana, violenta. Por eso no se puede callar ni desinteresarse de la injusta tragedia que vivió no solo este hombre en su agonía, sino también su familia y los cinco seres humanos que murieron el día de su rapto. Pero también interesa sobremanera reflexionar sobre la actitud de compromiso que tomaron en esta tragedia los intelectuales,

los políticos, los directores de gobierno, los presidentes de instituciones, que se dicen respetuosos de los derechos humanos y que hablan lanzando al viento vocingleras afirmaciones, autocalificándose como paladines del movimiento humanístico y del respeto a la vida de los hombres.

¿Qué hicieron y qué dijeron esos prominentes directivos antes de la detención en Londres del ex dictador chileno, y qué a sus hijos, los padres de hoy, que tienen la trascendental responsabilidad de educar a los que serán ciudadanos del siglo XXI? Nada o casi nada, sin darse cuenta que también se es cómplice con el silencio. Es muy fácil opinar después de un hecho consumado sobre posibles y previas soluciones. En ese momento del post mortem, todos son sabiondos; Pero... ¿antes y durante las torturas y matanzas?

Cuando un asunto interesa a la humanidad y a los más altos valores de nuestra civilización, no debieran tener prioridad considerativa las fronteras religiosas, políticas o geográficas, y el pretexto de la “no intervención” o del “respeto diplomático” debieran pesar honradamente en la conciencia cuando el resultado ha sido tan infausto. Y en esta reflexión debemos preguntar también qué hicieron y qué hacen los maestros y los padres de familia para explicar a los niños y jóvenes de esta patria y del mundo tales terribles asesinatos. ¿Se está enseñando comprensión, análisis juiciosos y desapasionados, interés de perfección y de esperanza del ser humano, o se está inculcando sentimientos de venganza, de violencia y de odio, queriendo apagar el fuego de la desesperación con el combustible inflamable de la ley de talión? ¿Está usted enseñando, señor educador o padre de familia, la comprensión y el análisis? ¿Está usted también ofreciendo a la ciudadanía de mañana

la meditación sobre las verdaderas causas de estas conductas desviadas que están en la ignorancia, el analfabetismo, la conglomeración, el hambre, el abuso, la explotación, la marginación y el abandono, o está usted simplemente haciendo un llamado a la represión, al combate a la aplicación de la ley, primitiva e incivilizada, del ojo por ojo y diente por diente? ¿Qué está usted diciendo a sus hijos, señor padre de familia, para lograr que ellos contribuyan mañana a hacer de este planeta el mejor lugar para vivir?

J. “LIBERTAD DE EXPRESIÓN...”

Hablar de la “libertad de expresión” se ha puesto no solo de moda, sino que se ha impuesto como materia de conversación obligada, ineludible, impostergable y casi irremplazable. ¡Libertad de expresión, cuántos dislates se cometen en tu nombre! Porque es un disparate, una atrocidad y hasta una huachafería escuchar por todas partes, en gritería concertada, masificada y achatada, la simplonería exigente, o el delirio alucinante, o la utopía febril, de defensa convulsiva de algo que, a decir verdad, se defiende solo cuando los intereses creados se resienten, o cuando se ve amenazada la intocable pitanza, o ese poder aristocratoide, dogmático y tabú que dicen defender los que cotidianamente la atropellan, la pisotean y la atesoran como privilegio monopólico al censurar opiniones, seleccionar voceros, tachar nombres y escoger, a regalado gusto, colaboradores complacientes, sumisos atartufados hasta la indignidad, con títulos académicos o sin ellos, medrantes instrumentalizados para defender prejuicios, irracionalidades, sectarismos o indignidades, con cinismo, desvergüenza, premeditación, alevosía y ventaja. “Libertad de

expresión”, claman los vendepatria; “libertad de expresión”, vociferan los psicopatas; “libertad de expresión” es el caballito de Troya que manejan, a diestra y siniestra, los mercachifleros de la noticia, los que buscan un país de ignorantes con programas y temas de huachafaría para la chusma y de vulgaridad para la descerebración. Libertad de expresión sin condiciones de réplica quieren los difamadores, los que usan micrófonos, páginas y pantallas para desparramar difamación, resentimiento, ofensa, chantaje, obscenidad y pornografía; libertad de expresión quieren esos pseudoperiodistas y “sachacomunicadores” con inteligencia mediocre, con personalidad alterada, con emociones neuróticas y con temperamento epileptoide, cuando no con dependencias toxicománicas y perversiones conductuales dignas del consultorio o del hospicio. La libertad transformada en dogmatismo, fanatismo, sectarismo, libertinaje. Peruanos y pseudoperuanos revueltos en la m..., de mermelada. Y mientras satanizan opiniones, construyen listas negras, confeccionan uno u otro índice, tachan, recortan, acomodan, dizque editan opiniones, llevando el agua a su molino ideológico, levantan la voz en cuanto alguien los quiere poner en línea; y entonces se juntan, se arrejuntan porque, como dice el refrán, “Dios los cría y ellos se juntan”. ¡Y a protestar se ha dicho! La libertad es expresión, no es tabú, no es un dogma, no es, ni debe ser, la cortina de humo para esconder la cloaca, allí donde cada vez parece haber más ratas y más suciedad.

La libertad de expresión no es propiedad exclusiva de los que se creen dueños de la noticia o del medio de comunicación; la libertad de expresión es un derecho humano al que algún día tiene que acceder la persona no solo porque lo permita una ley, sino y sobre todo porque lo enseñe la educación desde el nacimiento, y tal vez antes.

K. ¡EL PERÚ NO ES UN PAÍS ANÓMICO!

Hace unos días y a través del canal seis de televisión pude observar la conversación entre congresistas de una Comisión Especial e invitados, en la que se respondía a la siguiente pregunta: “¿Es el Perú un país anómico?”. Las respuestas no fueron claras, contundentes, precisas, sino más bien dubitativas y connotando que en nuestro país campea la anomia, como si fuera esta una característica actual entre nosotros. Como creo que en estos temas no hay que dudar ni caminar entre dos abismos, vengo a ofrecer mi modesta opinión.

La palabra anomia tiene varias acepciones, a las que corresponden varios significados. Existe una anomia desde la perspectiva neurológica y, más precisamente, neuropsicológica, más específicamente neurolingüística (en la acepción científica, académica, no en la huachafada parapsicológica o pseudofilosófica) y mejor aún afasiológica. Se llama anomia a la pérdida de capacidad denominativa de los objetos; no a su falta de reconocimiento (que es agnosia) sino a una curiosa dificultad para señalar los nombres propios con los que se designa a las cosas y personas, y no por la falta de memoria, sino de esa capacidad lingüística tan sutil y extraordinariamente importante en la vida social, como consecuencia de una lesión en el hemisferio cerebral izquierdo. Como es de suponer, esta anomia no la sufre sino un reducidísimo número de peruanos.

Otra acepción considera a la anomia como la desobediencia a las normas, a las leyes, a las categorías legales, a las disposiciones que regulan la vida social. Claro que en este rubro sí existe una buena cantidad de peruanos desobedientes, majaderos y hasta delincuentes que merodean el atajo y

que lo transitan para sacarle la vuelta a la ley. Pero no todos los peruanos somos así. Existe una muy buena cantidad de ciudadanos (y cada día son más) que “se ponen a derecho”, inclusive frente a un semáforo que tiene la luz roja encendida. Por lo tanto, tampoco se puede afirmar que el Perú es un país anómico solo por la comprobación de lo malo y purulento, al estilo de esos noticiosos informativos necrofilicos y sensacionalistas.

También se dice que anomia es la falta de normas, la ausencia, el vacío, la inexistencia o, inclusive, el conflicto controversial, paradójico y anulativo entre ellas. Por supuesto que la cantidad, la exuberancia, la “normarragia” legislativa, ha conducido y conduce a esta última situación, pero no hasta el extremo del caos, la anarquía destructora o la muerte por antagonismo y oposición. Y en cuanto a la falta de estas, a decir verdad, más bien en realidad resultan sobrando las normas, las leyes, las taxativas, etc., etc.

Para terminar, recordaré la existencia de personas “alocadas” que en el laberinto normativo, como un tiovivo sin control de velocidad, pierden la brújula y terminan destruyendo su itinerario existencial. La situación es de tal magnitud, que en este túnel oscuro y asfixiante solo ven una salida a su drama: el suicidio. Nadie va a negar la presencia de tales ciudadanos, pero de ahí a afirmar que esta sea la única realidad resulta francamente una ceguera mental, igualmente digna de tratamiento.

Así pues, y sin negar la presencia de realidades como las descritas (aunque creo que nuestro país aún no tiene la atroz situación de otros lugares), quiero afirmar que el Perú no es un país anómico, y debo dejar constancia de mi negativa a aceptar lo que se connotó aquel día en el canal de televisión mencionado. No, ¡el Perú no es un país anómico!

L. ¡EL PERÚ TAMPOCO ES UN BURDEL!

En nuestra última nota de opinión, hemos afirmado que el Perú no es un país anómico. Lo será para los agoreros de infortunios, para los perros del hortelano, para los cambalacheros y para los opositores obsesivos, delirantes y anancásticos. Aquí, en nuestro país, hay normas, reglas, leyes, códigos de conducta, y, a veces, hasta sobran las medidas de control y de orden. Que existan sinvergüenzas que no las quieren acatar, cumplir y hasta reconocer, es otro cantar. Que haya gente empecinada en oponerse al orden, en poner piedras en el camino y hasta en sabotear los planes de desarrollo también es otro asunto. Y que haya personas diseñadas para ver la paja en el ojo ajeno y no reconocer el tronco en el suyo también es algo que ocurre; pero unos asuntos corresponden a la policía y a la justicia, y otros a la psicopatología y a la psiquiatría; lo real y concreto es que el Perú no es un país anómico.

Pero, ¡tampoco es un burdel!, como quiere hacernos creer el prejuiciado, o como puede pensar el escandaloso, o como a lo mejor afirma el sensacionalista, el protagónico o el desinformado. Burdel, como lugar, significa lujurioso, vicioso; significa también ruido, confusión, lugar en que se falta al decoro, casa de prostitutas o, mejor, de “putas”, que, como dice el diccionario, son mujeres “públicas” o “rameras”. Si alguien dice que “el Perú es un burdel”, está afirmando que nuestro país es un lugar de escándalo, de lujuria, de vicios, de perversiones, de ruido, de confusión, indecoroso y lleno de rameras.

Se connota, además, que los peruanos somos burdeleros, es decir, gente de burdel, y hasta alcahuetes. Y quien diga que “el Perú se parece a un burdel”

está afirmando, igualmente, con maledicencia, que nuestro país está prostituido. Y eso no solo no se puede admitir sino que hay que rechazarlo de cabo a rabo. No, señor, el Perú no es un país anómico ni tampoco es un burdel. Y es totalmente inconveniente que estas declaraciones salgan al exterior porque echan lodo y cochinado al bien ganado prestigio de nuestra patria, la misma que está recuperando con esfuerzos y coraje su salud, debilitada por tantos energúmenos que aún no saben qué hacer con sus prejuicios, ignorancias, resentimientos o tonterías. Y ya es bueno que la vociferada “libertad de expresión” seleccione la paja del grano y la cochinado del alimento, de modo que no abra la boca cualquiera, y si la abre, sus declaraciones no sean ventiladas, así como así, a diestra y siniestra, porque finalmente lanzamos con ventilador lo mal oliente que puede existir, seguramente porque los países no son laboratorios asépticos y no pueden impedir la generalización indebida del vicio y de la pus. Y en el Perú, eso ocurre mucho menos que en otros lugares del mundo. Ya sé que no somos unos santos, pero de ahí a decir que somos burdeleros, oiga usted, hay muchísima distancia.

M. AUTOCRACIA

El sistema de gobierno en el que la voluntad de una sola persona es la suprema ley se llama autocracia. Es este un conocimiento semántico elemental. Autócrata es, por lo tanto, “la persona que ejerce por sí sola autoridad suprema en un estado”. Las palabras derivan de las raíces griegas que significan “uno mismo” y “poder, dominio”. Por lo tanto, me puedo dar la libertad de extender el espectro semántico de ambos términos y aplicarlos en otros terrenos que no son solo los políticos, más aún si

consideramos que gobernar es “mandar con autoridad o regir una cosa o pretender hacerlo”. Así pues, la autocracia no solo es asunto político, sino que el concepto y la palabra se pueden también aplicar, legítimamente, a campos diferentes como la religión, los deportes y el periodismo, por ejemplo. En otros términos, el autócrata, es decir, el que cree tener autoridad suprema y pretende aplicarla, es un personaje que deambula, se infla, fermenta y enraíza en diversos campos.

En diferentes tiempos se habla desde la diestra y la siniestra de una autocracia en el gobierno. Pero lo increíble de esta especie de patología neuropsicológica es que muchos de los que así hablan lo hacen con tal cuajo que en su gritería e imposición dan un ejemplo descomunal de autocracia. Son los panegiristas del desorden, y ellos mismos abusan de su posición de parlanchines para imponer sus opiniones, sus criterios y hasta su patanería. Y digo que esta conducta es un síndrome neuropsicológico porque se parece mucho al síndrome de Babinski-Antón, que es la “ceguera psíquica” o “ceguera mental”, alteración en la que el paciente, siendo ciego, es ciego para su propia ceguera; no ve nada y no reconoce que no ve, y quiere imponerse a los demás con sus visiones fantásticas, alucinatorias o con sus caprichos autocráticos sobre el mundo que él no puede ver. En este caso hay una lesión anatómica de los lóbulos occipitales del cerebro; en los otros, en los autócratas del micrófono, de la página de prensa, o de la cámara de televisión, hay un trastorno funcional, fisiológico, pero siempre mental. Son los sabelotodo, señoriales y pontífices, que creen ser los únicos y mejores; son los que desparraman su fatalismo con ventilador, los que infestan la ingenuidad de los demás, el afán de sensacionalismo de algunos, el resentimiento de otros o la ignorancia de no pocos. Estos autócratas se quejan, además, desvergonzadamente, de la falta de libertad

de expresión y atacan maliciosa, majadera y mezquinamente a los que no están de acuerdo con sus pareceres y sus berrinches, practicando así una dictadura conceptual: “Si no piensas como yo, eres mi enemigo y voy a destruirte”. Son los perros del hortelano de los que está contaminado nuestro país y a los que hay que aguantar, porque la sinarquía los defiende y los impone, y a los que hay que soportar como soporta el elefante a las garrapatas.

N. LA BARBARIE Y LA REELECCIÓN

Lo ocurrido el miércoles 30 de septiembre en el Palacio de Gobierno, en el Poder Judicial y en la Plaza Bolívar del Congreso de la República es llana y sencillamente una barbarie, una demostración delincuencial de atropello, incultura, vandalismo y psicopatía. “Cinco mil personas” según un iluminado y resentido conductor de noticiero televisivo, “doscientos obreros” según UNIVISIÓN, “quinientos manifestantes” según CNN, y “decenas de personas” según ECO, asaltaron el patio del Gobierno, pisotearon uniformes y banderas, destrozaron interiores, gritaron, vociferaron, arrojaron espuma, acompañados de politicastos de ayer y de hoy, entre los que estaban los rostros de una ex ministra del gobierno alanista, de tres congresistas actuales de la llamada oposición y de “dirigentes”, todos quemados en el inconformismo, en el conflicto crónico y costrado de una política dinosauria y obsoleta.

Uno de los dirigentes, obeso y panzón, declaró a una corresponsal extranjera que la protesta era porque este gobierno “estaba matando de hambre a los obreros y maestros”. Otros declarantes, incluyendo a dos

conductores de televisión, afirmaron que la conducta de los manifestantes se debía a la “reelección del presidente Fujimori”.

Estoy refiriendo hechos concretos en relación al comportamiento bárbaro de esos delincuentes, algunos de los cuales se cubrían cobardemente el rostro. Pero se dieron el gustazo de “salir” a varios países del mundo, merced a las cámaras de televisión, como el prototipo del peruano que se queja de la “falta de democracia”, de la “dictadura”, de la “autocracia”, de la “intolerancia”, del “abuso” y no sé cuántas otras cosas más que, según los titiriteros que tiran la piedra y esconden una mano mientras con la otra reciben la recompensa que luego se meten al bolsillo, son el “signo de la intolerancia de este gobierno”.

Dejo constancia de que no recibo consignas, que no soy hombre del gobierno, que no pertenezco al grupo político de la mayoría y que no tengo ninguna relación con quienes están en la cúpula que maneja los destinos de nuestra patria. Pero abusos y desmanes como los perpetrados el miércoles ofenden, maltratan, indignan y preocupan. El pretexto mayor es la supuesta “reelección” del presidente Fujimori. El gran cuco, la enorme pesadilla, el pánico mayor de la mayoría de esos manifestantes, en especial de los políticos que los acompañaron de cerca o de lejos, es que el actual Presidente sea de nuevo elegido. ¿Pero es realmente miedo, delirio, obsesión, paranoia, celos, envidia, o simple y llanamente ganas de fregar? No me mueve ningún otro interés que el de ver a mi patria en paz, en equilibrio, confraternidad, cultura, luchando contra la estupidez, la miseria, el abuso, la delincuencia, la explotación, el cinismo y la barbarie. Y con estas manifestaciones como la del miércoles no se camina sino hacia las cavernas, y además sin autoridad, porque, como ya se sabe de sobra, para

gobernar un país como el nuestro se debe conquistar la autoridad, y si no se logra conquistarla porque hay gente interesada en que esto no ocurra, pues no queda más remedio que imponer la autoridad. ¡Y sanseacabó!

Ñ. “SI LA NATURALEZA SE OPONE, LUCHAREMOS CONTRA LA NATURALEZA”

Se atribuye a don Simón Bolívar, el Gran Libertador, el haber expresado tan contundente, enérgica, valiente, decidida e inteligente afirmación. Supongo que en su decisión de “liberar” a los latinoamericanos, varones y hembras, del inmenso lastre de cadenas que los postraban –y los postran– a la declarada y sutil enorme cantidad de poderes de todo tipo, esclavizándolos a pesar de los tabladillos declaratorios, de las banderas, de los discursos y hasta de los himnos que dicen que “somos libres”, don Simón acuñó esta gigantesca verdad: “Aunque se oponga la naturaleza, lucharemos contra ella para liberar a los seres humanos de estas tierras”. Mas, ¿cuánto de verdad, de actualidad, de realidad “real” tiene esta extraordinaria declaración? Veamos.

Si la edad avanza y la “naturaleza” envejece, la ciencia le dará a usted la visión que sus ojos no pueden darle o la audición que sus oídos ya no le ofrecen, y su paladar y su lengua podrán saborear lo que sus dientes perdidos parecían haberle prohibido. Lentes, audífonos y dentadura postiza, es decir, prótesis, son las formas que la medicina y la tecnología ofrecen para “luchar contra la naturaleza”. Si la naturaleza claudica y un riñón ya no funciona o un corazón se detiene o los glóbulos rojos desaparecen o ya no se forman, la ciencia,

el arte y las diversas tecnologías médicas ofrecen la alternativa del trasplante renal, cardíaco, medular y tantos otros que hace apenas unas décadas eran impensables para “luchar” contra la naturaleza enferma, deteriorada hasta hallarse a las puertas de la muerte. Si en una mujer, si en una pareja, la naturaleza ha “decidido” bloquear la maternidad, esa misma medicina, moderna, civilizada, rehumanizada constantemente, propone uno o más métodos de fertilización y de reproducción asistida, con responsabilidad, inteligencia y ética. Con la misma razón, con la misma e imperiosa responsabilidad y con el mismo respeto a la vida, a la humanidad y a la solidaridad, es decir, a los principios éticos, esa ciencia, ese arte y esa tecnología luchan contra la naturaleza cuando esta se desboca, como en el cáncer, enfermado a la sociedad con explosiones demográficas, familiares, nacionales y planetarias. Y quiere hacerlo respetando la vida humana, digna, culta y civilizada, previniendo, controlando, luchando contra la indignidad de la pobreza material y espiritual de la ignorancia, de la violencia, del crimen, de la injusticia y de tantos otros jinetes del Apocalipsis que se vienen, constante y poderosamente, enquistando en nuestra sociedad. Y quiere hacerlo dejando en las mentes y en las manos de todos los ciudadanos la irrefutable responsabilidad de construir su futuro y de “planificar sus familias” accediendo a la necesaria información, de modo que puedan asumir la grave decisión de tener el número de hijos que a ellos, y preferentemente a ellas, les dé la gana. Luchar contra la naturaleza que se opone es lo que no aceptan estos gritones anquilosados en códigos trasnochados, y hay que luchar contra ellos porque son los retardatarios que intentan detener el progreso de la ciencia, de la verdad, de la humanidad, para no hablar de los que parecen ir en sentido contrario de la evolución.

O. LIGADURA DE TROMPAS

Otra vez, una vez más, un grupúsculo troglodita, retardatario y prejuicioso de santurrones, cucufatos y gazmoños ha salido a gritar en contra de lo que ellos llaman, con ignorancia, “planificación familiar desde el gobierno”, aprovechando el surgimiento de complicaciones en el caso de operaciones de ligadura de trompas o de errores en las tácticas informativas dirigidas a las usuarias de algunos hospitales y centros de salud del país. Dejaré constancia, primero, de mi crítica, oposición y malestar profesional a lo que puede ser una “mala práctica médica”, sancionada por el Código de Ética y por las leyes del país. Todos sabemos que hasta entre los curas hay individuos que se comportan como delincuentes. Pero de ninguna manera se puede tolerar que bajo el pretexto de las excepciones y bajo la influencia de los dogmas, de los fanatismos y de los prejuicios irracionales, una sarta de inconformes levante la gritería pidiendo la suspensión de las campañas de regulación de la fecundidad en nuestra patria y levante el dedo acusador con demagogia y sensacionalismo. Ya sabemos que esas personas son las mismas que condenan al infierno a los que se masturban, a los que tienen relaciones sexuales antes del matrimonio, a los que usan condones, a los que tienen una orientación homosexual, a los que quieren operarse para cambiar de sexo, a los que se valen de la inseminación artificial para tener descendencia, a los que acuden a la ciencia médica para tener hijos mediante la fecundación in vitro. Son los mismos que condenan a los que se divorcian, a los que divorciados vuelven a casarse, a los que creen en otros dioses que no son los de su capilla, y, por supuesto, a los agnósticos y ateos. Esas han sido y son las espadas de Damocles que colgaron sobre el cuello de los pobres, desinformados, ignorantes y marginados miembros de un rebaño analfabeto y descerebrado precozmente, los que se creyeron y se

creen dueños del destino y de los cuerpos y de las almas de los ciudadanos aplastados por la fe irracional. Esto tendrá que acabar, si no en este siglo, en el entrante, y si no, en los venideros; pero cuanto antes ocurra, mejor.

La libertad de decisión tiene que estar instalada en el cerebro de varones y hembras que deben planificar su vida y su familia. Los médicos y otros profesionales de la salud nos hemos quemado bastante las pestañas aprendiendo y aprendiendo como para tolerar que politicastro y profesionales de otros campos vengan a pretender enmendarnos la plana con sus creencias y con estadísticas de excepción o delincuenciales. Pero lo peor es que muchos médicos con título profesional y a veces hasta con grado de doctor supediten sus conocimientos y experiencias a sus creencias y prejuicios religiosos personales y particulares. El Colegio Médico debería, si pudiera, actuar bajo los lineamientos éticos de verdad, justicia, igualdad y respeto a la vida, propendiendo a una vida digna y no sometida, sojuzgada, empobrecida ni acanallada por los titiriteros de hace siglos.

P. INFORME CLINTON-LEWINSKY

Con gran dificultad se discute la afirmación de que “los Estados Unidos de Norteamericana es el país más importante del mundo”. Y, por supuesto, se admite sin reserva que su presidente es también el más importante del planeta. Sin embargo, una serie de hechos, una gran cantidad de acontecimientos, una cada vez más importante demostración de torpeza, desconsideración, abuso, escándalo, delincuencia y deshumanización, entre otros muchos fenómenos necrofilicos, salen al frente para increparnos

nuestra simpleza, nuestra candorosidad, nuestro prejuicio y hasta nuestra imbecilidad de aceptar sin reflexionar y sin reticencia la afirmación de que los Estados Unidos de Norteamericana es el país más importante, más sólido, más ejemplar y más paradigmático del orbe.

No voy a recordar con indignación el asesinato de tantos presidentes de ese país; tampoco voy a traer como referencia lo que se hizo con Martin Luther King o con Malcolm X; no interesa ya mencionar a Al Capone, al Ku Klux Klan, a los mafiosos del alcohol, del box, de la heroína o de tanta basura que se vende allá más que en ningún otro país del mundo; menos voy a interesarme ahora en lo acontecido en Huaco, en la casa de Sharon Tate, en el escándalo Tyson, en la banda de Mason o en el hermano Jones y la Guyana. Para qué recordar a Vietnam, al bloqueo de Cuba, a los “talk shows” o a los “reality shows” y a toda esa inmundicia televisiva y cinematográfica que viaja por todo el mundo con disfraz de “libertad de expresión” y de “democracia”, o de “libre empresa”. Un amigo, maestro, médico, neurocirujano, intelectual, con gran conocimiento de la medicina actual norteamericana, me contó, hace unos días, un chiste. Me preguntó, durante un viaje que hicimos juntos a Trujillo para participar en una mesa redonda sobre formación universitaria, si sabía en qué se parecía un estudiante de medicina norteamericano a un espermatozoide. Al ver mi asombro y declarada ignorancia para responder, me contestó: “En que uno de cada doscientos millones puede transformarse en ser humano”. Terrible sarcasmo y atroz probabilidad. Y ahora, desde ese gran país nos queman las expectativas con el purulento, inquisitorial, apestoso, excrementicio, escandaloso asunto encendido con premeditación, alevosía, ventaja y mucho veneno por una mujercita que sabía lo que hacía, lo que buscaba y que era conocedora y estaba suficientemente enterada y vigilante de lo

que se metía en la boca. ¡Qué tal porquería de “inocencia”, de “virginidad”, de “moral”, de “justicia”, de “igualdad” y hasta de decencia elemental! ¡Cómo me gustaría conocer más sobre los rasgos de personalidad de esos quema brujas que deben estar atizando el fuego de esta pira presidencial! Psicopatía de esa política apesposa extraída de la porción terminal del intestino grueso y que le encanta tragar y repartir con ventilador a tanto medio de comunicación putrefacto y necrófilo. Terminamos el siglo XX, uno de los más extraordinarios que ha tenido la historia en adelantos científicos, aunque con ese mal aliento dogmático, fanático y bestial cuyas raíces aún están dando árboles y frutos, desde que fueron plantadas en los tiempos del oscurantismo, de la ignorancia y del primitivismo más cavernario.

Q. PARENTALIDAD, PATERNIDAD, FILIACIÓN

En estos últimos tiempos ha subido a la cresta de la ola un tema importante, tanto que merece ser meditado serena, clara y desprejuiciadamente, como deben verse los temas que se relacionan con la dignidad humana, con la ética, fundamentalmente en sus relaciones con el respeto de la vida, con la verdad y con la justicia. Pero no con esa “justicia” demagógica, coyuntural, politiquera y moralista, cuando no dogmática, fanática y hasta sectaria, que instrumentaliza a las mujeres y a los niños, sino con la que hace uso de la razón, la inteligencia, la responsabilidad y la equidad. No solo se trata de aplicar esa “justicia” cuyo objetivo único o principal es “castigar”, sino también aquella tendiente a lograr que la pena a infligir, a partir de la aplicación de una norma, resulte proporcional a la culpa que pretende punir, y, sobre todo, evitar y prohibir que con el disfraz de

“justicia” se impongan los caprichos, los infundios, las mentiras y otros delitos.

Filiación es el acto y efecto de *filiar*. “Es la dependencia que tienen algunas personas o cosas respecto de otra u otras principales”. En esta relación no está pues, solamente, la procedencia de los hijos respecto a los padres sino que, como lo establece el *Diccionario de la Real Academia Española*, y aunque la palabra deriva del latín *filius*, que significa “hijo”, se puede establecer también la filiación de una cosa. La filiación de una persona se presenta cuando se obliga a alguien a reconocer a un hijo que niega, no lo admite o no lo quiere. La filiación es pues, o puede ser, un acto mecánico, impuesto, obligado, forzado o simple y llanamente instrumentalizado.

El término *paternidad*, por su parte, implica una *calidad*: la de ser padre. No voy a referirme al trato común y ordinario que se suele dar en algunas religiones, como la católica, a los religiosos como acto de reverencia y reconocimiento alegórico de “padres espirituales”. Reconozco a la paternidad como ese acto voluntario, libre, espontáneo y responsable de filiar a los hijos que se ha tenido sin haberlos deseado o se los considera así sin haberlos podido engendrar específicamente. Este último caso es, por ejemplo, el de los hijos adoptados o el de aquellos concebidos antes o fuera del matrimonio, y a los que se “reconoce” no solo para contribuir con la madre en su formación, sino también para acompañarlos en su desarrollo, aunque sea a distancia, pero a los que se les da nombres y apellidos libremente.

Parentalidad es un término que puede ser calificado por los puristas de

la lengua como un neologismo, o tal vez hasta como un barbarismo. Pero no encuentro otro calificativo para especificar esa vocación, esa decisión, esa enorme y casi sagrada responsabilidad de los padres, esa inmensa calidad que los iguala a los dioses en la creación de la vida y que los hace inmortales en los hijos, sobre todo cuando ambos, madre y padre, han decidido libremente, sometidos solamente por los lazos del amor, concebir una nueva vida. Los abogados dirían tener hijos “con premeditación, alevosía y ventaja”, porque ser padres y gozar y sufrir cotidiana e incondicionalmente con las penas y alegrías de nuestros hijos es, real e inobjetablemente, la maravilla de “ser padres”.

¿Y qué va a pasar, pregunto yo, con todos esos hijos a los que se les impone un padre que se convierte en mero proveedor, obligado por una justicia plasmada en indicios, normas, leyes o “datos científicos”, secos de humanidad y hasta discutibles? Cuando crezcan esos hijos con padres supuestamente “castigados” por la justicia, ¿serán ciudadanos ejemplares?, ¿tendrán vocación de padres en la aceptación de su paternidad?, ¿reaccionarán contra toda jerarquía y toda autoridad que les recuerde la imposición de un padre que a lo mejor ellos mismos también rechazaron y hasta odiaron por haber sido impuesto y obligado? ¿En el futuro estarán allí las autoridades que hoy dicen defender los derechos de los niños pero que entonces olvidarán su responsabilidad? ¿Estará marcado en el ADN el amor de los padres por los hijos y de los hijos por los padres? ¿O es que estamos metiendo en la hoguera a chivos expiatorios e iniciando una caza de brujas para limpiar la conciencia de una sociedad que no sabe aún educar para la responsabilidad, el respeto a la vida y la solidaridad humana?

R. COLONIALISMO LINGÜÍSTICO

Un día del mes de octubre de 1973 tuve el honor de almorzar con cinco famosos personajes de la neurología, de la neuropsicología y de la neurolingüística mundial. La ocasión fue el Segundo Simposio Mundial de Dislexia, que se me encargó organizar y presidir aquí en Lima. El lugar fue el Hotel Crillón, y las personas, el profesor Mc Donald Citchley, Presidente de la Federación Mundial de Neurología, el Profesor Henry Hécaen de la Escuela de Altos Estudios de La Soborna, el Dr. Norman Geschwind, profesor de Neurología de Harvard, y el Dr. Roman Jakobson, famosísimo lingüista de Cambridge.

Conversábamos sobre los diversos temas que en ese entonces se investigaban en el mundo sobre la patología del lenguaje, algunos de los cuales debían ser propuestos para el Tercer Simposio Internacional de Dislexia, que debería desarrollarse en Bucarest y que la muerte prematura de dos de estos insignes maestros frustró. En esa inolvidable reunión apareció el tema de la conquista de las mentes a través del lenguaje. Creo no equivocarme al recordar que fue el profesor Jakobson quien comentó la siguiente historia: “En un país latinoamericano, hispanohablante –dijo–, ha cundido una gran y ascendente preocupación. Al comienzo se dejó pasar desapercibida la graciosa costumbre de decir ‘pásame la milk’ o ‘cierra la window’; después se arrugó la frente y se abrieron grandes los ojos cuando la gente comenzó a mezclar partes de una palabra en un idioma con partes de otra en otro idioma, como por ejemplo: ‘eso no me guslike’. Pero ahora –oí decir al comentarista– estamos muy sorprendidos y preocupados por el cambio gramatical. Esa gente hispanohablante atendió algunas recomendaciones de no mezclar las lenguas, pero hablando en castellano ha asimilado la construcción gramatical, sintáctica, de la otra lengua, y por ejemplo, en lugar

de decir ‘¿qué edad tiene usted?’ o ‘¿cuál es su edad?’, dicen ‘¿cuánto de viejo eres tú chico?’. Alguno de los presentes mencionó la expresión diagnóstica “colonialismo lingüístico” y el Dr. Hécaen recordó el *disgramatismo*, tan bien estudiado hasta entonces por alemanes y franceses, y puso en la conversación el *parler negre* de las ex colonias.

He pensado en estas cosas, recordando esa maravillosa y, como digo, inolvidable reunión, preocupado por la invasión, torturante y enajenante de la prosodia extranjerizante de la que hoy hacen gala, sin medida ni clemencia, los locutores, entrevistadores y lectores de noticias en radio, pero sobre todo en la televisión peruana. El canturreo, el acento, la melodía o la huachafería tonta de hablar, leer, entrevistar o informar cantando como mexicanos o norteamericanos, se me hace, lo confieso, preocupante y torturante. Disprosodia diagnosticaría yo para esta brutal invasión de moda alienante. ¿A quién compete cuidar lo poco que queda de identidad nacional frente a la ridiculez que resulta ver a un cholo o a una chola peruana, de no importa qué color, hablar al estilo cuate o gringo, si se puede hablar de “estilos”? Describir un hecho, narrar una noticia y hasta entrevistar vistiendo al castellano peruano con la melodía del castellano mexicano o del inglés norteamericano me parece francamente una dependencia enajenante o una moda huachafa, y tal vez hasta un rasgo de inmadurez o de claudicación en la identidad nacional, lo que constituye otra forma de *política criminal*.

S. LO SUPRARRACIONAL

El término *supra* es un adverbio latino que se une a algunas voces como prefijo, con la significación de “sobre”, “arriba”, “más allá”, “encima”. La

palabra *racional* es más compleja de definir. Sin duda, deriva o se refiere a la razón, y aquí se abre el abanico de dificultades. Razón es la “facultad de discurrir”, dice la Biblia lingüística, pero también están los conceptos de argumento, demostración, motivo, causa, orden, rectitud, justicia, equidad, relación, recado, mensaje, aviso, información, armonía, consideración, derecho, justificación, etcétera. En la psiquiatría, en la psicología y hasta en las matemáticas, el significado equivale a equilibrio, juicio, proposición; y en psicopatología, lo irracional se junta, converge y hasta se contamina con lo desequilibrado, lo alterado, lo alienado, es decir, la pérdida del juicio, de la inteligencia, del pensamiento, en otras palabras, con la “locura”. Lo irracional es algo inadmisibile, ilógico, incomprensible, inentendible. Y muchos, congelados en Aristóteles, consideran que lo irracional es lo “cardíaco”, lo pasional, lo no cerebral, o lo extracerebral. En otros términos, una persona “racional” es cerebral, y una “irracional”, extracerebral.

Así las cosas, ¿conviene ser “racional”? El sentido común diría que “indudablemente”, “inobjetablemente”, “indiscutiblemente”, ¡y punto! Pero el apego a lo real hizo de los seres humanos, transeúntes de este mundo, “gentes tan desgraciadas, que ni siquiera tienen cuerpo; cuantitativo el pelo, baja, en pulgadas, la genial pesadumbre... Vanse de su piel, rascándose el sarcófago en que nacen y suben por su mente de hora en hora y caen, a lo largo de su alfabeto gélido, hasta el suelo” (César Vallejo: “Traspié entre dos estrellas”). Y, naturalmente, surgió la protesta y apareció lo *surreal* o *suprarreal*. Y al salirse de esa realidad, “se alcanzó las estrellas, y se logró comprender que hay que amar al que tiene hambre y sed, pero no tiene hambre con qué saciar su sed, ni sed con qué saciar todas sus hambres”. Y aparecen las palabras poesía, metáfora, imaginación, sueños, ilusiones, creación, ¿libertad? No, no es necesario que el fetiche tecnológico nos

endilgue el terminajo “realidad virtual”. ¿Para qué? La realidad virtual no es solo una paradoja enajenante; lo más grave es que puede asfixiar lo *suprarracional*. Entonces ¿para qué servirá lo *suprarracional*?

Respuestas:

Para ser “otro que marche en torno a un disco elástico”, mortal, claro, pero “figurativo, audaz diafragma”, para seguir siendo barro, pero pensativo; para imaginar, soñar, amar, creer, crear, vivir... más allá de la razón, en vuelo hacia lo espiritual, porque ya sabemos inclusive que “la razón tiene razones que la razón ignora”. Para que el robot no nos domine, para que la computadora no reemplace a nuestro cerebro, para que nuestra memoria no sea solo archivo, para que nuestra inteligencia siga siendo natural, para que los expertos no caigan bajo la suela de los programadores, para que la metáfora domine el significado, para que el *knoware* no se deje avasallar por el *software*, para que la memoria supere al algoritmo y el gen sea siempre superior al chip.

El imperialismo tecnológico intenta apropiarse del término “razón” y quiere que sus máquinas sean fierros pensativos. Pues bien, queda por demostrar que el *Homo sapiens* no es solo un “animal racional” como se ha dicho y se dice todavía, sino que es sobre todo un ser espiritual, es decir, *suprarracional*.

BETA.

Nuevos comentarios

La radio en el Perú me ha dado, como la televisión, muchas ocasiones para expresar mi pensamiento. En diferentes emisoras radiales y televisivas he tenido programas cuyos objetivos eran variados. En ambas quise, insistentemente, “llevar la cultura al poder”. Lo dije, lo afirmé, lo grité. La medicina, la psicología, la sexología, la antropología, la filosofía, la tecnología y cuanta vía o sendero tiene la cultura universal fue recorrida con ese interés teleológico. Un numeroso desfile de brillantes intelectuales peruanos me acompañó en ese intento en las emisiones en las que logré tener espacio y tiempo. Uno de esos medios ha sido desde hace más de treinta años, casi ya cuarenta, radio Libertad. Desde los tiempos en que existía el programa noticiero *La voz de libertad*, dirigido, producido y conducido por ese fraternal amigo que se llamó Víctor Avendaño, ese negrito talentoso, hablador y lenguaraz que transmitía desde un edificio de la avenida Tacna, hasta los tiempos recientes, ya con los nuevos directivos, comandados por Jorge Pollack, tuve la oportunidad de lanzar mis comentarios a las siete y treinta de la mañana de los días miércoles, dentro del noticiero *El Reportero*, con la presentación de “Conversando en libertad, con el doctor Artidoro Cáceres”... Durante casi todas las semanas y meses de todos estos años, he venido opinando sobre diversos tópicos, entre ellos, sobre *política criminal*. He escogido algunos y los presento en esta sección del libro como parte de lo que he denominado “Anecdotario”. Son comentarios hechos durante el año 2007, entre el verano y los primeros días de primavera, hasta los que se

extendió el frío invernal que ese año, como la política, caló jugando “mejor su rol de frío muerto” (C. Vallejo).

Miércoles 10 - 1 - 2007

Queridos radiolibertadores:

En este nuestro primer encuentro del nuevo año 2007 y a través del *Reportero*, de esta emisora, quiero desearles prosperidad y mucha salud durante los 360 días que restan, para ustedes y para sus seres queridos, y también mucha esperanza para que los asuntos negativos en los que vivimos y de los que aún no podemos salir, se resuelvan para nuestra tranquilidad espiritual, para nuestra confianza mutua y para rescatar, renovar y fortalecer nuestra fe en los que nos gobiernan. Lamentablemente, las promesas electorales aún no se cumplen, y desde el inicio del nuevo año ya estamos empantanados en asuntos de educación, por ejemplo. ¿Cómo es posible que para una materia tan pero tan delicada, trágica, grave y urgente como el subdesarrollo educativo en el que nos asfixiamos, no se tengan soluciones claras, precisas, contundentes, solidarias, compartidas, efectivas? No hay nadie en el Perú que niegue la horrible crisis en la que se mantiene hace años el sistema educativo peruano. Ambiciones personales, de grupos, de sectas, que han asaltado el poder en el sistema educativo, están asesinando la formación de los peruanos. Por ejemplo: millones de soles e incontables minutos y horas de esfuerzo invertidos en alfabetizar a millones de peruanos tienen como resultado que los peruanos no saben leer, no saben escribir y consumen literatura subcultural, descerebrante y estupidizante, con imitación de métodos de aprendizaje traídos de otros países e infiltrados en el nuestro por aprendices de magos, personajes que oyen cantar al gallo y no saben dónde, y que, desde su enquistamiento en

los poderes del gobierno de turno, caricaturizan, manipulan e imponen modas. La última es esa cantaleta de la educación inclusiva, que pretende tratar a todos como iguales, sin saber que la peor desigualdad es justamente tratar a todos como si fuéramos iguales. Una buena educación forma a los seres humanos desarrollando sus potencialidades propias, personales y específicas.

Si las autoridades de turno quieren imponer sus caprichos, que apliquen sus entuertos en forma experimental, en estudios piloto, y después, si tienen éxito, se dediquen a aplicarlos en forma masiva. Pero el ensayo-error solo es método de psicólogos torpes, congelados en un pasado experimental ni siquiera ya apto para ratas y palomas. ¿Por qué no comenzaremos evaluando a las autoridades del Ministerio de Educación?, pregunto. Les reitero mi saludo por el nuevo año y les agradezco por escucharme.

Miércoles 14 - 1 - 2007

Quiero confesarles, otra vez, mi enorme preocupación por el incremento de los delitos de suicidio y homicidio, sobre todo en Lima, y por la impotencia del gobierno para contrarrestar este aumento. Los ministerios de Salud, Educación, Justicia, Interior, Promoción de la Mujer y Desarrollo Humano *no hacen nada* –hay que afirmarlo con contundencia, con dolor y con rabia– para prevenir o para evitar las conductas anormales y los comportamientos delictivos de estas mentes criminales. Los peruanos estamos *desensibilizándonos* frente a estos trágicos hechos.

Solo para referir últimas noticias, recordaré que hace poco nomás un diplomático borracho atropelló a un grupo de jóvenes aquí en Miraflores, en

la puerta de un club social deportivo, frente al mar. Antes habían muerto, en una discoteca de Surco, numerosas personas, atropelladas y chamuscadas, sin que a las autoridades municipales se las haya sancionado severamente por la falta de control y prevención. Después nos enteramos que una estudiante de Derecho de una universidad privada y católica asesinó a puñaladas a su madre, dizque por accidente. Hace unas semanas, un individuo mató a toda su familia, y más cercanamente, otro sujeto descuartizó a su amigo y repartió sus órganos por varios lugares. Solo he mencionado algunos hechos, a los que se agregan más de un suicidio diario, secuestros, robos y atropellos. Y lo recuerdo para no olvidar y para mantener en alto la preocupación y el interés por la vida. Y frente a esta triste realidad aparece testarudamente la pena de muerte. Y aparecen las declaraciones de psiquiatras que, acusando a los asesinos de esquizofrénicos y sabiendo que la inmensa mayoría de esquizofrénicos *no mata*, utilizan su poder en los medios de comunicación para dar miedo y adelantando opinión, hacer inimputables a los asesinos, sin ni siquiera haber hablado con ellos una sola vez. Y de repente, cuando aparece un acto de amor sobre el que deberíamos meditar más allá de la ley, como es el caso de esa niña de dieciséis años que está encinta, embarazada por un adulto de 30 y cuyos familiares aceptan esta realidad, y que según las famosas leyes peruanas es un ilícito penal, nos ponemos rígidos, nos rompemos las vestiduras, sin recordar que desde hace siglos venimos oyendo y reconociendo aquello que afirma una canción cuando dice: “Menos mal que en los amores ya no cuenta más la edad”, y que en los pueblos del ande y de la selva esto es cotidiano y normal, por lo menos estadísticamente. Julieta y Eloísa, los grandes amores femeninos de la historia, eran púberes. Definitivamente, no hemos aprendido nada, pero absolutamente nada, de la historia y de los siglos. El mundo se psicopatiza y el Perú se globaliza, las religiones han perdido su objetivo, los políticos han fracasado. Con el

analfabetismo, nos deshumanizamos a pasos agigantados. Pero conste que yo solo digo, nada más. Y les agradezco por escucharme. Permiso.

Miércoles 24 - 1-2007

Estoy seguro de que ya se habrán dado cuenta de la forma escandalosa en que lamentablemente se manipula el cerebro de los pobres peruanos que se interesan todavía por los acontecimientos políticos, sociales, deportivos y de toda índole, y que buscan información a través de los medios de comunicación de nuestro país, sean escritos, radiofónicos o televisivos. Salvo raras excepciones, los llamados *medios* son caja de resonancia de hechos mezquinos, de acontecimientos fraudulentos, de noticias escandalosas, de información totalmente intrascendente, de referentes que de ninguna manera levantarán el nivel mental, la reflexión racional o la limitada lucidez intelectual de la mayoría de peruanos. Por eso dije que los interesados en salir de las cavernas lamentablemente se encuentran asfixiados con tanta carroña, sobre cuyo análisis no se puede profundizar, y cuyos cotidianos y numerosos hechos hay que tragar sin masticarlos y sin siquiera saborearlos. ¿Quieren ustedes algunos ejemplos? Pues he aquí solo algunos de los descerebrantes acontecimientos, solo algunos de los muy numerosos.

UNO: El fútbol. Otro fracaso horroroso con las selecciones. Los mercachifles de este tragicómico deporte siguen vendiéndonos sebo de culebra y gato por liebre ¿Hasta cuándo se va a gastar tiempo, paciencia y esperanza irracional?

DOS: El fútbol. ¿Y qué pasó con el tremendo lío entre la

Federación, el Instituto Nacional del Deporte y la FIFA? ¿El fútbol peruano es o no es, va a ser o no va ser, controlado por las leyes peruanas? ¿O es que vamos a seguir el cortejo de los negociantes de esta transnacional que vende y compra jugadores como esclavos de la colonia?

TRES: El fútbol. Y hablando de la "U", ¿qué hay de las elecciones en el club Universitario de Deportes? ¿Y la tremenda trompadera en el llamado estadio Monumental, dizque de un club al que llaman *Universitario*? Señor Presidente de la Asamblea Nacional de Rectores: ¿puede seguir llamándose *Universitario* un club de futboleros en el que hay patanes como dirigentes, cochinos, violentos e ignorantes como jugadores, y delincuentes como hinchas? ¿Hasta cuándo no se va a aplicar la eutanasia al fútbol peruano?

CUATRO: ¿Por qué no se respeta la libertad de decisión de los afiliados para desafiliarse de las AFP cuando les da la gana? Es su dinero, ¿no? ¿Por qué tanto jaleo en ese recinto dizque de la democracia que se llama Congreso de la República?

CINCO: Se asegura que la evaluación a los maestros fue un éxito. Pregunta: ¿hay aún maestros en el Perú? Hay profesores, abundan instructores, sobran custodios, pero... ¿maestros? Salvo, claro, el maestro carpintero, el maestro gasfitero o el maestro cerrajero. Urge, pues, redefinir la palabra *maestro* en el campo de la educación.

La lista es demasiado grande. No puedo seguir. Además, me enroncho y se me altera el aparato digestivo. Pregunto: ¿y la cultura?, ¿la mayoría de peruanos tiene acceso a las orquestas sinfónicas, a los museos de arte, a los congresos sobre arqueología, antropología, historia, cine, etc.? Yo solo pregunto y nada más. Y les agradezco por escucharme. Permiso.

Miércoles 14 - 2 - 2007

Apreciados radiolibertadores:

He creído conveniente conversar con ustedes sobre hechos que considero importantes para levantar nuestro decaimiento cultural, aunque a veces me asalta la duda de si no estaré arando en el mar, pero luego decido hacerlo, como lo recomendó uno de nuestros poetas al escribir que en nuestro país, lleno de mediocridad, corrupción y desaliento, hay que seguir arando en el mar. Dijo: “Héroe, apóstol, artista, poeta, sin que nada nos importe el dios Éxito y puesta la mirada en la Gloria doliente de belleza sin par, embarquémonos todos en nuestro barco, luciendo en proa un lema que sea un desafío: Aremos en el mar”. Eso dijo el cholo José Santos Chocano. Yo sé que es difícil en medio de tanta contaminación de todo tipo mantener alto el aguante, pero habrá que seguir luchando mientras tengamos suficiente testosterona, pero sobre todo masoquismo.

La palabra *nana* significa varias cosas. Es sinónimo de “niñera”, pero también significa “abuela”, “ama”, “empleada de hogar”, y antiguamente significaba “madre”, según el diccionario de la lengua castellana. Ahora parece que las nanas son esas dignísimas trabajadoras que se ocupan de los hijos ajenos, que tienen que vestirse de blanco como enfermeras, que

reemplazan a las madres y que se lucen como signos exteriores de rango social y que, por supuesto, son de piel cobriza o negra. Y parece ser que no pueden bañarse en algunas playas pitucas, o pseudopitucas o huachafas de Lima. Y esta situación ha motivado una especie de carnestolendas a las que se han sumado algunos personajes políticos, de la farándula y de esas ONG que siempre buscan protagonismo, justificación de gestos, pantalla, mostración y lucimiento cursi.

¿Realmente cuántos *warwa wasi* o *warwa warmi kuna* habrían estado presentes en esa protesta? Porque con frecuencia se toma el nombre de los marginados, excluidos, olvidados y se los usa con fines non santos. ¿No hubiera sido mejor que esas trabajadoras hubieran hecho un paro y, declarándose en rebeldía ellas mismas, se hubieran presentado en el Congreso de la República, donde hay más de un legislador que usa el servicio de estas mujeres y a veces ni siquiera les otorgan seguro social ni les reconocen el derecho vacacional? Yo les confieso, mis queridos radiolibertadores, que no creo tanto en la efectividad de esas protestas mediáticas y protagónicas, en especial cuando están dirigidas a gente insensible cuyos gastos millonarios en placeres y comodidades son un insulto a la pobreza nacional.

El otro hecho que quisiera comentar con ustedes es la inesperada noticia que llega desde Jerusalén: el gobierno israelí ha aprobado el nombramiento de un ministro árabe-musulmán en el gabinete de ese país. Impresionante. Ralea Majadele representará a los árabes israelitas, y aunque estos seguirán en minoría, es ya una buena noticia de integración, o como se dice en la educación peruana, es una demostración de *inclusión*. ¿Será –pregunto– un clavo árabe en una pared judía? A propósito, ¿habrá estado la ministra

de la Promoción de la Mujer y del Desarrollo Humano en esta llamada protesta contra el racismo en las playas y clubes sociales? Porque el silencio es cómplice, ¿no es cierto? Pero conste que yo solo digo, y nada más. Y les agradezco por escucharme. Permiso.

Miércoles 28 - 2 - 2007

Hoy día me gustaría conversar con ustedes sobre la fe. Nuestro diccionario dice que la fe es la primera de las virtudes teologales, según la religión católica, lo que en otras palabras significa que la iglesia ordena aceptar, por ejemplo, las revelaciones de Dios. Pero para los fines que yo propongo, esta definición no es muy importante. Es más útil la acepción que afirma que la fe es un conjunto de creencias de alguien, de un grupo, o de una multitud de personas. Dice además el diccionario que fe es un sinónimo de confianza, que es el buen concepto que se tiene de una autoridad, por su prestigio o por su fama pública. Todo eso es fe, según el diccionario.

Preguntó: ¿cómo les va a ustedes, amigos radiolibertadores, *waikykunas*, cómo les va con su fe? ¿Creen y tienen fe, por ejemplo, en la Iglesia Católica? Claro, muchos de ustedes van a responder, casi automáticamente, que sí, pero inmediatamente les repregunto: ¿y cómo va su fe en los representantes de esa iglesia católica aquí en el Perú?, ¿cuántos de ustedes creen en Monseñor Cipriani o en el padre Martín o en el hermanito Pablo, que habla tanto por radio y televisión?, ¿y qué decir del hermano Humberto Lay, evangélico y ex candidato a la Presidencia de la República, fundador del partido político Restauración Nacional, a quien acaban de expulsar de su propio partido político? Y sigo preguntando: ¿tienen ustedes fe en el Poder Judicial, en la política nacional, en los dirigentes

deportivos en general, no solo del fútbol, sino también en los dirigentes de esas numerosísimas federaciones deportivas que integran el Instituto Peruano del Deporte? Son 48 presidentes de federaciones del IPD, más 15 miembros del Consejo Directivo, es decir, 63 personas que dicen dirigir el deporte nacional. Finalmente, ¿creen ustedes en los políticos, en esos numerosísimos políticos que integran los también numerosísimos partidos que hay en el Perú?

¡A decir verdad creo que se nos está hundiendo la fe, y nos estamos quedando sin nada ni nadie en quién creer...! Aunque, como dice el proverbio, más vale estar solo que mal acompañado. Creamos primero en nosotros mismos y después en este hermoso, hermosísimo país que se llama Perú. Sierra, Selva, Costa; tres regiones y no más; bellísimas, ¿no es cierto? Lo malo es que hay más de un canalla que quiere ser dueño de todo, destruyendo nuestro pasado, mercachifleando y robando nuestro presente y arruinando nuestro futuro, hipnotizando con palabras, palabras de encantadores de serpientes y vendedores de sebo de culebra. Otra vez vuelven los jinetes del Apocalipsis de ayer, y todos contentos. ¡Qué horror! Pero conste que yo solo digo, nada más. Y gracias por escucharme.

Miércoles 07 - 3 - 2007

Queridos y respetables radiolibertadores:

¿Saben ustedes lo que es la conducta *ensayo-error*? Les voy a poner un ejemplo, y con seguridad ustedes aceptarán que conocen lo que es este comportamiento que la psicología llama *ensayo-error*. Si se coloca a un animal, rata, paloma o chimpancé, en un laberinto del cual tiene que salir, el

animalito busca el camino por uno y otro lado hasta encontrar la salida. En este intento, ensaya, y por supuesto se equivoca una y otra vez, hasta que a punta de ensayar y errar, encuentra finalmente el camino correcto. Es decir, ensaya, comete errores y tiene éxito. Se considera que esta es una conducta primitiva, casi irracional. En nuestro lenguaje popular y cotidiano diríamos que “se trata de hacer algo y ver qué resulta”. Se entiende, se comprende, se admite y se asegura que los seres humanos, que no son ratas, palomas ni monos, tienen una conducta diferente, es decir, racional, reflexiva, analítica proactiva; eso dicen inclusive los administradores. Uno de ellos, doctor universitario norteamericano, profesor de liderazgo y autor del libro *Los siete hábitos de la gente altamente efectiva*, Stephen Covey, afirma que el primer hábito para ser efectivo en las decisiones se llama *proactividad*. Ejercer la proactividad significa analizar situaciones, reflexionar sobre ellas, considerar las consecuencias futuras, medir los pro y los contra, meditar sobre las responsabilidades y, finalmente, tomar la decisión, diríamos, con premeditación, alevosía y ventaja. Esta es una conducta inteligente, un comportamiento notablemente humano, procesado fundamentalmente por los lóbulos frontales de nuestro cerebro, que son las regiones más avanzadas, más evolucionadas de los seres vivos. “¿Por qué tanto palabreo, doctor Cáceres?”, dirán algunos de ustedes. Simple y llanamente porque en estos últimos tiempos, en nuestro país, y sobre todo en este gobierno, estamos sufriendo de conductas, comportamientos y mentalidades del tipo ensayo-error, con todas las características de ratas, palomas y monos; son mentalidades del “¿a ver qué resulta?”, mentalidades irracionales, precategoriales, primitivas, infrahumanas. ¿Quieren ejemplos? Van dos: el lío corrupto de patrulleros, ambulancias y renunciadas con desalojamiento de ministros, viceministros y directores; y el otro, más actual, el nombramiento de jefes en el Instituto Penitenciario (INPE). ¡Qué horror! ¿Cómo se

puede vivir civilizadamente en un país con gobernantes congelados en mecanismos mentales primitivos de ensayo-error? Pero conste que yo solo pregunto, nada más, y les agradezco por escucharme. Permiso.

Miércoles 14 - 3 - 2007

Queridos y respetables radiolibertadores:

Nadie, nadie debe dudar de que, a pesar de tantos síntomas y signos de corrupción, el Perú es un país del primer mundo. Además de sus inmensas riquezas naturales, de la belleza de sus paisajes, de lo saludable de su clima, de tener en su suelo y en su ambiente casi todos los climas del planeta; de poseer Machu Picchu, las Pampas de Nasca, el Manu, Kuélap, Chavín de Huántar, Ollantaytambo, Caral, Chan Chan y tantas otras extraordinarias manifestaciones de la naturaleza y de la acción de los seres humanos que vivieron en estas tierras, como los quipus, la cerámica erótica, los tejidos de paracas y... ¡para qué más demostraciones del regalo de todos los dioses del Olimpo y de la vida! ¡El Perú es un país del primer mundo! Y claro, como tal, la gente que viene gobernándonos desde hace años y en especial este gobierno, que sabe que tenemos todo, ahora, como antes, piensan que no hay ya nada que hacer, que hay que disfrutar de nuestras riquezas y que además hay que dejar que otros, individuos de afuera, aventureros y tráfugas, vengan a comer y a beber de tan inmensa belleza y abundancia. Y así pasan los años, las décadas y los siglos. Y así se va la historia, se va el oro, como se fue el salitre, el guano de las islas. Así se van las plantas como la quina, la uña de gato, el yacón, las papas, la coca, la sangre de grado, o de drago como dicen otros, y, en fin, se van las vicuñas, peces

de colores, cóndores y pumas... todo.

Y como el Perú es un país del primer mundo, sus gobernantes se dan la gran vida, como siempre lo hicieron: francachelas, borracheras, prostitutas, burdeles, despilfarros, corrupciones, necedades, hediondecas. ¿Para qué preocuparse del hambre, de la ignorancia, de la pobreza, de los que hoy todavía viven aquí? Un tránsito vehicular caótico, con choferes estúpidos, borrachos, delincuentes; aumento de suicidios; adolescentes con hijos; pandilleros y drogadictos; cárceles repletas y apestosas; educación en manos de negociantes mercachifleros; deportes prostituidos por dirigentes, jugadores y fanáticos; delincuencia por todas partes. ¿A quién le preocupa si somos un país de primer mundo? ¿Existe acaso una ley universitaria, moderna, dinámica y eficaz? ¿Para qué? ¿Ministerios de Justicia, Interior, Salud, Educación, Trabajo, un famoso Ministerio de la Mujer y Desarrollo Humano? ¿Qué pendejada es esta? Entonces, claro, nos ocupamos de la reforma del Estado, de patrulleros y ambulancias, de documentales chilenos, de ambiciones y peleas de ministros. Y gordos, panzones, mofletudos y cínicos celebramos vivir en un país del primer mundo. Pero conste que yo solo digo, y nada más. Permiso.

Miércoles 21 - 3 - 2007

Permítame participarles una de mis grandes preocupaciones. Casi estoy seguro de que el asunto que les voy a referir también inquieta a la mayoría de ustedes, aunque también estoy seguro de que algunas o varias personas que me escuchan dirán, o pensarán, que este es un asunto sin importancia y que no merece considerarse como preocupación urgente. A estas personas, cuya opinión respeto, les digo que están totalmente equivocadas, y que si no se da solución a este asunto, será uno de los más grandes

factores del deterioro mental y, por supuesto, espiritual en nuestro país. Se trata de esa noble, antigua, importante y trascendente institución que se llama *universidad peruana*. Por supuesto que no voy a cometer el error de generalizar; hay varias excepciones, pero la universidad, así en general, en nuestro país, no va por buen camino, pues se están distorsionando sus objetivos, su misión se está prostituyendo y su naturaleza primigenia y fundamental está siendo traicionada.

Aceptaremos lo que está formalizado y es casi imposible cambiar, es decir, que el sentido de la palabra universidad, que implica universalidad en la enseñanza, se haya reducido al punto que ahora las nuevas universidades, obedeciendo a intereses diversos y a veces solo por ambición de poder y hegemonía, estén dirigidas solo a enseñar ingeniería, educación o agricultura, siendo que por esencia debían abordar las carreras profesionales en general. Así resulta que ahora ya se están abriendo *universidades* solo para enseñar informática, y si se sigue así, pronto habrá universidades solo para enseñar derecho o medicina, como ya ocurrió hace algún tiempo aquí en Lima. Esta reducción del concepto de universidad está establecido y aceptado, y ya que está, que esté pues. Y lo que ahora crece y crece es otra onda malévol, distorsionadora y prostituyente: la entrega de las universidades a partidos políticos o a confesiones religiosas. Esto es grave, y lo digo en voz en alta y sin pelos en la lengua; no en vano he cumplido cincuenta años de vida académica universitaria. Es muy grave que una universidad tenga como autoridades a políticos profesionales en carrera partidaria, cuyo simple hecho de serlo debiera cerrarles el camino para ocupar cargos directivos en cualquier institución académica. Y que se meta la religión confesional y fundamentalista está pésimo. Los religiosos ya lo lograron con los colegios, bajo las narices de gobernantes y padres de

familia. Ahora toman las universidades o pretenden hacerlo. El problema creado en la llamada Pontificia Universidad Católica es serio. No es solo un lío de blancos o de negros, sino que es una situación realmente grave, además de sintomática de lo que está pasando en la universidad peruana. Además, la no existencia de una Ley Universitaria moderna, actualizada y futurista es una gravísima responsabilidad de legisladores y gobierno que yo acuso y denuncio. Pero conste que yo solo digo, y nada más. Permiso.

Miércoles 4 - 4 - 2007

Durante los años cuarenta del siglo pasado, el siglo XX, y cuando estudiaba primaria en el colegio fiscal N°91 de Cajamarca, oí a mi abuelo materno decir de un vecino de la ciudad que era un pobre diablo, despreciable y delincuente porque era *pichicatero*. Ese apelativo se daba a quien consumía alguna droga. Confieso que nunca supe a qué droga se refería mi abuelo; supongo que era opio o tal vez cocaína, pero de lo que estoy seguro es que mi recordado viejito sentenciaba a ese vecino y me lo mostraba como alguien irresponsable y despreciable. Cuando regresé de Francia, hace ya más de 35 años, me encontré en Lima con una realidad preocupante. Las personas, casi en su totalidad varones, consumían marihuana y pasta básica de cocaína. Los políticos, pero sobre todo los educadores, gritaban a diestra y siniestra condenando a este jinete del Apocalipsis que azotaba a los vecinos de Lima. Me acuerdo, como si fuera ayer, que la Dra. Graciela Bockos de Grillo –creo que fue la primera mujer que ocupó la Presidencia de la Corte Superior de Lima– me convocó muy preocupada, con el Dr. Fermín Chunga La Monja Padre y con el Dr. José Santos Chichizola, para integrar una comisión que evaluara esta realidad y propusiera medidas correctivas y sobre todo preventivas contra el consumo de estas drogas.

En ese entonces, años setenta del siglo pasado, se hablaba de que las drogas eran consumidas y vendidas en barrios pobres como La Victoria, Surquillo y el Rímac. En esos años no existía DEVIDA ni CEDRO, ni nada organizado. Se hablaba de cinco, siete o tal vez diez mil toneladas de hojas de coca que se cultivaba y vendía sobre todo para la elaboración de estas sustancias tóxicas.

Se prohibió, incluso a los médicos, la venta de morfina o derivados del opio, y se cerraron con autoridad y fuerza los fumaderos del barrio chino. Nadie hablaba del consumo de estas drogas por los niños y, muy poco, por las mujeres, salvo, claro, las que frecuentaban prostíbulos o bajos fondos. Ahora, con el avance de la ciencia y de la dizque civilización, con la proliferación de religiones, de leyes, de partidos políticos y de políticos profesionales, el asunto ha traspasado toda tolerancia y todo control. No quiero afirmar que todo tiempo pasado fue mejor, pero me pregunto y pregunto: ¿Qué diablos ha ocurrido para que el cultivo, la producción, la venta y el consumo de las drogas, del alcohol y de la cocaína haya aumentado en proporciones gigantescas? ¿Hasta qué punto la estupidez de los sucesivos gobiernos y la proliferación de narcotraficantes han ahogado toda protesta y preocupación? ¿Y cómo es posible que con tantos colegios, institutos y universidades, el consumo de drogas se haya extendido tanto? Yo solo pregunto y nada más, y les agradezco por escucharme. Permiso.

Miércoles 18 - 4 - 2007

Quisiera transmitirles un entusiasmo y una esperanza sin límites. La misión de un comunicador social, como creo que soy yo, debiera ser

siempre invitarlos a mantener, frente a toda la realidad negativa, un optimismo muy grande y una fe racional en la vida, pues creo que el gran pensador alemán Johann Wolfgang Goethe, que vivió entre los años 1749 y 1832, tuvo razón cuando dijo que “a pesar de todo la vida sigue siendo hermosa”. Pero creo que las cosas que ocurren no nos dejan, no nos permiten, mantener la fe y la esperanza tan fácilmente. Juzguemos si no, esa horrorosa matanza en una universidad norteamericana, esa cultura de muerte que vive el país más rico del mundo, rico en todo, menos en amor a la vida y al respeto de los derechos humanos. ¿Qué ejemplo puede ser eso de civilización y humanismo? ¿Y en nuestro país? Comenzaré con algo que a mí personalmente casi ya no me interesa, “para nada”, como dicen los que hablan con lenguaje populachero. Y no me interesa por lo mezquino, torpe e intrascendente. Hablo del fútbol peruano, deporte prostituido, comercializado y alienante, al que, vuelvo a repetirlo, deberíamos haberle aplicado, desde hace ya rato, la eutanasia, aunque sea temporal. ¿Qué representa para el desarrollo nacional este negocio mercachiflero que ha caído en manos de delincuentes, que ha logrado, por ejemplo, que el designado director técnico de la selección nacional se presente públicamente en una conferencia de prensa, rodeado de publicidad cervecera, promoviendo el consumo de una bebida alcohólica que es la droga más usada en nuestro país? ¿Qué representan esos líos comadrones de la Asociación y de la Federación Peruana de Fútbol? Representan la decadencia y la corrupción. Mientras se intenta combatir el flagelo más nocivo para la humanidad, que son las drogas, se promueve a través del deporte el consumo de cerveza, sin medida ni clemencia; y se presenta a un drogadicto terriblemente enfermo, y por lo tanto ininmutable, como es Maradona, para usarlo en su desgracia y seguirlo manteniendo como superhéroe, presentándolo hinchado como

un búfalo, fumando puros, consumiendo droga, favoreciendo a miles de biotraficantes y embruteciendo hinchas. Mientras eso ocurre afuera, aquí los dirigentes se destrozan con el pretexto de favorecer al deporte. El fútbol peruano es la máscara de una corrupción que debe terminar.

Miércoles 09 - 5 - 2007

Queridos radiolibertadores:

Les recuerdo otra vez que la palabra *anomia* significa, entre otras cosas, ausencia de leyes o no respeto de las leyes. En nuestro país, donde se dice “hecha la ley, hecha la trampa”, anomia significa también sacarle la vuelta a la ley. En otras palabras, anomia es ignorancia de leyes. Un país con anomia, o anómico, es un país caótico, incivilizado, primitivo, cavernario. Y esto no es nuevo. Cuando Sócrates, hace 25 siglos, fue condenado a muerte, sus discípulos lograron corromper a los celadores para que Sócrates pudiera escapar con facilidad, un día antes de cumplirse la condena. Ese extraordinario filósofo griego se quedó en su celda, bebió la cicuta y murió porque, según dijo: “La ley me ha condenado, y si yo no cumplo mi condena, atento contra la ley, contra la justicia y contra la democracia”. Y murió; pero aquí, en este país, hermoso y amado que es el Perú, la gente quiere hacer lo que le da la gana. Se sabe que los ómnibus-camión son de gran peligro para los pasajeros, y por ello los tribunales los han prohibido, pero los sabidos, los pendejeretes, los criollazos, esos que viven del engaño y de lo fácil, quieren desobedecer la ley y quieren imponer su capricho, su negocio y su viveza estúpida. La ley dice y la justicia ordena que los ocupantes engañados, invasores y falsos propietarios del mercado Santa Anita deben desocupar los terrenos indebidamente ocupados, ilegalmente

invadidos, ilícitamente apropiados. Pero los ocupantes, invasores y pseudopropietarios se oponen y usan a los niños para defenderse. Esa gente no conoce ni quiere reconocer las declaraciones de la Organización de las Naciones Unidas a través de la Convención Internacional de los Derechos de la Infancia, de la que el Perú es signatario y que desde 1989 establece que los niños de cualquier lugar del mundo no pueden ser usados como instrumentos de reivindicación de supuestos derechos de los adultos y que los padres, que son los que deben velar por la seguridad y protección de ellos, no deben, de ninguna manera, exponerlos a peligros y a malos tratos. ¿Cómo es posible, entonces, que aceptemos que madres y padres expongan a sus hijos a un posible enfrentamiento entre la justicia y sus intereses personales? Eso es inaceptable y constituye un delito agregado al de la ocupación ilícita de propiedad ajena. Pero estamos en el Perú, pues. ¡Y se llama Perú, con P de pendejada, con E de engaño, con R de ratería y con U de usurpación! ¿Qué vamos a hacer? Pero conste que yo solo digo, y nada más.

Miércoles 23 - 5 - 2007

En el título IV, capítulo primero, artículo 90 de la Constitución Política del Perú, se lee que “para ser elegido congresista de la república, se requiere ser peruano de nacimiento, haber cumplido 25 años edad y gozar del derecho de sufragio”. Nada más, nada más. ¡Qué tal cuajo! Y esto ocurre en un país desordenado, casi caótico, anómico, es decir, donde no se respetan las leyes, en donde casi todos quieren hacer lo que les viene en gana, en donde se invaden terrenos ajenos para apropiarse de ellos, y en donde no se respetan las reglas elementales de tránsito. Es este un país de igualados en el que el burro quiere pasar por doctor y el ignorante por

sabelotodo, país en el que analfabetos y deficientes mentales, psicópatas y biotraficantes tienen las puertas abiertas del Congreso, que se les abren de par en par sin medida ni clemencia, y claro, puede ingresar cualquiera que tenga plata para su campaña electoral, cinismo para palabrear y mentir y desvergüenza para engatusar. Y si así son los que postulan y salen elegidos, qué cosa se les puede exigir a los famosos asesores. ¡Nada! ¡Absolutamente nada! Y entonces, ¿qué nos sorprende que haya asesores y estudiantes mediocres, ignorantes y desvergonzados que hasta llegaron al Tribunal Constitucional, empleadas domésticas, e hijitos de papá o mamá y cuanto personaje extraído de la fauna de la estupidez política que se creen con derecho constitucional a mamar del erario nacional? Los idiotas rematados somos los que cumplimos sagradamente con pagarle a la SUNAT lo que nos exige dictatorialmente, que es de donde sale esa ubre para alimentar a los que usan nuestros impuestos como les da la real gana, y que se ríen de nuestra obediencia patriótica y –dirán ellos– de nuestra estupidez. ¿Podemos seguir aguantando este atropello? No, pues, queridos *waiky kunas*, no seamos tan idiotas, aunque, a decir verdad, somos nosotros los responsables, primero por elegir irracionalmente a tantos abusivos, y segundo, por tolerar tanto atropello. A esos sujetos, machos y hembras, que usan indebidamente del poder sin ninguna autoridad hay que botarlos, sacarlos de donde están. No podemos aceptar esos castiguitos de otorongos, de tantos días o semanas sin sueldo. No, señor, hay que sacarlos de raíz de donde están y botarlos; qué tal raza. Demuestran delincuencia y los dejan en su sitio para que, después de un tiempo, vuelvan a las andanzas. No, pues; ¡afuera! Y que los reemplacen los accesitarios, con la esperanza de que sean mejores, aunque yo personalmente ya no sé si, al fin al cabo, no será la misma chola con diferente calzón. Pero conste que yo solo digo, y nada más. Les agradezco por escucharme. Permiso.

Miércoles 6 - 6 - 2007

Cada semana de estos últimos meses, los medios de comunicación nos informan de nuevos escándalos en el Congreso de la República. Ausentismo en las sesiones, dimes y diretes entre miembros de las bancadas, postergación en la discusión de proyectos, componendas y ataques por la futura presidencia y miembros de comisiones, destapes de nombramientos, empleados fantasmas y corruptelas por Dios y por la plata. Tanto escándalo y tanta falta de cordura, postura y compostura están justificando lo que un columnista de un diario llamó el gran pozo séptico. Creo que fue en el diario *Correo* que apareció ese diagnóstico. El pozo séptico es un gran desprestigio para todos: partidos políticos, instituciones y país. Lo que ocurre es que la Constitución de la República abrió las puertas por las que ingresaron los que tuvieron labia, cinismo y plata. Esa constitución que dice que en el Perú cualquiera puede legislar, como en los Estados Unidos, país en el que ni siquiera se exige ser norteamericano por nacimiento. Eso tal vez sea válido para los gringos del norte, pero aquí, mis queridos *waikykunas*, en nuestro Perú, donde, como dice el tango, cualquier burro quiere ser doctor, y, como me dijo un día mi hijo mayor, médico psiquiatra, “este es un país de igualados”. Aquí dejan que cualquiera, cualquiera, pueda llegar al Congreso, lo que constituye un enorme riesgo y una gran torpeza, desvergüenza y desfachatez. En el lenguaje cotidiano argentino hay una expresión que viene muy bien para expresar la disconformidad y el malestar. Los vecinos argentinos dicen que se sienten “podridos” cuando algo joroba. Claro que en el español oficial y académico está la palabra jodido, de joder, molestar, fastidiar, irritar, arruinar, para expresar cómo se siente uno con lo que hacen algunos congresistas. Claro que el nombramiento de ignorantes, de

primitos, sobrinitos, niñeras, costillas o testaferritos como asesores es otra corruptela para sacar la plata que sometidamente nosotros depositamos vía impuestos a la SUNAT. Oiga usted, todo, todo tiene un límite, y el aguante no puede llegar al masoquismo. Así las cosas, de ninguna manera hay que permitir que nos enchufen un sistema bicameral. El asunto no es abundancia o falta de plata, que sí la hay; el asunto es de carácter mental y ético. Si con una cámara nos meten más de un dedo, ¿usted se imagina con dos? Y no creo que sea vulgar hablar así. El problema no es del sistema político, el problema es del sistema nervioso, es decir, de la mente de los legisladores, sean estos diputados o senadores. Así tengamos una o diez cámaras legislativas, mientras la mentalidad de los legisladores sea la de un ignorante, irresponsable, egoísta, corrupto, soberbio y mezquino, todo será igual, y mientras eso exista y no se modifique, sigamos con una cámara, que basta y sobra. Pero conste que yo solo digo, y nada más.

Miércoles 13 - 6 - 2007

Queridos radiolibertadores:

¿Cómo van ingresando ustedes al invierno 2007? Eso que ahora llaman “sensación térmica” es ya de frío invernal, peor aún para los que dormimos solos. Dicen que para julio y agosto la cosa será de refrigeradora. Mientras tanto, a abrigarse por fuera y por dentro y... un consejo: a hacer todo, todo, vestido. Aunque mi hijo me dice que no es tanto el frío, sino la edad.

La famosa OIT (Organización Internacional del Trabajo) ha presentado un informe que deja muy mal parado al Perú. Dice que aquí, en el Perú, en nuestro amado país, y bajo las narices de las autoridades de los Ministerios

de Trabajo, Salud y del famoso e inefable Ministerio de Promoción de la Mujer y Desarrollo Humano, es donde se explota a los trabajadores más que en ningún otro país. Ese informe afirma que somos el único Estado donde se trabaja hasta 80 horas semanales, con el agravante de que la mayoría de horas extras no son remuneradas. En otras palabras, aquí se explota, se esclaviza, se infringen leyes y decretos internacionales que defienden y protegen la salud individual y familiar de los trabajadores. El informe de la OIT no incluye los miles y miles de niños que trabajan para subsistir o ayudar a sus padres a supervivir, mientras que políticos cínicos, ciegos para ver la realidad, declaran –a veces desde Ginebra, a donde viajan en primera clase y se hospedan en hoteles cinco estrellas, triple A, y comen y se atragantan en restaurantes de cinco o diez tenedores a costa del erario nacional, muy sueltos de huesos y con la conciencia en huelga– que eso es lo que heredaron de gobiernos anteriores y que ya están arreglando las cosas. Niños en las calles, niños prostituyéndose, niños robando y drogándose... ¡esa es la realidad!

El artículo segundo de nuestra Constitución prescribe que toda persona tiene derecho a la vida, a su integridad moral, psíquica y física, así como a su libre desarrollo y bienestar. Dice la Constitución, en su artículo cuarto, que la familia es la institución natural y fundamental de la sociedad, y en el artículo 22 afirma que el trabajo es la base del bienestar social y un medio de realización de la persona, y que es *objeto de atención prioritaria del Estado*. Esto último lo establece el artículo 25, en el que también se afirma que nadie está obligado a trabajar sin retribución, la misma que debe ser dice equitativa y suficiente para brindar bienestar al trabajador y su familia. Todas estas medidas, declaraciones, palabras y engañas hipnóticas caen por debajo del suelo frente a las declaraciones de la OIT. ¿Y el Ministerio

de Justicia? ¿Y los famosos, fantasmales y pitufos inspectores laborales?
¡Bien, gracias! Pero que conste, yo solo digo y nada más.

Miércoles 20 - 6 - 2007

La semana pasada se presentaron acontecimientos que calentaron el frío invernal. La sensación térmica aumentó, porque nos calentamos pues, nos amargamos, nos arde la paciencia y se quema nuestra fe en la política y en la justicia por esas horribles demostraciones de purulenta cocina en política y en los poderes institucionales peruanos. ¡Pero si es tan elemental la reflexión! La política sirve para gobernar al pueblo y para buscar y aplicar medidas que den a los ciudadanos felicidad, es decir, bienestar y bienestar corporal, mental, social y espiritual. Así de simple. ¿Por qué diablos, entonces, lo hacen tan complicado los llamados políticos profesionales, los tráfugas de la política o los fanáticos y fundamentalistas que gritan que su partido es el único y mejor, y que su partido salvará al Perú y que sus promesas son los sacramentos y los mandatos de la felicidad ciudadana? Lo que pasa es que están convencidos de que los peruanos son unos pobres idiotas a los que se les puede engañar muy fácilmente y a los que se les se puede meter el dedo... en la boca, convenciéndolos de que es el chupetito del máximo placer. Y si la política debe servir para un buen gobierno, la política debe servir para buscar los mejores caminos, los más eficaces, los más seguros, los más idóneos para aplicar ese valor ético que se llama justicia. Una justicia que no sea criminal, una justicia que tenga jueces justos, porque, como dijo Fedor Dostoievski en su novela *Los Hermanos Karamazov*, “si los jueces fueran justos, a lo mejor muchos criminales no serían culpables”. Pero si la política prostituye a la justicia, si la política trafica con la justicia, si la política viola a la justicia, entonces se perderá la

fe en la política y en la justicia, que ya no tendrán fuerza, y una justicia sin fuerza es lo peor que le puede pasar un pueblo. El Tribunal Constitucional, que es el nivel más alto de la justicia peruana, no puede, no debe, ser elegido por un poder político partidarizado o contaminado hasta la médula por intereses de grupo, individuales, egoístas y malsanos. Hay que cambiar con urgencia la disposición constitucional que así lo establece, pues constituye un alto riesgo para la justicia y para la salud social y espiritual en el Perú. En ese tan alto estamento del llamado poder judicial peruano no pueden estar políticos profesionales con actividad partidaria reconocida y de larga trayectoria, como tampoco pueden estar en él traficantes de valores éticos y económicos, cínicos, autócratas y esclavos de sinarquías. Pero que conste, yo solo digo.

Miércoles 27 - 6 - 2007

Seguramente ustedes han oído decir que la guerra es tan pero tan importante que no debe interesar solo a los militares. Igual afirmo yo de la salud, que, definida como bienestar y bienser corporal, mental, social y espiritual, no solo debe interesar a los médicos. Esto está claro como el agua químicamente pura. La salud debe interesarnos a todos, y nadie debe descuidarse ni permitir que otros se descuiden. Pero en caso de enfermedad, los profesionales de la salud, los expertos, los que han estudiado, los que se han quemado y se queman las pestañas para aprender más y más, como los médicos, por ejemplo, son los que deben participar prioritariamente, fundamentalmente, en el asunto. El resto debe escuchar. Frente a una tifoidea, a una tuberculosis, a un cáncer, o a una enfermedad venérea, hay que dejar hablar y actuar a un profesional preparado para entender y afrontar a esos problemas. Los otros profesionales podrán

opinar y decir lo que les dé la gana, pero cuando las papas queman, tienen que apartarse y dejar que el profesional médico resuelva el problema, si puede.

Un problema o un asunto de salud individual y colectiva de este tipo es la *sexualidad humana*. Tal vez más aún que la respiración, la digestión, la circulación u otras funciones y procesos fisiológicos humanos, *la sexualidad* es algo que interesa o debe interesar a todos, pero es un asunto fundamentalmente de una disciplina que se llama sexología. Y así como no todos los médicos son especialistas en cardiología, gastroenterología, oftalmología o neurología, tampoco todos los médicos son expertos en sexología. Y si esto ocurre en medicina, es más grande la ignorancia o la desinformación de otros profesionales como abogados, ingenieros, economistas, religiosos o políticos. Digo todo esto para precisar que cuando se trata de la sexualidad, en cualquier terreno, y más aún en el Congreso de la República, se debe hacer hablar y dejar a los sexólogos, expertos en sexualidad humana. Y si no hay buenos en el Perú, se consulta afuera. Cuando no ocurre esto, entonces se presenta el berenjenal que pasamos ahora con la nueva disposición legal que despenaliza las relaciones cóitales, escúchese bien, relaciones cóitales, ¡no sexuales!, de las personas entre 14 y 18 años de edad cronológica. Los gritos de protesta son de ignorantes prejuiciados y amnésicos que no quieren aprender que las vacas no se acuerdan cuando fueron terneras. Así ocurrió con los grandes amores como el de Bernardo, adultón, con Eloísa, púber, y también con el de Romeo y Julieta. ¿Cuántos años tuvo María cuando concibió por obra del Espíritu Santo? Pregunto no más, santurrones inquisidores. ¿Y cuántos años habrán tenido los legisladores cuando perdieron su castidad o su virginidad? Digo no más.

Miércoles 04 - 7 - 2007

Les confieso que estoy sorprendido por la gritería que se ha levantado con la candidatura del chino Fujimori, del señor ex Presidente de la República Peruana, del ciudadano peruano-japonés, del ingeniero agrónomo y del ex Rector de la Universidad Agraria y ex Presidente de la Asamblea Nacional de Rectores, entre otros títulos, al Senado del gobierno japonés. La gritería se ha desbocado, fundamentalmente porque el mencionado ciudadano va a representar a un grupo de ciudadanos japoneses que, presumiblemente, lo elegirían al parlamento japonés, porque él es ciudadano japonés. ¿Y qué hay de raro en esto? Antes debo aclarar que, no perteneciendo a ningún partido político, tampoco soy fujimorista; por si acaso. Pero, pregunto, ¿por qué tenemos que patlear tanto porque un peruano-japonés vaya a gobernar en el Japón? Ya bastante tenemos con que tanto extranjero venga a goberarnos aquí, en el Perú, a todos los peruanos. Durante siglos el Perú fue gobernado por conquistadores españoles químicamente puros y por mestizos y criollos hispano-peruanos con dos nacionalidades. Y más cerca de nosotros, ¿los señores Kuczynski y Waisman no tienen acaso dos nacionalidades? ¿El señor Mario Vargas Llosa no se hizo español después de querer ser presidente de la república peruana? ¿Y la señora Elian Karp, que “gobernó” el Perú, no era judía, belga, francesa y también peruana por matrimonio? ¿Y el señor Hugo Otero, embajador del Perú en Chile, no es chileno por madre, francés por matrimonio y peruano, además? Si hasta pusimos a “gobernar” el “arco” del fútbol peruano, arco o portería de la selección nacional de fútbol a Ramón Quiroga, argentino-peruano al que sus compatriotas argentinos le hicieron ¡seis goles!, que era el número justo que necesitaba la selección argentina para llegar al mundial. ¡No joroben, pues! Así que ¿aguantamos que los extranjeros nos gobiernen

como les da la gana y no admitimos que un peruano vaya a gobernar al Japón? ¡Qué tal raza! Sí, creo que hasta el presidente Alan García debe ser argentino por matrimonio, como nuestra primera dama es peruana por matrimonio, y, por lo tanto, también gobierna. Y en el extranjero: ¿Menem no tenía doble y hasta triple nacionalidad (árabe-argentina-chilena) por segundo matrimonio? Arnold Schwarzenegger, gobernador de Estados Unidos, ¿no tiene doble nacionalidad? Y Sarkozy, presidente de Francia, país recontrachauvinista, ¿no tiene doble nacionalidad? ¿Y la cantidad de cubanos que gobiernan en los Estados Unidos? No joroben más con eso de la doble nacionalidad, que también la tengo yo, como un montón de peruanos. Otra cosa son los problemas judiciales; eso es agua de otro cántaro. Pero que este peruano-japonés llamado el Chino gobierne en Japón ¿por qué no? ¿Se acuerdan de ese peruano por matrimonio que trabajaba en la selva y que se presentó como candidato a la presidencia de la república de Polonia? ¿Quién protestó? Más bien lo felicitaron, ¿y qué? Pero que conste, yo solo digo, y nada más.

Miércoles 18 - 7 - 2007

Permítanme confesarles que varias personas me han hecho la siguiente pregunta: “¿Cuáles son los factores psicológicos que pueden considerarse importantes en los conflictos que sufre hoy nuestra patria? Es una pregunta muy lógica, muy oportuna, muy importante, pero la respuesta resulta bastante difícil. Sin embargo, voy a proponerles que ensayemos los siguientes elementos:

Primero: inteligencia. Muchos expertos definen a la palabra inteligencia como la capacidad mental para resolver problemas. Otros dicen que es la

capacidad para adaptarse a cualquier situación. Según estas definiciones, a los peruanos, y en especial a los protagonistas de los conflictos de hoy, les hace falta inteligencia para solucionar sus dificultades; no tienen la competencia necesaria para salir de los laberintos que están arruinando la convivencia y la cooperación. Otros, como yo por ejemplo, no podemos adaptarnos a tanto caos y a tanto barullo que personalmente vivo desde hace tantos años, con la misma cantaleta de “pásame la S, pásame la U” ..., o la otra que dice: “Y va a caer, y va a caer...”. Gritería vacía, inconforme, repetitiva y tonta. Falta, pues, inteligencia, mucha inteligencia, en especial en los gobernantes y líderes protestones. Falta inteligencia, el insumo de la creatividad.

Segundo: aprendizaje. Yo defino al aprendizaje como el cambio de conductas, comportamientos y mentes después de una experiencia. El aprendizaje es pariente de la inteligencia e involucra a otras capacidades mentales como la atención, la vigilancia, la alerta, la concentración, el conocimiento y hasta la sabiduría. Pero una inmensa mayoría de peruanos que viven del conflicto, de la anarquía, de la pelea, no quieren o no pueden aprender de sus experiencias y viven años tras años de la política y de la pelea, sin cambiar, con la misma mentalidad troglodita y dictadora que despliegan año tras año y gobierno tras gobierno.

Tercero: memoria. ¿Cómo es posible que, como dice la gente, el toro no se acuerde cuando fue ternero? Si ayer nomás, antes de ayer, hace poco, solo hace algunos años, hemos sufrido los mismos problemas con iguales causas y terribles resultados. Hay tanta imbecilidad que seguimos igual y peor aun, gobierno tras gobierno. ¿Acaso no se acuerdan que del 8 de mayo al 25 de agosto de 1991 el SUTEP estuvo 109 días en huelga con

parecidas motivaciones a las de hoy? El primer gobierno aprista nos metió en el atroz laberinto económico que sufrimos con tanto sacrificio, y esa memoria no sirvió en el último proceso electoral. Lo terrible de ahora no es solo la economía distributiva. Son estos mismos elementos de abuso de poder, de abandono, de inconformidad, de frustración, de infraternidad y hasta de insensibilidad los que finalmente producen la misma locura de toda la vida. Nos hace falta acaso una nueva revolución, a lo mejor revoluciones, pero sobre todo una revolución de la esperanza racional. Y hay otros muchos factores psicológicos en esta crisis de desesperación, pero por ahora basta...

Miércoles 25 - 7 - 2007

Hoy día, quiero pedirles un favor. Les ruego que me ayuden a pensar y a buscar una respuesta para una inquietud, una seria, muy seria duda que tengo que resolver, frente a esta situación que sufrimos desde hace años y a la que calificaría de estúpida, si no fuera justamente porque aún no veo con claridad el diagnóstico. He aquí el problema: entiendo, creo, que cualquier trabajador, sea del sector estatal o público, tiene deberes y responsabilidades, como las tiene el empleador, patrón o jefe. Cualquiera que tenga poder en un empleo no puede botar a nadie, de la noche a la mañana, simple y llanamente porque le da la gana, ¿no es cierto? Igualmente, ningún empleado puede dejar el trabajo en el que se ha comprometido a servir, sin avisar con cierta anticipación, porque si lo hace pierde todos sus derechos laborales que lo protegían. ¿Correcto? Así lo establecen las leyes. Peor aún si un jefe despide a todo su personal sin notificarles las razones y con el tiempo debido al que lo obliga la ley. Pues bien, los trabajadores no pueden, así como así, bruscamente, de la noche a la mañana, declararse

en huelga sin avisar, sin notificar, sin exponer sus motivos con la debida anticipación, para que los empleadores tomen las previsiones necesarias y para que ambos, empleados y trabajadores, conversen, dialoguen y expongan, con respeto mutuo y consideración bilateral, los motivos, las posibles soluciones y las consecuencias de sus actos. Y si se quiere plantear una huelga indefinida, pues hay que saber que esas mismas leyes obligan a cumplir procedimientos legales y civilizados para alcanzar los objetivos deseados. Eso, creo, está ocurriendo con la Federación de Médicos que trabajan en los servicios de salud del Estado, que están anunciando desde hace días, con anterioridad, una posible huelga que, según ellos, sería el último instrumento, el medio final para reivindicar sus derechos. Considero que con el SUTEP pasó y pasa igual con Casapalca también, y con los paros y huelgas regionales. Lo que no entiendo es por qué esa cantaleta de exigir una “mesa de diálogo”, frase desafortunada y huachafa para resolver problemas a última hora, cuando aquello de “guerra avisada no mata gente” ya pasó, como la misa de once “ya fue”, como dicen los muchachones. ¿Cómo diantres es que con la anterioridad legal, inteligente, obligatoria, las autoridades reclamadas y los trabajadores reclamantes no se sentaron a conversar, a dialogar, en una mesa o en un banco, y a buscar soluciones, y se tuvo que llegar a tanto lío y a tanta, como dije, estupidez, de cuya situación y sufrimiento somos víctimas los que no tenemos ninguna vela en este entierro? Y después de tanto alboroto, los culpables salen orondos y cínicos a declarar que el problemón ya fue resuelto. No joroben, pues, que los estúpidos no somos nosotros. ¿Qué se han creído? ¿Entienden ustedes, queridos radiolibertadores, esta situación? Y la misma chola con diferente calzón se presenta en el fútbol. Se fue el director técnico y se quedan los dirigentes. Ja, ja, ja. “Mire bien, señor gobernador, que allá va el entrenador y aquí queda el carnicero”. Pero que conste que yo digo y nada

más. ¡Ah!... y que pasen con mucha salud estas nuevas, aunque iguales, o a lo mejor peores, Fiestas Patrias. Permiso.

Miércoles 01 - 8 - 2007

Debo confesarles que desde hace ya varios años no escucho, ni veo, los llamados mensajes presidenciales de Fiestas Patrias. En resumen, debo decir que las causas de esta decisión se pueden agrupar en la expresión “higiene mental”. Con raras excepciones, bien raras, los mensajes presidenciales para mí tienen un gran componente de autoelogio, de vanidad, de hiperautoestima y de hiperautovaloración, lo que también puede llamarse en resumen egolatría. En algunos discursos nos han hecho creer que los chanchos vuelan, y en otros, que los caballos suman, restan, multiplican y hasta saben geometría, como ese caballo llamado Hans que hizo ganar tanta plata a su dueño alemán, hasta que el público hipnotizado llegó a darse cuenta de que todo era una farsa. En otros discursos presidenciales, se hicieron tremendos anuncios que dieron escalofríos, como aquel de la nacionalización de la banca, o el otro de la reforma agraria. Las declaraciones presidenciales me hacen recordar a esos vendedores de sebo de culebra o a esos otros que nos ofrecen la magia del magnesio, de la baba de caracol, de la concha de nácar, de la orina curativa, de la afrodisiaca maca, o de tantas otras plantas, frutos, flores y raíces antisídicas o anticancerosas, que se ofrecen como remedios para resolver problemas que van desde la pobreza hasta la infidelidad, pasando por la impotencia generalizada, y que llenan los bolsillos de los charlatanes, mientras la medicina auténtica, esa que ha nacido y se ha desarrollado desde hace siglos, desde Hipócrates, Galeno, Hipólito Unanue, Cayetano Heredia se asfixia. El hecho es que la neuropsicología agoniza, se asfixia

y desaparece de la mente de tanta gente ingenua, ignorante, crédula e irracional, que hace ricos a los pseudocientíficos.

Por eso y por muchas otras cosas más, como dice la canción de Navidad, no escucho los discursos presidenciales de Fiestas Patrias. Un amigo me confesó que tampoco los escucha, pero por otra razón. Me dijo que corría un gran riesgo, porque al oír y ver al hablador podía convencerse del mundo feliz en que se vive o en el que se va a vivir. Lo que sí vi en la televisión del domingo último fue una indignidad repetida hasta el delirio. Se volvió a presentar a los pobres, humildes deteriorados, enfermos mentales de un hospital psiquiátrico de Lima, en una parodia indignante, sin respeto por su estado patológico, atropellando el secreto profesional y el derecho a la intimidad y a la confidencialidad, en una absurda, estúpida y maldiciente demostración de su locura. ¿Dónde está la conciencia profesional de los médicos y el resto de profesionales de la salud de ese hospital? Señor Ministro de Salud, ¿donde ha quedado el código de deontología profesional? Señores familiares de esos pacientes, si existen, ¿dónde han arrojado el respeto a la demencia de esas pobres personas que han anulado o han deteriorado su autocritica para protestar por su postración irrespetuosa, circense o de payasada de plazuela? ¿O es que la ética en estos tiempos y en este país también va desapareciendo?

Miércoles 08 - 8 - 2007

Estoy seguro que ustedes, como yo, saben que el idioma es un medio extraordinario para comunicarse. Estoy seguro que ustedes, como yo, creen que el lenguaje ha sido creado por la naturaleza y por los millones de años que tiene la vida, y que los seres humanos hablamos, escuchamos,

leemos y escribimos para transmitir nuestras emociones, para compartir nuestros conocimientos; en resumen, para comprendernos mejor y amarnos más. Pero ocurre que hay seres humanos, muchos seres humanos, que usan el lenguaje y el idioma para mentir, para difamar, para traicionar, para engañar, para delinquir. Por eso, la lengua, el idioma y el lenguaje, es decir, los mejores procesos de comunicación, se devalúan más y más y ya no sirven para el desarrollo humano. Se miente cuando por ejemplo se dice: “Te amo con todo el corazón”. Me pregunto por qué no se dice que se ama con los pulmones, el estómago o los intestinos. Se afirma que el “Padre Nuestro” está en los cielos; me pregunto, por qué no baja aquí, a la Tierra, que es donde más se lo necesita. Se inventan frases, se declara con rimbombancia que se es libre, que se está haciendo la gran revolución, que se trabaja para todos y por lo pobres, que se defenderán las doscientas millas, pero, ¿quién es libre en este mundo? ¿De qué revolución nos hablan? Los pobres se siguen muriendo de hambre o de tuberculosis, ¡y no se sabe qué es una milla! Nos dicen que el mundo feliz está en el Perú, y aquí la corrupción aumenta y la pus brota más y más como lo afirmó don Manuel González Prada. Se crean títulos, denominaciones, nombres, con grandes ceremoniales y gran palabrería y nos damos cuenta tarde, muy tarde, que no sirven para nada, ¡para nada! Pero nos damos cuenta cuando ya esas famosas instituciones “protectoras” se han tragado millones y millones de soles.

Allí están, por ejemplo, la Comisión de la Verdad, la Reforma Educativa, la reorganización judicial, el Acuerdo Nacional, la Mesa contra la Pobreza; están los inspectores homologados de tránsito y otras comisiones con enormes presupuestos y con cero goles, y como en el fútbol, los miembros, los directores, los titiriteros, los vivazos que comieron gran parte de la

torta se van, se quitan, se fugan. Y ahora se crea el Pacto Social y se habla, con huachafería, del S. M. V., es decir, del Salario Mínimo Vital. ¿Para qué tanta palabrería, si es la misma chola con diferente calzón? ¿Para qué tanto cabreo, si no se sabe o no se quiere meter los goles? Y también está la “subasta inversa”... ¡Qué horror! Inverso en castellano, en español, significa alterado, trastornado, contrario. Por lo menos vean el diccionario, señores políticos... ¿o es que fue así la famosísima subasta? Yo solo pregunto y nada más.

Miércoles 29 - 8 - 2007

Mis queridos y respetados radiolibertadores, *waikykunas* y *warmikunas*: Pasado el terrible susto y la gran catástrofe del sur, urge, creo, un examen de conciencia y un propósito de enmienda, como dicen los creyentes, muchos de los cuales aún piensan que los terremotos y toda otra catástrofe son castigos de Dios, o “pruebas” que envía Dios para soportar este valle de lágrimas. ¡Qué tal tontería! Si así fuera, por qué pues se derrumban las iglesias y mueren sacerdotes y sus familiares y gente creyente resulta muerta, herida o aterrorizada, inclusive dentro de las propias iglesias. Los sismos, temblores o terremotos y todas las catástrofes naturales son producto de hechos que sufrimos porque vivimos en este planeta que se llama Tierra y porque lo sólido se desplaza dentro de lo líquido y una masa rocosa va a un lado y la otra a la otra, y así será porque así es eso que se llama naturaleza. Si usted quiere, piense que ese es el gran alquiler que uno paga por vivir aquí, y que no hay nada de misterio, ni de destino o de Dios. Si usted vive a la intemperie, tiene que mojarse cuando llueve, y si se pone debajo de un árbol, sepa que le puede caer un rayo. Si hay mucho sol y está

desnudo, tendrá que aceptar que se bronceará y le dará insolación y que hasta se puede morir por deshidratación; y si hay mucho frío, ya se sabe que si no se protege, le dará neumonía. Igualito, si decide vivir en el Perú, tiene que saber, está obligado a admitir, que cada cierto tiempo habrá temblores y terremotos. Y aquí eso nada tiene que ver ni con el Señor de los Temblores ni con el Señor de Luren, ni menos con la Melchorita. Esto es un asunto de la naturaleza y de la racionalidad. A decir verdad, no saca usted nada, o saca muy poco, rezando o echándole la culpa a Dios. Lo que tiene usted que hacer es admitir que en nuestra patria hubo, hay y habrá temblores y terremotos, y que tiene usted que estar preparado para recibirlos en cualquier momento, y que debe usted asegurarse de vivir en una casa bien hecha, con la esperanza racional de que el terremoto no sea de siete o más grados... ¡y punto! Y también hay que exigir la presencia urgente de profesionales para la preparación, rehabilitación y reconstrucción de viviendas y escombros y no permitir –me escucha por favor–, no permitir que cualquier improvisado u ignorante salga a resolver los problemas, sea un obrero de construcción civil, un empresario o un presidente de la república, porque las opiniones de los ignorantes son remedios peores que la enfermedad. Pero que conste, yo solo digo y nada más.

Miércoles 12 - 9 - 2007

Lo que hace a un país subdesarrollado es una serie de variables que tienen que ver con el orden, la justicia, el respeto a la vida, la cultura y, en especial, la lentitud de los seres humanos para caminar hacia la racionalidad. Lo que define al antónimo, es decir, lo contrario de lo racional, es la imbecilidad. Un país que no tiene a la racionalidad

como columna de su desarrollo no es un país subdesarrollado, sino que es un país imbécil. El subdesarrollo mental es el peor de todos. Creer que los terremotos son pruebas que nos impone Dios es una llana y simple imbecilidad. Inyectar virus del SIDA a través de una transfusión sanguínea a gente normal es una real y contundente imbecilidad. Meterse en un barco sin exigir las mínimas condiciones de seguridad es simple y llanamente imbecilidad. Pretender justificar, por espíritu de cuerpo, “en el dolor hermanos”, por “disciplina compañeros”, conductas, comportamientos, mentalidades corruptas, como la de una congresista que contrata empleados coimeros, no fantasmas sino coimeros, es simple y llanamente subdesarrollo mental, es decir, “imbecilidad”. Permitir sin control una publicidad inclemente, reiterativa y avasalladora de la cerveza y el pisco, sabiendo que son drogas, que con ellas se puede ingresar a la adicción y al consumo de otras drogas, como la pasta básica de cocaína o el clorhidrato de cocaína, o que con ese consumo de alcohol se perpetran accidentes de tránsito, peleas, delincuencia y hasta homicidios, y que se matan neuronas, en especial de cerebros jóvenes, esa publicidad traficante, biotraficante, es simple y llanamente imbecilidad. Se informa que entre enero y agosto del año 2007, se han producido más de 250 suicidios en nuestro país. Y se afirma que entre ellos hay casi un 2% de niños y adolescentes, todo lo cual, para conmemorar el Día Mundial del Suicidio, es una linda ofrenda a la muerte. ¿Cuál es la política de salud mental en el país? Consumo de drogas en aumento, accidentes de tránsito, corrupción masificada, suicidios, pobreza, etc., lindas cifras de desarrollo humano en el Perú, y todo esto con la riqueza macroeconómica. Pregunto: ¿somos un país que camina a la conquista de la salud corporal, mental, social y espiritual? ¿Somos un país racional? En 1975, tuve el honor de asistir a una conferencia internacional, en una

ciudad satélite de la Unión Soviética de ese entonces, llamada Alma Ata, al sur de Moscú, y en esa reunión se proclamó “Salud para el mundo en el año dos mil”. El Perú, como país signatario de ese acuerdo, ¿ha logrado ese objetivo? Respuesta contundente: ¡no pues, mil veces no! Entonces habrá que gritar ahora: salud para todos en el Perú... para el año... tres mil... Pero que conste, yo solo digo y nada más.

Miércoles 19 - 9 - 2007

Hay situaciones tan curiosas, raras, insólitas y hasta extravagantes, es decir, fuera del orden común, extrañas, peculiares, desacostumbradas, que rayan en lo delincencial y hasta son materia de políticas criminales. Yo llamo *política criminal* a la utilización del concepto “política” en acciones nefastas que atentan contra la moral, la ética y la deontología, acciones perpetradas por cínicos, sinvergüenzas, desvergonzados, malandrines, que se infiltran en los partidos políticos, en el gobierno, en El estado, en todo tipo de instituciones, estatales o privadas, y hasta en las familias, para robar, difamar, mentir e incluso asesinar. Son personas que descienden a la categoría de individuos, y que atacan a la vida, al orden, a la honradez, a la civilización y al progreso del *Homo sapiens* en su marcha evolutiva hacia el nuevo hombre. Estas terribles y trágicas situaciones van en aumento en nuestra patria... Ya no se trata de corruptelas por automóviles, camionetas, microbuses, ambulancias, patrulleros, o lo que sea para servir en ministerios como el de Salud o del Interior, sino que ahora se trata de la vida misma. Se trata del trágico error en las transfusiones sanguíneas contaminadas con enfermedades incluso mortales; se trata del reparto de alimentos y enseres sobrevaluados en las zonas de emergencia; se trata del uso de vehículos mal contruidos, como los camiones ómnibus; se

trata de la venta insolente, demente, incontrolable de bebidas alcohólicas, incluyendo la cerveza, y de otras drogas destructivas de la salud corporal, mental, social y espiritual. También están esas situaciones horribles de prácticas criminales como las violaciones, inclusive por miembros de las iglesias; está la prohibición fanática de anticonceptivos que evitan embarazos indeseados y enfermedades de transmisión sexual. Pero también está la prohibición de la libertad de expresión, o de la consulta popular para conocer el parecer de la gente sobre la explotación de minas, por ejemplo. El Estado peruano firmó y ratificó un convenio con la Organización Internacional del Trabajo en el año 1993, mediante el cual se dice, en el artículo sexto, que los gobiernos deben consultar a los pueblos indígenas mediante sus propios procedimientos, cada vez que se prevean medidas legislativas o administrativas susceptibles de afectarlos directamente. Y eso es lo que está ocurriendo en Piura, con Majaz, con una consulta a la que el gobierno no quiso reconocer. A eso se llama anomia. Y desgraciadamente, el dolor crece a cada rato, como lo afirmó César Vallejo. “...crece a treinta minutos por segundo... Jamás, hombres humanos, hubo tanto dolor en el pecho, en la solapa, en la cartera, en el vaso, en la carnicería, en la aritmética! Jamás tanto cariño doloroso... Jamás, señor ministro de salud, fue la salud más mortal... ¿qué hacer?”, preguntó César Vallejo en su poema “Los nueve monstruos”, que forma parte de sus *Poemas humanos*. Y lo pregunto ahora yo. Pero que conste, yo solo pregunto nada más.

Miércoles 26 - 9 - 2007

Los últimos acontecimientos ocurridos en relación con la extradición del ex presidente Alberto Fujimori ponen claramente sobre la mesa nuevos

argumentos para afirmar que la política peruana tiene graves signos y síntomas de inmadurez, por decir algo benévolo, y que hay riesgos enormes de que la gente joven, y también la vieja, como yo, decida no intervenir activamente para nada en eso que aquí se llama “política”. Pero hay todavía un riesgo mayor: que tampoco interese ya informarse sobre estos asuntos por simple higiene mental o para no perder el tiempo. No es este el momento, ni el lugar, de lanzar grandes y numerosos argumentos para justificar lo que afirmo. Simplemente agregaré lo siguiente:

Hay un refrán que dice: “A grandes males, grandes remedios”, ¿no es cierto? Es un proverbio de sabiduría popular, de experiencia milenaria y que ya se ha hecho hasta de sentido común. Los ejemplos de su aplicación práctica son numerosos y en diferentes campos. Así, si una persona, digamos un pianista eximio o un futbolista de alto nivel, tiene una gangrena en la mano o en un pie, el gran remedio a esta enfermedad es la amputación de la mano y del pie enfermos, si se quiere conservar la vida de esta persona. Y si alguien padece una enfermedad tan grave que la arrastra a una indignante agonía, puede plantearse la eutanasia y hasta el suicidio asistido para ayudarlo a *bien morir*—todo mientras la ciencia descubre los métodos para prevenir y curar esas enfermedades—. Para aplicar lo que acabo de decir, es imprescindible, también por dignidad y por ética, la opinión y autorización de pacientes y familiares. ¿Qué se hizo, mis respetados radiolibertadores, que se hizo, para terminar con estas terribles lacras que se llaman terrorismo e inflación en el Perú, a veces incluso fomentados por varios gobiernos? ¿Se aplicaron grandes remedios a esos grandes males, males cuyos responsables aún se pasean orondos por las calles y salones de todo el Perú y hasta en el extranjero? Delinquentes de cuello blanco se les ha llamado, inimputables ellos.

Pero, pregunto con otra sentencia: ¿es que el fin justifica los medios? El general llamado el “gaucho” Cisneros, del gobierno de Juan Velasco Alvarado, afirmó un día: “Si para matar a un terrorista tengo que matar a cien inocentes, lo voy a hacer”. Muchas otras experiencias hacen pensar que para hacer política en el Perú hay que ser o muy “vivazo” o muy masoquista o muy olvidadizo, tanto que se bordea la frontera del cinismo, como las vacas que no se acuerdan cuando fueron terneras. Pero conste que yo solo digo...

Miércoles 12 - 12 - 2007

Permítanme recordar a ustedes que el autor de la expresión “el perro del hortelano”, puesta hoy de moda, fue don Félix Lope de Vega y Carpio, escritor y poeta español que vivió entre 1562 y 1635, autor de las obras *Fuenteovejuna*, *El caballero de Olmedo*, *El mejor alcalde el Rey*, *La dama boba*, *Lo cierto por lo dudoso*, y de esa obra genial que se llama precisamente así: *El perro del hortelano*, y que supongo, supongo no más, habrán leído y releído los que usan esa frase para expresar que hay gente que “no come ni deja comer”. A Lope de Vega lo han llamado “El Fénix de los Ingenios”, por la enorme riqueza de su producción literaria. Hace, pues, más de 300 años que se acuñó esa expresión que hoy califica a muchos, muchos peruanos, a los que yo identifico por la frase de que siempre ofrecen: “Mi respuesta es no, ¿cuál es tu pregunta?”. Esas personas conflictivas, hombres y mujeres, abundan en nuestro país, en todas las clases sociales y en todos los círculos. Pero también existen otros que la literatura, igualmente, nos ayuda a calificar. Mario Vargas Llosa, durante su campaña electoral para la presidencia de la República, los calificó también despreciativamente con el término “cacasenos”. El autor norteamericano, ya fallecido y no

tan conocido por el pueblo peruano, John Kennedy Toole escribió una extraordinaria y sabrosa novela que llamó *La conjura de los necios*, en cuya primera página transcribió una frase de Jonathan Swift, escritor irlandés que vivió entre 1667 y 1745, que dice: “Cuando en el mundo aparece un verdadero genio, puede identificársele con este signo: todos los necios se conjuran contra él”. Por eso se dice también que nadie es profeta en su tierra. Y usando el título de esa novela, *La conjura de los necios*, afirmo que aquí en el Perú hoy prolifera cada vez más la conjura de los pendejos. Pendejo no es el vello púbico, sino, como lo afirma el diccionario, el hombre tonto, cobarde, pusilánime, estúpido, y más recientemente es también el vivazo, el criollazo, el cínico y el desvergonzado. Están en la política, en las religiones, en el deporte, en el periodismo y en todas partes. Y ahora se han juntado, en uno solo, el necio y el pendejo. Habría pues que llamarlos *pendejenecios*, y son los que se meten en las empresas, en las dirigencias deportivas y hasta en las universidades. Por eso, ahora, casi todo huele a excremento. Están ya en los mejores hoteles, en los clubes sociales, en las dirigencias empresariales y deportivas, es decir, están en todas partes para *joder*, voz castellana, malsonante, que significa también fastidiar, destrozar, arruinar, echar a perder, dar cólera, irritar, deteriorar la cultura. Los encontramos hasta en la sopa y nadie hace nada para detener su proliferación.

Miércoles 19 - 12 - 2007

Mis respetados radiolibertadores:

Como ustedes saben, *colonizar* significa conseguir que alguien o algo dependan o se sometan a otro u a otros. *Colonización* es la acción

de lograr que una persona, un país o una nación dependan de otra, perdiendo su autonomía, su identidad, su libertad. Y la libertad es el valor ético número uno, el más importante, el más humano. Colonizador fue Pachacútec, y lo fueron los españoles, que llegaron y se quedaron. El Perú, siguiendo su tradición de siglos, sigue siendo víctima y también culpable de diferentes tipos de colonialismo, y sobre todo de uno de ellos, el más grave, el colonialismo mental, que nos enajena día a día y que esclaviza cerebros y mentes de niños, jóvenes, adultos y viejos, mujeres, varones, intersexuales, costeños, andinos y selváticos, y que nos hace hablar con términos extranjeros, que nos hace usar “teléfonos celulares” en vez de “teléfonos portátiles”, que nos hace consumir café de cebada, arroz de trigo, mate de coca, chocolate sin cacao, que nos hace decir “chatear” por “conversar”, “okey” por “bueno” o por “de acuerdo”, que hace que un cholo diga que se llama John, en lugar de Juan, que una selvática diga que se llama Elizabeth en lugar de Isabel, que se pida una bebida light en lugar de una suave o ligera, y que para Navidad se tenga a Papá Noel vestido de invierno en meses de verano, que a su trineo lo traigan ciervos en lugar de llamas, y que a los regalos los metan por una chimenea en una ciudad con casas sin chimeneas, igual que cuando se dice que a los niños los traen las cigüeñas en un país que no tiene cigüeñas sino cóndores y hasta gallinazos. En estas condiciones de alienación crónica, qué más da, queridos compatriotas, que se vuelvan a zampar los mercachifleros, negociantes, colonizadores. Los tiempos actuales no son para invadir a un país con ejércitos sino con otras tácticas, pero la estrategia es la misma: colonizarnos, descerebrarnos, enajenarnos, hacernos dependientes y sumisos, desperuanizarnos. El pisco ya tiene dos nacionalidades; la chirimoya, el arroz con leche y el suspiro a la limeña ya no son solo peruanos. Así, el lago Titicaca se

transformará en Chili-caca... y pronto los medios de comunicación tocarán el himno chileno, con aceptación, silencio y alegría de nuestro embajador en Chile, el inefable H.O., de madre chilena y con doble estrella, la aprista y la del sur. Pero que conste que yo solo digo y nada más, y les agradezco por escucharme. Permiso.

**SEGUNDA
PARTE**

■ IV. LA POLÍTICA

La afirmación que, según los enterados, viene de Aristóteles y declara que “el hombre es un animal político” exige una aclaración, aunque fuera por simple convencionalismo, de lo que se entiende por “político” y, en consecuencia, por “política”. Si recurrimos a la Biblia lingüística, que es el diccionario, recogemos las siguientes acepciones de “política”: “Arte, doctrina u opinión referente al gobierno de los Estados. 2. Actividad de los que rigen o aspiran a regir los asuntos públicos. 3. Actividad del ciudadano cuando interviene en los asuntos públicos con su opinión, con su voto o de cualquier otro modo. 4. Cortesía y buen modo de portarse. 5. Por ext. Arte o traza con que se conduce un asunto o se emplean los medios para alcanzar un fin determinado. 6. Orientaciones o directrices que rigen la actuación de una persona o entidad en un asunto o campo determinado”.

Esto es lo que sugiere u ordena el sacrosanto diccionario que debe entenderse como “política”. Como se aprecia, es una mezcolanza, una ensalada conceptual que complica enormemente la simplona afirmación aristotélica. Desde la primera afirmación, que considera a la política como un “arte”, ya aparece el desconcierto, pues se advierte que en muchos lugares y en muchos centros académicos luce la pretendida creencia y seguridad de que la política es una “ciencia”; y se evidencia este convencimiento al poner a esos centros educativos, a esos ambientes académicos, a ese conjunto

de asignaturas, a ese currículo de enseñanza-aprendizaje, el rimbombante nombre de “Facultad de... y de ciencia política”, así, en singular además, “ciencia”, lo que sorprendentemente ocurre hasta en la vieja universidad de América que es San Marcos. Yo estoy seguro de que la famosa política tiene muy poco de ciencia, si la tiene, sobre todo en su doctrina, es decir, en su ejercicio práctico y cotidiano.

La referencia al “gobierno de los Estados” nos conduce a los “gobernantes”. La palabra tiene una raíz que nos conduce hasta a Platón y Sócrates, a Alcibíades, Clitofón y Gorgias, y con ellos a *kubernesis*, *kuberne* y *kubernetes*, es decir, a “pilotos”, “conductores”, “timoneles”, “barcos”, gobiernos, o sea *cibernética*. La palabra estuvo escondida hasta el siglo diecinueve, cuando en 1854 la rescató André- Marie Ampère para referirse a la electrodinámica y al crear el electroimán como *gouverneur*. Finalmente, en 1948 la utiliza Norbert Wiener, creador de la nueva disciplina: la cibernética.

La política entonces se tiñe, como diría un personaje cómico de la televisión, sin “querer queriendo”, de ciencia, de matemática, de informática, de electrónica y de computación. Y es así como los buscadores de poder, marchando con la modernidad tecnológica y refugiados en el término y en el concepto, encuentran un “ábrete sésamo” para sus ambiciones y asaltos.

Cuando el diccionario señala que “política” es la “actividad de los que rigen o aspiran a regir los asuntos públicos”, está refiriéndose a los que gobiernan, es decir, a los gobernantes y también a los candidatos, a los ilusionados o alucinados, a los desilusionados personajes que piensan o están seguros que pueden gobernar. El término comprende, pues, tanto a candidatos como a gobernantes, los que, entre otras, deberían contar

con las cualidades de prudencia, virtud, tolerancia, equilibrio emocional, autocontrol, armonía espiritual, coraje, etc., todos aspectos mentales de los que volveremos a ocuparnos más adelante. Los griegos tenían un término que puede resumir estas condiciones: *sofrosyné*, que alude a la facultad de pensar, de sufrir, de vivir, de *ser* y estar en perfecta armonía.

El diccionario se refiere a la aspiración de gobierno o al gobierno de los “asuntos públicos”. Pero ¿está esto connotado, o está denotando esta acepción que el gobierno es de instituciones estatales y no privadas? ¿O acaso el término “público” se refiere a todo tipo de “asunto” que tenga que ver con el público, con la gente, con los ciudadanos comunes y corrientes sin aspiraciones ni ambiciones de candidatos o gobernantes? Porque candidatos y gobernantes los hay en colegios, universidades, fuerzas armadas, religiones, clubes sociales, partidos políticos, bancos, asociaciones diversas y en todo grupo humano con necesidad de “gobierno”. Por eso se habla de *políticas*. Por ejemplo, la gente habla de “política deportiva” para connotar no solamente objetivos, fines, procedimientos, normas, logística y todo lo que implica la implementación de estrategias y tácticas en esos y otros sectores, instituciones o estamentos, sino también la selección y elección de gobernantes que van a poner en práctica esos planes.

Lo mismo se puede decir de la tercera acepción, según la cual el término se refiere a “la actividad del ciudadano cuando interviene en los asuntos públicos”. Pareciera entenderse que esa actividad se desarrollaría solo en instituciones estatales; pero no creo que sea así, sobre todo si se recuerda que “público” deriva del latín *públicos*, es decir, lo que es notorio, manifiesto, que no es “privado”. Se dice también que “público” es lo que pertenece al pueblo; además se lo considera sinónimo de “oficial”, y se extiende

el significado al “conjunto de personas que participan en las mismas aficiones”. Así pues, “política” es lo no privado, lo oficial, lo notorio, lo que no es clandestino ni escondido, es decir, se refiere a los asuntos manifiestos y pertenecientes al pueblo. Así se encuentran, convergen, los términos “público” y “política”.

Las raíces griegas de *política* tienen tres fuentes: *polis*, *politeia* y *politiké*. *Polis* se refiere a ciudad, villa, comarca, reunión de ciudadanos. *Politeia* apunta a Estado, a normas, a derechos, a régimen. *Politiké* significa arte, técnica, *techné*. Reunidas estas fuentes, estas raíces, diríamos que *política*, desde los griegos, es el arte y la técnica del régimen de las normas y derechos de un Estado, de los pueblos, de los comarcas, de las ciudades, de las villas.

A partir de estos conceptos, propongo la siguiente definición de *política*: “*Conjunto de principios, normas, medios, actos, ideologías, doctrinas, mediante las cuales se construye el bien común de los individuos, de las personas, de la sociedad, de la naturaleza, del mundo y del universo*”.

Para ejercer esta actividad a cabalidad, se requieren varias cualidades, capacidades y aptitudes que desbordan el concepto de vocación. En otra parte de este libro diseñaremos ese perfil psicológico o mental. Por ahora, solo diré que quien no cumple con esos requisitos fundamentales del “ser político” y del “estar en política” tendrá todas las tentaciones y podrá desviar su camino del estricto cumplimiento de ese deber de gobernar para cumplir los nobles objetivos para los cuales se considere destinado. La desviación, la prostitución, la contaminación de esos ideales configuran la *política criminal*.

En un hermoso libro sobre la psicología del amor, Leopoldo Chiappo, psicólogo, filósofo, humanista peruano, ha escrito lo siguiente:

“El caso del político que predica valores superiores y actúa destruyéndolos, el político que corrompe ética y tradición de una nación por una sed insaciable de tener el poder, acrecentarlo y monopolizarlo, es un caso de desnaturalización de la política. En cuanto el poder es un valor instrumental, se ejerce para el bien de la nación. El poder se ejerce para servir y no para servirse. El poder sirve para lograr el bien social y de las personas que pertenecen a una comunidad nacional y no para satisfacer la lujuria de la dominación de un déspota sin escrúpulos. Un valor instrumental, el poder, se ha convertido en valor sustantivo; es el absolutismo que degrada la vida política y corrompe el sentido ético de la sociedad. Las personas se vuelven instrumentos, se instala la adulación y el servilismo y el conformismo. Se ha perdido el sentido de la acción institucional y se cae en la lagotería y la conveniencia egoísta...”.

■ V. LA CRIMINALIDAD

El conjunto de hechos delictivos, las acciones criminosas, la calidad criminal de un comportamiento en un medio determinado, en una época dada, conforman el concepto de criminalidad. La palabra *criminal*, deriva del latín *criminalis*, y es –dice el diccionario– “lo perteneciente o relativo al crimen o que de él toma origen” o toma parte”. Crimen es “delito grave, acción indebida o reprensible, acción voluntaria de matar o herir gravemente a alguien”. Es, entonces, lo que las leyes sancionan, lo que lastima, lo que destruye, la fechoría, la mala acción. Es criminal el homicidio, pero lo es también el robo, la difamación, la mentira que ofende, la usura, el engaño alevoso, la estafa, la traición, el ultraje, el denuesto, el dicerio, el escarnio, la burla afrentosa, la invectiva, la violencia. Es “acción indebida o reprensible”, dice el diccionario. Es, entonces, acto criminoso el irrespeto a los ancianos o a los discapacitados, el incumplimiento de las reglas de tránsito, el fumar en lugares prohibidos, el arrojar basura o desperdicios donde no debe hacerse; es también acto criminoso la impuntualidad.

Y no solo son criminales los actores directos, los que ejecutan el delito; lo son también los que toman parte indirectamente de él. Lo son los cómplices, los que apañan, los que inducen, los que promueven, los que protegen, los que fomentan, los que callan, los que silencian, los que aceptan los actos criminales. “Quien calla otorga”, dice un proverbio, o aquel otro que nos

dice que “mal de muchos, consuelo de idiotas”. Hay gente conformista. “Así ha sido siempre”, dicen; “no te metas”, ordenan; “no hay remedio”, afirman. Esta complicidad también es delictiva, porque lo es el acomodo, el “soplar la pluma”, el “gran bonetón”, “el yo no fui”, y toda esta retahíla camaleónica, mimética, flotante como el corcho, serpentina, sinuosa, que nos dice “olvídate” o “hazte de la vista gorda”, “aprovecha”, “todos son así”, “no seas sonso”, etc.

Pero con el hábito y los tiempos, nadie o muy pocos ven en estas conductas, comportamientos o mentalidad, delito alguno. Y la criminalidad se hace “cool”, se transforma en “light” y se soporta, se aguanta y se introduce en los modales cotidianos hasta “normalizarse”, formalizarse y, con frecuencia, imponerse.

Y entonces, el gran cambio y nefasto cambio aparece: el que no miente, el puntual, el que defiende, el honesto, el respetuoso, el limpio, el que saluda o responde al saludo, el que respeta semáforos, normas, leyes, edictos aunque no fueran del propio agrado, el que paga impuestos o deudas y respeta “su” palabra, “su” compromiso, “su” promesa, termina siendo... un menso, un “alcachofa”, un “zanahoria” o un “recién bajado”. Y se le endilga que “no tiene esquina”, que “le falta calle” o que “es un caído”. Así, entonces, se va construyendo y afianzando la demencia semántica, la trampa, la infraternidad, el engaño, la corrupción, la criminalidad.

“O tempora mores”. ¡Qué tiempos, qué costumbres!

■ VI. LA POLÍTICA CRIMINAL

Dejamos dicho que los “tiempos modernos” han consolidado con las tempestades lo que los vientos de siglos han venido construyendo. La “política” se ha vuelto delictuosa, indebida, indecente, ilícita, reprensible, destructiva, cochina, grosera, marrana, villana, vergonzosa, indecente, criminal. La mentira, el cinismo, la traición, la trampa, el engaño, la alevosía, la difamación, entre otros ingredientes, han ido, poco a poco, progresivamente, construyendo esa mole ígnea a lo que los cínicos, sinvergüenzas, delincuentes o... realistas, llaman hoy *política*. Y claro, los aficionados, “amateurs”, adictos o fanáticos, se entrenan para jugar el gran partido de su vida: la *política criminal*.

La política es saludable; connota y denota salud, es decir, completo bienestar y bienestar corporal, mental, social, espiritual. La *política criminal* es la enfermedad, lo patológico, el malestar y, con frecuencia, la agonía y la muerte. Así como hay derecho criminal, psicología criminal, medicina criminal, educación criminal, así hay también religión criminal y *política criminal*. Se dirá que la educación es y será siempre constructiva, positiva, favorable al bien personal y social, pero hay gente interesada en manipular, que enseña a mentir, a robar, a matar, a delinquir. Esa es la “educación” criminal, esa educación necrófila de la que estuvo y está cargado el terrorismo político. César

Vallejo, ese gigantesco poeta peruano, lo afirmó en su célebre poema con que iniciamos este libro:

*Jamás, hombres humanos,
hubo tanto dolor en el pecho, en la solapa, en la cartera,
en el vaso, en la carnicería, en la aritmética!
Jamás tanto cariño doloroso,
jamás tan cerca arremetió lo lejos,
jamás el fuego nunca
jugó mejor su rol de frío muerto!
Jamás, señor ministro de salud, fue la salud
más mortal*

El gran problema es que el éxito político otorga poder, y no todos los “políticos” saben domeñar y controlar ese poder, poder que para la mayoría resulta siendo una droga adictiva, y, como toda droga tóxica, produce tolerancia y síndrome de abstinencia. Esto significa que la dosis de poder crece y crece, y el que tiene diez, quiere bien pronto cien, y el que obtiene cien busca que sean mil, y así en proporción geométrica. La falta de poder hace sufrir a tal extremo que para conseguirlo se buscan y rebuscan todos los caminos y, entonces el fin justifica los medios, y en ese afán todo es válido para el adicto al poder y ya no es nada difícil criminalizarse “El poder político es una planta difícil de extirpar”, escribió Rafael Gómez-Pérez, y agregó: “El político sabe por experiencia que la verdad no basta para unir a los hombres. Él vive en el mundo de la violencia y no puede dejarla”. Para Jean Lacroix, “la existencia política implica constricción”, es decir, reducción, empequeñecimiento, encogimiento fundamentalmente de los valores morales, éticos y deontológicos. Si no, que lo diga *El Príncipe*, de Maquiavelo: “No tema (el Príncipe) recurrir a la infamia

aneja a ciertos vicios, si no puede fácilmente, sin ellos, conservar el Estado; porque si se pesa bien todo, hay una cierta cosa que parecerá una virtud – por ejemplo, la bondad, la clemencia– y que, si la cumples, formará tu ruina, mientras que otra cosa, que parecerá un vicio, formará tu seguridad y bienestar, si la practicas” (*II Príncipe*, 13).

Sócrates es la víctima paradigmática de la *política criminal*; pero hay muchos que advierten que sin la cicuta, sin judas y sin la cruz, Sócrates y Jesús no habrían ingresado en la eternidad.

Sócrates dedicó su vida entera a hacer de sus conciudadanos mejores, y lo hizo, según lo afirmó el mismo Platón, con desinterés y con una generosidad y menosprecio de los bienes materiales. Admirable. “Hacer virtuosos era hacerlos mejores; hacerlos mejores se conseguiría instruyéndolos, ya que el mal por error –según él aseguraba –podría cometerse y, puesto que los errores engendraban las faltas y eran hijos de la ignorancia, pensó que bastaría instruir para hacerlos mejores, es decir, virtuosos, y a este nobilísimo empeño dedicó infatigablemente toda su energía”. Y a este apóstol de la política auténtica acusaron los políticos criminales. Platón lo presenta así: “La acusación presentada ante el Arconte rey estaba formulada en estos términos: “Sócrates es culpable de no reconocer como dioses a los dioses de la ciudad y de tratar de entronizar, por el contrario, otros falsos. Así mismo, es culpable de corromper a la juventud; por todo ello, la pena que para él se solicita es la muerte”. Esta acusación fue presentada por Anitos (hijo de un rico industrial, llamado Antemión, estratega fracasado, corruptor de jueces, adicto y defensor de los oradores populares, amigo siempre del sol que más calentaba, proscrito, conspirador, desleal y muy influyente tras la restauración democrática); Meletos: joven ambicioso, poeta mediocre

y sin talento, pero de esos hombres tan ávidos de popularidad que por obtenerla no se detienen ante los medios más indignos; y Likón: orador de alguna fama, diestro en la intriga y cuyas torcidas habilidades juzgó Anitos favorables a su empresa...”.

Algunos afirman que la política es el arte de lo posible, y con este criterio, se hacen discípulos sesgados e interesados de Maquiavelo y se dedican a la búsqueda del fin, no importa con qué malas artes. Y de este grupo de politicastro criminales no se excluyen a muchos que integraron e integran comunidades religiosas. Mario Puzo escribe en *Los Borgia*: “Los papas y los reyes siempre se habían valido de las cruzadas para robar el dinero a sus súbditos; las cruzadas tan solo eran otra posible fuente de ingresos para los poderosos. Y con el pretexto de combatir las herejías se cometieron las más horrosas atrocidades de las que es testigo la historia... el propio papa Inocencio, infalible en su condición de vicario de Cristo, había firmado una bula donde pronunciaba que la tortura era una herramienta justificada en la persecución de la herejía”.

Como diría Julio César: “*Alea jacta est*” (“la suerte está echada”), la política se ha ido transformando en la *política criminal*. No en vano el gran emperador quiso instituir un ejemplo: “*Oderint, dum metuant*”, es decir, que lo odieran en tanto le temieran. Pero todo esto no es el auténtico espíritu de la política. Y si lo fuera, hay que reinventarla, y vuelvo entonces a reinscribir mi propuesta definitoria: *la política es el conjunto de principios, medios, ideologías, doctrinas y actos mediante los cuales los seres humanos construyen el bien común de los individuos, de las personas, de la sociedad, de la naturaleza, del mundo y del universo*. Esta definición tiene implícitos los conceptos de *biofilia*, de *noosfera* y de *humanismo*. Volveremos sobre esto más adelante.

■ VII. PSICOLITERATURA DE LA CRIMINALIDAD

La tiranía tiene, entre otras muchas ventajas, la de poder hacer y decir lo que le venga en gana.

Sófocles. *Antígona*.

PATRIA, TE HA DADO TODO

A mí el Perú me cuesta mucho,
es el país más caro de la Tierra

En el sufrir por él no me demoro,
para quererlo no me paro en gastos,
en asistirlo invierto todo
el presupuesto de mi corazón.
De tanto darle y darle afanes
no me hecho ni una mínima reserva
para otras contingencias de mi pecho.

Me duele ver su territorio protegido por lobos,
custodiado por cuervos,
mordido por los Prado que lo vendieron el 79,
por los Mujica Gallo que lo carcomen el 62,
mientras despiertan entusiasmos en las brigadas
de fusilamiento.

Y lo solucionan sus mujeres
socializando las exquisiteces
con las que está formado su esqueleto.

Una nación que se ha quedado en huesos
de tanto que la tienen devorada
extranjeros nacidos en su suelo,
peruanos exportados más allá de los límites decentes,
yanquis y compatriotas y fascistas
y demás sobrenombres que tiene la ignominia.

Una heredad que está en la cárcel,
puesto que el hambre es eso,
torva prisión por cuyas rejas
se ven exclusivamente patios de tisis y de luto.
Un país donde antaño el sol salía para todo el pueblo,
en tanto que éste ahora lo ve pasar de largo cuando
atraviesa el día
olvidándose de él en el reparto,
y donde el único aire al que se tiene indiscutido acceso
es de segunda mano,
el ya expirado y expelido y roto
por los pulmones de las clases altas.

Sufro por los poetas que están resquebrajándose
por no escribir sus cantos en el idioma de la patria,
pues prefieren expulsarlos
en el que saben traducir a dólares,

los periodistas subdesarrollados
que hacen entrega de mujer y pluma
a un director de nombre de árbol,
aun más plural que sus adornos óseos.

Me amargo contemplando a sus escritores a media asta
con sus talentos fuera de catálogo,
los novelistas con sus argumentos
llenos de faltas de caligrafía
cuando no para colmo concebidos a máquina,
parlamentarios que eyaculan sus erratas de imprenta
sobre auditorios que le zafan el cuerpo a sus discursos
para burlarles la masturbación,
candidatos que anulan los votos
pasándoles la mano por el lomo
como si fueran gatos,
hombres que hacen esdrújulos negocios
previo soborno a la honradez
u ofreciéndole a Dios alguna coima.
Con su dolor y desnudez y duelo,
con sus dientes quebrándose de masticar en falso
con sus lluvias que caen de los ojos
más bien que de las nubes,
con la mano estirada de sus calles
pidiendo terremotos y catástrofes
para sufrir un poco menos,
con eso y lo que callo y lo que sin escándalo sospecho,
la gente mía absorbe tanto

mi abnegada y valiente capacidad de sentimiento
que en este asunto estoy tocando el fondo.

Para otras aventuras de sístole y diástole
no puedo disponer ni de un centavo.
A mí el Perú me cuesta mucho,
es el país más caro de la Tierra.

Alberto Hidalgo
(Arequipa 1897 - Buenos Aires 1967).
Poesía inexpugnable.

En numerosas ocasiones he dicho, he escrito, he afirmado, que gran parte de mi formación psicológica se la debo a la literatura. De la llamada clásica, por su calidad y su antigüedad, a la moderna, las novelas, cuentos, la poesía, los ensayos, las crónicas, me han dado conocimientos, experiencias, fantasías, creatividad y, tal vez, la sabiduría que uno va adquiriendo con los años para analizar, reflexionar y comprender conductas, comportamientos, mentalidades criminales que desde la política han delinquido para desgracia de las personas, de los ciudadanos, de las sociedades, de los países, de la vida. Los literatos son artistas, y el arte es la ventana a través de la cual se observa la naturaleza, la realidad, la vida.

Tendría necesidad de escribir varios libros para interpretar psicológica y neuropsicológicamente las miles de obras escritas desde esta perspectiva. Pero ni las he leído todas ni tal es el propósito de este libro. Pero algo debo decir, en especial para alumnos y lectores que necesitan

algunos ejemplos de lo que afirmo reiteradamente en cuanto al valor de la literatura en el conocimiento psicológico patográfico. Por eso, ofrezco a continuación un muestrario de esta invaluable, ineludible, indispensable fuente de conocimientos, experiencias, sabiduría.

1. *El Príncipe* (Nicolás Maquiavelo)

El 21 de junio de 1527, antes de morir, Maquiavelo narra a los amigos que lo acompañaban en su lecho de muerte lo que sería su último sueño y que ha pasado a la historia justamente como “el sueño de Maquiavelo”. Mauricio Viroli lo describe así:

“Dijo haber visto en sueños a una multitud de hombres mal vestidos, de aspecto mísero, que daban muestras de sufrimiento. Les preguntó quiénes eran, y ellos le contestaron: ‘somos los santos y beatos, vamos camino al paraíso’. Vio después a una muchedumbre de hombres de aspecto noble y grave, ataviados con ropajes solemnes y que solamente debatían importantes problemas políticos. Entre estos reconoció a los grandes filósofos e historiadores de la antigüedad, que habían escrito obras fundamentales sobre la política y los Estados, entre ellos a Platón, Plutarco y Tácito. También les preguntó quiénes eran y hacia dónde se dirigían. ‘Somos los condenados del infierno’, le contestaron. Concluido el relato, explicó a sus amigos que prefería, con mucho, ir al infierno

para conversar sobre política con los grandes hombres de la antigüedad, antes que ir al paraíso a morir de tedio con los santos y beatos”.

Con esta declaración, Maquiavelo, poco creyente y político por vocación, deduce que los políticos están condenados a ir al infierno y que su vida en el más allá no es sino la continuidad de su vida en el más acá. ¿Por qué los políticos no pueden ir al cielo como los beatos y los santos? Aunque no hay incompatibilidad en ser político y santo o beato, o santo y beato y político, con este relato onírico, tal vez lo que hacía Maquiavelo es, diríamos hoy, gratificar a Freud con su versión de un producto extraído del inconsciente que señala que en realidad los políticos no merecen otra cosa. Sería el premio *post mortem* a la práctica de la *política criminal*. ¿Cuál es el combustible de la práctica política? El mismo Maquiavelo lo ha escrito en una de sus obras, *La Mandrágora*. Ese combustible es el poder. “Quien no tiene poder, no encuentra perro que le ladre”, hace decir a uno de sus personajes en esa obra literaria. Y esa búsqueda obsesiva, compulsiva, del poder lleva al político “profesional” a buscar todos los caminos que conduzcan y justifiquen su fin.- El poder no es solo una droga tóxica, es también un afrodisíaco. Hemos referido antes, en Bitácora I, que cuando Mao Tse Tung preguntó a Henry Kissinger cómo es que un hombre obeso y feo tenía tanto éxito con las mujeres, la respuesta fue: “El poder, señor presidente, es el mejor afrodisíaco”. Y por ese poder, el político miente, difama, delinque, traiciona, se hace criminal.

Nicolás Maquiavelo nació en el año 1469, en Florencia, y murió en 1527, en la misma ciudad. Vivió en la época de los Médici, Lorenzo

y Pedro, y de Jerónimo Savonarola, fraile y predicador dominico de oratoria fogosa y exaltada que fue acusado y quemado como hereje. Maquiavelo fue un escritor, político y diplomático que cumplió importantes funciones como mediador, conciliador y embajador ante el rey Luis XII de Francia, el emperador Maximiliano I, César Borgia y el papa Julio II, entre otros.

En su obra *El Príncipe*, inspirado en César Borgia y dedicada al “magnífico Lorenzo de Médici”, Maquiavelo analiza los diferentes tipos de Estado según su origen (la fuerza, la perversión, el azar), estableciendo los modos de gobierno más recomendables y adecuados para su mantenimiento y supervivencia. Así, como analista psicopolítico, diseña las maneras cómo un “príncipe” debe actuar, cómo debe desarrollar en la práctica determinadas conductas y comportamientos y ser capaz de conquistar, dominar, subyugar y hasta fingir y disimular, sometiendo con frecuencia los valores morales y éticos con el fin de conquistar el poder.

Al parecer, originalmente, la obra estuvo dedicada a Julio de Médici, que dominaba Florencia junto a su hermano Lorenzo; pero en 1516, Julio cede sus derechos a éste, y entonces el escritor cambia su dedicatoria a favor de Lorenzo, en ese mismo año.

En la sección Bitácora II hemos consignado algunas de las expresiones contenidas en esta obra clásica de la literatura política, de la que los analistas y críticos han deducido el aforismo “El fin justifica los medios”, expresión que no está escrita tal cual se repite con extremada frecuencia, sino connotada en diferentes capítulos de la obra.

El capítulo VIII de *El Príncipe* está dedicado a “quienes llegaron al principado por medio de crímenes”, y en su contenido está diseñado claramente el modo de actuar con *política criminal*. Recomienda el autor:

“Por ello, es de notar que al conquistar un Estado, el que lo ocupa debe pensar todas las ofensas que necesita hacer, y hacerlas todas de golpe, para no tener que renovarlas cada día, tranquilizando a los hombres y ganándoselos con favores justamente por no renovarlas.

El que actúa de otro modo, por timidez o por mal consejo, necesita llevar siempre el cuchillo en la mano, y jamás podrá apoyarse en sus súbditos, porque éstos, a causa de las frescas y continuas ofensas, tampoco pueden confiar en él. Entonces las ofensas deben hacerse todas juntas, a fin de que, por gustarles menos, ofendan también menos; y los favores se deben hacer poco a poco, para que se saboreen mejor. Y ante todo, un príncipe debe conducirse con sus súbditos de modo que ninguna contingencia, favorable o desfavorable, lo haga variar, puesto que si con los tiempos adversos sobrevinieran las necesidades, ya no estará en condiciones de hacer el mal, y el bien que haga no le servirá para nada, porque lo juzgarán forzado y nadie se lo agradecerá”.

Y en el capítulo XVIII se lee:

“Debe comprenderse bien que un príncipe, y especialmente un príncipe nuevo, no puede observar todas aquellas cosas por las cuales los hombres son considerados buenos, porque a menudo, para mantener el Estado, se ve obligado a actuar contra la fe, la humanidad, la caridad, la religión. Por eso, necesita poseer un estado de ánimo dispuesto a moverse según los vientos de la fortuna y las variaciones de las cosas y, como ya dije antes, no alejarse del bien mientras pueda y, en cambio, saber introducirse en el mal si estuviera necesitado de hacerlo”.

Sin duda estos consejos propedéuticos serán tomados según la inteligencia, la racionalidad y la afectividad del “príncipe”. Un gobernante lúcido, idóneo, sensible, equilibrado, sano mental, social y espiritualmente sabrá escoger el camino, los medios, los instrumentos constructivos ética y moralmente. Pero un psicópata, asaltante del poder, autócrata, delirante y egocéntrico escogerá predominantemente el mal aunque no “estuviera necesitado de hacerlo”.

2. *Antígona*. Sófocles

El teatro griego ha dejado a la humanidad mensajes geniales y eternos de conductas, comportamientos y mentes humanas diseñadas y cinceladas por autores cuyos nombres han atravesado los siglos y que seguramente

pervivirán en el futuro para los que quieran aprender y saber que los seres humanos hemos cambiado poco en nuestra esencia fundamental. Esquilo, Eurípides y Sófocles están en la línea de Tirso de Molina, Lope de Vega, Calderón de la Barca, Shakespeare, Corneille, Racine, Moliere, entre otros nombres del firmamento teatral.

Sófocles fue el “poeta de Atenas”. Nació en Colona, entre el 496 y 494 antes de Cristo. De sus numerosas tragedias se conservan siete: *Electra*, *Las traquinias*, *Edipo Rey*, *Áyax*, *Filoctetes*, *Edipo en Colona* y *Antígona*.

De esta última obra quiero ocuparme. José María Pemán, en su introducción a las *Tragedias griegas de la Biblioteca Clásica Universal*, de Salvat Editores y Alianza Editorial, la presenta así:

“Antígona es la tragedia máxima de la libertad, la familia y el derecho natural frente al despotismo... Porque la fábula de esta tragedia es un planteamiento claro y puro de la razón de la verdad frente a la razón de la política. Eteocles y Polinices, los dos hijos varones del desterrado Edipo, mueren peleando, frente a frente, en el cerco y liberación de Tebas. Eteocles, del lado de la ciudad, Polinices del lado de los sitiadores. El déspota, gobernador y dueño de Tebas, Creonte, decreta que Eteocles sea enterrado con los honores que correspondían a los héroes que mueren por la patria; en cambio Polinices, que murió defendiendo el bando de los sitiadores, debe ser dejado insepulto sobre la tierra, para que, en memoria

de su enemistad y para escarmiento de los tebanos, se pudra al sol y sea devorado por los buitres.

Pregonado el decreto del déspota, Antígona, hija también de Edipo, se propone ir por la noche a enterrar a su hermano. Ismene, su hermana, más cobarde, no se atreve a acompañarla. Antígona es sorprendida en su intento por los soldados que Creonte ha colocado en el monte para que vigilen el cumplimiento de su decreto: “Pena de muerte a quien entierre a Polinices”. Es llevada a la presencia del autócrata, que la increpa por su desobediencia. Entre el tirano y la doncella, inocente y valerosa, se produce un diálogo que, tomando altura sobre el nuevo interrogatorio judicial de lo ocurrido, hace chocar la ley natural, la piedad familiar de Antígona, con la voluntad personal y arbitraria del tirano. Es una de las escenas más famosas e inmortales de la dramaturgia universal. Creonte sentencia según su poder material y físico. Antígona argumenta según la ley que los dioses tienen escrita en el espíritu del ser humano. Se asiste en esa escena al nacimiento de la libertad, de la dignidad humana, de la conciencia personal. Las palabras de Antígona suenan a libertad cuando le dice a Creonte que sus decretos no tienen valor ninguno en la región del Hades, o sea en el reino de la muerte y de los dioses. Ella, Antígona, grita: “No nací para compartir el odio, sino el amor”. Creonte pronuncia

su sentencia de muerte y Antígona es enterrada viva en una cueva, sobre la montaña. Hemón, el hijo de Creonte, que amaba a Antígona, es encontrado muerto sobre el cadáver de ella. Fue a libertarla, y al encontrarla muerta, se traspasa el corazón, mientras su propia madre, la reina Eurídice, esposa de Creonte, se retira de la escena al comprobar la doble muerte de su hijo y su prometida. ‘La reina –cuenta el Corifeo– ha desaparecido sin decir palabra, ni buena ni mala’. Se deduce que se va y se oculta para sumarse a aquella negra floración de muertes y desastres. Los griegos, amigos de la templanza, ‘cuentan’ más que representan ‘las muertes de sus personajes dramáticos’”.

He aquí, pues, el poder político, necrofilico, y la autoridad biofísica de dos seres humanos, el uno, un hombre, un varón, un testosterónico macho dictador y autócrata; el otro, una mujer, una doncella creyente en la vida después de la muerte, en la ética más que en la moral, en el valor trascendente frente a la norma fría, deshumanizada y coyuntural. Ella, Antígona, representante eterna de la fraternidad, de la libertad y del respeto al ser humano más allá de la muerte; él, representante de la negrura del alma, del abuso, del irrespeto y de la venganza ciega. En uso de un poder político criminal, los dictadores que han existido y existen en el mundo desde antes que se escribieran los derechos humanos atropellan mostrándose como gobiernos psicopáticos, degenerados y sepulcrales.

Sófocles describe en esta obra a cuatro hermanos. Dos de ellos son varones: Eteocles, que lucha al lado del dictador, y Polinices, que combate con los que

quieran derrocarlo. Las otras son dos mujeres: Ismene, pusilánime, miedosa, obediente de las leyes humanas y por eso cómplice de las leyes y normas morales, y Antígona, respetuosa de las leyes y normas éticas, de la dignidad, de la fraternidad, de la libertad, del irrespeto a las leyes del autócrata. Polinices y Antígona son dos seres inconformes y ejemplos de respeto y credibilidad racional para con las leyes de la vida, del humanismo, de la tolerancia y de la prudencia. El corifeo al final de la obra canta: “Con mucho, la prudencia es la base de la felicidad... las palabras hinchadas por el orgullo comportan, para los orgullos, los mayores golpes; ellas, con la vejez, enseñan a tener prudencia”.

Orgullo e imprudencia son los condimentos de la intolerancia, del egocentrismo y de la vanidad. Eteocles y Polinices también integran, con Antígona e Ismene, la diada fraterna e infraterna de Caín y Abel, de Rómulo y Remo, de la obediencia y el sometimiento, de la rebeldía y la protesta, de la ambición, del acomodamiento, de la tibieza y del enfrentamiento. Ismene le dice a Antígona:

“Y ahora que solas nosotras dos quedamos, piensa qué ignominioso fin tendremos si violamos lo prescrito y transgredimos la voluntad o el poder de los que mandan. Hay que aceptar los hechos: que somos dos mujeres incapaces de luchar contra hombres, que son los que tienen el poder, los que dan órdenes, y que hay que obedecerlas –éstas y todavía otras más dolorosas-. Yo, con todo, pido a los que yacen bajo tierra su perdón, pues que obro forzada, pero pienso obedecer a las autoridades: esforzarse en no obrar como todos carece de sentido totalmente”.

Antígona, no acepta esta complacencia, esta obediencia cómplice; se enfrenta al dictador y le dice:

“...A mí tus palabras ni me placen ni podrían nunca llegar a complacerme; y las mías también a ti te son desagradables. De todos modos, ¿cómo podría alcanzar más gloriosa gloria que enterrando a mi hermano? (es decir, desobediente a ti y a las leyes). Todos estos te dirían que mi acción les agrada, si el miedo no les tuviera cerrada la boca; pero la tiranía tiene, entre otras ventajas, la de poder hacer y decir lo que le venga en gana”.

Es la declaración valiente de una hermana, de una mujer, de una ciudadana que dignifica la libertad y acusa a la cobardía, al silencio de los pusilánimes y sometidos.

Otro personaje paradigmático en la *Antígona* de Sófocles es Hemón, hijo del dictador y novio de la heroína. Él representa la voz del amor y la racionalidad filial. Ama y respeta al padre, pero la lucidez no sucumbe al afecto y a la gratitud que le debe a su progenitor. Le dice:

“Hay que oír a aquel que la ciudad ha instituido como jefe, diga cosas baladíes, ejemplares o todo lo contrario. No hay desgracia mayor que la anarquía: ella destruye las ciudades, conmociona y resuelve las familias; en el combate, rompe las lanzas y promueve las derrotas. En el lado de los vencedores, es la disciplina la que

salva a muchos. Así pues, hemos de dar nuestro brazo a lo establecido con vistas al orden y, en todo caso, nunca dejar que una mujer nos venza; preferible es –si ha de llegar el caso– caer ante un hombre, que no puedan enrostrarnos ser más débiles que mujeres...

Padre, el más sublime don que de todas cuantas riquezas existen dan los dioses al hombre es la prudencia. Yo no podría ni sabría explicar por qué tus razones no son del todo rectas; sin embargo, podría una interpretación en otro sentido ser correcta. Tú no has podido constatar lo que por Tebas se dice, lo que se hace o se reprocha. Tu rostro impone respeto al hombre de la calle, sobre todo si ha de dirigirse con palabras que no te daría gusto escuchar. A mí, en cambio, me es posible oírlos en la sombra, y son: que la ciudad se lamenta por la muerte de esta joven que muere de mala muerte, como la más innoble de todas las mujeres, por obras que ha cumplido bien gloriosas... Padre, para mí como no hay bien máspreciado que tu felicidad y buena ventura: ¿qué puede ser mejor ornato que la fama creciente de su padre para un hijo, y qué, para un padre, con respecto a sus hijos? No te habitúes, pues, a pensar de una manera única, absoluta, que lo que tú dices –más no otra cosa– es lo cierto. Los que creen que ellos son los únicos que piensan o que tienen un modo de hablar o un espíritu como nadie, aparecen llenos de vanidad

al ser descubiertos. Para un hombre, al menos si es prudente, no es nada vergonzoso ni aprender mucho ni no mostrarse en exceso intransigente”.

Hasta acá, el hijo. Creonte, el padre, le increpa: “Si, encima, los de piedad vamos a tener que aprender a pensar según el natural de jóvenes de la edad de éste”.

Y Hemón responde: “No en lo que no sea justo. Pero si es cierto que soy joven, también lo es que conviene fijarse más en las obras que en la edad”.

Creonte: “¡Valiente obra honrar a los transgresores del orden!”.

Hemón: “En todo caso, nunca dije que se debiera honrar a los malvados”.

Creonte: “¿Es que me van a decir los ciudadanos lo que he mandar?... ¿He de gobernar esta tierra según otros o según mi parecer?”.

Hemón: “No puede una ciudad ser solamente de un hombre”.

Creonte: “La ciudad, pues ¿no ha de ser de quien la manda?”.

Hemón: “A ti lo que te iría bien es gobernar, tú solo, una tierra desierta...”.

Creonte: “Querer enjuiciarme ha de costarte lágrimas, tú, que tienes vacío el juicio”.

Hemón: “Si no fueras mi padre, diría que eres tú el que no tiene juicio”.

Creonte: “No me fatigues más con tus palabras, tú, juguete de una mujer”.

Hemón: “Hablar y hablar, y sin oír a nadie, es esto lo que quieres”.

He aquí, mostradas por Sófocles, la ceguera y sordera del tirano, la locura del poder frente al amor y la razón del hijo; metáfora del gobernado, del ciudadano, del votante, del empleado, del súbdito.

3. *Macbeth*. William Shakespeare

¿Quién puede dudar de la trascendencia literaria y cultural de la obra de William Shakespeare, así como de su riqueza psicológica? Entre la última década del siglo XVI y la primera del XVII, entre 1590 y 1610, Shakespeare produjo la totalidad de su obra, que concretamente integran treinta y siete piezas de teatro, ciento cincuenta y cuatro sonetos y cinco poemas. De esta extensa producción, hemos tomado dos con contenido político criminal. Hay otras, como *La tempestad*, por ejemplo, o las de *Enrique IV* y *Enrique V*, cuyos temas tienen como denominador común trágicas historias de Inglaterra, con sus reyes y grandes señores rodeados de intrigas, ambiciones y traiciones, como en *Hamlet*, *Julio César* o el *Rey Lear*.

Macbeth es, tal vez, la más corta de sus tragedias. Aún no se ha determinado cuándo fue escrita, pero se cree que fue “posterior a *Hamlet* y a *Otelo*, y posiblemente al *Rey Lear*. El año más probable de su creación pudo ser el 1606”. Jorge Plata Saray, prologuista de la obra que aparece en la bibliografía de este libro, señala que “el argumento es tomado por

Shakespeare... de las crónicas de Inglaterra, Escocia e Irlanda, de Rafael Holinshed, publicadas en 1577". "Holinshed relata la vida de un heroico noble guerrero escocés que asesina al rey Duncan, su pariente, se apodera de la corona y reina de 1040 a 1057. Según el cronista, Macbeth fue un buen gobernante durante los primeros diez años, pero luego asesina a Banquo y a partir de ese momento se transforma en un rey cruel y tiránico... Sobre materia argumental tan escasa, Shakespeare construye una obra maestra de estructura precisa y pocas veces igualada en la historia del teatro, comparable a las grandes tragedias de la Grecia clásica"... "La obra es la historia de la tenebrosa aventura de un hombre lanzado por voces sobrenaturales, que despiertan en su interior fuerzas irresistibles, hacia el logro de una ambición que excluye cualquier otro sentimiento: el trono. Acusado desde adentro y desde afuera, va derrumbando las barreras físicas y morales que se oponen a su avance. Alcanza su objetivo, pero esa formidable lucha consigo mismo y con los otros destruye su equilibrio y lo deshumaniza, convirtiéndolo en un monstruo que avanza por la inercia de sus instintos a través de un lago de sangre, cada vez más solo, cada vez más insensible, poseído, deslumbrado por el fulgor de esperanzas que carecen ya de sentido. Al mismo tiempo, en un proceso semejante, en el que la acción y el sufrimiento constituyen una indisoluble unidad, Lady Macbeth, esa tremenda mujer-hombre, esposa-madre, furia instigadora del asesinato, bajo la desmesurada tensión de todas sus fuerzas internas, se quiebra, se evade hacia la locura, en donde tampoco encuentra la paz, y finalmente se suicida"... "A pesar del grado de maldad que alcanza el personaje (Macbeth), de los asesinatos con espanto y sin piedad –elementos básicos de la experiencia catártica–, asistimos al espectáculo de la tragedia de un hombre desmesurado, pero que es nuestro semejante".

Veamos algunos pasajes de esta paradigmática obra de *política criminal*. La instigadora, necrofilica y maquiavélica Lady Macbeth aconseja a su marido (Escena V, Acto primero):

“...Tu rostro, varón mío,
abierto como un libro, enseña a los lectores
las cosas más extrañas. Para engañar al mundo
hay que ser como el mundo: colócate en los ojos,
las manos y la lengua, calor de bienvenida;
aparenta el aspecto de la inocente flor,
pero sé la serpiente que bajo ella se oculta”.

Y en la Escena II del Acto tercero, refuerza su malévola intención:

“¿Te asombran mis palabras?
Pero no; tranquilízate. Lo que por mal empieza
tan solo por el mal adquiere fortaleza”.

Todo parece indicar que la maledicencia, la traición, la mentira, el odio, la ambición y otros condimentos de la *política criminal* estuvieran anidados en la mente psicopática de Lady Macbeth, el poder detrás del trono. En la Escena VI, del Acto primero, le recuerda a su marido su juramento de conquistar el trono y le increpa su tardanza, su impuntualidad y su cobardía:

“¿Te aterroriza ser, en ánimo y acciones, igual a tu
deseo? ¿A pesar de que quieres poseer lo que estimas
ornato de la vida, como un cobarde vives ante tus

propios ojos dejando el “no me atrevo” en pos del “yo quisiera”, igual al pobre gato que por temor al agua se queda sin pescado?”.

Y cuando Macbeth, aún con la poca sensibilidad que le queda, le implora: “¡No más; Te suplico...”, Lady Macbeth, viperina, le lanza el dardo cargado de maldad:

“¿Cuál fue entonces la bestia que el proyecto a mí me reveló? Cuando fuiste capaz de hacerlo, fuiste un hombre, y más fueras si a más osaras atreverte. Carecías del sitio y la oportunidad y, sin embargo, ansioso procurabas crearlas. Ahora se presentan y al verlas desfalleces. He dado de mamar; conozco la ternura que siente por el niño la madre que amamanta. Pues bien, en el instante en que con su sonrisa me mirara a los ojos, de sus tiernas encías le hubiera arrebatado con furia mi pezón y le hubiera estrellado contra el suelo su cráneo, de haberlo yo jurado así como juraste”.

Entonces, con tan segura, arrogante y cruel advocación, Macbeth contesta: “Estoy resuelto ahora; dirige las fuerzas enteras de mi ser hacia la horrible acción. Engañemos al mundo con alegre inocencia. Que un falso rostro cubra nuestra falsa conciencia”. Harold Bloom, profesor de literatura de las universidades de Nueva York, Yale y Harvard, y premiado con medalla de oro en la categoría de la crítica por la Academia Americana de Artes y Letras, dice:

“Gran máquina asesina, Macbeth es dotado por Shakespeare con algo menos que una inteligencia ordinaria, pero con un poder de fantasía tan enorme que pragmáticamente parece ser el del propio Shakespeare. Ningún otro drama de Shakespeare – ni siquiera el *Rey Lear*, *Sueño de una noche de verano* o *La tempestad*– nos sumerge de tal manera en una fantasmagoría... De todas las obras teatrales de Shakespeare, *Macbeth* es la tragedia de más sangre. El usurpador Macbeth muere en una fantasmagoría consciente de sangre: la sangre es el constituyente principal de su imaginación”.

Pero el tirano tiene también salidas indirectas a sus ambiciones y a sus crímenes. Utiliza a otros, busca recursos criminales que lo ayuden en su escalada obsesiva hacia el poder. Busca asesinos y sicarios que ejecuten las sucias tareas de aniquilar a sus enemigos o supuestos enemigos. Les dice, aleccionándolos cobardemente para el crimen, para el homicidio de uno de sus rivales:

“Y aunque yo bien podría, a cara descubierta, barrerlo de mi vista sin buscar otra excusa distinta de mi propia voluntad soberana, no me es prudente hacerlo debido a que él posee amigos fervorosos que a mí también me quieren, cuya buena amistad no quiero que se pierda y ante los cuales debo llorar por la caída del mismo que yo arrojo. Son estas las razones, poderosas y varias, por las que solicito su

necesaria ayuda, que encubrirá el asunto a los ojos comunes”.

Y en esta misma escena, Shakespeare hace decir a Macbeth una de las características del proceder político en general, y del criminal en particular:

“Vivimos en un tiempo plagado de peligros; nos vemos precisados a lavar los honores en ríos de lisonja y a volver nuestros rostros caretas que enmascaran a nuestros corazones... Lo que por mal empieza tan solo por el mal adquiere fortaleza...”.

4. Ricardo III. William Shakespeare

Uno de los perfiles psicológicos más infiltrados en la *política criminal* es el del psicópata. Como se sabe, esta mentalidad patológica corresponde a una personalidad anormal que en otros tiempos tuvo los nombres de *anético* o *de imbécil afectivo*, y cuyos caracteres fenomenológicos más sobresalientes son su inteligencia normal o superior y una *anafectividad*, una anestesia emocional, una casi total ausencia de altruismo y de consideración bondadosa para con los demás, mientras su ambición, su egoísmo, su egocentrismo y narcisismo superlativos la hacen personaje protagónico de aventuras, de mentiras, de soberbia, de búsqueda afanosa de poder y de un exagerado sentimiento de conquista en su único y superlativo provecho personal.

El territorio cerebral disfuncional del psicópata, que puede tener

condicionantes biológicos, genéticos, congénitos o adquiridos, son los lóbulos prefrontales, de preferencia de ambos lados. En este caso, se anulan los mecanismos de control, de autovaloración, de comportamiento, de deliberación, de toma de decisiones, de proyección hacia el futuro, de proyección social y de respeto por las normas morales, éticas y deontológicas. Todo esto es, creo, lo que demostraba padecer Ricardo III.

“Para escribir este drama, Shakespeare contaba con la historia del rey Ricardo II (inconclusa), escrita por Sir Thomas Moro, autor casi contemporáneo de los sucesos que narra, pues Moro, el famoso, autor de la *Utopía*, creció en la casa del cardenal Juan Morton, arzobispo de Canterbury, personaje que aparece en el drama como obispo de Ely, de quien debe haber oído lo que dejó escrito en su historia sobre aquel reinado”, dice Rodolfo Rojo en el prólogo del *Ricardo III* que figura en nuestra bibliografía, y agrega: “Según Moro, Ricardo, Duque de Gloster, era de escasa estatura, de hombros desiguales y deforme. Sus contraídas facciones manifestaban tal expresión de crueldad y dureza, que en ellas, a primera vista, se leían la perversidad, el engaño y la hipocresía. Cuando recapacitaba, solía morderse el labio inferior y la gente decía que su feroz espíritu se agitaba constantemente en el interior de su miserable cuerpo. Cuando leía, echaba con frecuencia la mano al puñal, que desenvainaba a medias. Tenía mucha habilidad para disimular y fingir, pero a la vez poseía ingenio, altivez y valentía, cualidades que lo acompañaron hasta el término de su vida, pues al verse abandonado, prefirió morir violentamente bajo el hierro enemigo antes que conservar la vida precaria y sin brillo que le hubiera otorgado una cobarde y vil fuga”... “Copiando, pues, los característicos rasgos que de ese gran criminal conservaba la historia,

Shakespeare, como de costumbre, individualiza a su héroe, penetra en lo íntimo de su conciencia y, de manera admirable, patentiza todos los móviles de la conducta de tan cruel usurpador, todas las sombras de su carácter sanguinario y feroz, todos los rasgos de su gran ingenio y de su extraordinario disimulo, en síntesis, todos los complicados y ocultos resortes de su íntimo ser, que, a pesar de su monstruosidad, aparecen perfectamente comprensibles, lógicos y naturales. El Ricardo III que nos presenta Shakespeare, “esa encarnación del egoísmo y del despotismo”, como lo califica Shider, sea o no fidedigno retrato del rey Ricardo III de Inglaterra, es un ser criminal en absoluta concordancia con las eternas leyes de la humana naturaleza”, esa humana naturaleza que hace que tales mentalidades lleguen hasta nuestros días y, asaltando el poder, se enquisten ya no solo en monarquías o reinados sino en cuantas instituciones puedan (partidos políticos, iglesias de cualquier religión, empresas, Estados y hasta centros educativos), para, desde allí, imponer la psicopatía que los hacen conservar su poder.

Veamos algunos pasajes de esta obra que diseñan la personalidad de Gloster, el Ricardo III shakesperiano:

Escena III, Acto primero:

Gloster:

“¡Hago el daño y grito el primero! ¡Las malas acciones que urdo secretamente las coloco sobre la gravosa carga de los demás! Clarence, a quien en verdad arrojé a las sombras, es llorado por mí ante estos infelices crédulos de Stanley, Hastings y Buckingham, y les digo que son la reina y sus allegados quienes excitan

al rey contra el duque, mi hermano. ¡Y de inmediato se lo creen! ¡Y, sin más, me incitan a vengarme de Rivers, de Vaughan y de Grey! Pero suspiro entonces, y citándoles un texto de la Escritura, les digo que Dios nos manda devolver bien por mal. Y así, cubro las desnudeces de mi villanía con algunos trozos viejos cogidos de libros sagrados, y les parezco un santo, mientras represento el papel de demonio”.

Y en la Escena III, del Acto Quinto, el rey Ricardo III, ya en el ocaso de su poder y de su vida, despertando de un sueño dice:

“¡Dadme otro caballo!... ¡Vendadme las heridas!... ¡Jesús, tened piedad de mí!... ¡Calla! No era más que un sueño. ¡Oh, cobarde conciencia, cómo me afliges!... ¡La luz despide colores azulencos! ¡Es la hora de la medianoche mortal! ¡Un sudor frío empapa mis temblorosas carnes! ¡Cómo! ¿Tengo miedo de mí mismo?... Aquí no hay nadie... Ricardo ama a Ricardo... Eso es; yo soy yo... ¿Hay aquí algún asesino? No... ¡Sí!... ¡Yo!... ¡Huyamos, pues!... ¡Cómo! ¿De mí mismo?... ¡Valiente razón! ¿Por qué? ¡De miedo a la venganza! ¡Cómo! ¿De mí mismo sobre mí mismo? ¡Ay! ¡Yo me amo! ¿Por qué causa? ¿Por el escaso bien que me he hecho a mí mismo? ¡Oh, no! ¡Ay de mí!... ¡Más bien debía odiarme por las infames acciones que he cometido! ¡Soy miserable!

Pero miento; eso no es verdad... ¡Loco, habla bien de ti! ¡Loco, no te adules! ¡Mi conciencia tiene millones de lenguas, y cada lengua repite su historia particular, y cada historia me condena como un miserable! ¡El asesinato, el horrendo asesinato, hasta el más feroz extremo! Todos los crímenes diversos, todos cometidos bajo todas las formas, acuden a acusarme gritando todos ¡culpable!, ¡culpable! ¡Me desesperaré! ¡No hay criatura humana que me ame! ¡Y si muero, ningún alma tendrá piedad de mí!...”.

Es esta una extraordinaria descripción de la toma de conciencia de la maldad psicopática. Se abre una fisura para la culpabilidad, pero no hay arrepentimiento; la lucidez está en el reconocimiento de los crímenes, mas no hay ningún propósito de enmienda; flotan el egocentrismo y cierta tristeza de la acusación y el único temor es a la venganza. “Me ha parecido” –dice– “que los espíritus de todos los que he asesinado entraban en mi tienda y cada uno amenazaba en la cabeza de Ricardo la venganza de mañana”. “Me ha parecido”, afirma, “la venganza de mañana”, y termina: “No la de hoy y ninguna seguridad”.

Y finalmente, en un desprecio descomunal a su pueblo y a su reino, egoísta y cobardemente, pide, clama: “¡Un caballo! ¡Un caballo! ¡Mi reino por un caballo!”

5. *Julio César y Cleopatra*. Philipp Vandenberg

La historia nos ha dejado, por diferentes caminos, la imagen de hombres, de seres humanos que han conquistado la cima del poder utilizando

recursos de *política criminal* que, con el correr del tiempo, han borrado la mentalidad delictiva para dejar cosechas de dominación y conquistas que, con mucha frecuencia, han sido tomadas como modelos y como paradigmas en la vida y en los objetivos políticos de autócratas dictadores y genocidas. Pero también nos ha dejado la huella de mujeres que, detrás o al lado del trono, no solo mostraron mentalidades parecidas e igualmente ambiciosas que las de ellos sino que, en varias ocasiones, incluso los han superado en ediciones corregidas y aumentadas. Bastaría citar como ejemplos a Lady Macbeth y a Cleopatra.

Cayo Julio César, militar, político, historiador y dictador romano, está en la órbita de Atila, Alejandro, Gengis Kan, Napoleón y Hitler, entre otros, para no mencionar a los Idi Amin Dada de los años setenta del siglo XX.

César vivió entre los años 101 a 44 antes de Cristo. Sus famosas palabras “veni, vidi, vici” (“vine, vi, vencí”) son recordadas como expresiones de triunfo, liderazgo y conquista. Logró convencer a pueblos y a políticos de su época y se hizo proclamar dictador con poderes absolutos, hasta que fue asesinado, entre otros, por su hijo adoptivo Bruto.

El renombrado historiador y narrador alemán Philipp Vandenberg ha escrito una obra notable sobre él y Cleopatra, continuadora de siete reinas de Egipto. Esta, la más famosa, Cleopatra VII, no solo conquistó a Julio César, con quien tuvo un hijo, sino que también avasalló con sus dotes femeninas y políticas a Marco Antonio, el continuador de César. Finalmente se afirma, se dio muerte por la picadura de un áspid después de la catastrófica derrota en Accio.

El ensayo de Vandenberg muestra (*¿Facta aut licita?*, “¿Verdad o ficción?”) la historia de estos dos personajes en el Olimpo y en el infierno, en el poder y en la decadencia de conductas, comportamientos y mentes criminales.

Para comenzar, el gran dictador se apropia del nombre César. Cuántos, desde papas a presidentes peruanos, no han optado por tomar nombres famosos con los que, a manera de disfraz, pretendían aparecer como mansos corderos cuando en realidad eran ambiciosos lobos. Nombres de incas han servido para adormecer cerebros. Túpac Amaru, Pachacútec. Mariátegui, Haya de la Torre han sido nombres utilizados en este carnaval de asalto al poder. Marx, Lenin, Mao, el “Che”, siguen siendo nombres utilizados para hipnotizar conciencias, y hasta Jesucristo, Mahoma y Buda están en el escaparate de los validos. Dice Vandenberg:

“Desde un principio... (Cayo Julio César) no disponía de una pronunciada conciencia de superioridad, no tenía ideas elitistas, ni estaba dotado de la arrogancia del rango. Lo único que podría reprochársele era su vanidad. El apelativo Cayo, uno de los dieciocho que había entonces, lo había heredado de su padre. Éste, también llamado Julio César, no pasó a la historia más que por su original manera de morir, idéntica, además, a la de su propio abuelo: su deceso se produjo a tempranas horas de la mañana, mientras se calzaba. Su nombre, César, era el patronímico menos común de todos. Aludía al procedimiento ginecológico empleado en el parto que tuvo lugar el 13 de julio del año 100

a. de C., procedimiento que era llamado de *sectio caesarea*. El concepto existía desde el siglo III, en el que vino al mundo de tan extraña manera uno de los antepasados de César... El hecho es que Plinio informa que Escipión el Africano, Manilio y el primero de los césares fueron extraídos del útero de sus madres quirúrgicamente, y de tal suerte nacieron bajo signos propicios. Pero también es un hecho que, en aquel entonces, las madres morían después de una cesareotomía. La ginecología es una ciencia del Renacimiento. ¿Cómo pudo entonces Aurelia, la madre de Cayo Julio César, llegar a la edad de sesenta años? César no desmintió nunca esta versión y permitió de buen grado que lo llamaran por su forma de venir al mundo. Los errores acerca de este hombre comienzan ya con su nacimiento”.

Esta es la versión de Vandenberg (*¿Facta aut licita?*, “¿Verdad o ficción?”). Tiene que ser ficción; las razones son obvias, pero lo que sobresale es la mentira, el manejo de la realidad recurriendo al mito, es decir, a la leyenda, a la pseudoverdad, instrumentos políticos que casi siempre conducen al éxito. En el Perú hay muchos ejemplos de títulos pseudonobiliarios y de apellidos modificados para engrandecer la imagen de los personajes que corren tras la cresta de la ola. Hasta se modifican apellidos, se agregan palabras, se complican nombres, como aquel economista que, según un escritor, se agregó un “de” entre sus apellidos paterno y materno para darle “caché” a la cholada y hacerla pseudoaristocrática.

La vida sexual de Julio César ha tenido tantas aventuras, tantas versiones y tantas descripciones que ha sido calificada de perversa y anormal. Usó su orientación sexual, seguramente bisexual, en tantas ocasiones como pudo para conquistar el poder. Se lo calificó del “marido de todas las mujeres y la mujer de todos los maridos”. Vandenberg describe cómo, en muy temprano momento de su vida política, usó su homosexualidad para obtener un objetivo.

“Enviado a Bitinia, al sur del Mar Negro, en una misión diplomática, el distinguido Cayo habría de hacer recordar a su rey Nicomedes la convenida cesión de una flota, la cual en efecto realizó, pero ‘no sin que corriera el malévolos rumor –censura Suetonio– de haber entregado su castidad al monarca’. César arrastró a su zaga este desliz homosexual con Nicomedes durante el resto sus días, algo poco comprensible, pues era muy natural que un joven romano de la nobleza tuviera no solo una amiga, sino también un amigo con el que compartía el lecho. El rumor tal vez lo explicaba el hecho de que jamás se hablaba de ello públicamente”.

Claro, la compañía homosexual, heredada tal vez de las costumbres griegas, no está en discusión. Lo que sí lo está es el uso de la sexualidad con fines comerciales o políticos y no meramente placenteros o reproductivos, en especial en un hombre que después acuña la expresión: “La mujer del César debe ser honesta y parecerlo”. El uso del coito para lograr objetivos crematísticos, sea por supervivencia personal o institucional, también se

llama prostitución, y en política no abunda la prostitución moral o ética sino la política teleológica. Y creo que ese fue también fue el objetivo de Cleopatra.

Más tarde, la vida sexual de Julio César se desparramó sin medida ni clemencia, como ocurre aquí y en otras partes del mundo. El poder político es el mejor afrodisíaco, como lo afirmó Kissinger en su respuesta a Nikita Kruschev. “Su calidad de magno *imperator* le permitió dar rienda suelta a sus sentimientos, y esa libertad se hizo proverbial: “¡Ciudadanos, cuidad a vuestra mujeres que viene el calvo!”. El calvo era Cayo Julio César. Es otra forma de abuso del poder que no se justifica tampoco por el temperamento epileptoide del dictador.

El origen de la famosa frase “La mujer del César no solo debe ser honesta sino también parecerlo” tiene también un contenido hipócrita y utilitario desde la *política criminal*. Es la ambición, la hipocresía y el fin justificado por los medios: Julio César enviudó de su joven esposa Cornelia. Muy poco después, “el viudo, profundamente afligido, contrajo nupcias por segunda vez. La elegida se llamaba Pompeya, que era pariente lejana de Pompeyo el Grande, nieta del ex cónsul Quinto Pompeyo Rufo”. Mujer insignificante que fue escogida por el Emperador solo por sus riquezas. “En el año 62, los romanos murmuraban que el Pontifex Maximus, en ese tiempo también pretor y uno de los ocho jueces supremos del Imperio, descuidaba demasiado a Pompeya, su segunda esposa. Ésa fue la razón por la que, al cabo de cinco años de matrimonio, Pompeya empezó un romance con un adolescente de deslumbrante belleza llamado Pubio Claudio, conocido en toda la ciudad por su carácter atrevido y licencioso”. Julio César se enteró de estos amoríos, pero no reaccionó de inmediato. Pidió a su madre

Aurelia un estricto control para Pompeya, no tanto por celos, cuanto por su desprestigio frente a los ciudadanos. Dice el historiador Vandenberg:

“Pero el amor despierta la inventiva: Publio Claudio, para quien no había distancia demasiado grande, ni ventana demasiado alta cuando se trataba de llegar al lecho de una bella mujer, se presentó en la fiesta de la *Bonna Dea*, ataviado con ropas de mujer, disfrazado de arpista. Esa misteriosa ceremonia de sexualidad femenina no toleraba la presencia de hombre alguno. Una sierva de Aurelia empezó a sospechar cuando oyó la voz de Claudio, en absoluto femenina, y los misterios fueron interrumpidos inmediatamente. Roma vivió un nuevo escándalo. ¿Cómo debía reaccionar César? Para no verse humillado, le mandó a su esposa la carta de divorcio. Un tribuno del pueblo acusó a Claudio de profanar la religión... Se celebró un juicio y César fue invitado como testigo. ¿Adulterio? ¿Sacrilégio? César adujo no saber nada al respecto, no poder imaginar tampoco que Pompeya le fuera infiel. Los jueces lo miraron desconcertados. ¿Por qué se había divorciado de su mujer entonces? ¿Por qué? César sonrió. Porque no toleraba en su casa la presencia de ninguna mujer sobre la cual hubiera caído la sombra de una sospecha”.

Así describe Vandenberg este episodio de infidelidad, de seguro adulterio y de tolerancia, hipocresía, cinismo e indignidad; y agrega:

“Aunque algunos tildaron su reacción de golpe magistral para reconquistar el honor deteriorado, Plutarco, un siglo y medio más tarde, sugirió que César pudo querer hacer con ello un regalo generoso a la plebe, al pueblo que amaba a un hombre joven como Claudio. Sin duda, su actitud le valió todavía más simpatías. Claudio fue declarado inocente por un jurado sobornado”.

En otras palabras, la desvergüenza al servicio del éxito político, de la imagen, de la popularidad. Se justificaba así la idea de que el fin justifica los medios, y que en ese camino de *política criminal* todo vale, inclusive la honra y el honor. Naturalmente, Cayo Julio César contaba con gente corrupta a su alrededor, validos y taimados aduladores, sobones y mandaderos, porque, como agrega el historiador: “Una regla de la política seguía todavía vigente: cuanto más fuerte es el estadista, más mediocres son los hombres que lo rodean”.

Mucho más se podría decir de este emperador a quien la historia le ha asignado un lugar especial en el Olimpo de los gobernantes. Admirado y pretendidamente imitado por muchos, fue, sin embargo, un dictador sin escrúpulos, frío y calculador, egocéntrico, autócrata y pervertido. Cicerón, político, orador, seguidor y disidente de César, según las coyunturas y las conveniencias, y crítico acerbo de Marco Antonio, asesinado por éste, en realidad mediocre e indeciso como político y autor de arengas como las *Catilinarias* y las *Filípicas*, dijo de Julio César: “¡Este hombre demente y desgraciado, que jamás vio ni un vislumbre de moral, ansía hacerlo todo por su honor! Pero, ¿dónde puede haber honor sin moral? ¿Es moral

mantener su ejército sin orden del Estado, ocupar ciudades para abrirse camino hacia Roma, proponerse la cancelación de los registros de deudas, mandar llamar a los inmigrantes y miles de otras monstruosidades?”. Es este el relato más exacto del tipo de “enfermos que gobiernan”.

Cleopatra fue una reina que, como los que le antecedieron en el trono de Egipto, llevaba con orgullo el nombre de la línea de los Tolomeo, fundador de esa serie de herederos del macedonio Lagos. Cleopatra fue la séptima; vino al mundo en el año 69, que, según el historiador Vandenberg:

“Era una época de angustia e inseguridad. Debí de sentir un profundo afecto por su padre, Tolomeo XII, pues no en vano se le otorgó más tarde el nombre de *Filopator* (“La que ama a su padre”). En cambio, jamás conoció a su madre. Cleopatra era pequeña y esmirriada; su nariz, al parecer demasiado grande, podía calificarse de aguileña, y el mentón se proyectaba exageradamente hacia delante. La niña distaba de ser una belleza. Dos centurias y media de relaciones incestuosas habían dejado mella en los Tolomeo... Y si de vez en cuando la hija debía rendirse a la voluntad (sexual) de su padre, esto no era reprochable ni oprobioso de acuerdo con la moral egipcia tolomea, sino todo lo contrario: las relaciones (sexuales) padre-hija y hermano-hermana tenían un carácter divino y su función era mantener la sangre de la dinastía pura de toda influencia extraña”.

A la muerte del padre de Cleopatra, aquél dejó escrito en su testamento que el trono de Egipto lo heredarían su hija Cleopatra y su primogénito Tolomeo, el decimotercero. Cleopatra tenía 18 años de edad, y su hermano Tolomeo Filipator Filadelfo, diez. Ese niño era su candidato como consorte.

“En algún momento del año 51 a. de C., la adolescente debió contraer nupcias con su hermano de diez años, primeramente según el rito griego y, a continuación, según el egipcio, como era costumbre... Sin embargo, no hay ninguna crónica, ni tampoco un solo testimonio que se refiera a tal acontecimiento. Tal vez la ceremonia coincidiera con la coronación y la joven reina le hubiera restado significación. Sin embargo, tal celebración tenía gran importancia: en Egipto, con cada nuevo faraón, empezaba a contarse el tiempo desde un principio...”.

En otras palabras, para esta aún niña reina, el matrimonio y la coronación pasaban casi desapercibidos. Su hermano tenía a un educador, padre adoptivo, eunuco, llamado Potino, que tramó con otros dos regentes la destitución de la reina, logrando dos objetivos: primero, obligar a Cleopatra a huir, y, como consecuencia, usurpar el trono. Por aquel entonces existía una muy fuerte rivalidad entre Pompeyo y Julio César. Este último persiguió a su rival hasta Egipto, con la intención no de aprisionarlo o ejecutarlo sino para alcanzar un arreglo: repartirse el Imperio Romano. Pero Pompeyo había sido ejecutado, y el rey niño Tolomeo ofreció a Julio César la cabeza de su perseguido, lo que según se refiere lo hizo llorar. El

romano decidió quedarse en Alejandría. He aquí cómo describe Philipp Vandenberg el encuentro entre la fugitiva y perseguida Cleopatra y el gran emperador:

“Una noche de mediados de octubre, los vigías anunciaron la llegada de un mercader griego llamado Apolodoro, quien manifestó tener urgencia en hablar con César: portaba un mensaje de Cleopatra. Cuando los estupefactos egipcios le preguntaban cómo había burlado el bloqueo del puerto, el griego procedente de Sicilia les explicó que había usado una pequeña barca. Más tarde, supieron que los centinelas, tras recibir un suculento soborno, habían facilitado el acceso a Apolodoro. Sin embargo, ni los vigías egipcios apostados en los navíos ni los soldados romanos de palacio prestaron atención al extraño equipaje que traía consigo el extranjero: un saco de dormir liado con correas. En aquellos tiempos no era raro que un viajero, librado a incómodas posadas, desarrollara sus propias sábanas, sus mantas y su almohada para pasar la noche. Así pues, llevado a la presencia de César, el mercader de Sicilia dejó su hato a los pies del general, ignoró sus preguntas acerca del motivo de su visita, manipuló en silencio las correas de su saco de dormir, lo desenrolló con cuidado y, como en un cuento, Cleopatra surgió de la envoltura. Seguramente César jamás se figuró semejante encuentro con la última heredera de Alejandro. Plutarco informa que con

esa ocurrente y astuta artimaña, Cleopatra ya debió de conquistar el corazón del romano. Pero lo que lo rindió por completo a sus pies fue la gracia y el encantador trato de la reina. ...De improviso ambos quedaron frente a frente: Cleopatra, la frágil joven de veintiún años, con su cabello rizado sujeto en la nuca en un nudo, era una mujer en la flor de la edad, y César, un cincuentón, alto, de piel blanca, rostro enjuto, oscuros ojos vivaces, frente despejada y cabello ralo, y el cuerpo perfectamente rasurado, incluso piernas y brazos”.

Así, este hombre, famoso por sus amoríos con todo tipo de mujeres, solteras, casadas, viudas, separadas, quedó atrapado por esta jovencita de encantos insospechados y con misterios que, seguramente trasladados por el tiempo, llegaron a ser imitados por Josefina de Napoleón, María Antonieta de Luis XVI, las favoritas de otros Luises, Mata Hari, Eva de Hitler, Eva de Perón y así sucesivamente. La influencia de Cleopatra sobre César se acrecienta cuando a principios del año 47 ya sabía que estaba embarazada, que esperaba un hijo de César, lo que significa que con sus sexualidades placenteras y reproductivas había cautivado y sometido definitivamente al Emperador. Su hijo, llamado Cesarión, el Cesarito, fue el lazo que ató la relación y que Cleopatra utilizó con fines políticos para estabilizar su reinado en Egipto. El historiador de la griega Beocia, cuya capital fue Tebas, y autor de biografías de grandes hombres griegos y latinos, reunidas con el título de *Vidas paralelas*, en las que se asocian los destinos de Alejandro y Julio César, citado por Vandenberg, afirma:

“La naturaleza le había dado la ambición y un altanero afán de realizar proezas, de modo que ni sus numerosos triunfos lograron inducirlo a gozar en paz de los frutos de su labor; por el contrario, lo estimularon y robustecieron en el futuro. Su fantasía forjaba planes cada vez más grandiosos, anhelaba más fama, como si la ya conquistada se hubiera dilapidado y deslucido. Lo colmaba un apasionado desasosiego, sentía celos de sí mismo como de un rival y lo dominaba el deseo de superar en el futuro sus hazañas del pasado”.

Esto se afirmaba de Julio César un año antes de su asesinato, y, sin duda, la descripción obedece a dos factores. El primero fue la presencia de su juvenil y casi ninfola Cleopatra, que, como decía el poeta, hizo que no le importara en su otoñal vida el número de peldaños que aún le quedaban en la escalera, porque “tenía una nueva y hermosa primavera”; y el segundo fue su enfermedad neurológica, la epilepsia, que, además de las convulsiones, le daban ese perfil mental de vehemencia, monomanía y agresividad. En cambio, Suetonio, el historiador romano, habría dicho de Cayo Julio César que su conducta era “soberbia” y “despótica” y que “la república no era nada, un mero sustantivo sin cuerpo ni forma visible”. Dice Vandenberg:

“En el siglo I a. de C., un hombre como César podía permitírsele todo, con excepción de dos cosas: aspirar a la dignidad de Dios y a la de rey. Sin embargo, Julio César parecía tener especial propensión a ambas y eso significó para él el principio del fin. El 15 de marzo

del 44 a. de C. César fue asesinado. Cayo Casio, el instigador ‘radical e inescrupuloso’ convenció a Bruto para eliminar al dictador romano. Marco Junio Bruto, ‘abogado de cuarenta y un años, según los rumores hijo de César, pero en verdad vástago del tribuno del mismo nombre, al que Pompeyo mandó asesinar, y de Servilia, durante mucho tiempo amante de Julio César... acababa de ser distinguido por César con la pretoría urbana. Su tendencia política es imposible de definir, pues ora estaba de un lado, ora de otro’. Entre sus atacantes, Julio César vio a Bruto y, ‘en alusión a sus educación griega, César clamó en esa lengua: ¿tú también, mi hijo Bruto?’ El interpelado no se amilanó ni desistió de su cometido y, con fiera saña, hundió su espada en el vientre del dictador”. (Ob. cit.)

Marco Antonio se transformó en el sucesor del “divino César”. Con las crecientes luchas por el poder, Marco Antonio es criticado y vilipendiado por Cicerón, quien en sus *Filípicas* –denominadas así en recuerdo de los discursos que el griego Demóstenes, el mayor orador de su época, había pronunciado contra Filipo de Macedonia– lo censura acremente y lo presenta como el enemigo más peligroso de la libertad, como el nuevo tirano y el mayor peligro para el Estado. El nuevo y osado heredero, integrante del segundo triunvirato, con Octaviano y Marco Emiliano Lépido, organizó una nueva expedición a Asia menor que lo condujo a Grecia, “precedido al parecer por su fama de derrochador y vividor a la manera oriental, pero también por la de un tirano ávido de dinero... Despojaba a los ricos de sus fortunas a fin de llenar sus arcas para la guerra

o para pagar los servicios de meretrices y efebos. Se jactaba de tener relaciones con ambos sexos, y tal vez lo hizo plenamente consciente, para pasar por un nuevo divino Julio”. (Ob. cit.)

Frente a este hombre, clon de su antecesor, se encontraba la reina de Egipto. Madre del único hijo de César, Tolomeo César, de cinco años de edad, y frente a las exageradas imposiciones tributarias romanas, Cleopatra debía decidir cuál sería su papel frente a los contrincantes extranjeros y la defensa del futuro de su hijo. Tomó la decisión: tenía que estar del lado de Marco Antonio. Y lo conquistó. En su encuentro, eran dos personajes extraídos de la fábula: “el romano, un hombre de cuarenta y un años, de viril estampa, cuerpo musculoso y bien ejercitado, cabeza poderosa, propia de Hércules; la egipcia, una mujer de veintiocho, más bien pequeña y, según escribe Plutarco, “en una edad en la que la mujer resplandece en toda su hermosura y su intelecto ha alcanzado la madurez”. Ambos eran casados, él en terceras nupcias con Fulvia, mujer que, al decir del cronista, no tenía en sí de femenino sino sus características genitales. Cleopatra, de acuerdo con la tradición, en segundas nupcias con su propio hijo, Tolomeo César, de cinco años”. Y otra vez la inteligencia, el poder y la ambición predominaron y se vistieron de mujer. ¿El amor estuvo allí? Dudoso, probable, incierto. La egipcia, dice Vandenberg, llevaba bregando por el sueño de un gran imperio Tolomeico que abarcara desde Hispania a la India, del que Alejandría, situada en el centro geográfico, sería la capital. “Este sueño lo tenía y mantenía desde su encuentro con César, con quien reconoció por primera vez las posibilidades políticas que podían trascender de su relación erótica: si él aportaba el oeste y ella el este del mundo conocido en aquel entonces, ambos podían amalgamar Oriente y Occidente en un solo imperio que excediera al del mismo Alejandro

Magno"... Si lo lograba, Cleopatra Filipator sería la emperatriz del mundo: por eso lo apostó todo a una carta".

La batalla de Accio terminó con las ambiciones de Marco Antonio y Cleopatra. La política, transformada en acción criminal por haber prostituido el buen gobierno de los pueblos, terminó en el suicidio de sus protagonistas y en la muerte que cubre a los honores efímeros y a las egolatrías de eternidad. Julio César, Marco Antonio y Cleopatra traspasaron el tiempo, se hicieron trascendentes y eternos, pero también lo fueron sus métodos, sus laberínticos deseos y pervertidas ambiciones.

6. *Los Borgia*. Mario Puzo

Como lo señala el editor en una introducción aclaratoria, Mario Puzo, que murió en 1999, comenzó a escribir esta obra en 1983, dejándola inconclusa a su muerte. La terminó su asistente y compañera Carol Gino, con la colaboración del historiador Beltram Fields. El mismo autor calificó a su libro como "otra historia familiar" en la misma línea que su otra gran novela, *El padrino*, pero, historia o novela, la descripción que hace Puzo de los Borgia tiene una correspondencia estrecha con la descripción histórica. Finalmente, este capítulo de mi libro no describe "la historia", sino plantea la importancia de la literatura en la comprensión, el conocimiento y la reflexión en torno de la *política criminal*.

Puzo nos dice en su prólogo: "Ignorando sus votos de castidad, los cardenales visitaban asiduamente a las cortesanas e incluso mantenían varias amantes al mismo tiempo. Los sobornos estaban a la orden del

día y los clérigos eximían a los nobles de sus deberes para con Dios y perdonaban los más atroces pecados a cambio de dinero”. Se trata aquí, entonces, de mostrar un ejemplo entre los muchos de la *política criminal* aplicada en la religión, en este caso en la católica, aunque también en todas las otras han ocurrido y ocurren hechos parecidos, como tendremos ocasión de mostrar más adelante.

Cuando Rodrigo Borgia era obispo, tuvo tres hijos, y cuando era cardenal conoció a Vanozza Catanei, con quien engendró tres más: César, Juan y Lucrecia. “Como miembro de la Iglesia, le estaba prohibido contraer matrimonio, pero, como hombre de Dios, tenía la seguridad de comprender los deseos del Señor. ¿Acaso el Padre Celestial no había creado a Eva para completar a Adán en el Jardín del Edén? ¿No era lógico deducir entonces que en este valle de lágrimas, en este mundo plagado de infelicidad, un hombre necesitaba también el consuelo de una mujer?”.

Así inicia Mario Puzo su novela-historia o historia-novela conocida como *Los Borgia*. Y esta concepción, en la mente del obispo primero, cardenal después y finalmente papa, es seguramente la misma de ese enorme número de sacerdotes que están repartidos en el mundo, que tienen hijos a los que reconocen raras veces, llaman sobrinos otras, ahijados algunas y a los que olvidan las más. Y, por supuesto, tienen además de su rosario, a mujeres con ese o con otros nombres. A este comportamiento sexual promiscuo y pecaminoso se agrega la enorme cantidad de sacerdotes, obispos y cardenales homosexuales, clandestinos y disintónicos, y, lo que es más grave, individuos acosadores sexuales paidoclásticos (no paidofílicos, que son, realmente, quienes aman a los niños, y no los usan y destruyen sexualmente como los otros), a los que la curia y el Vaticano perdonan,

ignoran y hasta defienden. Rodrigo Borgia era tal perverso sexual que no respetaba ningún lazo de amistad ni de familiaridad. Julia, primero novia y después esposa del “ahijado” del cardenal, y que fuera casada por el propio Rodrigo en ceremonia celebrada en el Vaticano, terminó siendo la amante de Rodrigo Borgia y sometiéndose a sus deseos carnales. Esta mentalidad promiscua e irrespetuosa a las leyes divinas y humanas diseña el perfil psicológico de un psicópata ascendido a la más alta investidura de la Iglesia Católica, retrata a un político criminal de la ideología religiosa que comenzó renegando de su propio nombre, como lo hizo Cayo Julio César, que usurpó el nombre de César. Rodrigo Borgia no era italiano, y como cardenal, sus posibilidades de ser elegido papa eran escasas. Así lo describe Puzo: “Su mayor obstáculo era su origen español, y aunque hubiera cambiado su apellido español, Borja, por el italiano Borgia, eso no bastaba ni mucho menos para dejar de ser visto como un extranjero”. Pero las artes políticas de este hombre lograron desplazar a sus opositores Ascencio Sforza y Della Rovere. El humo blanco de la chimenea anunció: “Tenemos papa: el cardenal Rodrigo Borgia de Valencia. El papa Alejandro VI. Alabado sea el Señor”.

Casi de inmediato, este papa nombró cardenal a su hijo César, en actitud nepótica y autocrática. Se rodeó, como lo hacen los dictadores abusivos, de gente que cumplía sus órdenes sin chistar, como su matón don Michelotto, que asesinaba a los opositores, críticos y disidentes del papa Alejandro.

Pero lo más innoble, perverso y delincuencial fue conducirse como lo hacían los reyes Tolomeo, en una caricatura desplazada en el tiempo, justificada en los egipcios como lo fue en los incas, en una época y en un ambiente totalmente diferente y con un rigor normal, ético y deontológico

completamente contrapuesto: el incesto. He aquí como lo describe Mario Puzo, en el capítulo 4 de su libro, cuando Borgia reúne a sus hijos Juan, César y Lucrecia para decirles:

“Tenemos que hablar, hijos míos –dijo–. Debemos tomar una importante decisión hoy... Somos la familia más eminente de la cristiandad –dijo Alejandro, levantando los brazos por encima de ellos–. Las grandes obras que hacemos por la iglesia nos harán crecer. Los Borgia estamos destinados a salvar multitud de almas y a vivir confortablemente mientras llevamos a cabo la obra del Señor. Pero los tres saben, tal como nos enseñan las vidas de los santos, que las grandes obras requieren de grandes sacrificios –concluyó mientras se santiguaba. Alejandro miró a su hija. Lucrecia le devolvió la mirada con curiosidad.

–Díganme, estarían dispuestos a yacer con su hermana –preguntó el Papa de repente.

Juan se negó.

–Antes me haría monje –declaró.

–¿A qué se debe todo esto, padre? –preguntó César–. ¿Por qué nos propones algo así? ¿No te preocupa que nos condenemos al fuego eterno por yacer con nuestra propia hermana?

Alejandro se incorporó y atravesó la sala hasta llegar a una puerta en forma de arco. Señaló los cinco paneles de la gran arcada y preguntó:

—¿No les han enseñado sus maestros que los faraones de las grandes dinastías egipcias desposaban a sus hermanas para preservar la pureza de la sangre real? ¿No les han hablado de la joven Isis, que se casó con su hermano, el rey Osiris, tuvieron un hijo llamado Horus y los tres se convirtieron en la Gran Trinidad Egipcia? Ayudaron a los hombres a escapar de los demonios y las almas nobles renacieron para vivir eternamente. La única diferencia entre ellos y nuestra Santísima Trinidad es que uno de ellos era una mujer.

El papa Alejandro miró a su hija y sonrió.

—La egipcia ha sido una de las civilizaciones más avanzadas de la humanidad, por lo que bien puede servirnos de ejemplo.

—Esa no puede ser la única razón, padre —intervino César—. Los egipcios eran paganos y adoraban a dioses paganos...

Alejandro se acercó a Lucrecia y, mientras acariciaba su cabello dorado, sintió un súbito remordimiento. No podía explicarle que él sabía lo que sentía el

corazón de una mujer cuando se entregaba a un hombre por primera vez; que sabía que el primer hombre con quien yaciera Lucrecia se convertiría en el dueño de su corazón y de su alma y que él, su padre, el sumo pontífice, debía asegurarse de que no le entregara también las llaves de Roma. De ahí que al no estar dispuesto a permitir que un extranjero reclamase su tesoro más valioso, Alejandro hubiera decidido que fuera uno de los hermanos de Lucrecia quien lo hiciera”.

Y así, con esa admonición y bendición se consumó el incesto, bajo la atenta, voyerista y perversa mirada del Papa.

Nada denota, pero todo connota, la efectiva relación sexual del papa Alejandro con su hija. Ella era apenas una púber, una nínfula que se inició en la licenciosa vida del palacio pontifical.

César se transformó después de cardenal en soldado. Su vida fue el resultado criminal de una política papal perversa. Fue una edición corregida y aumentada que ensució la vida fraterna con su hermano Juan. Odios, infidelidades y traiciones fueron la constante en esa familia, y desde ella hacia sus verdaderos y supuestos enemigos. El Papa era el titiritero hipnotizador de conciencias. Convince a César de que su hermano Juan sería el nuevo capitán general de los ejércitos pontificios, lo que hace explotar la rabia, los celos y la envidia de César. Pero, como dice Puzo, “el arma más poderosa que poseía Alejandro era la capacidad que tenía para imbuir de una sensación de dicha a aquellos a quienes dedicaba su

atención, para hacer que cada persona se sintiera como si su bienestar fuese la única preocupación del Santo Padre. Hasta tal punto era capaz de transmitir esa sensación, que los hombres que rodeaban a Alejandro a menudo depositaban más esperanzas en el Papa que en sí mismos. Igual daba que si se tratara de un rey que de su hijo o de uno de sus súbditos. Mientras Alejandro fuera el Sumo Pontífice, no habría nadie que no estuviera sometido a su autoridad.

Las palabras del Santo Padre sumieron a César en una especie de encantamiento, hasta que la mención de una nueva cruzada rompió el hechizo. Los papas y los reyes siempre se habían valido de las cruzadas para robar el dinero a sus súbditos; las cruzadas tan solo eran otra posible fuente de ingresos para los poderosos...”. (Capítulo 7.)

Así pues, el Papa era tan poderoso familiar como política y religiosamente. Y estas tres instancias las manejaba Alejandro delictivamente. En todos sus actos y también en los de su hijo César se mezclaban la ambición, la búsqueda del placer y del poder, la riqueza sin límites, el avasallamiento, la deslealtad y el egocentrismo, sin duda todos ellos escondidos bajo una piel de cordero. Mario Puzo pone en boca de Rodrigo Borgía, entonces papa Alejandro, este discurso hipócrita y tranquilizador;

“El mayor de todos los males es el poder... y es nuestro deber borrar cualquier deseo de poder de los corazones y las almas de los hombres. Esta es la misión de la Iglesia, pues es la lucha por el poder lo que hace que los hombres se enfrenten unos a otros. Ahí radica el mal de nuestro mundo; siempre será un mundo

injusto, siempre será un mundo cruel para los menos afortunados. Quién sabe... Es posible que dentro de quinientos años los hombres dejen de matarse entre sí. Feliz día será aquel en el que esto ocurra. Pero el poder forma parte de la misma naturaleza del hombre. Igual que forma parte de la naturaleza de la sociedad que, para mantener unidos a sus súbditos, por el bien de su Dios y de su nación, un rey tenga que mandar ahorcar a quienes no obedezcan su ley. ¿Pues cómo, si no, podría doblegar la voluntad de sus súbditos?... ¡Por la Santa Iglesia de Roma y por la familia Borgia!”.

Pese a todo, casi al final de su vida, su hijo César se planteó con claridad la credibilidad de las palabras de su padre y la cantaleta de la infalibilidad del papa. Puzo escribe: “....empezó a dudar de la sabiduría de su padre. ¿De verdad eran ciertas sus enseñanzas? ¿De verdad era su padre el vicario de Cristo en la Tierra? ¿De verdad eran todos sus deseos los deseos de Dios?”.

Y estas preguntas que se hacía César en relación a su padre, sería bueno plantearlas para cualquier hombre poderoso que se sienta encumbrado en no importa qué religión y secta religiosa habidas y por haber en el mundo.

7. El poder y la gloria. David Yallop

En un voluminoso ejemplar de 684 páginas, y con el subtítulo de *Juan Pablo II: ¿santo o político?*, el autor de este importante libro presenta sus investigaciones, realizadas a través de varios años y en diferentes países,

sobre la vida y muerte de Karol Wojtyła, el Papa Juan Pablo II. Yallop había presentado antes, en 1984, otro gran libro: *En el nombre de Dios*, en el que describe la rara, extraña, misteriosa muerte del Papa Juan Pablo I, libro que, según se afirma, se transformó en best seller, con más de 50 mil ejemplares vendidos y que desató una enorme polémica. En ambos libros, el núcleo central es, a mi juicio, la descripción de una política religiosa –en este caso específico de la católica– de típico perfil delictivo, criminal.

Se están procesando los detalles, las evidencias, los requisitos para la beatificación del llamado “papa peregrino”. Al respecto escribe Yallop en el prefacio de *El poder y la gloria*:

“Cuando el proceso de beatificación implica a una figura tan controvertida como el desaparecido papa, una rigurosa investigación que ponga al descubierto cada faceta de la vida entera de Karol Wojtyła es de suma importancia. Manifiestamente, la actual carrera a la santidad no contempla una indagación exhaustiva. Las clases y textos de Wojtyła de la década de 1950 sobre el marxismo y el comunismo, en los que habló y escribió muy positivamente tanto del marxismo como de la teología de la liberación, no van a ser considerados, al menos hasta donde podía saberse a fines de 2006. Qué tan profundamente las extravagantes afirmaciones que se han hecho sobre el Papa Juan Pablo II –su lucha contra los nazis y subsecuentemente contra el régimen comunista... su creación de Solidaridad... su hazaña de derribar el

comunismo europeo—, qué tan profundamente esos y otros aclamados aspectos del papado de Wojtyla se investigarán, aún está por establecerse”.

Karol Wojtyla fue elegido papa cuando su país, Polonia, estaba invadido y gobernado por el régimen comunista. Yallop presenta un documento en el que los gobernantes polacos y la cúpula de Moscú ofrecen su opinión favorable no a la candidatura al Vaticano sino a su elección pontifical: “Hasta ahora no ha participado en abierta actividad política autoestatal. Parece que la política es su lado débil... Carece de cualidades de organización y liderazgo, y esta es su debilidad en su rivalidad con Wyszynski”.

El cardenal Wyszynski era el rival de Wojtyla en la candidatura. Entonces podemos decir que de dos realidades, una: o el juzgador comunista se equivocó, o el posteriormente papa supo esconder históricamente sus perfiles, sus cualidades, sus prejuicios y ambiciones; supo reptar políticamente con suspicacia, cálculo, hipocresía, engaño.

Cuando se anunció la elección de Juan Pablo II, hubo una sorpresa general. Yallop utiliza la declarada sorpresa de un prestigiado estudioso frente a este hecho: “El padre Andrew Greeley, autor y connotado sociólogo católico que se encontraba abajo entre la multitud, recordaría después la reacción de quienes lo rodeaban: ‘Cuando expliqué que no, que no era negro ni asiático, sino polaco, se quedaron atónitos. Aquella era una multitud hosca y enojada. Nada de la alegría de la elección de Luciani. No hubo vítores. Hubo abucheos, aunque principalmente un silencio absoluto y mortal’”.

Después de su elección como papa, Wojtyla asentó su personalidad sinuosa, autocrática, protagónica, histriónica, encubridora y notoriamente sectaria. Se rodeó de colaboradores que usaron todas las artes del maniqueo y hasta de corruptos delincuentes, testaferros. Como ejemplo están los hombres del Banco del Vaticano, notoriamente el arzobispo Paul Marcinkus, su presidente, que “había participado en una retahíla del transacciones corruptas y criminales”. Un hombre muy próximo a Marcinkus fue Roberto Calvi, asistente “en el incesante saqueo del Banco Ambrosiano. La magnitud definitiva de ese robo ascendería a 1 300 millones de dólares”. (Ob. cit.)

Cuando la curia romana despertaba del letargo de la nominación del nuevo papa, quedaron atónitos de las acciones que se tomaban para mantener la hipocresía, la corrupción, el deterioro de la moral religiosa y de los principios evangélicos básicos. David Yallop lo muestra así:

“Altos funcionarios del gobierno vaticano vieron en eso un abuso extremo de la autoridad papal... Otros, entre ellos varios cardenales, interpretaron las acciones del nuevo papa, junto con su negativa a depurar el Banco del Vaticano, como evidencia de algo mucho más perturbador. Empezaron a considerar la posibilidad de que habían colocado en el trono de Pedro a un hombre voluntarioso, corrupto y potencialmente muy peligroso...”.

El libro *El poder y la gloria* muestra a un personaje encandilado por los viajes, por la propaganda, ególatra y encubridor, enemigo de la Teología

de la Liberación, cuya primera figura, mencionada en el libro, es nuestro compatriota Gustavo Gutiérrez, de quien se hace una sola mención y sin decir que es peruano; peor aún, según Wojtyla, sería un apéndice del comunismo. “No reconocía que el fundador de la Teología de la Liberación había rechazado por completo todo vínculo con el marxismo... Cualquier cosa que pareciera desafiar la autoridad de la Iglesia, que en última instancia era la suya propia, era el “enemigo”. Sin embargo, como lo recuerda Yallop: “La mayor ironía de la vida de Karol Wojtyla es que sin la intervención de los comunistas nunca habría sido papa”.

En sus numerosos viajes a través del mundo, el Papa fue calificado de “Juan Pablo Superestrella”, referencia hecha por el diario *Time*. Esos viajes eran extraordinariamente bien preparados y en estricta relación con fines muy específicos de protagonismo, propaganda y manipulación. Y muchos de esos fines solían ser contrarios a sus “llamados a favor de los derechos humanos universales”. Es decir, eran viajes políticos, de propaganda más que de propagación y defensa de valores morales religiosos.

“Aunque elogiaba los diversos papeles de las mujeres en la sociedad y dentro de las órdenes religiosas, simultáneamente reiteraba que la reprobación por el Vaticano de la píldora anticonceptiva o a la consideración de la posibilidad de que las mujeres se incorporaran al sacerdocio eran asuntos no sujetos a acuerdo... En sus viajes hablaba a menudo del derecho a un salario digno, pero no lo aplicaba en el Vaticano, donde hasta 4 000 trabajadores no tenían sindicatos ni representantes democráticos”. Cuando el Papa viajó a los Estados Unidos, el editor de religión del *Newsweek*, Kenneth Woodward, escribió: “No me da la impresión de que Wojtyla sea una persona particularmente cordial. Sus

gestos con los niños me parecieron tiosos, la conducta de un actor, no de un abuelo... Lo que yo encontré en las declaraciones del Papa, e incluso en sus maneras, fue una falta de empatía por los cristianos que luchan por ser buenos católicos”.

Como político, el papa Karol Wojtyła se relacionó con gil y mil. David Yallop afirma que apoyó al régimen comunista, también al fascismo español de Franco y que asimismo apoyó a los fascistas que se enfrentaron al comunismo y a los comunistas que lucharon contra Franco. En otras palabras, estaba con Dios y con el diablo.

Luchó contra todo tipo de aborto y se alió con el profesor francés Jérôme Lejeune, llamado el “padre de la genética moderna” y que había descubierto la causa genética del síndrome de Down. El papa apoyó la película de Lejeune *El grito silencioso*, enorme y falaz manipulación que mostraba a un feto, llamado niño, reclamando “su derecho a vivir”. Se opuso al reconocimiento de la relación entre homosexuales y escondió con armas poderosas la conducta y el comportamiento abusivo sexual contra niños y jóvenes por parte de sacerdotes, obispos y cardenales católicos. Instituyó la disciplina de los “cinco noes”: “No pienses; si piensas, no hables; si hablas, no escribas; y si piensas, hablas y escribes, no firmes; si piensas, hablas, escribes y firmas, no te sorprendas”. Increíble y cínica recomendación, digna de Nicolás Maquiavelo.

El mensaje de Karol Wojtyła, sus discursos en diferentes países, en numerosas ciudades y a millones de personas, ingresó a la mente de los que lo escucharon. Peter Hebblethwaite, corresponsal en el Vaticano, escribió: “La inmensa popularidad de Juan Pablo II, su excitante atractivo sobre las

masas, no significa que la gente escuche lo que dice, y menos aún que lo obedezca. Le gusta el cantante, no la canción”.

En su afán de protagonismo y sectarismo, Wojtyla entró en relación con el Opus Dei. Pero, según Yallop, esta relación tenía un enorme interés económico. Estaban de por medio los turbios negocios de los bancos di Roma, Ambrosiano y Vaticano.

“La venta del Banco di Roma per Svizzera, en Lugano, liberó fondos adicionales, y el saldo del pago de compensación a los bancos europeos procedió de la propia sociedad secreta del Vaticano: el Opus Dei. El Opus Dei negociaba con Roberto Calvi al momento de su asesinato. La secta estaba preparada para adquirir el control del Banco Ambrosiano y cubrir el agujero de 1 300 millones de dólares... A cambio de poner sobre la mesa el saldo por pagar, el Opus Dei obtuvo algo que había anhelado durante años. El Papa no esperó siquiera a que se resolvieran los asuntos financieros. En el curso de los dos meses posteriores al ofrecimiento del Opus Dei, el papa Juan Pablo II otorgó reconocimiento a la secta como ‘prelatura personal’. Esta categoría aseguraba que tal sociedad ultrasecreta no sería responsable ante nadie en las iglesias católicas romanas que no fuera el Papa. Ningún obispo local podría disciplinar ni sancionar al Opus Dei. De la noche a la mañana, el Opus Dei se había convertido en realidad en un movimiento

global sin diócesis específica. Y eso es lo que sigue siendo hasta ahora”. (D. Yallop.)

También en materia económica, el Papa utilizaba ese método de *política criminal* que se llama el “doble discurso” o “la carabina de dos cañones”. Dice Yallop:

“La doble moral siguió impetuosa durante el resto de la década de 1980. Mientras continuaba ofreciendo refugio a condenados y fugitivos de la justicia italiana, el papa Juan Pablo II sermoneaba a los suizos sobre ética bancaria... Al tiempo que el Santo Padre condenaba rotundamente el apartheid, el Banco del Vaticano prestaba en secreto 172 millones de dólares a agencias oficiales del régimen sudafricano del apartheid”.

El trato papal hacia América Latina tuvo las mismas características políticas que con el resto del tercer mundo: discursos, palabrería, distancia, soberbia, promesas, promesas y más promesas. La historia del “atrapen al ladrón” y recriminaciones públicas, con gesto severo, para los dilatadores, disidentes u opositores. Todos vimos la indignante actitud que tuvo Karol Wojtyla con Ernesto Cardenal en Nicaragua. He aquí como lo describe David Yallop:

“En la fila de nicaragüenses que esperaban para saludar a Wojtyla en el aeropuerto de Managua estaba al menos uno de los sacerdotes que también

era ministro del gobierno. El Papa lo humilló públicamente, agitando el dedo contra la figura arrodillada mientras amonestaba al sacerdote, el ministro de cultura, Ernesto Cardenal Martínez, exigiendo: ‘Regularice su posición con la Iglesia. Regularice su posición con la Iglesia’. La imagen dio la vuelta al mundo y fue ampliamente interpretada como un áspero reproche”.

Conocedor de una inhumana situación de pobreza por la explosión demográfica, el Papa se opuso testarudamente a la aplicación de métodos anticonceptivos, llamados por la iglesia “no naturales” o “artificiales”. Esta política de población criminal continuó después de la muerte de Wojtyła, aumentando la pobreza, la desatención de la salud y de la educación, la delincuencia, el consumo de drogas, la violencia callejera y doméstica, la prostitución, el maltrato familiar y el abuso sexual.

Otro asunto grave y delincencial durante el papado de Juan Pablo II es el descubrimiento, la denuncia y la acusación de abuso sexual cometido por sacerdotes, hermanos, monjes, monjas, obispos y cardenales. Afirma David Yallop: “Tan solo en Estados Unidos, desde 1984, el costo financiero en honorarios legales e indemnizaciones a las personas objeto de abuso sexual rebasa los 1 000 millones de dólares. El costo para la imagen y reputación de la jerarquía católica es inestimable”. Pero lo criminal en la política papal sobre este asunto no es solamente la defensa de los pervertidos, sino el interés en esconder el vicio, en acusar a las víctimas de provocadores, incitadores, pecaminosos, investigadores de los humildes sacerdotes, así como también la manipulación de los abusados haciéndolos jurar, para

mantener el silencio, de “guardar el secreto” y aceptar que “el error, el vicio, la depravación, la inmoralidad y la conducta vil, perversa e indigna eran propios únicamente del rebaño, nunca de los pastores”. (Ob. cit.)

En el Epílogo de su libro, David Yallop concluye:

“Wojtyla, un hombre que se enorgullecía de hablar muchos idiomas, no escuchaba en ninguno de ellos. Pero tampoco ningún papa en 2 000 años había sido escuchado por tantos y atendido por tan pocos... El Papa no desconfiaba de la democracia sino que, además, sus palabras y actos... confirmaban que repudiaba activamente la democracia como forma de gobierno... A causa de la incapacidad de Wojtyla para tomar las ‘decisiones necesarias’, el desenfrenado abuso sexual clerical siguió sin control y resultó directamente en deserciones masivas de la fe en muchos países”.

Esta deficiencia de rendir culto al humo descuidando el fuego, de levantar paja y no preocuparse por el grano, de gobernar con poses, hipocresía, falsas promesas, corrupción, engaño, insensibilidad, sectarismo, sinarquías, testaferreros, es una demostración evidente de política religiosa criminal.

8. Carta al padre. Franz Kafka

Muchos críticos literarios han considerado que Franz Kafka es uno de los tres más grandes novelistas del siglo XX, al lado de Marcel Proust y

James Joyce. Los tres nacieron a fines del siglo XIX: Proust en 1871, en Francia; Joyce en 1882, en Irlanda, y Kafka en 1883, en Checoslovaquia. También se ha afirmado que la obra del checo, su creación artística, es su “autobiografía espiritual” (R.E. Modern). Su padre fue comerciante y tuvo una influencia decisiva en la vida de Franz. Hablemos del padre:

“Vástago de una familia muy pobre de la judería oriental... a fuerza de sacrificios considerables, constancia, fortaleza de carácter, voluntad de dominio y una formidable autoestimación que sus éxitos económicos venían a subrayar, había llegado a ser, al nacimiento de Franz, un comerciante de holgada posesión, la que fue acrecentándose en el correr del tiempo”. (R.E. Modern.)

Este padre, judío y comerciante exitoso, tuvo 4 hijos, 3 de ellos mujeres (Ottla, la favorita de Franz, Elli y Valli) que fueron asesinadas en un campo de concentración; así pues, el escritor fue el único hijo varón que recibió el cariño y protección de la madre y la soberbia, la arrogancia, el despotismo, la tiranía y el poder de dominación del padre. Este padre es, creo, el paradigma de los padres abusivos, dictadores, autócratas, dominantes, maltratadores y... criminales en la educación de sus hijos.

Existe, qué duda cabe, una política familiar. En los tiempos de Franz Kafka, esa política familiar la diseñaba, la organizaba, la aplicaba, la exigía y controlaba... el papá, el padre. Las madres, así fueran judías, eran el emblema de la sumisión en el hogar, de la dependencia, obediencia y hasta esclavitud frente al poder paterno. Kafka recibió esta influencia, y tal vez por eso fue “tímido, serio, concentrado, débil y vulnerable” (el apellido Kafka significa en

checo “corneja”, ave parecida al búho). Su obra, es el reflejo de su percepción del mundo, de su mundo familiar primero, y del otro, después. Se ha acuñado la palabra “kafkiano” o “kafkiana” para designar una situación sórdida, caótica, dolorosa, trágica, infeliz. En obras como *La metamorfosis* o *El proceso*, y en su cuento “La condena”, Kafka narra el sufrimiento humano y el destino oscuro que tienen los seres humanos en este valle de lágrimas. Dice R.E. Modern: “Echar raíces, fundar una familia, perdurar, abrirse un camino que le permitiera cortar amarras con la personalidad todopoderosa del padre, símbolo de una fuerza trituradora e insensible para con el sufrimiento del hijo... constituía para Kafka un imperativo de ineludible obediencia”.

El 3 de junio de 1924, en un invierno extremadamente duro “por el frío y la escasez de alimentos, fallece Franz Kafka, sufriendo de una enfermedad incurable en esos tiempos; no había aún cumplido 41 años”. Antes de su muerte, Kafka envía a su amiga Milena Jesenka una carta y un texto escrito en 1919. Esta carta nunca llegó a su destino; cuando se la descubre, contenía, acompañándola, un texto de cerca de cien páginas, con el título de *Carta al padre*. En la carta a Milena le pide, le advierte, que esta misiva nunca debía hacerse pública. La *Carta al padre*, publicada después de la muerte de Kafka, es sincera, dolorosa y de justa protesta, un grito de dolor frente a la tiranía de los que tienen poder; es una voz que reclama justicia y respeto a los seres humanos, débiles, desvalidos, impotentes, sometidos, víctimas de un abuso criminal de los sádicos gobernantes.

Rodolfo E. Modern presenta así esa angustia existencial de Franz Kafka:

“Encapsulado en su propia soledad y angustia, Kafka entre sus contemporáneos percibió con helada

claridad, con misericordioso gesto, la distancia, el infranqueable espacio entre las cosas y los hombres. Y solo él supo que todo intento de aproximación fundado en el interés personal era engaño y mal. Pues por más que sus héroes, Samsa, Joseph K., se esfuerzen, nunca alcanzarán el puente, o cerrar la herida, como se prefiera, hasta que no renuncien a ser ellos mismos y se conviertan en otros, en los capaces de ver y decir la verdad. Eso significa muerte, es cierto, pero también un nuevo nacimiento y el merecimiento de ser llamados, por fin, hombres enteros...”.

He aquí algunos párrafos de esa *Carta al padre*. Son apenas unas líneas demostrativas del sufrimiento de algunos hijos, como hay desgraciadamente todavía muchos, que viven aterrorizados por el poder abusivo de los padres, gobernantes de territorio, cuerpos y almas de los hijos y familiares que están bajo su dominio; psicópatas, inafectivos, tiranos para quienes las órdenes tienen que cumplirse sin dudas ni murmuraciones:

“Querido padre:

Hace poco me preguntaste por qué yo afirmaba que te temía. Como de costumbre, no supe qué contestarte, en parte precisamente por ese miedo y en parte porque la fundamentación de ese temor necesita demasiados detalles como para que yo pueda exponerlos en una conversación. Aun escribiéndote, sé que el resultado será muy imperfecto porque me coarta el temor y porque la dimensión del tema supera en gran medida

mi memoria y mi entendimiento... Como padre eres demasiado fuerte para mí, en especial porque mis hermanos murieron jóvenes, las hermanas llegaron mucho tiempo después y yo tuve que soportar solo los primeros embates; para eso era demasiado débil... Tú (eres)... un verdadero Kafka en fuerza, salud, apetito, volumen de la voz, poder de convicción, satisfacción consigo mismo, superioridad con respecto al mundo, resistencia, presencia de ánimo, conocimiento humano, cierta ampulosidad y, desde luego, también todos los errores y debilidades que corresponden a estas virtudes provocadas por tu temperamento y tu mal genio... éramos tan diferentes y esta diferencia nos hacía tan peligrosos el uno para el otro, que si alguien hubiera intentado de antemano calcular la relación que habríamos de tener yo, un niño que se desarrollaba lentamente, y tú, hombre realizado, habría supuesto que me aplastarías bajo tus pies sin que quedaran restos míos en alguna parte....Tú solo puedes tratar a un niño como tratas a los demás, con fuerza, ruido y mal genio...

Me acuerdo de un incidente de los primeros años. Quizás también tú lo recuerdas. Una noche, yo lloriqueaba continuamente pidiendo agua, con seguridad no a causa de la sed sino tal vez para molestar o para entretenerme. Después que unas contundentes amenazas no surtieron ningún efecto, me levantaste de

la cama, me elevaste al balcón, y me dejaste allí un rato, solo, en camisón, ante la puerta cerrada. No quiero decir que esto fuera incorrecto, tal vez no había otra manera de lograr el silencio nocturno. Con esto solo quiero caracterizar tus métodos pedagógicos y la impresión que me causaban. Después de aquello fui más obediente, pero ya había adquirido una herida interior. Nunca pude relacionar con coherencia el inmotivado sin sentido de pedir agua con el extraordinario terror que me produjo el castigo. Años después todavía padecía ante la tortuosa imagen del hombre gigantesco, mi padre en última instancia, que casi sin motivo podía arrancarme de la cama para colocarme sobre el balcón; en el fondo yo no parecía significar más que esa nada para ti... En aquel entonces habría necesitado aliento constante en todas mis empresas. Porque tu sola presencia ya me oprimía... Sentado sobre tu reposera gobernabas el mundo... Tu opinión era la correcta, todas las demás eran desorbitadas, anormales, extravagantes, locas... Percibía en ti el extraño enigma que rodea a todos los tiranos cuyo derecho no está fundado sobre el pensamiento sino sobre su propia persona... De esta manera se fueron paralizando todas las reflexiones y los sentimientos del niño”.

Esta es la extraordinaria descripción de un padre tirano, déspota y dictador. Traslademos esta imagen a los padres de la patria, a los gobernantes dictadores y autócratas, abusivos y criminales en el poder político.

9. 1984. George Orwell

El autor de esta extraordinaria novela nació en la India, en la ciudad de Montihari, en 1903. Se educó en Inglaterra, en la ciudad de Eton (Buckingham), a orillas del Támesis, en un célebre colegio fundado en 1440. Vivió en París, en la indigencia, y en la misma Inglaterra como vagabundo. Es el autor de la célebre novela *Rebelión en la granja*. La novela que comentamos aquí apareció en 1949. Murió en Londres, en 1950.

Su novela *1984* describe un estado totalitario, en el que un astuto y misterioso miembro de la dirección del partido dominante considera el poder como el valor absoluto y único: “Para conquistarlo no hay nada en el mundo que no deba ser sacrificado, y una vez alcanzando, nada queda de importante en la vida a no ser la voluntad de conservarlo a cualquier precio. La vigilancia despiadada de este superestado ha llegado a apoderarse de la vida y la conciencia de sus súbditos, interviniendo incluso, y sobre todo, en las esferas más íntimas de los sentimientos humanos. Todo está controlado por la sombría y omnipresente figura del Gran Hermano, el jefe que todo lo ve, todo lo escucha y todo lo dispone”. Ese Gran Hermano, gobernante autoritario, déspota y dictador, es la figura metafórica de muchos gobernantes que, asaltando el poder, se transforman en dioses, dueños de cuerpos y almas, y que, creyéndose dioses, se encaraman en el gobierno haciendo lo que les da la gana, utilizando todos los recursos de la *política criminal*.

Ese Gran Hermano, omnipresente, es el paradigma de ideologías políticas y religiosas dictatoras que llegan a dominar las conciencias de personas, de grupos humanos, de países, y que, incluso, tienen como objetivo

teleológico dominar al mundo. Atilas, alejandros, césares, napoleones que dejan su herencia en Hitler, Franco, Mussolini, Fidel y tantos otros que pueblan la historia, sin que los ciudadanos, las personas, se aperciban de la epidemia que la historia nos enrostra. Perdemos la capacidad para aprender y sufrimos reiterada, crónica e inmisericordemente las tiranías, que, como jinetes de la Apocalipsis, vienen y se van sin dejar rastros útiles que nos sirvan para prevenir las políticas criminales.

George Orwell describe en su novela la presencia de la “policía del pensamiento”, del establecimiento de la *neolengua*, de las tres consignas del partido dominante: “La guerra es la paz, la libertad es la esclavitud, la ignorancia es la fuerza”. Solo hay una verdad que todos deben respetar, y es la que instituye el “Ministerio de la Verdad”, es decir, el dogma, la fe irracional, las órdenes que tienen que ser obedecidas sin chistar por una “hermandad” en la que incluso los niños se transforman en “niños heroicos” si denuncian a sus padres a la “policía del pensamiento”, contándole a ésta lo que habían oído en casa.

Despiertos o dormidos, trabajando o comiendo, en casa o en la calle, en el baño o en la cama, no había escape. Nada era del individuo a no ser unos cuantos centímetros cúbicos dentro de su cráneo. Todo estaba controlado, nadie podía dudar de lo que decía y establecía el Gran Hermano, inclusive de lo que realmente era mentira. Y si todos los demás aceptaban la mentira que imponía el Partido... entonces la mentira pasaba a la historia y se convertía en verdad. “El que controla el pasado –decía el eslogan del partido– controla también el futuro. El que controla el presente, controla el pasado”. Para esto, naturalmente, existía todo un grupo alrededor del titiritero y a su absoluto servicio, que trabajaba día y noche para tejer

los hilos que manejaba el dictador, aunque casi nadie conocía a estos personajes ni sabía dónde trabajaban. Dice Orwell:

“En un lugar desconocido estaban los cerebros directores que coordinaban todos estos esfuerzos y establecían las líneas políticas según las cuales un fragmento del pasado había de ser conservado, falsificado otro, y otro borrado de la existencia... Había incluso una sección conocida en *neolengua* con el nombre de *Pornosec*, encargada de producir pornografía de clase ínfima y que era enviada en paquetes sellados que ningún miembro del Partido, aparte de los que trabajaban en la sección, podía abrir”.

El Gran Hermano, ese líder negativo, presumiblemente psicópata, que traía en sus genes y en sus “memes” toda la maquinaria destructiva y maniquea, la alquimia maquiavélica, kafkiana, rasputinesca, goebeliana y montesinesca, inventaba, ordenaba, propalaba mitos, espantapájaros, delusiones, fantasmas, que entretenían, engañaban, hipnotizaban, adormecían sonambúlicamente a los ciudadanos, a los que manejaba como le daba su real y absoluta gana.

“En cierta ocasión –escribe Orwell– el Gran Hermano dedicaba su orden del día a conmemorar a algunos miembros ordinarios del Partido cuya vida y muerte ponía como ejemplo digno de ser imitado por todos. Hoy conmemora al camarada Ogilvy. Desde

luego, no existía el tal Ogilvy, pero unas cuantas líneas de texto y un par de fotografías falsificadas bastarían para darle vida... El camarada Ogilvy, que nunca había existido en el presente, era ya una realidad en el pasado, y cuando quedara olvidado en el acto de la falsificación, seguiría existiendo con la misma autenticidad –y con pruebas de la misma fuerza– que Carlomagno o Julio César”.

Toda la parafernalia inventada, propalada y aplicada por los sumisos servidores del tirano estaba dirigida al control mental de sus súbditos. Una de esas tácticas era la invención de la *neolengua*, el uso de palabras, frases y discursos que no solo empobrecían y destruían el antiguo y verdadero idioma, sino que no decían nada, y cuyo uso generalizado incomunicaba, aislaba y transformaba a sus usuarios en autistas esquizofásicos logorreicos.

Syme, uno de esos validos del dictador, le dice a su interlocutor Wilson:

“Tú no aprecias la neolengua en lo que vale... En el fondo de tu corazón prefieres el viejo idioma con toda su vaguedad y sus inútiles matices de significado. No sientes la belleza de la destrucción de las palabras. ¿No sabes que la neolengua es el único idioma del mundo cuyo vocabulario disminuye cada día?... No ves que la finalidad de la neolengua es limitar el alcance del pensamiento, estrechar el radio de acción de la mente... La ortodoxia significa no pensar, no

necesitar el pensamiento. Nuestra ortodoxia es la inconsciencia”.

Terrible, atroz descerebración. El lenguaje, que ha hecho *Homo sapiens* al *Homo faber*, ahora está al servicio de un idioma, de un neocódigo, destructor y alienante, que decortica cerebralmente para transformar a los seres humanos en papagayos ecolálicos, “inconscientes” e irracionales: “A Winston le sorprendía que lo más característico de la vida moderna no fuera su crueldad ni su inseguridad, sino sencillamente su variedad, su absoluta falta de contenido”. Claro, la *neolengua* había transformado a los ciudadanos en parlanchines sonambúlicos y en un rebaño mediocrizado. Winston, aún con rezagos de lucidez, piensa, reflexiona: “Lo que más le producía a Winston la sensación de una pesadilla es que nunca había llegado a comprender claramente por qué se emprendía la inmensa impostura. Desde luego eran evidentes las ventajas inmediatas de falsificar el pasado, pero la última razón era misteriosa. Volvió a coger la pluma y escribió: ‘comprendo cómo, no comprendo por qué’”. Su deducción era alucinante: “Al final, el Partido anunciaría que dos y dos son cinco y habría que creerlo. Era inevitable que llegara algún día al dos y dos son cinco... La mayor de las herejías era el sentido común. Y lo más terrible no era que lo imitaran a uno por pensar de otro modo, sino que pudiera tener razón. Porque, después de todo, ¿cómo sabemos que dos y dos son efectivamente cuatro, o que la fuerza de gravedad existe, o que el pasado no puede ser alterado? Y, siendo la mente controlable, ¿también puede controlarse el pasado y lo que llamamos realidad?”.

Así, entonces, los postulados del dictador, sembrados desde la infancia, cosechaban conductas, comportamientos y mentalidades enajenadas:

“La guerra es la paz,
la libertad es la esclavitud,
la ignorancia es la fuerza”.

En la aplicación de esta *política criminal* juega también un papel importante el control de la sexualidad de los ciudadanos. Claro, manipular lo más privado, lo más íntimo de los seres humanos en su vida personal y social, ha sido siempre la ambición desquiciada de políticos, tanto desde los partidos como desde las religiones. ¿Qué han sido los miedos del infierno y las pesadillas torturantes del pecado? Desde los simples tocamientos corporales hasta el control de la sexualidad reproductiva, las tácticas prohibitivas, los premios en el más allá por los votos de castidad, el tabú –engañoso, prohibitivo y torturante– estuvo siempre al servicio de los tiranos, dictadores y descerebrados para aplastar la vida personal, el placer natural, la felicidad orgásmica y el libre albedrío eugenésicos.

Julia es un personaje femenino que conserva aun los rezagos de una sexualidad palpitante, viva, floreciente. Su encuentro con Winston es accidental pero casi de inmediato se establece entre ellos un lazo sentimental inesperado. Orwell logra introducir la chispa que permite no maldecir la oscuridad. Se encuentran casi clandestinamente. Ella era integrante de Liga Anti-Sex; sin embargo, desde lo más profundo de ella surgían correntadas de protesta y de manifiesto anarquismo. Escribe Orwell:

“A diferencia de Winston, entendía perfectamente lo que el Partido se proponía con su puritanismo sexual. Lo más importante era que la represión

sexual conducía a la histeria, lo cual era deseable ya que se podía transformar en una fiebre guerrera y en adoración del líder. Ella lo explicaba así: ‘cuando haces el amor gastas energías y después te sientes feliz y no te importa nada. No pueden soportar que te sientas así. Quieren que estés a punto de estallar de energía todo el tiempo. Todas estas marchas arriba y abajo, vitoreando y agitando banderas, no son más que sexo agriado. Si eres feliz dentro de ti mismo, ¿por qué te ibas a excitar por el Gran Hermano y el Plan Trienal y los dos Minutos de Odio y todo el resto de su porquería?’. Esto era cierto, pensó él. Había una conexión directa entre la castidad y la ortodoxia política”.

Casi al final de su libro, Orwell hace leer a su personaje Winston un libro que lleva el título de *Teoría y práctica del colectivismo oligárquico*, escrito por un supuesto autor de nombre Emmanuel Goldstein. En el capítulo III de ese supuesto libro, está descrito el perfil de ciudadanos que se pretende lograr con esa *política criminal* que muchos gobernantes aplicaron durante siglos y aun actualmente, con mejores tácticas manipuladoras extraídas de una psicología criminal y de una sociología delictiva, aplican para mantener su poder, alcanzado incluso dentro de sistemas democráticos.

“A la larga –se lee en ese libro, especie de manual o libro rojo de la revolución, o Biblia, Corán, Talmud o lo que sea–, una sociedad jerárquica sería posible basándose en la pobreza y en la ignorancia... se

espera que hasta el más humilde de los miembros del Partido sea competente, laborioso e incluso inteligente –siempre dentro de los límites reducidos, claro está–, pero es preciso que sea un fanático ignorante y crédulo en el que prevalezca el miedo, el odio, la adulación y una continua sensación orgiástica de triunfo”.

Se espera que todo miembro del Partido carezca de emociones privadas y que su entusiasmo no se enfríe en ningún momento. Se supone que vive en un continuo frenesí de odio contra los enemigos extranjeros y los traidores de su propio país, en una exaltación triunfal de las victorias y en absoluta humildad y entrega ante el poder y la sabiduría del Partido. Los descontentos producidos por esta vida tan seca y poco satisfactoria son suprimidos de raíz mediante la vibración emocional de los Dos Minutos de Odio, y las especulaciones que podrían quizá llevar a una actitud escéptica o rebelde son aplastadas en sus comienzos o, mejor dicho, antes de asomar a la conciencia, mediante la disciplina interna adquirida desde la niñez. La primera etapa de esta disciplina, que puede ser enseñada incluso a los niños, se llama, en neolengua, *paracrimen*. *Paracrimen* significa la facultad de parar, de cortar en seco, de un modo casi instintivo, todo pensamiento peligroso que pretenda salir a la superficie. Incluye esta facultad la de no percibir las analogías, de no darse cuenta de los errores de lógica, de no comprender los razonamientos más sencillos si son contrarios a los principios del Ingsoc y de sentirse fastidiado e incluso asqueado por todo pensamiento orientado en una dirección herética. *Paracrimen* equivale, pues, a estupidez protectora.

“Decir mentiras a la vez que se cree sinceramente en ellas, olvidarse de todo hecho que no convenga recordar, y luego, cuando vuelva a ser necesario, sacarlo del olvido solo por el tiempo que convenga, negar la existencia de la realidad objetiva sin dejar ni por un momento de saber que existe esa realidad que se niega... todo esto es indispensable... El gran éxito del Partido es haber logrado un sistema de pensamiento en que tanto la conciencia como la inconsciencia pueden existir simultáneamente”.

A esto se le llama el *doblepensar*. Y como un dogma se aconseja:

“Si uno ha de gobernar y ha de seguir gobernando siempre, es imprescindible que se desquicie el sentido de la realidad. No es preciso decir que los más sutiles cultivadores del *doblepensar* son aquellos que lo inventaron y que saben perfectamente que este sistema es la mejor organización del engaño mental. En nuestra sociedad, aquellos que saben mejor lo que está ocurriendo son a la vez los que están más lejos de ver al mundo como realmente es. En general, a mayor comprensión, mayor autoengaño: los más inteligentes son en esto los menos cuerdos. Si la igualdad humana ha de ser evitada para siempre, si los Altos, como los hemos llamado, han de conversar sus puestos de un modo permanente, será imprescindible que el estado mental predominante sea la locura controlada. Es

imposible ver la realidad sino a través de los ojos del Partido”.

Y en una síntesis de *política criminal* concluye:

“El Partido quiere tener el poder por amor al poder mismo. No nos interesa el bienestar de los demás; nos interesa el poder. No la riqueza, ni el lujo, ni la felicidad; el poder, el poder puro... No sabemos que alguien se apodere del mando con la intención de dejarlo. El poder no es un medio, sino un fin en sí mismo... No se establece una dictadura para salvaguardar una revolución; se hace la revolución para establecer una dictadura”.

Manual de tiranos, abusivos, ambiciosos, fanáticos, psicópatas, es decir, de mentes políticas criminales.

10. *La fiesta del Chivo*. Mario Vargas Llosa

*...Bueno, la política es eso,
abrirse camino entre cadáveres.*

En la literatura latinoamericana existen numerosos cuentos y novelas, de varios autores, que se han ocupado de describir, plantear y denunciar abusos y dictaduras de gobernantes autócratas, psicópatas, delincuentes y a una gavilla de asaltantes del poder político, los mismos que practicaron

extensa y profundamente en sus países la *política criminal*. Y esto ocurrió en Argentina o Brasil, en Paraguay o Uruguay, en Chile o Venezuela, en Colombia o Panamá, en Ecuador o Bolivia, México o Haití, Nicaragua o Costa Rica, Guatemala o Cuba, solo para mencionar algunos de los países en los que la ignominia y hasta el genocidio campearon hasta hace muy poco. Después de la tormenta, numerosos libros, escritos por diferentes literatos, contribuyeron al desarrollo de la literatura latinoamericana, al punto que ésta incluso llegó a producir el conocido fenómeno denominado “boom”. El Perú no fue ajeno a este fenómeno. De su desastre se han engolosinado y amantado varios escritores y escribidores. De este numeroso material bibliográfico he escogido un libro reciente y ejemplar: la novela de Mario Vargas Llosa titulada *La fiesta del Chivo*. (País: Santo Domingo. Ciudad: Ciudad Trujillo –Santo Domingo, capital–. Personaje: el Generalísimo, el Benefactor, el Padre de la Patria, el Jefe Máximo, el Chivo. Años: sesenta, del siglo XX.)

Por supuesto, se trata de una novela, pero su material, su inspiración, el insumo de la creatividad literaria es la historia. Así, dentro de esta obra de ficción existen hechos existen realidades que hay que sonsacar para provecho sanitario, propedéutico.

Urania fue una niña víctima de las perversiones del degenerado dictador. Hija de un muy cercano colaborador del gobernante, fugitiva en su drama y de regreso a su patria, después de treinta y cinco años de ausencia, para reencontrarse con su pasado, para recordar a una ciudad “tres o cuatro veces más pequeña, provinciana, aislada y aletargada por el miedo y el servilismo, tenía el alma encogida de reverencia y pánico al Jefe, al Generalísimo, al Benefactor, al Padre de la Patria Nueva, a su Excelencia el Doctor Rafael

Leonidas Trujillo Molina...”. Esta niña de 14 años de edad, apenas púber, hermosa, angelical, ingenua, inteligente, hija del senador Agustín Cabral, llamado “cerebrito” por su rapidez mental y formación cultural, es mostrada con orgullo por su padre, quien pide al Gran Jefe conocerla: “...se lo ruega, se lo implora el más fiel de sus perros. Usted no puede negármelo: recíbala, ¡Excelencia! ¡Jefe!”. Así, hasta ese extremo, había sometido el gran dictador a sus colaboradores. Había avasallado hasta la indignidad a los más intelectuales de sus seguidores:

“Trujillo, tan cuidadoso, refinado, elegante en el hablar –un encantador de serpientes cuando se lo proponía– de pronto, en las noches, luego de unas copas de brandy español Carlos I, podía soltar las palabras más soeces, hablar como se habla en un central azucarero, en los bateyes, entre los estibadores del puerto sobre el Ozama, en los estadios o en los burdeles, hablar como hablan los hombres cuando necesitan sentirse más machos de lo que son. En ocasiones, el Jefe podía ser bárbaramente vulgar y repetir las rechinantes palabras de su juventud, cuando era mayordomo de haciendas en San Cristóbal o guardia constabulario. Sus cortesanos las celebraban con el mismo entusiasmo que los discursos que le escribían el senador Cabral y el Constitucionalista Beodo. Llegaba a jactarse de las ‘hembras que se había tirado’, algo que también celebraban los cortesanos, aun cuando ello los hiciera potenciales enemigos de doña María Martínez, la Prestante Dama”.

Esa descripción de Vargas Llosa refleja la conducta y comportamiento y, por supuesto, la mentalidad de casi todos esos energúmenos que suben al poder, que se creen dioses todopoderosos, dueños de tierras, cuerpos y almas de los súbditos, acomodados, validos y esclavos, no ciudadanos sino subalternos en cuarteles, empresas, fábricas, haciendas y hasta en centros educativos, incluso universidades, iglesias y, por supuesto, partidos políticos. La desfachatez, la coprolalia, la patanería, diseñan el perfil verbal, gestual y sexual de estos abusivos energúmenos, caligulescos, neronianos, hitlerianos, imidadadianos, de todas las épocas y en casi en todo el planeta. No se liberaban de estas abusivas tropelías ni siquiera los enfermos mentales, que, como dice la sabiduría popular (“los niños, los borrachos y los locos siempre dicen la verdad”), reflejan lo que la aparente normalidad no se atreve a decir.

Había dos loquitos, de esos que tienen los barrios o los pueblos, que deambulaban por la ciudad, que hablaban, que daban discursos en los que con frecuencia atacaban a los sistemas, a los políticos, a los gobernantes. José María Arguedas, en su novela *El zorro de arriba y el zorro de abajo* describió a Moncada, ese loquito que portando una cruz se paseaba por las calles de Chimbote diciendo “yo soy torero de Dios, soy mendigo de su cariño, no del cariño falso de las autoridades... Miren cómo toreo las perversiones, las pestilencias... Yo soy lunar de Dios en la Tierra, ante la humanidad. Ustedes saben que la policía me ha querido llevar preso otras veces porque decían que era gato con uñas largazas de ladrón. Yo no niego que soy gato, pero robo la amistad, el corazón de Dios, así arañó yo... Y no es la moneda la que me hace desvariar sino mi estrella”. Un espectador le advierte que no puede hablar así, que está prohibido porque “estamos en estado de sitio”. Otro le contesta: “Moncada es conocido, nadie lo molesta. Habla la verdad que dicen los locos”.

En Ciudad Trujillo, en El Conde, había dos de esos personajes, a los que llamaban Valeriano y Barajita:

“Toda una institución en Ciudad Colonial. Moraban bajo los laureles del parque Colón, entre los arcos de la Catedral y, a la hora de más afluencia, aparecían en las puertas de las elegantes zapaterías y joyerías de El Conde, haciendo su número de locos para que la gente les tirara una moneda o algo de comer... Cuando Valeriano se creía Cristo, arrastraba una cruz; cuando Napoleón, blandía su palo de escoba, rugía órdenes y cargaba contra el enemigo. Un *calié* de Johnny Abbes informó que el loco Valeriano se había puesto a ridiculizar al Jefe, llamándole Chapita. Le dio curiosidad. Fue a espiar, desde un auto con vidrios oscuros. El viejo con su pecho lleno de espejitos y tapas de cerveza, se pavoneaba, luciendo sus medallas con aire de payaso, ante un corro de gente asustada, dudando entre reírse y escapar. ‘Aplaudan a Chapita, pendejos’, gritaba Barajita, señalando el pecho rutilante del loco. Él sintió, entonces, la incandescencia corriendo por su cuerpo, cegándolo, urgiéndolo a castigar al atrevido. Dio la orden, en el acto. Pero a la mañana siguiente, pensando que, después de todo, los locos no saben lo que hacen, y que, en vez de castigar a Valeriano, había que echar mano a los graciosos que habían aleccionado a la pareja, ordenó a Johnny Abbes, en un amanecer

oscuro como este: ‘los locos son locos. Suéltalos’. Al Jefe del Servicio de Inteligencia Militar se le agestó la cara. ‘Tarde, Excelencia. Los echamos a los tiburones ayer mismo. Vivos, como usted mandó’.

Todos los tiranos de la especie de Trujillo necesitan, para realizarse, esclavos, esbirros que obedecen sin chistar hasta la indignidad, intelectuales inclusive. Una noche, el excelentísimo jefe de estado tiene el cuajo de declarar en público que había conquistado a la esposa de uno de sus más fieles colaboradores. “¿Saben ustedes cuál ha sido la mejor de todas las hembras que me tiré?... ¡La mujer de Froilán!”. Urania, la niña víctima retornante increpa a su padre en esta forma: “¿Cómo era posible, papá? Que un hombre como Froilán Arala, culto, preparado, inteligente, llegara a aceptar eso. ¿Qué les hacía? ¿Qué les daba para convertir a don Froilán, a Chirinos, a Manuel Alfonso, a ti, a todos sus brazos derechos e izquierdos, en trapos sucios?... Que Trujillo les sacó del fondo del alma una vocación masoquista, de seres que necesitaban ser escupidos, maltratados, que sintiéndose abyectos se realizaban”. Es este un diseño perfecto, psicoliterario, del dictador y de sus ayayeros.

Entre los más cercanos hombres de los dictadores, siempre hubo uno que se ocupaba de los trabajos sucios. Entre ellos, el más paradigmático, el Jefe de los Servicios de Inteligencia. En el caso del dictador Trujillo, fue el Coronel Johnny Abbes García. Su perfil es de obediencia y sumisión al Jefe, de torturador, inquisidor y despiadado con los enemigos acusados y opositores. Era un sadomasoquista, poseedor de una personalidad psicopática.

“Trabajos relámpago y limpios... Cada uno de ellos una pequeña

obra maestra por la destreza y el sigilo, un trabajo de relojería. La mayor parte de las veces. Además de acabar con el enemigo, Abbes García se las arregló para arruinarles la reputación”. El crimen era múltiple: acusaciones falsas, difamaciones, extorsiones, chantajes, montajes escenográficos que salían en la prensa –controlada por el gobierno– y convencían al público de la ignominia del acusado. Este abyecto individuo declara a Trujillo: “Ahora, mis veinticuatro horas del día están dedicadas a impedir que los enemigos destruyan este régimen y lo maten a usted... A usted no lo admiro, Excelencia... Yo vivo para usted. Para usted. Si me permite, soy el perro guardián de usted”.

Y así como este coronel, jefe del Servicio de Inteligencia, es “un perro guardián” del dictador, otro personaje, que llega hasta el más alto nivel diplomático como embajador de la República Dominicana en Estados Unidos, el proxeneta, el celestino, el pornógrafo y el anzuelo de púberes y nínfulas para el tirano, declara también su lealtad patológica, servil y criminal:

“Cuando veo una belleza, una real hembra, una de esas que te viran la cabeza, yo no pienso en mí. Sino en el Jefe. Sí, en él. ¿Le gustaría apretarla en sus brazos, amarla? Esto no se lo he contado a nadie. Ni al Jefe. Pero él lo sabe. Que para mí ha sido siempre el primero, incluso en eso. Y conste que a mí me gustan mucho las mujeres. No creas que me he sacrificado cediéndole hembras bellísimas por adulación, para obtener favores, negocios. Eso creen los ruines, los puercos. ¿Sabes por qué? Por cariño, por compasión, por piedad”.

Y en una perfecta racionalización de su patología, este personaje ensalza al dictador hasta el martirologio, y, justificándolo, afirma: “¿No merece un hombre así distraerse de cuando en cuando? ¿Gozar unos minutos con una hembra?... Por eso me siento orgulloso de ser lo que dicen tantas víboras: el celestino del jefe. ¡A mucha honra, Cerebrito!”.

En la *Fiesta del Chivo* se describe el servilismo, la corrupción de dentro y fuera del país, el nepotismo, la sumisión voluntaria, el miedo, el terror, la infraternidad, la deslealtad, la traición, cuando ésta se entroniza en un pueblo dominado, subyugado, descerebrado. Es una novela histórica que hace una necropsia de ese gobierno y que connota al de otros gobiernos latinoamericanos. Describe la pus en un absceso putrefacto y generalizado. En suma, se muestra la *política criminal* de un energúmeno que termina impotente y acribillado a balazos.

En la novela, de más de quinientas páginas, están descritas las más grandes indignidades del abuso del poder político y económico. Y en el sacrificio de esa niña de catorce años de edad, Uranita, entregada al dictador por su propio padre, reside la metáfora de la entrega de la patria, de la naturaleza virgen de un pueblo, por sus propios ciudadanos, con su complacencia, su silencio, incluso con su voto, a gobernantes criminales que, desgraciadamente, no siempre terminan asesinados ni impotentes, sino que con frecuencia usufructúan el poder criminal hasta su muerte natural, llenos de riquezas y a veces de honores, merced a la amnesia y a la estupidez de los pueblos.

**TERCERA
PARTE**

■ VIII. LA ETOLOGÍA Y LA POLÍTICA CRIMINAL

Defino a la etología como la “disciplina (ciencia, arte, tecnología, filosofía) que estudia las conductas y los comportamientos de los animales, incluido el ser humano, individual y comparativamente, basándose, fundamentalmente, en la teoría de la evolución”. El Diccionario de la Real Academia de la Lengua Española define a la etología como “el estudio científico del carácter y modos de comportamiento del hombre”. En su segunda acepción, el Diccionario admite que la etología es “parte de la biología que estudia el comportamiento de los animales”. Si reunimos las dos acepciones, podemos concluir que etología es el estudio del comportamiento del hombre y de los animales, pero, incluso así, las definiciones son, a mi juicio, limitadas y limitantes.

Uno de los etólogos más connotados del siglo XX ha sido Konrad Lorenz. Él afirma que “etología o estudio comparado del comportamiento es bastante fácil de definir: ella consiste en aplicar al comportamiento animal y humano todas las interrogantes y los métodos que parecen naturales de aplicar en todas las otras ramas de la biología después de los descubrimientos de Charles Darwin.” ¿La conducta, el comportamiento, la mentalidad humana, a la que llamo *política criminal* tiene bases etológicas?

Considerando las definiciones que acabo de plantear, pareciera que no

debiera caber duda en aceptar estos fundamentos. La etología ha logrado hacernos comprender la diferencia notable que hay entre *agresividad* y *violencia*. La *política criminal* es la violencia criminal de la agresividad política. ¿Quién puede dudar de la necesidad de esta última para superarse, competir, supervivir, liderar, conducir, modelar, triunfar. Es la perversión, la prostitución criminal de esta base, heredada biológica, etológicamente, la que hace nacer la violencia criminal. Los animales subhumanos no son delincuentes, no son ladrones, mentirosos, ladinos, asesinos, a pesar de que hay indicios de asaltos, destrucciones y mentiras como mecanismos de subsistencia y supervivencia. ¿Qué es esto sino el mimetismo? Pero los animales subhumanos no cometen crímenes al igual que los niños, en su mayoría. Y digo mayoría porque, como ya hemos descrito en otras trabajos y en otros libros, existen los niños llamados en la literatura “ángeles malvados”, que son “raíces de maldad”, como los describen las obras literarias o cinematográficas; son niños precozmente “malos”, destructores, violentos y hasta homicidas, que muestran, con precocidad sorprendente, rasgos de conductas, comportamientos y mentalidad psicopáticos. Los animales no son lobos para los otros lobos; por eso no es feliz la expresión “el hombre es un lobo para otro hombre”, porque los animales, incluyendo a los lobos, no se devoran gratuitamente. Como lo hemos recordado en otros lugares (*Psicología de la criminalidad*), cuando en la lucha por conquistar a la hembra, por adquirir comida, o por lograr jerarquía, uno de ellos se considera vencido, da signos de sometimiento o de aceptación de su propia debilidad, y entonces el vencedor jamás (lo afirman los investigadores etólogos y zoólogos), jamás mata o termina con su rival. Los seres humanos no son así. Los animales son agresivos; los seres humanos son violentos; la agresividad es constructiva, está al servicio de la supervivencia, sirve para el desarrollo individual, para la

“selección natural”; lo que hacen los hombres, en cambio, es corromper a la agresividad, hacerla violenta y usarla para su provecho, para el provecho de su grupo, de su sinarquía, de su secta, de su logia, de su mafia, de su partido político, transformándola en destructora, negativa, falaz, homicida. Lo hemos dicho y lo repetimos. La agresividad es la fuerza de la vida que debiera impulsar al hombre a perfeccionarse, a competir civilizadamente, a establecer y respetar normas que, de ser cumplidas, harían que los derechos de unos no avasallen a los de los demás. Pero las torturas sádicas, las guerras invasivas, los abusos y maltratos de todo tipo, las tiranías, las dictaduras, los genocidios, las inquisiciones, los fascismos y tantas otras barbaries políticas de ayer y aun de hoy (más sutiles, escondidas, hipócritas, pero igualmente criminales), y probablemente del futuro, son señales, son indicios de que muchos seres humanos aún no han llegado a comprender, a conquistar, a reconocer el altísimo nivel al que ha llegado el *Homo sapiens*, o de que, en su alocada carrera asaltando el poder, han perdido o no quieren asumir esa magna y trascendente responsabilidad, y han subyugado a su razón, sometiéndola a su ambición. Recordaré a Thomas Hobbes (1588 - 1679): “La base de la felicidad humana son el orgullo, la ambición y la vanidad”. Yo, personalmente, me niego a aceptar esta lamentable sentencia; pero viendo a tanto energúmeno entrometido en política, debo aceptar la validez de este aforismo.

Pregunta: ¿tiene la *política criminal* bases etológicas? Respuesta: estoy seguro que sí.

Intentaré demostrar esta afirmación, esta creencia, esta vía interpretativa de tanta maledicencia en el ejercicio político de los hombres. Algunos, tal vez muchos, me acusarán de reduccionismo. En la lectura de uno de

los libros más notables de etología escrito por Konrad Lorenz, encontré una declaración atribuida a Karl Popper en defensa de los argumentos e intentos explicativos reduccionistas. Dice Popper: "...en ciencia, no hay más grande éxito que una reducción exitosa... La reducción pertinente es, tal vez, la forma más satisfactoria de explicación científica en la medida en que ella permite... la identificación de lo desconocido con algo conocido".

Se afirma que el ser humano es social por naturaleza. Esto apunta a deducir que los seres humanos no pueden vivir solos, aislados, independientes, que tienen la necesidad "natural" de compañía y que su destino es social, "político" (de *polis* = "ciudad"). Esta afirmación puede ser aceptada en términos generales pero hay excepciones, hay seres humanos que buscan la soledad, el aislamiento, el ermitañoismo, como los anacoretas, por ejemplo. Pero estos elegidos por la soledad, o buscadores de la soledad, no lo fueron siempre, y su decisión tuvo antecedentes de compañía para supervivir, de lo contrario hubieran sucumbido en el camino. "Una sociedad humana —dice J. D. Carthy— es, en esencia, un grupo de personas que viven juntas y tienen obligaciones de unos para con los otros". Y agrega: "Mientras que en condiciones naturales una hormiga no puede vivir separada de su colonia, un miembro de una sociedad de animales superiores puede, y lo hace a menudo". Así pues, en un extremo estarán los seres vivos sociales, y en el otro, los que deciden vivir en soledad.

En este terreno están los antecedentes etológicos de las masas, de los grupos, de los partidos políticos. Los individuos se agrupan para buscar compañía, para converger en objetivos, para medrar, para subsistir, para... asaltar el poder. Los antecedentes etológicos a los que me refiero son: las colonias, los bancos, las bandadas, las manadas, los rebaños. Estos agrupamientos

se constituyen, entre otras razones, para defenderse, para protegerse frente a invasores o depredadores, para nutrirse, para subsistir, incluso por razones de conservación de la especie, es decir, por razones sexuales. Los sistemas de cohesión en los animales subhumanos son variados; así por ejemplo, “el vínculo que une a las hormigas y a las abejas es la *trofalaxis*, un complicado ritual de entrega y recepción de alimento. Un recolector afortunado trae a la colonia una carga de provisiones, no para uso personal, sino para uso de toda la comunidad” (J. D. Carthy). En este ejemplo se ve la extraordinaria diferencia entre los insectos sociales, que viven en sociedades extraordinariamente organizadas, en las que los individuos y los líderes viven entregados a la supervivencia común y general, y las sociedades humanas, particularmente las políticas, en las que el egoísmo, la indiferencia y la corrupción campean. En el caso de las abejas, inclusive el liderazgo, jefatura o control del grupo depende de la jalea real: el “poder” de la reina sobre la colmena depende de esta sustancia; mientras ésta se transmite, a través de la reina, a todos los otros integrantes, ella, la abeja reina, será la única, y no tendrá competidora. Por eso, la reina elabora jalea para que esté a disposición de las otras abejas y así pueda mantenerse esta especie de monarquía *gineocrática*. Los seres humanos no han observado estos ejemplos, y cuando llegan al poder, ya no están dispuestos a servir, no producen más “jalea real” para sus ciudadanos, los que tampoco se percatan del abandono y siguen manteniendo y obedeciendo al tirano egoísta, que solo cosecha para él, mientras en el colmenar, las abejas “abandonadas” construyen nuevas celdas para albergar a nuevas reinas más nutricias.

Otras sustancias, como la jalea real en las abejas, tienen la misión de unir o separar a los miembros del grupo en casos de peligro. Tal efecto lo tienen también los sonidos. Es el caso de las llamadas de alarma en los pájaros, como

el pinzón por ejemplo. En muchas variedades de peces, este papel lo cumple una sustancia química. “Cuando un banco es atacado, los peces, alarmados, huyen desperdigándose al ser capturado un pez. La disolución del grupo es producida por una sustancia química que se desprende de la piel de un pez al ser herido y obra como una señal de alarma. Dicha sustancia se extiende por el agua con rapidez, y al ser advertida su presencia por los peces, huyen precipitadamente” (J. D. Carthy). Cómo no pensar aquí, con estos ejemplos, en el “abisa a los compañeros” del poema III del libro de César Vallejo *España, aparta de mí este cáliz* (III). Dice el poeta universal:

“Solía escribir con su dedo grande en el aire:
‘¡Viban los compañeros! Pedro Rojas’,
de Miranda de Ebro, padre y hombre,
marido y hombre, ferroviario y hombre,
padre y más hombre. Pedro y sus dos muertes.

Papel de viento, lo han matado: ¡pasa!
¡Abisa a todos los compañeros pronto!

Indudablemente, indiscutiblemente, entre las *trofalaxis* de hormigas, abejas y peces y el “abisa a todos los compañeros pronto” existen millones de años de evolución, ¡qué duda cabe!, pero este reduccionismo nos hace recordar cómo es que la conducta, el comportamiento y la mente humanos tienen raíces arcaicas en un genotipo evolutivo, en este caso comunicante, defensivo y constructivo, agresivo y solidario. En la construcción de códigos, rituales simbólicos y la comunicación verbal y no verbal de ideologías políticas y religiosas, está también esta base etológica, que en *política criminal* se hace manipuladora, maniquea y sectaria.

“Vamos a ver, hombre;
cuéntame lo que me pasa,
que yo, aunque grite, estoy siempre a tus órdenes”.

(“Otro poco de calma, camarada”.

Poemas humanos. César Vallejo)

Los animales llamados sociales se asocian, como dijimos, en colonias, en bancos, en bandadas, en manadas, en rebaños, como lo hacen los seres humanos en clubes, en asociaciones, en comités, en iglesias, en sectas, en sinarquías, en partidos políticos. Allí se forman grupos con diferentes objetivos, con distintas acciones, como lo hacen, por ejemplo, las abejas, las hormigas, las termitas. Y, naturalmente, están ahí los líderes, los jefes de “manada” y los otros, que también establecen sus territorios y sus jerarquías, como lo hacen los subhumanos. “Una sociedad animal generalmente está regulada con todos los miembros distribuidos en jerarquías”, dice J. D. Carthy. Y agrega:

“El animal más agresivo es el que alcanza la graduación más elevada, posición adquirida por su belicosidad hacia los otros. Él o ella predominan sobre los demás. El animal que posee el orden más elevado tiene el derecho de morder o de picotear a cualquiera de los otros animales subordinados, y éstos no se vuelven contra él. Este predominio tiene validez, a menudo, para un aspecto de la vida social. El animal que posee supremacía, por ejemplo, en la comida no es necesariamente también el primero en la elección de pareja. En una sociedad animal, los subordinados

están organizados en un orden jerárquico. El segundo en jerarquía no puede atacar al superior, pero sí a todos los demás, y así sucesivamente hasta llegar a los animales de grado inferior, los cuales pueden llegar a encontrarse sin alimento o sin derecho a una pareja. Los efectos de la supremacía social se observan con facilidad en el orden de “picoteo” que efectúa un grupo de gallinas.

La ordenación jerárquica puede traspasarse. Por ejemplo, un mono hembra toma la categoría jerárquica del macho al aparearse con él, y la cría, la de la madre. Si un animal enferma, es casi seguro que perderá varios escalones en la ordenación social; por el contrario, si es macho y se le inyecta hormona masculina, se hace más agresivo y puede ascender en la escala social. Los combates entre individuos raras veces llegan al derramamiento de sangre”.

¿Cómo no vamos entonces a pecar de “reduccionistas” y a dejar de pensar en lo que acontece entre los seres humanos? Las jerarquías existen, y en varias instituciones son predominantes y fundamentales para mantener el poder. Se recurre a la línea jerárquica inclusive en los procedimientos administrativos, pero es sobre todo cubierta con las palabras “disciplina”, “obediencia”, “respeto al superior”, a tal extremo que en algunas instituciones se ha transformado en ley, en mandamiento, en fundamento estructural del poder y de la autoridad: “Las órdenes se obedecen sin dudas ni murmuraciones, porque el único responsable es el superior que

las imparte”. ¿Se acuerdan? O esto otro: “La disciplina, la humildad y la obediencia acercan a Dios”.

El orden jerárquico que sitúa en un extremo al general y en el otro al soldado o al policía, en un lado al ministro y en el otro al portero del ministerio, o en un extremo al cardenal y en el otro al párroco, y por encima de todos al presidente de la república y al papa, es una burda imitación o una herencia biológica, que va desde la ameba al *Homo sapiens*. Pero éste la ha transformado, gracias a la *política criminal*, en tiranía, dictadura, soberbia, egolatría, y al igual que en los animales, aplicadas con frecuencia a la esposa, a la que se denomina “embajadora” en el mundo del picoteo diplomático, o “generalá” o “coronela” en el ámbito castrense.

Marcel Sire ha escrito en su libro *La vida social de los animales*, lo siguiente:

“El hombre tiene conductas sociales cuyo equivalente puede hallarse a menudo en el mundo animal. Existe así una infrasociología humana, y es de la mayor importancia teórica y práctica percatarse bien de ello. Los hombres se atraen recíprocamente y temen a la soledad. Sus cualidades no se expresan verdaderamente más que en la vida en grupo, que parece ser su estado natural. La existencia de las sociedades humanas no depende de leyes ni de constituciones. El ‘instinto’ social del hombre es característico de la especie. El estudio de los niños educados por lobos o de los sordomudos faltos de reeducación demuestra que

en el origen la diferencia entre la sociedad animal y la sociedad humana debió ser insignificante. Pero el cerebro y el lenguaje, al permitir los inventos, el intercambio de ideas y de sentimientos, han favorecido el progreso de las sociedades humanas. No es, pues, una diferencia fundamental de naturaleza lo que distingue a las sociedades animales de las sociedades humanas”.

Zückermann, por su parte, escribió:

“A despecho de la inmensa solución de continuidad entre las conductas humanas y animal, es importante reconocer que la diferencia no es casi ciertamente más que de grados. Sería imposible negar el entroncamiento físico y mental del hombre con otros organismos vivos. Las sociedades humanas han salido de sociedades animales. La sociología humana se inserta en un conjunto en el que debe buscar, objetivamente, su explicación, y del que podría ser el término superior, ya que el cerebro del hombre, gracias a sus capacidades especiales, ha enriquecido a las sociedades humanas en cualidades que serían imposibles en las sociedades animales. Esperemos que ese cerebro ayudará a proseguir la evolución comenzada y las futuras sociedades humanas serán *reflexivas*, sin guerras y sin luchas de clases, sin privilegios y sin sacrificados”.

La esperanza de Marcel Sire se desvanece en la realidad de la *política criminal*. Ese cerebro privilegiado del llamado *Homo sapiens* se pone al servicio, justamente, de las guerras, de las luchas de clases, del racismo, de los genocidios, de la tiranía esclavizante, con privilegios para los gobernantes y con sacrificios para los gobernados.

La política de los simios

Frans de Waal, etólogo holandés, ha escrito un libro extraordinario con el título de **La política de los chimpancés**. El título original en inglés es *Chimpanzee Politics. Power and sex among Apes*, publicado en 1982, y cuya traducción al español apareció en 1993, en Madrid. Es un libro de gran importancia para comprender las conductas, los comportamientos y las mentes de los políticos humanos, que no imitan a los chimpancés, sino que, con su inteligencia superior, repiten, en edición corregida y aumentada, las maledicencias, los engaños, las tiranías y los conflictos de la política simiesca. He aquí algunas líneas de la presentación de la obra:

“Mamá goza de enorme respeto en la comunidad; los demás la buscan para poner orden cuando hay un conflicto. A la malévola Puist, en cambio, se la mira con recelo porque no ayuda a las demás hembras cuando tienen problemas con los machos. Al frente de todos, respetado por las hembras y los demás machos adultos, está Yeron. Pero la llegada de Nikkie, un joven ambicioso y pendenciero, trastorna la armonía de la comunidad, desencadenando una lucha por el poder

plagada de intrigas, alianzas y traiciones. Mamá, Puist, Yeron y Nikkie son chimpancés que viven en una gran colonia al aire libre instalada en el Zoo de Arnhem (Holanda). *La política de los chimpancés* es la crónica de la vida diaria de esta comunidad, con sus conflictos y sus armonías: las rivalidades sexuales, las sorprendentes estrategias –basadas en alianzas y coaliciones– que los simios utilizan para disputarse el poder y para manipular a los demás, pero también las amistades y las reconciliaciones (más o menos interesadas) que mantienen unido al grupo, acciones en las que constantemente aflora la inteligencia de unos animales que, con razón, son considerados nuestros parientes más cercanos. El comportamiento de los chimpancés de Arnhem parece, a veces, extraído de páginas escritas por Maquiavelo. Como afirma el autor, Frans de Waal, las raíces de la política parecen más antiguas que la humanidad”.

El prólogo de este interesante e inspirador libro lo escribe Desmond Morris, el famoso zoólogo autor de ese importante y difundido libro *El mono desnudo*. Transcribo unas frases de este prólogo. Dice Morris:

“Hoy en día, en los años 80, aparece un nuevo y apasionante estudio: *La política de los chimpancés*. Una vez más, el mensaje es claro: estamos más cerca de nuestros peludos parientes de lo que antes se creía posible. Cuando se les estudia detalladamente, los

simios resultan ser unos verdaderos expertos en el empleo de maniobras políticas sutiles. Su vida social está llena de cambios de jefatura, redes de dominancia, luchas por el poder, alianzas, estrategias de ‘divide y vencerás’, coaliciones, arbitrajes, liderazgos colectivos, privilegios y pactos. Difícilmente encontraremos algo que ocurra en las galerías del poder del mundo humano que no aparezca también de forma rudimentaria en la vida social de una colonia de chimpancés”.

Bajo estas opiniones, producto de investigaciones etológicas, serias, científicas, analíticas y reproducibles, es fácil adentrarse en el mundo político de los humanos y encontrar la desviación malintencionada, delictiva, criminal, de la agresividad animal, transformada en violencia de *política criminal*. Los partidos políticos son las colonias de chimpancés y el apelativo de gorila designa al tirano, dictador y psicópata, aunque merece una disculpa formal el simio subhumano, parecida a la que hay que ofrecer al lobo por haber afirmado que “el hombre es un lobo para otro hombre”.

En el libro que analizamos, el autor muestra la conducta y el comportamiento de dominantes y sometidos, de rivales competidores y de ambiciosos de poder, así como el derrocamiento de líderes.

“Mis investigaciones –dice De Waal– se refieren especialmente a las interminables series de útiles maniobras sociales que conducen al derrocamiento de un líder... La comunicación entre los monos antropoides se parece mucho a una manipulación

social inteligente, como si hubieran aprendido a usar las señales comunicativas a modo de instrumentos para influir sobre los demás... A partir de mis propios estudios con macacos y chimpancés, yo no tengo ningún tipo de duda sobre esta cuestión: los animales que yo observé se esforzaban claramente, y todavía se esfuerzan, por conseguir un estatus más elevado. Por citar una vez más a Jane Goodall: 'Está muy claro que muchos de los chimpancés machos invierten una gran cantidad de energía y corren el riesgo de sufrir lesiones graves en su afán por conseguir una alta posición social dentro del grupo'. Evidentemente, el ansia de poder no se limita a los animales de los zoológicos... El deseo de poder es casi con toda seguridad innato”.

Con esta contundente afirmación cerramos este capítulo dedicado a la etología de la *política criminal*. Qué bien haría que los autocalificados y heterocalificados como políticos estudiaran estos hechos, se nutrieran de estas investigaciones, aprendieran de los animales y continuaran la línea evolutiva con agresividad política, dejando esas nefastas y tragicómicas tácticas de prostitución y criminalidad política.

■ IX. LIDERAZGO. KUBERNESIS. KUBERNETES. CIBERNÉTICA

Líder es una palabra mágica; se ha transformado en sinónimo de superhéroe, de conductor de manada, de pastor de rebaño, de semidiós y, en algunos casos, de Dios en la Tierra. Los educadores, comenzando por los padres y terminando por los políticos, pasando por los comunicadores, han hecho de este término un equivalente de éxito, de autoridad y hasta de poder, sin señalar con claridad, hablando a medias o escamoteando las condiciones, las capacidades y las responsabilidades que tal concepto encierra. Y así, el término líder ha devenido en un bocado que todos quieren tragar, y la consecuencia ha sido que, en países como el nuestro, se han generado igualados, ambiciosos, arribistas, cínicos y sinvergüenzas que sin mirarse al espejo o mirándose enajenadamente se creen y quieren ser cabeza de algo, aunque sea de hormiga. En política es en donde más he comprobado esta mentirosa realidad. Todos quieren ser “líderes” de algo, a la buena o a la mala, y, por supuesto, en esa ensalada, el reconocimiento, la lealtad, el compañerismo, la fraternidad, el cooperativismo han naufragado por la ambición de realizar el guión asimilado desde la infancia: ser “mi rey”, “mi vida”, “mi tesoro”, “mi príncipe”, “mi campeón”, y tantos otros apelativos y títulos torpes, maniqueos y estúpidos.

“Líder”, dice el diccionario, “es la persona a la que un grupo sigue reconociéndola como jefe u orientadora. 2. Persona o equipo que va a la

cabeza de una competición deportiva. 3. Construido en aposición, indica que lo designado va en cabeza entre los de su clase”. Definiciones simples para el buen entendedor, pero como el diccionario no señala condiciones, cualidades, características, exigencias que se requieren para ser digno de tal nombre, de tal título, de tremenda responsabilidad, entonces todos se creen en el derecho de querer serlo a las buenas o a las malas. Expresiones maniqueas como “tú si puedes”, o “no nos ganan”, o “somos los mejores”, o “somos mejores” o “soy el rey”, y otros “**tontudichos**” (dichos tontos, torpes, dichos de tontos o por tontos) construyen pseudolíderes que desde ni siquiera soldados rasos se sienten generales, o de acólitos sacristanes pasan, virtual y fantasiosamente, a obispos, cardenales y hasta papas.

“Liderazgo es la situación de superioridad en que se halla una empresa, un producto o un sector económico dentro de un ámbito” (diccionario). Un partido político, que es una agrupación, una empresa y hasta un rebaño, tiene la necesidad de hacer creer que es el mejor. La expresión clásica de uno de los partidos políticos peruanos (SEASAP: “solo el APRA salvará al Perú”) es paradigmática. Todos los integrantes de un partido creen y quieren que se crea que su agrupación es la única que transformará al país y construirá la felicidad de todos. El cielo pasa por ellos, los demás son el infierno y a las justas el paraíso. Y surgen miniagrupaciones, muchas *natimuertas*, y, lógicamente, con ellas, parteros y enterradores. De esta epidemia electoral se pasa a la pandemia permanente y, como consecuencia, surgen los “constructores de líderes” a la carta (con menú, como el llamado “ejecutivo al minuto”), como son esos gurúes de la administración y del marketing Blanchard y Spencer, que recomiendan “la previsión de objetivos de un minuto, los elogios de un minuto, las reprimendas de un minuto”, como si el dirigente, orientador y líder fuera un simple robot.

Los aspirantes a políticos y gobernantes debieran saber que el “gobernador” es un personaje ilustre, de fermentación antigua y de tradicional prosopopeya. El término tiene sus raíces entre los griegos y se entronca con la palabra y el concepto de “cibernética”.

En efecto, la cibernética, “kubernesis” o “kubernetes” es una palabra que aparece en los *Diálogos* de Sócrates, descritos por Platón. Conversaban, hace más de dos mil años, Alcibiades, Gorgias y Clitofón sobre el maestro de “barcos”, “pilotos”, “timoneles” y “gobiernos”. En su *República*, Platón se refiere a “cibernética” como “gobernanza”, es decir, como la función de gobernar. Pero a pesar de la belleza casi poética de la palabra y de la claridad de su significado, expuesto el término fue olvidado y desapareció.

El rastro reaparece con cierta claridad en 1854, cuando el matemático, físico y filósofo francés André-Marie Ampère, creador de la electrodinámica, inventor del electroimán, del telégrafo electromagnético y autor de la obra *Ensayo sobre la filosofía de la ciencia*, mencionó la palabra *cibernética* para referirse a una ciencia de las posibles formas de proceder de un gobierno. Ampère hace sinónimos a los términos *cibernética*, *kubernesis* y *gouverneur*, derivado este último de la palabra latina *gubernator*, y ésta del griego *kubernetes*. Norbert Wiener escoge el término cibernética para “denominar al campo de la teoría del control y la comunicación en máquinas y animales”. Wiener reconoce el origen griego del término y lo aplica para definir el funcionamiento de los llamados “servomecanismos”, al escribir: “...quisimos tener en cuenta el hecho de que los dispositivos de dirección de un barco son una de las primeras y mejor desarrolladas modalidades de servomecanismos”. (N. Wiener: *Cibernética y sociedad*. Edit. Sudamericana, Argentina, 1969.)

Así pues, los políticos que aspiran a gobernar a los pueblos debieran comprender que su liderazgo, que tiene raíces etológicas y aplicaciones científicas, mecánicas, comunicacionales, en fin, cibernéticas, no es cualquier cosa. Es una vocación, implica una preparación, una responsabilidad, una capacidad que está y va más allá de la ambición torpe del gran poder, de medrar, de acumular dinero, de engañar, de traicionar, de mentir y de corromper, que son los ingredientes de una *política criminal* cada vez más extendida, más poderosa, más contagiada y más nefasta.

CUARTA PARTE

■ X. LA AUTORIDAD Y EL PODER

De todas las acepciones que tiene la palabra autoridad, la que más gratifica mis expectativas es la siguiente: “Prestigio y crédito que se reconoce a una persona o institución por su legitimidad o por su calidad y competencia en alguna materia”. (Dic. Real Acad.)

De hecho, la autoridad se conquista por un camino de esfuerzo, preparación, experiencia, conocimientos y hasta sabiduría. Tener autoridad en algo es ocupar una posición de reconocimiento, de heteroestima y de heterovaloración. Dan autoridad los estudios, las investigaciones, el trabajo, la práctica, el esfuerzo, ese esfuerzo que se resume en la frase: “Triunfo sin sufrimiento no es gloria”. Una persona puede tener autoridad, mucha autoridad, pero no siempre, y a veces casi nunca, tiene o ejerce poder más allá del reconocimiento que puede tener su obra en otros que quieren seguirlo, imitarlo o confirmarlo en su trascendencia, voluntaria y espontáneamente, sin presiones, obligaciones ni mandamientos. Autoridad es un vocablo que deriva de *auctus, augeo*, que significa “lo que se hace crecer”, de donde surge la palabra castellana “auge”, que es “el período o momento de mayor elevación o intensidad de un proceso o estado de cosas”, es decir el “apogeo”. Por eso creo que todo lo que se relaciona, estudia, analiza, investiga o se ocupa de la autoridad debiera llamarse **augeología**.

La autoridad no se impone, la autoridad es dada, conferida, reconocida. Muchos factores, varios elementos, configuran esta situación. La edad puede ser uno de ellos; los títulos académicos son otros de estos condicionantes; y ya dijimos que el conocimiento, la cultura y la experiencia son otros más. El valor o los valores espirituales, éticos, morales, deontológicos son otros tantos. La adquisición honesta de dinero, respetuosa de las leyes, esforzada y lealmente, y, en especial, bien empleada, es otro de los factores que otorgan autoridad. Y todos estos elementos hacen que las demás personas reconozcan estos méritos y confieran autoridad. Son los que aceptan, los que tienen confianza, los que se contagian de esas virtudes, los “discípulos”, los “discentes”, los “seguidores”, los que “ofrendan”, los que confieren la autoridad. El prestigio es un término y un concepto ligado a ella.

Los políticos debieran –insisto– tener autoridad. Lo que ellos buscan es poder, y en ese intento avasallan, con frecuencia, a la autoridad. O la utilizan falsificándola, atribuyéndose maliciosa, mentirosa, engañosamente títulos inexistentes, experiencias fantasiosas, conocimientos manoseados o capacidades ajenas. La fórmula es entonces engañar, como aquel parlamentario que dijo haber leído no sé cuántos libros, poseer una biblioteca gigantesca, con valor de ya no me acuerdo cuántos cientos de miles de dólares, y que a la hora de la demostración obligada, pudo exhibir solo unos cuantos libros viejos que estaban encerrados en una dizque caja fuerte. O aquel otro que lucía durante su candidatura presidencial presea académicas, títulos, maestrías y doctorados de universidades norteamericanas en las que había realizado solo cursitos cortos y algún diplomado, aunque después, ya triunfante, recibió no sé qué mención honorífica ajena y distante del enorme esfuerzo que

representa la vida académica formal, regular, jerarquizada y esforzada. Las mismas leyes, como las constituciones, por ejemplo, favorecen el ejercicio político sin ninguna autoridad, sin exigencias que ese tipo de poder merece, como cuando afirman: “Para ser elegido Presidente de la República se requiere ser peruano de nacimiento, tener más de treinta y cinco años de edad al momento de la postulación y gozar de derecho de sufragio” (Constitución Política del Perú, diciembre 1993). Así las cosas, pueden ser congresistas y presidentes de la república los analfabetos, los deficientes mentales, los psicópatas, los delincuentes y criminales aún no sentenciados, y todo tipo de sinvergüenzas y cínicos que quieren, necesitan y ambicionan poder, sentándose en la autoridad. Francis Bacon, filósofo y canciller de Inglaterra que vivió entre 1561 y 1626, afirmó que “la investigación científica es independiente del principio de autoridad” y reconoció con certeza que “saber es poder”, asunto discutible en el siglo XXI y que bien podría significar más bien “saber es autoridad”. También afirmó Bacon que la “ciencia es política porque es utilidad y felicidad”. Pero estos asuntos son totalmente ajenos a los politicastos empeñados solo en tener poder.

Dadas las condiciones actuales de la vida cívica, en un medio de igualados, ignorantes, descerebrados, delincuentes y una retahíla de ambiciosos obsesionados en asaltar las cúpulas del gobierno y del Estado, no hay un equilibrio, no existe una simbiosis entre autoridad y poder. Esa dialéctica no se da ya –o tal vez nunca se dio– entre los que quieren gobernar. Se padece de un desgaste conceptual, de una demencia semántica parecida a la que se produce entre Estado y Gobierno, porque el Estado con sus poderes Legislativo, Ejecutivo y Judicial (anexaré por inercia al cuarto poder del Estado: los medios de comunicación) es tomado, arrebatado,

asaltado o infiltrado por los gobernantes. Si la palabra “poder” se aplica a un país como el Perú, tenemos que admitir que otras instituciones deberían llevar también el título de “poderes del Estado”. Y la definición de Estado, numerosa y confusa en el diccionario, no lo es menos en la institución política, lo que propicia la confusión, el error, la discusión, el provecho interesado.

“El Estado es uno e indivisible”, dice la Constitución, y luego establece que “su gobierno es unitario, representativo, descentralizado, y se organiza según el principio de la separación de poderes”. Pero ese estamento que se llama Estado y que tiene “un gobierno” tiene que “emanar del pueblo” y nadie, “ninguna persona, organización, Fuerza Armada, Policía Nacional o sector de la población puede arrogarse el ejercicio de ese poder. Hacerlo constituye rebelión o sedición”. ¡Vaya uno a entender! ¿Por qué entonces uno de esos poderes del Estado, como el judicial, no es elegido por el pueblo? ¿Y acaso no son instituciones del Estado las Fuerzas Armadas? ¿Por qué los integrantes del Poder Ejecutivo, los ministros, no son elegidos por el pueblo? Y ¿acaso no son instituciones del Estado las iglesias? ¿Por qué un cardenal de la iglesia católica, pastor del rebaño de creyentes y “autoridad moral de la fe católica en el Perú” tiene que ser elegido en Roma, en el Vaticano? ¿Los “gobernantes” –ya hablamos del origen griego de la palabra–, timoneles y conductores no pueden tener autoridad democrática y asumir el poder político de su cargo? Porque, entre otras cosas, hay demencia semántica. Y entonces el poder se confunde con autoridad, entendido el poder simple y meramente como la “capacidad de hacer algo”. Claro, si yo creo que puedo hacer más cosas que otro, si me miro al espejo y mi imagen reflejada me afirma que ¡sí puedo!, que tengo más fuerza, más belleza,

y si otros, maniqueamente, enajenadamente, engañosamente, me creen, se tragan el sapo o servilmente me siguen, me trapecan, se convierten en *felpudines* y se ciegan o encandilan con un futuro de poder, y como los seguidores del flautista, se avasallan y se arrebañan, entonces tengo poder, soy el sujeto del poder y puedo, cuantitativamente, asaltar el poder, ser gobernante, ser Estado.

Se ha dicho que “la democracia es el arte de gestionar el poder por parte de la autoridad”. Yo creo en ello. Pero si la práctica de este arte no consigue alcanzar su fin, entonces es la degeneración de la autoridad, y la política, que es el instrumento para conquistar la democracia y el gobierno, degenera y el poder se hace fuerza bruta, se criminaliza.

En lo concreto, la política auténtica, esa que busca un gobierno con valores axiológicos, ontológicos, gnoseológicos y teleológicos que favorezcan el desarrollo humano, la salud en el concepto de completo bienestar y bienestar corporal, mental, social y espiritual, que aspira a la fraternidad, la solidaridad, la felicidad, la continuidad evolutiva y la construcción de un Estado que concrete estos objetivos, que cree, acoja y que garantice estas metas, necesitará de políticos con auténtica autoridad (a los que se les otorgue un auténtico e idóneo poder. El *auctus* y el *cratos* estarán entonces al servicio de la “kubernesis” y el “kubernetes”. La autoridad y el poder al servicio del gobierno).

LOS PARTIDOS POLÍTICOS

¿Cómo llegar a tener poder político? ¿Cómo alcanzar esa cresta de la ola

que se llama gobierno y control del Estado? No es posible hacerlo solo. Con cualquiera de los sistemas que haya constitucionalizado un país, en especial en los sistemas llamados democráticos, quien quiera subir a esa cresta, tendrá que hacerlo acompañado. Por elecciones o por asalto, deberá contar con un grupo organizado.

Algunos de esos agrupamientos se llaman partidos políticos. “El político sabe por experiencia que la verdad no basta para unir a los hombres. Él vive en el mundo de la violencia y no puede alejarla. Si intentase convencer, conduciría la ciudad a la ruina” (Jean Lacroix, citado por R. Gómez P.). Por eso busca agrupar a la gente alrededor de él y hace todo el esfuerzo para crear un partido político que tome el poder. Durante los eventos de la llamada “Revolución de Mayo de 1968”, en París, apareció un grafiti que incitaba a los estudiantes de ciencias políticas a tomar el poder. Decía: “El poder tenía la universidad. Los estudiantes la han tomado. El poder tenía la O.R.T.F. (radio y televisión francesa). Los periodistas la han tomado. El poder tiene el poder. Tomémoslo”. Esta era una invitación a apoderarse del poder por la fuerza y con la fuerza del grupo.

Hay diferentes tipos de partidos políticos. Se dice con una frecuencia cacofónica que unos son de derecha, otros de centro y otros de izquierda. Me acuerdo de uno de mis maestros, psiquiatra, el doctor Honorio Delgado. Cuando fue elegido ministro, alguien le preguntó si era un político de derecha o de izquierda. El profesor contestó con una metáfora neurológica y neuropsicológica: “Nunca pensé, ni quiero ser hemipléjico político”, dijo. Claro, hay también políticos de centro, y otros que afirman ser “apolíticos”. Para llegar a la meta política de gobernar,

las personas se agrupan en partidos, constituyen *stasis* (la oposición, la separación, la disociación; el parónimo es *diástasis*); de ahí que bien puede llamarse **estasiología** al estudio, al análisis o al tratado de los partidos políticos. Allí están los “partidarios”, que ingresan, se asocian, se afilian con diversas motivaciones pero con un fin común: camaradas, compañeros, hermanos, correligionarios, o como quieran llamarse, están allí para empujar ese determinado tren, en ese determinado sendero, con esas determinadas fuerzas, primero por iniciativa propia, muy pronto por obediencia y finalmente por convicción o viveza, hacia la meta del poder político gobernante.

Se afirma con una frecuencia escalofriante que esos “partidarios” quieren lo mejor para el pueblo. Dicen amar a su pueblo y que lucharán por sus derechos, resolverán sus problemas, construirán su bienestar, su bienser, su felicidad. Pero cuando uno los conoce, cuando convive con ellos, cuando se junta con ellos, como lo hice yo en mi años de credulidad, ingenuidad y masoquismo político, entonces se da uno cuenta de la poca autenticidad de estos propósitos, del escaso número de reales y auténticos, honestos, leales y transparentes “correligionarios”, que nadan, flotan y se esfuerzan por no naufragar, por no ahogarse, por no sucumbir en medio del humo y del poco fuego, en medio de una mediocridad espeluznante y de una ambición y desvergüenza desbordantes. San Agustín, para mencionar a un pensador, escribe en su *Ciudad de Dios* lo que sigue: “Pueblo es un conjunto de seres racionales, asociados por la concorde comunidad de las cosas que aman”. En esos partidos políticos, con la mayoría de esos correligionarios, uno se da cuenta bien pronto que esas personas no conocen al pueblo que quieren gobernar, algunos no conocen ni a su propia familia, y lo que es peor, siempre dudé de

ese amor cosificado, interesado, prostituido y, peor todavía, desconocido. ¿Cómo puede esa gente tener la indignidad de hablar por ellos?

En un libro que contiene una conversación entre dos intelectuales franceses, Michel Foucault y Gilles Deleuze (*Un dialogo sobre el poder*. Alianza edit., Madrid, 2001), dice Foucault:

“...nuestro embarazo para encontrar las formas de lucha adecuadas, ¿no proviene de que aún ignoramos lo que es el poder? Después de todo, ha sido preciso esperar al siglo XIX para saber lo que era la explotación, pero quizá no basta para ayudarnos a conocer eso tan enigmático, a la vez visible e invisible, presente y oculto, ocupado en todas partes, que se llama poder. La teoría del Estado, el análisis tradicional de los aparatos de Estado, no agotan sin duda el campo de ejercicio y funcionamiento del poder. Actualmente este es el gran desconocido: ¿quién ejerce el poder?, ¿dónde lo ejerce? Ahora sabemos aproximadamente quién explota, hacia dónde va el beneficio, por qué manos pasa y dónde se vuelve a invertir, mientras que el poder... no sabemos quién lo tiene exactamente, pero sabemos quién no lo tiene”.

Por muy discutidas que sean en el mundo las opiniones de Michel Foucault y de Gilles Deleuze, creo que en lo que acabo de transcribir hay mucho de verdad. Eso que se llama poder es una estructura, es

una cadena con tantos elementos, con tantos eslabones que no es de ninguna manera fácil establecer. En cambio, la autoridad es tangible, visible, palpable, sentida y admirada, aceptada, no impuesta, deseable, no rechazable.

El poder y la autoridad se hacen sentir también en el partido político. Antes, desde los griegos inclusive, se priorizaba al pensador, al elocuente, a la persona, casi irremediamente varón, que proponía, orientaba, aconsejaba, protegía. En esa antigüedad está Pericles. Más adelante, los grupos, los conjuntos sociales fueron naciendo y fortaleciéndose y se crearon los defensores y los opositores de los regímenes de gobiernos; surgieron ideologías y doctrinas y los programas políticos calendarizaban y actuaban. Los militantes defendían esas ideas y ponían en práctica esas doctrinas. Progresivamente, el interés del partido asfixió al interés del pueblo, y con frecuencia el interés del líder o de los líderes primó sobre el interés del militante. Así comienza a podrirse la torta. Los *whigs* y los *tories* en Inglaterra, los *girondinos* y los *jacobinos* en Francia, los republicanos y los federalistas primero, los liberales luego y los demócratas finalmente en los Estados Unidos de Norteamérica, se consolidan y se organizan en cuadros primero y en partido de masas después. Y el interés de la idea del programa, de la doctrina, sucumbe por el interés del voto. Se prioriza entonces la conquista de electores más que la asimilación de correligionarios, de militantes. Y surgen expresiones como “match - all - party” o “attrape - tout”, cuyo objetivo es capturar electores, vinieran de donde vinieran, pensarán lo que pensarán; no importaba, la importancia es cuantitativa, no cualitativa. En esta línea de pensamiento y acción está el “de dos males, prefiero el menor”, o “escojo el mal menor”, que ha

tenido éxito, sorprendentemente, en las elecciones en las que inclusive las indulgencias son ajenas, o en las que la amnesia política se impuso.

La *política criminal* partidaria desinstitucionalizó la organización política, fomentó el encubrimiento de líderes negativos, mediocres, ambiciosos, obsesionados por un poder basado en la paranoia y en la psicopatía. La multiplicación de partidos fue el reflejo de las ansias personales de ser cabeza, aunque fuera de hormiga, y la institucionalidad partidaria terminó siendo coyuntural, electorera, oportunista, sectaria y, por lo mismo, infraterna, egoísta, criminal.

En mi vía crucis política, con frecuencia he encontrado que los “políticos” y, en especial, los “correligionarios” confunden, mezclan, integran sinónimamente, los términos, palabras y conceptos: *ideario*, *ideología* y *doctrina*. Por eso, creo que se arman, como dirían los argentinos, “quilombos” babelianos y discuten, polemizan, alucinan y se pelean, creyendo que “defienden” ideas, protegen “idearios” y “entregan su vida” por “doctrinas”. Propongo separar los tres términos, aclarar conceptos y usarlos para mejor entendimiento y evitar confusiones que desvíen el itinerario del partido, cambien rutas y promuevan el caos.

Ideario apunta a lista. Glosario, vestuario y anecdotario son términos aclaratorios. Lista de palabras con señalización de conceptos; lugar para los vestidos o para vestirse y desvestirse; anécdotas reunidas. *Ideario* debiera ser la lista de términos o de conceptos a usarse en el partido político. Líder, correligionario, paz, democracia, revolución, reforma, unión, pueblo, nacionalismo, socialismo, mercado liberal, cristianismo, renovación, etc. Podría decirse, para simplificar, que es el glosario de los términos aplicados a las ideas del partido político del cual se forma parte.

Ideología es más fácil de comprender y aceptar. Es el tratado de las ideas. Ya no son las palabras, los términos, simplemente; es la explicación

pormenorizada, aclaratoria, explicativa, de las ideas que constituyen el *corpus* de esta determinada institución que se llama específicamente partido político; es aquello que lo diferencia, que lo caracteriza, que lo “individualiza”, que lo “identifica”. Así, la gente interesada sabrá qué pretende este grupo humano, a dónde quiere conducir a los futuros gobernados. Es la estructura, la médula, el esqueleto, el sistema nervioso del partido; al fin y al cabo, cuando uno habla de “idea” se refiere más, mucho más, a fundamento, a conocimiento, a substancia, a sostén, a pensamiento, a todo eso junto. De la ideología se desprende el “plan de gobierno”, la “declaración de principios”.

Doctrina considero que es el músculo, la puesta en acción, la “praxis”, la práctica de las ideas, el movimiento. Es la *pragmateia*, el contacto directo, presencial o virtual, con los correligionarios, con las masas. Es la concretización de las ideas y, por lo tanto, la demostración de ellas con el ejemplo, con la acción, con el movimiento, con la objetivación.

Un partido político sin ideario, sin bases ideológicas y doctrinales, es un barco al garete y un papel soltado al viento. En nuestro país, varios partidos y sobre todo un enorme e incomprensible grupo de llamados “movimientos políticos” surgen, se movilizan y mueren sin estas bases, justamente porque no las tienen, porque son endebles o porque sus integrantes no las conocen, no las defienden, no las practican, y hasta hay algunos que afirman no necesitarlas. Creo que esos movimientos y esos pseudopartidos son fantasmas, son como aquellas personas indocumentadas que deambulan clandestinamente, o esas otras a las que se les ha impuesto un nombre que no les corresponde, que no saben de dónde vino, ni de quién es, un alias, un mote, falso, mentiroso, artificial.

Esa es una de las tantas razones por las que fracasan las personas y los grupos políticos; se conciben, se gestan, nacen y mueren. Son *natimueertos* políticos. Porque sin bases ideológicas y doctrinarias no hay identidad, no hay seguridad territorial, no hay mística, no hay solidaridad conceptual, y por lo tanto no hay compromiso ni responsabilidad. Por eso no hay supervivencia.

Pero no basta con tener “bases ideológicas”. Hay que conocerlas, compartirlas, identificarse con ellas, saber, con plena conciencia, que esas bases son nuestra carta de identidad, nuestra carta de investigación, nuestro denominador común, nuestro lazo de fe racional, nuestro estandarte, nuestro horizonte hacia el cual marchamos con seguridad individual y colectiva. Esas bases son nuestro destino. Pero, además de conocerlas, compartirlas e identificarse con ellas, hay que practicarlas, cotidianamente, decididamente, seguramente. No proceder así será falsedad, histrionismo, engaño, deslealtad y traición. Se ha dicho y se ha repetido mil veces que para ser auténtico no solo hay que serlo sino también parecerlo, emulando las palabras de Julio César. Esa práctica, esas conductas y comportamientos, esa acción, constituyen la doctrina.

Un partido político sin bases ideológicas y doctrinales no sirve para un país como el Perú; es más, ese hecho es dañino para la madurez y el desarrollo de nuestra patria, que podrá crecer cuando los seres humanos que la integran se comprometan en construir o reconstruir su destino, integrados corporativamente, conscientes de que sin ideas, pensamientos, conceptos ni mentalidad política, es decir, sin ideología, la marcha en este valle de lágrimas será una caminata desordenada, ciega, una noria, un laberinto, un transcurso vegetativo, apenas instintivo, indigno de seres humanos

que desean y quieren vivir en un país decente. La doctrina, la praxis, será prostituida, traicionada, falsificada, y devendrá en vacía, caótica, es decir, en *política criminal*.

Una observación complementaria. Un partido político naciente o acabado de nacer no necesita, no debe tener, bases ideológicas prestadas, desarticuladas de la realidad donde se crea, ajenas a la intención de sus integrantes; no necesita copiar caricaturescamente ideas y doctrinas espurias, bastardas o notoriamente dañinas para sus integrantes y el país donde se aplican. No sería vestirse con ropa ajena, sino, lo que es peor, enajenarse y por lo tanto alienarse. Por eso, las bases ideológicas y doctrinarias de un partido político se siembran, germinan, se cultivan dentro de ese mismo partido político; la semilla pueden colocarla sus ideólogos y doctrinarios, pero esa semilla no germinará, no crecerá, no se transformará en árbol robusto con hojas, flores y frutos que den sombra y nutran a todos los que acudan a él, no será posible su transformación constructiva útil, vital y poderosa, si todos los que integran ese partido político no contribuyen a ese fin. Se necesita, pues, que todos los integrantes del partido busquen la forma de transformarse en escultores de ese monumento, en arquitectos de esa construcción, en padres responsables de esa criatura, en protectores, cuidadores y perfeccionadores de su contenido. Los amantes de las huachaferías lingüísticas extranjerizantes lo llaman *Know How*. Es la riqueza, el corazón, la médula de un partido político, de una empresa; es el alma, el espíritu, el Santo Grial, el tesoro, el Arca, en fin, la sabiduría de la que hablábamos antes.

Solo como propuesta o sugerencia, ni siquiera como modelo, me permito plantear siete columnas ideológicas y doctrinales a mi juicio fundamentales para un partido político en el Perú:

PRIMERA: LA IDENTIDAD NACIONAL

Definir, conceptualizar y defender la identidad nacional peruana es una tarea difícil pero obligatoria. ¿Cuántos llamados o autocalificados “peruanos” sienten real, inobjetable, auténticamente que “son” peruanos? Miles y tal vez millones de estos ciudadanos han nacido, viven y conviven en el Perú, tienen sus documentos de identidad y pasaporte que acreditan su “peruanidad legal”. Pero, ¿sienten en su profundidad, en su intimidad, en su mismidad, que son auténticamente peruanos y que, por lo tanto, no solo quieren y aman a este país, sino que además colaboran con este territorio y lo defienden como el mejor lugar del mundo para existir, para ser y no para estar?

Considero que es tarea fundamental para un partido político trabajar por el nacimiento, desarrollo y fortalecimiento de la *peruanidad*. Esta peruanidad no es un nacionalismo hueco, arcaico, fanático, aislante y chauvinista. Los nacionalismos han sido en la historia materia prima de guerras, dictaduras, fascismo, y por lo tanto, patológicos y necrofilicos. Lamentablemente fueron así en la historia y lo siguen siendo en el presente. La peruanidad tiene que construirse o reconstruirse en su multiculturalidad, en su lucha contra los imperialismos y colonialismos de toda laya, en su moderno afán de localizar lo globalizable, pero también en su esfuerzo por globalizar lo local. La conquista de este tipo de peruanidad corregirá las patologías sociales tan frecuentes y terribles de ayer y de hoy. Felipillo es uno de los paradigmas, pero hay miles entre los tráfugas y vendepatria que siguen entregando nuestro país por platillos de lenteja repletas de gorgojos, en una demostración cotidiana de *política criminal*. Son los que hacen “faenones” y “aceitan” con tráfico de influencias para entregar las riquezas naturales de

nuestra patria a los mercachifleros, neocolonizadores y esclavizantes que trae la neoglobalización y que avasallan las leyes peruanas valiéndose de influencias extranjeras que van desde el Vaticano a la FIFA.

SEGUNDA: SOLIDARIDAD

Identificados como peruanos tenemos que trabajar, y muchísimo, por conquistar la *solidaridad nacional*. Nuestra historia precolonial tiene hermosos ejemplos de esta enorme posibilidad. ¡Wifa! es una expresión que ese cholo mestizo –gigante de peruanidad, viviendo y muriendo de peruanidad– llamado José María Arguedas transcribió en sus novelas para ejemplarizar lo que se logra cuando se vive, se quiere y se ama a sus compatriotas, a sus *waiky kunas* de ayer, hoy y mañana. Es necesario fraternizar para solidarizar. Seguirán existiendo los infraternos, desleales y traicioneros, pero serán menos, porque con fraternidad y cooperativismo se construirá la solidaridad y se destruirá a los palos encebados y se marchará con seguridad mucho más allá de los socialismo de cliché. ¡*Allpanchis, kallpa, chama!*

TERCERA: LIBERTAD

Los seres humanos somos los únicos seres vivos que han creado y desarrollado este trascendental valor ético que se llama *libertad*. Los seres humanos tenemos que superar el estado vegetativo de las plantas, la mayoría de las cuales pueden desplazarse hacia arriba o hacia abajo, por sus raíces, y algunas más allá de su propio territorio, pero únicamente para buscar nutrientes que les permitan subsistir. Los seres humanos somos capaces de volar con la imaginación y la fantasía, de vivir para morir,

porque sabemos que seguiremos perviviendo en otras moléculas, en otros átomos y hasta en los genes de nuestros propios hijos, si los tenemos. Somos, pues, inmortales. Y eso es el producto de nuestra libertad. Un partido político tiene que defender este valor ético, estimulando la creatividad y la originalidad en todos los peruanos. Para eso tenemos que oponernos a la alineación, al colonialismo mental, a la manipulación, a la consigna y a la disciplina irracional, al abuso descerebrante de ideologías políticas y religiosas que asfixian y matan las neuronas de niños y jóvenes, incluso desde antes del nacimiento, y que abusan de la democracia, que les otorga una patente de corso para sus ideologías alienantes. Defender la libertad es, pues, luchar también contra el colonialismo, el imperialismo y la esclavitud en todas sus formas.

CUARTA: JUSTICIA

Identificados con nosotros mismos y con nuestra patria, fraternizados y solidarizados, libres para levantar el vuelo y romper cadenas, tenemos que defender los derechos de nosotros mismos y los de los demás. Estamos obligados a exigir justicia. La justicia es un valor ético que jamás debe estar solo en los tribunales de justicia, y, más aún, no puede estar solo en manos de los llamados magistrados. El concepto de justicia implica el respeto al otro y a la defensa de nuestros derechos y los de los demás, porque mis derechos terminan donde comienzan mis deberes para con los otros. Un partido político no puede tolerar las ofensivas discriminaciones a la dignidad humana, sea por motivos de raza, nombre, lengua, sexualidad, lugar de nacimiento o procedencia, salud, edad, o de cualquier otra forma de abuso o de corrupción. El nepotismo y la partidocracia son también formas corruptas de injusticia

y discriminación, así como la empleomanía sectaria y dedocrática, la sinarquía, el maniqueísmo, la enajenación.

QUINTA: RESPONSABILIDAD

Las bases ideológicas y su práctica doctrinaria deben rechazar la mentira, el engaño alevoso, la demagogia, el abuso petulante del palabreador, del vendedor de sebo de culebra para curar la pobreza o la infidelidad. No se pueden tolerar más los mitos, las falsedades, los tabúes, las leyendas manipuladoras y creadoras de miedos y pánicos en el más acá y en el más allá. Pobres niños a los que se les engaña trepanándoles el cráneo con falsas ideologías, con información antieducativa, ajena a la ciencia y a la racionalidad. Por eso, la “responsabilidad” descansa en el cultivo de la *verdad*, otro valor ético trascendente. ¿Qué responsabilidad tendrá un ciudadano al que se lo forma con la creencia de que sus actos son manejados por otras instancias que no dependen de su propia decisión? El cultivo de la mentira produce monstruos como la impuntualidad, la coima, la explotación corrupta, la traición, la irresponsabilidad criminal. El “yo no fui”, el cinismo, el delito en general son formas de irresponsabilidad criminal que matan el desarrollo civilizado de un pueblo, que arrebaña, que mimetiza, que hace descender a los seres humanos al nivel conformista y camaleónico, o al reptante, hipócrita, platelmíntico y ofídico de los gusanos y de las serpientes, con el perdón de camaleones, lombrices y culebras.

SEXTA: LA CULTURA

Un partido político tiene que “llevar la cultura al poder”. Este debe ser un objetivo imperativo, ineludible, indesmayable. Ya tuvieron su momento

el dinero, las religiones y muchos, muchos partidos políticos, con ideologías sectarias, totalitarias, plutocráticas, monárquicas y populistas, enchusmadoras y mediocrizantes.

Le toca ahora a la *cultura*, pero esto implica educación, respeto, justicia, sabiduría, experiencia, conocimiento, madurez y responsabilidad. Ha hecho mucho, muchísimo daño, la consigna: “Coman basura, millones de moscas lo recomiendan”. De eso se nutren los demagogos, los farsantes, los pastores de rebaños, en especial de ovejas, otra vez con el perdón de las ovejas. Periodistas carroñeros, profesionales necrofilicos, terroristas de toda laya y patanes psicópatas se nutren de la ignorancia de los demás, del analfabetismo cultural. Son los que han creado esas simbiosis horrosas, denigrantes, mistificadoras y falsificadoras de nuestra historia, de nuestra cultura, de nuestro pasado. Medios de comunicación que son productos extraídos de la porción terminal del intestino grueso encuentran tierra fértil en la ignorancia, en la incultura, en el endulzamiento vegetativo y conformista de costumbres y en la vida subhumana y domesticable en general.

“¡La cultura al poder!” debe ser, tiene que ser, un grito de guerra contra la ignorancia producida por la esclavitud mental.

SÉPTIMA: HUMANISMO

Y llegamos al final de este primer trayecto. Nos toca ahora referirnos al *humanismo*, es decir, a nuestra preocupación por el ser humano concreto, el alfa y omega de la especie y de la vida, aquí y ahora. El *humanismo* es real, no virtual; presente, no abstracto, ni del más allá; es prioritario, actual, completo, integral.

El *humanismo* alude a “ser humano”, no a “persona”, y menos aún a “persona humana”, como dice y dirá seguramente la Constitución en su preocupación discriminatoria y marginal, porque apunta al ente jurídico. El *ser humano* debe ser considerado en su exterioridad (persona) y en su interioridad (personalidad), así como en su pasado, presente y futuro, es decir, en su biografía proyectiva.

Entonces, ¿de qué línea política estamos hablando?, ¿estamos diseñando una base doctrinal de centro, de derecha o de izquierda? Creo que estas hemiplejías políticas ya no sirven para diseñar una prioridad para el ser humano como tal. Hablemos de integralidad, de preocupación y respeto holístico, de seres humanos multidimensionales y pluridimensionales, de seres humanos planetarios y universales. El ser humano de un partido político tiene que ser o debe ser así: no unidimensional ni bidimensional, no de arriba ni de abajo, ni de cerebro, ni de corazón, ni de hígado, ni de testículos; seres humanos varones y hembras, multidimensionales, pluridimensionales; no de derechas ni de izquierdas; tienen que ser holísticos, planetarios y universales, al servicio de la vida, de la humanidad, de los valores éticos, de la eternidad. Humanismo solidario racional. Esta es una propuesta; salvo, claro, mejor parecer.

LA METAPOLÍTICA

La lectura de un libro me ha sugerido incluir aquí, en prospección, en utopía realizable frente a la existencia creciente y apocalíptica de la *política criminal*, el término *metapolítica*. El libro se titula *El espíritu de la política*, y su autor es Raimon Panikkar. Los “nueve monstruos” vallejanos son un terrible espectro que obliga perentoriamente a crear, imaginar, imitar

lo bueno, copiar lo mejor y aplicar a nuestra aún lamentable y trágica realidad una política diferente, proactiva, racional, humanística, porque:

“I, desgraciadamente,
el dolor crece en el mundo a cada rato,
crece a treinta minutos por segundo, paso a paso,
y la naturaleza del dolor, es el dolor dos veces
y la condición del martirio, carnívora, voraz,
es el dolor dos veces
y la función de la yerba purísima, el dolor
dos veces
y el bien de sér, dolernos doblemente.

Jamás, hombres humanos,
hubo tánto dolor en el pecho, en la solapa, en la cartera,
en el vaso, en la carnicería, en la aritmética!
Jamás tánto cariño doloroso,
jamás tan cerca arremetió lo lejos,
jamás el fuego nunca
jugó mejor su rol de frío muerto!
Jamás, señor ministro de salud, fue la salud
más mortal...”.

En ese último verso está el grito desesperado por la existencia de una *política criminal* que Vallejo vivió en carne propia.

¿Qué buscan los políticos actuando en política a través de lo político y con lo político? ¿Cuál es la *meta* de la *política*?

“Buscamos la convivencialidad, la vida feliz, la plenitud del ser humano. La política no consiste en una simple búsqueda de medios (como frecuentemente se nos quiere hacer creer) sino en la búsqueda, en la creación, en el descubrimiento de fines que nos hagan encontrar los medios pertinentes para realizarlos. Es tener la meta, el fin, en la mente. Se trata primero y ante todo de descubrir cuáles son los fines y no de lanzarse en una discusión que trate únicamente sobre los medios”. (R. Panikkar.)

La metapolítica es humanismo, es holismo, es ontología (el ser), es gnoseología (conocimiento), es axiología (valores morales, éticos, deontológicos, espirituales), es epistemología (cuestionamiento, búsqueda de la verdad); es, en fin, teleología (planteamiento de fines, proactividad). La metapolítica restituye en la política al ser humano como persona y personalidad.

Repito, la metapolítica es, como afirma Panikkar, la meta de la política. Pero, ¿cuál es esa meta? Es la dimensión espiritual, trascendente, religiosa, humana de la política. “Es el fundamento antropológico de lo político, la relación trascendental entre lo político y lo que la sostiene y la funda: el sentido de la vida. Lo metapolítico restablece la unión intrínseca entre la actividad política y el ser humano. Lo metapolítico es lo que permite al hombre sobrevivir políticamente en un sistema político que considera injusto y agobiante”. Yo agrego: lo metapolítico sobrepasa lo político cotidiano, lo corrupto, lo prostituido, lo delincencial; la metapolítica permitirá combatir a la *política criminal*. Son ejemplos Mahatma Gandhi, Nelson Mandela, Martin Luther King. Es como la levadura, gracias a la

cual toda la pasta fermenta y se transforma. Abre una dimensión espiritual gracias a la cual la actividad política se refiere a lo humano en tanto que humano. Por eso habría que relacionar política con religiosidad, y política con autoridad. No política con religión, ni política con poder. Albert Einstein se pregunta (*Así lo veo yo*): “¿Estaremos irremediabilmente condenados a que nuestras propias pasiones y tradiciones hereditarias nos lleven a matarnos unos a otros sin tener posibilidad alguna de que permanezca algo digno de ser preservado?”

Creo que en el mismo libro donde Einstein plantea esta crucial pregunta, aparecen dos respuestas:

- a. “Si desea ser parte indiscutible de un rebaño de ovejas, primero es fundamental ser oveja”.
- b. “Lo más importante no es el Estado, sino el hombre creativo y sensible, que tenga personalidad. Esa es la gente que produce lo notable, lo sublime, mientras la masa es indiferente al pensamiento y a los sentimientos”. Y agrega: “Para un Estado, hay algo sumamente grave que pone su prestigio en entredicho: promulgar leyes que no pueda, posteriormente, hacer cumplir”. Eso es lo que yo llamo, en *política criminal*, demencia legal.

A partir de nuestra realidad, hay que crear otra vía. Esa vía debe enriquecer, ennoblecer, superar, sanar a la *política criminal*, si aún hay tiempo. Esa vía debe emerger de la juntura, de la relación de la política con lo político eutónico, idóneo, auténtico y real- real, no virtual, purulento o bamba.

QUINTA
PARTE

■ XII. FACTORES DE LA POLÍTICA CRIMINAL

1. LOS POLÍTICOS Y LOS GOBERNANTES

En la película, magnífica película de Charles Chaplin, *El gran dictador*, hay un discurso final, una invocación, un urgente y esperanzador llamado:

“¡Soldados! ¡No luchéis por la esclavitud! ¡Luchad por la libertad!... Vosotros, el pueblo, tenéis el poder, el poder de crear máquinas, el poder de crear felicidad. Vosotros, el pueblo, tenéis el poder de hacer que esta vida sea libre y bella, de hacer de esta vida una maravillosa aventura. Por tanto, en nombre de la democracia, empleemos ese poder, unámonos todos. Luchemos por un mundo nuevo, por un mundo digno que dará a la juventud un futuro y a los ancianos una seguridad.

Prometiéndonos todo esto, las bestias han subido al poder. ¡Pero mienten! No han cumplido esa promesa. ¡No la cumplirán! Los dictadores se dan libertad a sí mismos, pero esclavizan al pueblo. Ahora, unámonos para liberar el mundo, para terminar con las barreras nacionales, para terminar con la codicia, con el odio y

la intolerancia. Luchemos por un mundo de la razón, un mundo en el que la ciencia y el progreso lleven a la felicidad de todos nosotros”.

Esto lo escribió Chaplin en 1940. Han pasado casi setenta años y aún hay muchos políticos y gobernantes sordos, ciegos, paralíticos ante esta invocación. Son ciegos, sordos y paralíticos mentales; y hay también, todavía, muchos ciudadanos que, creo, ni siquiera conocen este bello mensaje de rebeldía, de coraje, de racionalidad, de humanismo.

Pero al margen del llamado invocador y despertador, el contenido denota claramente la conducta, el comportamiento, la mentalidad de los políticos y gobernantes, de esa pléyade de constructores, fortalecedores y traficantes de la *política criminal*. Prometedores de bellas soluciones, mentirosos, vendedores de ilusiones, palabreadores de plazuela, cínicos y desvergonzados, caraduras hipócritas, mientras son candidatos y están en campaña eleccionaria. Pero una vez que alcanzan el poder, ya como gobernantes, como dice Chaplin, no cumplen ni cumplirán sus promesas, se tornan olvidadizos y hacen gala del “si te he visto no me acuerdo”, se miran al espejo para escuchar siempre esta respuesta: “Eres el mejor, el único, el mesías, el salvador”. Esa diferencia esquizofrénica entre el político prometedor candidato y el gobernante olvidadizo y único diseña el encaminamiento de la política a la *política criminal*.

Vuelvo a decir, con énfasis, que aún hay, aun perviven, como especies en extinción, políticos en la mejor y más deontológica acepción. Sin embargo, lo grave, evidente y demostrable es que una inmensa mayoría de políticos y gobernantes se contamina, tarde o temprano, de cualquiera

de los elementos delictivos, de esa política que “camina entre cadáveres”, o, como me advertía un amigo, el “político verdadero no hiere a sus enemigos, sino los elimina”. Frases como “así es la política”, o “si eres honesto no puedes ser político”, o “en la política, la ingenuidad y la sinceridad sobran”, se toman como mandamientos, son códigos de intercomunicación aceptados, fomentados y hasta difundidos; son frases que, a su vez, abren las puertas a otras: “Si quieres vencer a tu enemigo, hazte amigo de él”, o, “en política, a los amigos todo, a los enemigos, la ley”, o “para avanzar en política hay que endurecerse, mentir, engañar, traicionar y prometer”. Todas estas frases las escuché varias ocasiones en los escenarios políticos en los que me moví. La más contundente fue: “Si eres político, tienes que dormir con un ojo abierto. Si cierras los dos, te tragan con zapatos y todo”. El político y gobernante se nutren de los consejos de Maquiavelo, de Calígula, de los Borgia, de los Medici; su mundo es el de Kafka, de Macbeth, de Al Capone y de tantos otros personajes de la escena criminal. Repito: abundan las excepciones, pero la mancha de aceite crece y crece, avanza como la lava y se transforma en hábitos, costumbres, códigos y rutinas casi ya imposibles de detener.

Jean Paul Sartre ha diseñado con brevedad y exquisitez el perfil del político gobernante en su obra *La puta respetuosa*. Ha puesto en jaque a un senador norteamericano cuyo hijo ha disparado contra dos negros, uno de los cuales muere y el otro escapa. La policía arresta a la prostituta Lizzie y, para evitar problemas al senador, obliga brutalmente a esta mujer a firmar una declaración falsa por la que acusa a estos dos hombres negros de haberla violado. Lizzie se resiste, no acepta acusar, no puede mentir, no quiere firmar. Entonces la policía llama al senador, le informa de esta negativa y el político decide hablar con la prostituta:

Lizzie: ¿Usted piensa que el negro me ha violado?

El senador: No, no. No la ha violado. Desde cierto punto de vista no la ha violado en absoluto. Pero mire usted, yo soy un hombre que ha vivido mucho, que frecuentemente se ha equivocado y que, desde hace algunos años, se equivoca un poquito menos a menudo. Y yo tengo sobre todo esto una opinión diferente a la suya.

Lizzie: Pero, ¿qué opinión?

El senador: ¿Cómo explicárselo? Ya está: imaginemos que la Nación Americana se le apareciera de pronto. ¿Qué le diría a usted?

Lizzie (aterrada): Supongo que no tendría gran cosa que decirme.

El senador: ¿Es usted comunista?

Lizzie: ¡Qué horror! No.

El senador: Entonces la Nación tiene mucho que decirle. Le diría: *Lizzie*, tú has llegado a un punto en que te es preciso escoger entre dos de mis hijos. Es necesario que uno u otro desaparezca. ¿Qué se hace en casos parecidos? Se conserva el mejor. Pues bien, busquemos quién es el mejor. ¿Quieres?

Lizzie: Yo lo creo. ¡Oh! Perdón, creía que era usted el que hablaba.

El senador: Hablo en su nombre, Lizzie. Ese negro al que proteges, ¿para qué sirve? Ha nacido al azar, Dios sabe dónde. Lo he alimentado, y él, ¿qué hace por mí en cambio? Absolutamente nada; vagabundea, ratea, canta, se compra trajes rojos y verdes. Es mi hijo y lo amo igual que a mis otros hijos. Pero te pregunto: ¿lleva una vida de hombre? Ni siquiera me daría cuenta de su muerte.

Lizzie: Qué bien habla usted.

El senador: El otro, por el contrario, ese Thomas, ha matado a un negro, y eso está muy mal. Pero lo necesito. Es un americano cien por cien, descendiente de una de nuestras más antiguas familias, ha hecho sus estudios en Harvard, es oficial, me hacen falta los oficiales, emplea dos mil obreros en una fábrica; dos mil desocupados si llegara a morir; es un jefe, una sólida defensa contra el comunismo y los candidatos. Tiene el deber de vivir y tú tienes el deber de conservarle la vida. Eso es todo. Ahora elige”.

Lizzie se resiste aún y pregunta qué le pasaría al otro negro si ella firmara, sobre todo cuando una verdadera cacería humana se ha desatado sobre él y toda la ciudad lo busca.

“El senador: ¿Al negro? ¡Bah! (La toma por los hombros.) Si firmas, toda la ciudad te adopta. Toda la ciudad. Todas las madres de la ciudad.

Lizzie: Pero...

El senador: ¿Crees que una ciudad entera puede equivocarse? ¿Una ciudad entera, con sus pastores y su cura, con sus médicos, sus abogados y sus artistas, con su alcalde y sus adjuntos y sus asociaciones de beneficencia? ¿Lo crees?

Lizzie: No. No. No.”

Esta transcripción es una feroz demostración de la dialéctica manipuladora, de la lógica politiquera, de la argumentación engañosa, manifestamente desorientadora y cínica. El político gobernante se viste con la piel del cordero de la patria, pero en realidad es un lobo frente a una prostituta indefensa, torpe, aunque llena de sentido común, ingenuidad e impotencia, como la mayoría de ciudadanos, como el rebaño que sigue al flautista de Hamelín. Esto nos sugiere que existen ciudadanos que votan y eligen respondiendo a estas argumentaciones de *política criminal*, y lo hacen porque les han hecho creer, como dice el vals peruano, que “las corvinas nadarán solas con su limón” (*Parlamantías*. Serafina Quinteros).

2. LOS ENFERMOS QUE GOBERNARON Y GOBIERNAN

La enfermedad o el síndrome pueden ser –y de hecho lo son– factores condicionantes de la *política criminal*. Los resultados, con frecuencia desastrosos, de prácticas políticas nefastas, delictivas, genocidas, dictatoriales, necrofilicas son la consecuencia de trastornos, de patologías corporales o mentales de diferente índole, perturbadoras del equilibrio psicológico necesario para gobernar. Deficiencias hormonales, alteraciones genéticas, trastornos metabólicos, lesiones cerebrales, traumatismos encefalocraneanos –incluso antiguos– y muchas otras patologías son factores etiológicos de infaustas manifestaciones de la *política criminal*. Ciertamente que casi todos estos fenómenos resultan, frente a la ley y a la historia, inimputables para la justicia. Sin embargo, aunque los hechos son comprensibles, de ninguna manera pueden ser justificables.

Pierre Accoce y Pierre Rentchnick, periodista y médico respectivamente, han escrito un importante libro sobre esta materia. *Les Malades qui nous Gouvernent* es el título, y la edición francesa original fue publicada en 1976. Luego, en 1977, Plaza y Janés publicó la edición en español con el título de *Aquellos enfermos que nos gobernaron*. Sutil y malvado cambio realizado por los “traductores”, pues una fiel traducción del título original debió ser: “Aquellos enfermos que nos *gobiernan*”. Mas no importa; el contenido es lo que nos interesa aquí.

En el preámbulo del libro, se ha insertado una referencia a Sigmund Freud, que, en su trabajo “Retrato psicológico del presidente Thomas W. Wilson”, escribió:

“Los locos, los visionarios, los alucinados, los neuróticos y los alienados han desempeñado, en todos los tiempos, grandes papeles en la historia de la humanidad, y no solamente cuando el accidente de su nacimiento les ha transmitido la soberanía. En general, han causado grandes estragos, aunque no siempre. Estos seres han ejercido una influencia incalculable sobre su época y las que han seguido, han promovido importantes movimientos culturales y han realizado grandes descubrimientos. Han podido hacerlo, por un lado, gracias a la parte intacta de su personalidad, es decir, a pesar de sus anomalías; pero por otra parte, con frecuencia son precisamente los rasgos patológicos de su carácter, la asimetría de su desarrollo, el fortalecimiento anormal de determinados deseos, el abandono sin reservas ni discernimiento hacia una meta única lo que les concede la fuerza para arrastrar a los demás en su empeño y vencer la resistencia del mundo.

Una neurosis es un fundamento muy inestable para asentar una vida. Aunque la historia esté salpicada de nombres de neuróticos, de monomaniacos y de psicóticos que han ascendido súbitamente a la cima del poder, por lo general se han derrumbado con la misma rapidez.

Todo el transcurso de la vida puede ser desviado por el temperamento de un solo individuo. Si Milcíades hubiese huido en Maratón y Carlos Martel en Poitiers, la civilización occidental hubiera sido diferente. Y todo

hubiera sido distinto si Cristo hubiese renegado de su doctrina ante Pilatos”.

Estas bellas expresiones del fundador del psicoanálisis son tremendamente esclarecedoras de realidades de todas las épocas. Contrafácticamente podríamos agregar estas preguntas: ¿qué hubiera ocurrido si Sócrates no hubiera respetado su sentencia y hubiera fugado de la prisión como lo instaban a hacerlo sus discípulos?, ¿qué hubiera ocurrido si Galileo hubiera sido quemado en la hoguera?, ¿qué hubiera pasado si Túpac Amaru ingresaba al Cusco o Napoleón conquistaba Moscú?, ¿qué habría pasado si Hitler triunfaba o la invasión a Cochinos aplastaba la revolución cubana?, ¿qué hubiera pasado si el general Morales Bermúdez no triunfaba en su golpe de Tacna y Juan Velasco Alvarado lo tomaba prisionero?, y ¿qué si Abimael Guzmán, Morote, Polay Campos o Cerpa Cartolini triunfaban en su llamada revolución senderista y tupamarista”?

Pero, claro, las realidades de hoy se han cocinado con muchos ingredientes y por muchos cocineros. Muchos de ellos se parecen a los que Pierre Accoce y Pierre Rentchnick describen en su libro. Allí están Franklin D. Roosevelt y sus problemas cardiocirculatorios, con su hipertensión arterial incontrolada, su hipercolesterolemia, sus cálculos biliares, sus infartos al miocardio, su afección hepática y la imperiosa necesidad de reunirse en Yalta con Stalin y Churchill. Los autores del libro que comentamos expresan su sorpresa de que los médicos del presidente Roosevelt (doctores Bruenn y Mac Intire) “dejaran a un paciente gravemente enfermo emprender el terrible viaje que debía conducir al presidente a Yalta”. Pero Roosevelt, “gravemente enfermo”, estaba obnubilado por el protagonismo para firmar la paz mundial. “Una idea lo obsesionaba y devoraba, alterando el ensueño

que lo poseía desde hacía años: llegar a ser el hombre de la paz, entrar en la historia con este título y ser más grande que César y más sensato que Sócrates. Y esto lo hacía cometer desatinos que rozaban la senilidad”.

Esta obsesión y sus enfermedades terminaron con la vida de Roosevelt, pues le provocaron una hemorragia cerebral, catástrofe de una muerte anunciada. Accoce y Rentchnick agregan:

“¿Franklin Delano Roosevelt estaba, pues, gravemente enfermo en 1944 y después en Yalta? Bien, ¿y qué?, objetarán algunos... Todo el mundo muere de una u otra enfermedad... ¿Qué hay de extraño en que también un jefe de Estado muera de un modo u otro?... Admitamos estos argumentos... Cuando se extingue un jefe de Estado del temple de este presidente, que partió a negociar a Crimea el destino de una mitad del mundo, con una salud gravemente afectada hasta el punto de morir por esta causa poco después, son todos los millones de hombres a los que ha representado los que asumen a continuación los riesgos tomados en su nombre, sin que hayan sido consultados. Lo menos que puede añadirse es que, en estas horas cruciales en que Roosevelt ya no dominaba verdaderamente sus pensamientos, los más íntimos colaboradores de su entorno político y diplomático han fallado igualmente: la nación americana ignoraba que ya no tenía un capitán capacitado para manejar el timón”.

Toda esta descripción me empuja a pensar en nuestros gobernantes. En Víctor Raúl Haya de la Torre y su cáncer mientras presidía la Asamblea Constituyente, en el síndrome de Parkinson del arquitecto Fernando Belaúnde Terry, en el alcoholismo de varios, en la nicotinomanía de otros, en las psicopatías sexuales de algunos, y en las neurosis y psicopatías de tantos. Accoce y Rentchnick describen las historias clínicas de Thomas Wilson, de quien George Clemenceau, Presidente del Consejo francés opinó: “Se cree un segundo Jesucristo venido a la Tierra para convertir a los hombres”, además que presentaba evidentes trastornos de “confusión mental” que fueron descritos por Sigmund Freud. También está Dwight Eisenhower, atacado por una penosa enfermedad intestinal, la enfermedad de Crohn, un engrosamiento de la mucosa que tapiza la pared interna del intestino grueso, no cuidado a tiempo, agravado por una hipertensión arterial y signos claros de arterioesclerosis cerebral. Fumador empedernido de más de 40 cigarrillos al día, con jaquecas, mareos, pérdida de memoria que el 25 de septiembre de 1955 se complican con un infarto cardíaco. Sin embargo, el diagnóstico es ocultado, y su médico, el general Howard Snyder, amigo personal, decide “disimular el accidente coronario haciéndolo pasar por una de esas ‘gripes’ tan queridas de costumbre por los jefes de Estado”. A pesar de esta decisión del médico, Eisenhower ha dejado en sus memorias algunas notas que demuestran hasta qué punto un enfermo puede carecer de autocrítica. “A partir de septiembre de 1955, las cosas no mejoraban en absoluto para Dwight Eisenhower. Su estado no cesará ya de empeorar”. Sin embargo, “Eisenhower pecó de mucha presunción al afirmar que habría podido ‘juzgar y actuar’ por sí solo, cuarenta y ocho horas después de su infarto, para decidir sobre una entrada en guerra de los Estados Unidos sin consultar con nadie”.

En el libro que comentamos hay un capítulo dedicado a John Fitzgerald Kennedy. En él se asevera que el padre, Joe, fue un “eficiente estratega en la tarea de amasar dólares, pero esto solamente”. Este hombre, Joe, el padre, se metió en varios negocios, inclusive en el cine, especulando hasta con la crisis económica de 1929. Intervino, como financista y promotor, en la campaña política de Franklin D. Roosevelt, y en recompensa fue nombrado embajador de los Estados Unidos en Londres, cargo del que fue obligado a dimitir en 1941 por demostrar con claridad su favoritismo por Hitler y su decidido apoyo al autoritarismo y a la discriminación. La madre, Rose, fue la dominante, fuerte, alma de la tribu... Es a ella, y no a Joe, a quien le deberá John Fitzgerald Kennedy haber llegado a su más alta órbita política. A los diecinueve años de edad, John sufre un grave accidente:

“Una mala caída, con ocasión de un partido de rugby con el equipo juvenil de Harvard, donde seguía sus estudios, produce la fractura de un disco vertebral. Aquel punto final a todos los deportes para él, ha marcado el comienzo de un martirio que lo acosaría el resto de su vida... Agobiado por sus sufrimientos, vive prácticamente tendido de manera permanente los dos años que siguen a su matrimonio con Jacqueline Lee Bouvier. Al saber que es posible una intervención quirúrgica, que puede serle colocado un disco artificial en la columna vertebral, acepta la intervención e ingresa, en octubre de 1954, en un hospital neoyorquino, en Manhattan. Y llega el drama. El shock quirúrgico provoca una brusca

descompensación cardíaca. Los cirujanos consideran su estado tan desesperado, que le es administrada la extremaunción. Cuatro meses más tarde, una infección estafilocócica grave impone una nueva intervención quirúrgica. De nuevo se le administran los últimos sacramentos. Se repone penosamente. Jackie Kennedy, que se veía amenazada de pronta viudez, lo cuida con gran devoción durante su larga convalecencia... Con esta grave dolencia, Kennedy lucha políticamente y sufre complicaciones severas: enferman las glándulas suprarrenales; le diagnostican la 'enfermedad de Addison'. Durante toda su campaña para las elecciones presidenciales, Kennedy oculta sus enfermedades y soporta estoicamente los sufrimientos. Contrariamente a la imagen que proyecta ante el público, cuando pronuncia su discurso inaugural, en Washington, en 1961, es en realidad un enfermo grave el que asume la responsabilidad suprema. ¿Cuánto de estos sufrimientos empujaron a Kennedy a realizar el gobierno que hizo? Supo hacerle frente a Nikita Kruschev, para apremiarlo a retirar los cohetes que los soviéticos instalaron en secreto en Cuba, apuntando claramente a los Estados Unidos, y que fueron descubiertos por sus aviones espías. Tuvo, sin duda, otros numerosos aciertos, pero también corrió graves riesgos... Cometió dos errores mayúsculos: dejar desembarcar un pequeño ejército de emigrados cubanos, adiestrados por la CIA, en la

Bahía de Cochinos, en Cuba; participar en la extensión de la guerra de Vietnam, a pesar de que sabía que no podía ganar esta guerra... Puso en riesgo la paz mundial. Y, finalmente, hay evidencias que señalaban que este gran presidente recibía medicamentos pero también consumía estupefacientes. Por ejemplo, ha recurrido, sin advertir a sus íntimos colaboradores, a las inyecciones de anfetaminas, que supuestamente ayudarían a elevarle la moral y que le aplicaba discretamente un médico neoyorquino, Max Jacobson, al que más tarde le retirarían la licencia para ejercer. Esto explicaría su frenesí, su hiperactividad, su escaso sueño, contagiado a sus colaboradores, quienes demostraron, además, que el poder es un afrodisíaco”.

Bastarían los ejemplos descritos para justificar la recomendación de leer y releer la obra de Accose y Rentchnick. En este libro se detallan los signos y síntomas de políticos gobernantes, de sus enfermedades corporales y mentales, de sus sufrimientos y locuras, de sus tratamientos y de los altos riesgos para sus gobernados. Desfilan los nombres de Lyndon Johnson, Richard Nixon, Adolfo Hitler, Benito Mussolini, Winston Churchill, Francisco Franco, Antonio Salazar, Konrad Adenauer, Charles de Gaulle; Georges Pompidou, Lenin, Stalin, Kruschev, Breznev, Anthony Eden, Gamal Abdel Nasser, Chu En-lai; Mao Tse Tung.

Los autores terminan su libro con esta frase: “...el estudio del estado de salud física y mental de los jefes de Estado ya no constituye una sencilla manifestación de curiosidad, de interés cívico o filosófico, sino que se

convierte en una cuestión de legítima defensa de todos los ciudadanos”. Y justificando su cometido, agregan: “El ejercicio del poder, en determinados países, se convierte en una droga de la cual estos hombres no consiguen ya prescindir”.

Así pues, al margen de las alteraciones psicológicas, de las patologías mentales y de los cuadros clínicos de enfermedades corporales, existen gobernantes adictos al poder, que les da todo el resto, porque, como dijo Kissinger, este poder, esta adicción, es el mejor afrodisíaco que los hace olvidar sus promesas electorales, sus responsabilidades cívicas, y, lo que es más grave, la ética y deontología políticas desaparecen frente a la ambición desmedida y a la práctica de métodos delincuenciales que configuran la **política criminal**.

3. PERFILES PSICOLÓGICOS Y PSICOPATOLÓGICOS

Como he dicho en páginas anteriores, la vida me ha dado la ocasión de conocer a muchos “políticos”, tanto aquí, en el Perú, como fuera, en el extranjero. He tenido la oportunidad de transitar con ellos, de asesorar a varios, de enfrentarme a muchos, y de soportar y aguantar a otros tantos. Desde ingenuos y franciscanos (es un decir, como si los franciscanos fueran ingenuos, lo que no es tan cierto) hasta psicópatas rematados. Creo conocer a centenares... y sigo descubriéndolos y conociéndolos. Y en un afán clasificatorio, he elaborado un cuadro taxonómico que presento a continuación. Me produce desazón, desagrado y pesadumbre comprobar que la dispersión zoopolítica es tan numerosa que de los políticos que podríamos llamar auténticos, idóneos, honestos, comprometidos con los ideales de libertad, de justicia, de fraternidad y solidaridad, de respeto a la vida, de defensa de la verdad, de la fe racional, del desarrollo humano, de la cultura, de la paz, del bienestar y del bienser corporal, mental, social, espiritual, entre otros valores humanos, intemporales, planetarios, personales y generales, de defensa de la humanidad y de todo lo que fortalece y promueve la vida digna, aquí, ahora y mañana, de esos políticos, digo, van quedando ya muy pocos, y, lo que es peor, me parece que son una especie en extinción. En esta clasificación variopinta que mi experiencia me permite diseñar, está el político eutónico, equilibrado, sano en la más segura acepción. Es el político real- real, el político que no practica la política aquí y ahora, sino que su visión y su misión, su mente y su espíritu trascienden la política cotidiana doctrinaria y alcanzan teleológicamente el ideal, la utopía realizable, lo *metapolítico*; son aquellos total y absolutamente ajenos a la *política criminal*.

Mahatma Gandhi creo que podría ser un ejemplo. Jesús, político, también lo fue; Nelson Mandela está también ahí; y yendo más atrás, Sócrates no se queda afuera. Los otros, los demás, están aquí:

- **El politicoide.** Es la caricatura del político, el que “quiere ser”, el pseudo, el huachafo, el esnob (sine-nobile), el mono, el papagayo, el lector de periodicuchos para hacer eco y repetir con baja fidelidad.

- **El politofilico.** El “amateur”, en sentido francés, el amante aficionado, el entusiasta estudioso, el interesado, generalmente verborreico y con frecuencia “politólogo”.

- **El politoadicto.** Este pasó la raya del anterior. El entusiasmo, el interés, el comentario, generalmente para conquista social, se transformaron en droga, con dependencia, síndrome de abstinencia, tolerancia y toxicidad. “La política es mi vida”, se los oye decir, pero apenas rascada la superficie, su perfil es el del adicto; por debajo no hay casi nada.

- **El politiquero.** Es un personaje intrigante, disociador, malintencionado, arribista, diletante, mercachiflero, conflictivo; es el que tira la piedra y esconde la mano; su fórmula es “dividir para avanzar y reinar”; es el infraterno, el cabreador, el dribleador, el del “yo no fui”.

- **El politicastro.** Es el que politiquea, el politicoide activo, metiche, inhábil, torpe, entusiasta, bastardeador; juega el papel del vinagre en la ensalada; menos ambicioso para sus propios fines, como lo es el politiquero, pero igualmente malévolo, malintencionado, cuentista, constructor de chismes, fabulador e igualmente nocivo. Pintor de brocha gorda.

- **El polinomádico** (de nómade). Es el trashumante, el herbívoro que cambia de pastos, el politránsfuga cuya categoría puede concretarse en inscripción partidaria de gitanería temporal y coyuntural; para él “lo único permanente es el cambio”. Su conducta y su mente son camaleónicas, miméticas. Se identifica con el corcho, su constante es la adulonería y la volatilidad. Es infraterno y don Juan: un día para conquistar, otro para poseer y otro para abandonar y olvidar.

- **El politofóbico**. Es el que ingresa a la política de partido o hace “política” en actitud suicida y homicida. Hasta se inmola cometiendo tropelías para desprestigiar a su grupo; es un bonzo de la política. En su intimidad detesta la política, la rechaza, es un antipolítico y escoge la anarquía, el terror, las manos sucias. Su apostolado, si lo tiene, es el de Judas. Se puede prestar al magnicidio.

- **El politofáctico**. No tiene ideales, aunque a veces sigue doctrinas; es el “trabajador manual”, el mandadero, el hombre de acción. Para él valen las frases: “hechos y no palabras”, “mi lenguaje son mis obras”, “no digo, hago”. Con frecuencia es mudo, afásico, aléxico y agráfico. Es el “mándame y obedezco”. Su instrumento es la brocha, el engrudo; es el que reparte desde volantes hasta panetones; no le interesan la ideología, ni el programa, ni los estatutos, y con frecuencia prostituye la doctrina. Para él, el fin justifica los medios. En partidos con *política criminal*, es el ejecutor de torturas, asaltos y matanzas. Actúa “en bien del partido”, no del pueblo ni de la civilización.

- **El politomístico**. Es el fáctico pero en el sufrimiento romántico de la política; está allí porque hay que construir con sufrimiento. Su extremo es

el masoquismo. Cree que la cárcel o la huelga de hambre son imperativos para triunfar. Sus héroes de la mitología griega son Sísifo y Tántalo. Es el sacrificado, el mártir. En realidad disfruta, en algún grado, de la entrega, del sometimiento y hasta de la cárcel o la tortura.

- **El polipuestiboro.** Está en la política para conseguir puestos, para él y los que lo quieren, comenzando con familiares (nepotista) y siguiendo con amigos, vecinos, familiares y parientes de sus amigos. Con frecuencia comercia con los puestos; es un artífice de las influencias y de su tráfico. Es un trapapuestos; no le interesa nada más que conquistar el poder para repartir colocaciones, fundamentalmente en el sector estatal. Es además un lobista consumado.

Estos son algunos de los perfiles de la fauna política. Son los que tienen de distonía el ejercicio partidario; muchos, por supuesto, reúnen varios caracteres de los aquí mencionados: mitómanos, vendedores de cebo de culebra, helmínticos (con perdón de los gusanos), tartufos, yagos, orwelianos, celestinos, maquiavélicos, kafkianos y cuanto apelativo pueda extraerse de las numerosas obras literarias que los han descrito en el curso de la historia. Están también los ravinescos, los esparzazañartus y los montesinescos, para aludir a personajes de la historia peruana, historia en la que también abundan y crecen estos personajillos de la *política criminal*. Pero el peor de todos es el psicópata. Con inteligencia normal o superior, hablador, encaminador, halagador, con frecuencia elegante, encorchetado con oropeles para flotar, experto en magnetizar, vanidoso, prometedor, con fama de sabelotodo y puedelotodo, con un nivel de afectividad hacia los otros reducido a cero, con sentimientos hacia los demás solo para sacar provecho, malévolos, capaz de aplastar sin miramientos e incluso de llegar

a vender a sus seres queridos si fuera necesario, el psicópata es además erotomaniaco, satiriásico, con mentalidad sádica y necrofilica; es el que asciende “caminando entre cadáveres”.

Últimamente, con huachafería de colonialismo lingüístico, ha surgido un nuevo personaje, al que llaman *outsider*. Es alguien que camina marginalmente, a veces bajo la sombra de algún árbol político de envergadura; valido, generalmente forastero, extraño para los grupos políticos, no clasificado, neonato, intruso y desconocido. En el país de los ciegos y de los igualados, con frecuencia el tuerto es rey. Es improvisado, “amateur” en el sentido inglés, desprovisto de cimientos, autodidacta, entrometido y con el concepto de “si otros pueden yo también”. A veces tiene éxito y escala. Es reptante, y podría llegar a configurar el perfil del *politohelmíntico*, vermiano ya señalado. Se ha tragado el cuentazo del “tú si puedes”.

La lista no está cerrada y es válida para los tres sexos: el masculino, el femenino y el intersexuado.

La existencia de este espectro taxonómico me permite subrayar la necesidad urgente, con fines preventivos y de selección electoral, de una evaluación psicopolítica, con profesionales de la psicología humana idóneos, expertos, peritos en la aplicación de pruebas que incluyen el polígrafo detector de mentiras, el examen de inteligencia, afectividad, creatividad, sociabilidad y personalidad, a fin de recoger evidencias de trastornos orgánico-cerebrales, en cuyo caso se exigiría un electroencefalograma, como mínimo, y que se establezcan diagnósticos sindromáticos, diferenciales y etiológicos, que den al elector una mejor y más segura información, de modo que

pueda emitir su voto con proactividad y con mejores posibilidades de llevar al gobierno de los pueblos a gente sana corporal, mental, social y espiritualmente.

Así podríamos tener líderes con capacidades de eficacia, eficiencia, honestidad, honradez, con personalidad sólida, y leales a sus promesas y a los ideales propuestos. De este modo, valiéndonos de la psicología, que evalúa conductas, comportamientos y mente, se podría corregir inclinaciones prejuiciosas y mal informadas, y asegurar un voto racional y mucho mejor evaluado, reflexionado y decidido, con premeditación, alevosía y ventaja, como dicen los abogados.

Los políticos mismos estarían agradecidos de conocerse mejor, y reconocerían la enorme verdad que escribió Miguel de Cervantes en su *Ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, cuando le dice a Sancho: "... has de poner los ojos en quién eres, procurando conocerte a ti mismo, que es el más difícil conocimiento que pueda imaginarse. Del conocerte saldrá el no hincharte como la rana que quiso igualarse con el buey...". Muy bien lo recomiendan P. Accoce y P. Rentchnick en su libro: "Para la mayor seguridad de los pueblos, los jefes de Estado deberían ser sometidos a revisiones clínicas frecuentes, y el médico (y el psicólogo, agrego yo) debería tener la potestad de poder dictaminar, llegado el caso: 'No, señor Presidente, ya no está usted en condiciones de poder seguir gobernando". Y agrego también: los profesionales de la salud deberían estar liberados de la obligación de guardar el secreto profesional cuando se trata de encubrir el diagnóstico de gente con responsabilidad pública de esa tremenda y sagrada magnitud.

■ XIII. EL PUEBLO. LAS MASAS

1. PSICOPATOLOGÍA DE LAS MASAS

Aceptamos que los seres humanos tenemos una herencia etológica de manada, de bandada y de todos esos animales sociales tan antiguos como las hormigas, las termitas o las abejas, entre otros. No es de extrañar, entonces, que la intención genial de Aristóteles (en eso sí lo reconocemos) lo haya hecho hablar del ser humano como “animal político”, esencialmente por lo de *polis* = “ciudad”. En general, nosotros los seres humanos vivimos en grupos, en contacto social, somos seres sociales, y por eso buscamos al otro y a los otros (comprendidos, claro está, los varones, hembras e intersexuales). Y los encontramos en la familia, en la escuela, en la calle, en el club, en las reuniones, en los casinos, en los bares y restaurantes, en los mercados y en las iglesias, en las logias y partidos políticos, entre otros ambientes de socialización. Por eso hay reuniones, misas, discotecas, desfiles, clubes de fans, conciertos y mítines, y un sinnúmero de ambientes de reunión. Así se construye, se hace, la masa. Pero así como hay grupos de animales sociales, existen también individuos que viven solos, que se mueven en su mundo sin contacto con otros, salvo, claro, cuando tienen que aparearse para mantener la especie, y en esas ocasiones, “choque y fuga”, como dicen los muchachones de hoy. Y así también hay seres humanos que buscan la soledad, el aislamiento, como los monjes o los anacoretas, que huyen de los grupos, de la sociedad, en un autismo voluntario. Pero esto no es lo frecuente, y cada vez más es lo excepcional en la vida normal.

Los seres humanos agrupados forman otra instancia, otra órbita de conductas, comportamientos y hasta de mentalidades, diferentes a la personal e individual. Y esas masas son las que construyen los partidos políticos de toda laya, las que rinden culto a la ideología y ejecutan la doctrina; son las que estructuran el tinglado tan buscado y tan caro a los líderes y conductores del rebaño. Porque, como lo dijo Sigmund Freud en su libro *Psicología de las masas*, “la multitud es un dócil rebaño incapaz de vivir sin amo”. Atroz constatación, terrible realidad.

Sigmund Freud no fue, evidentemente, el primero que se ocupó de estudiar a las masas. Mucho antes que él, y mencionados por él, otros autores han escrito artículos y libros sobre la materia. Incluso W. Trotter, escritor inglés, elaboró el concepto de “instinto gregario”, en 1916 (véase Sigmund Freud, *Psicología de las masas*). Trotter afirma que el instinto gregario es innato en el hombre. Así, dice que tal instinto gregario (*gregarioussness*) “es, desde el punto de vista biológico, una analogía y como una extensión de la estructura policelular de los organismos superiores”. Sería, pues, un instinto básico, como el nutritivo, el reproductivo sexual y el de conservación.

Otro de los autores citados por Freud es Gustave Le Bon, autor del libro *Psicología de las multitudes* (Edit. Félix Alcan. Paris, 1921). Escribe Le Bon:

“Ciertas ideas y ciertos sentimientos no surgen ni se transforman en actos, sino en los individuos constituidos en multitud. La masa psicológica es un ser provisional compuesto de elementos heterogéneos, soldados por un

instante. Exactamente como las células de un cuerpo vivo, forman por su reunión un nuevo ser que muestra caracteres muy diferentes de los que cada una de tales células poseen... Este substrato entraña los innumerables residuos ancestrales que constituyen el alma de la raza... Dentro de una multitud, todo sentimiento y todo acto son contagiosos, hasta el punto de que el individuo sacrifica muy fácilmente su interés personal al interés colectivo, aptitud contraria a su naturaleza, y de la que el hombre solo se hace susceptible cuando forma parte de una multitud”.

Y Freud, corroborando estas ideas, agrega: “...detenidas observaciones parecen demostrar que el individuo sumido algún tiempo en el seno de una multitud activa, cae pronto, a consecuencia de los efluvios que de la misma emanan o por cualquier otra causa, aun ignorada, en un estado particular, muy semejante al estado de fascinación del hipnotizado entre las manos de su hipnotizador”. Y volviendo a citar a Le Bon, agrega:

“Por el solo hecho de formar parte de una multitud desciende, pues, el hombre varios escalones en la escala de la civilización. En otras palabras, surgen los instintos gregarios de manada o de bandada. La noción de lo imposible no existe para el individuo que forma parte de una multitud... Lo que la multitud exige de sus héroes es la fuerza e incluso la violencia... En los casos más graves, se conducen más bien como un rebaño de animales salvajes que como una reunión de seres humanos”.

Así, entonces, la persona individual recorta su racionalidad, asfixia su pensamiento crítico, se decortica cerebralmente y, en estricto cumplimiento de la ley de desorganización encefálica propuesta por H. Jackson, sus niveles encefálicos van de lo más organizado a lo menos organizado, de lo complejo a lo simple, de lo intelectual a lo emocional y de lo superior a lo inferior. Otro autor citado por Sigmund Freud, Mac Dougall, dice:

“La masa es sobremanera excitable, impulsiva, apasionada, versátil, inconsecuente, indecisa y, al mismo tiempo, inclinada a llegar en su acción a los mayores extremos, accesible solo a las pasiones violentas y a los sentimientos elementales, extraordinariamente fácil de sugestionar, superficial en sus reflexiones, violenta en sus juicios, capaz de asimilar tan solo los argumentos y conclusiones más simples e imperfectos, fácil de conducir y conmover. Carece de todo sentimiento de responsabilidad y respetabilidad, y se halla siempre pronta a dejarse arrastrar por la conciencia de su fuerza hasta violencias propias de un poder absoluto e irresponsable. Se comporta, pues, como un niño mal educado o como un salvaje apasionado y no vigilado en una situación que no le es familiar.

Así, el autor vuelve a insistir en la comparación de la masa con un rebaño, comparación etológica que ya mencioné en páginas anteriores.

Sigmund Freud introduce un elemento explicativo nuevo, aunque no del todo convincente. Con su férrea creencia en el poder de la libido (“es el

término perteneciente a la teoría de la afectividad. Designamos con él la energía... de los instintos relacionados con todo aquello susceptible de ser comprendido bajo el concepto de amor”), de Eros y de la sexualidad, considera “la hipótesis de que en la esencia del alma colectiva existen también relaciones amorosas (o para emplear una expresión neutra, lazos afectivos).

“Recordemos –dice Freud– que los autores citados hasta ahora no hablan ni una sola palabra de esta cuestión... Nuestra esperanza se apoya en dos ideas. Primeramente, la de que la masa tiene que hallarse mantenida en cohesión por algún poder. ¿Y a qué poder resulta factible atribuir tal función si no es al Eros, que mantiene la cohesión de todo lo existente? En segundo lugar, la de que cuando el individuo englobado en la masa renuncia a lo que le es personal y se deja sugestionar por los otros, experimenta la impresión de que lo hace por sentir en él la necesidad de hallarse de acuerdo con los demás y no en oposición a ellos; es por ‘amor a los demás’”.

Esta interpretación, a mi juicio ingenua, del creador del psicoanálisis, deja de lado los intereses personales, a veces canalleros de los miembros de la masa, que, aprovechando del grupo, utiliza a la multitud y delinque y hace delinquir a los demás. ¿De qué “amor” hablamos entonces? Considero que las masas son una buena ocasión para *camaleonizar* pero también para hacer del flautista de Hamelín y empujar a la gente al despeñadero. La presencia del dirigente, del jefe, del líder, constituye un elemento fundamental en las

conductas y comportamientos de las masas. Como dice Freud, “el hombre más que un animal gregario es un ‘animal de horda’”.

Y si ese jefe es un delincuente, y si ese grupo, esa masa, ha incorporado en su mente una ideología delictiva, esa multitud es criminal. Eso lo vio bien, muy bien, un general de la Policía Nacional del Perú durante los tumultos en Moquegua, en junio de 2008, y que por actuar racionalmente lo echaron de su institución. Bello ejemplo de *política criminal* en ambos lados: en la masa enardecida y en los gobernantes enceguecidos.

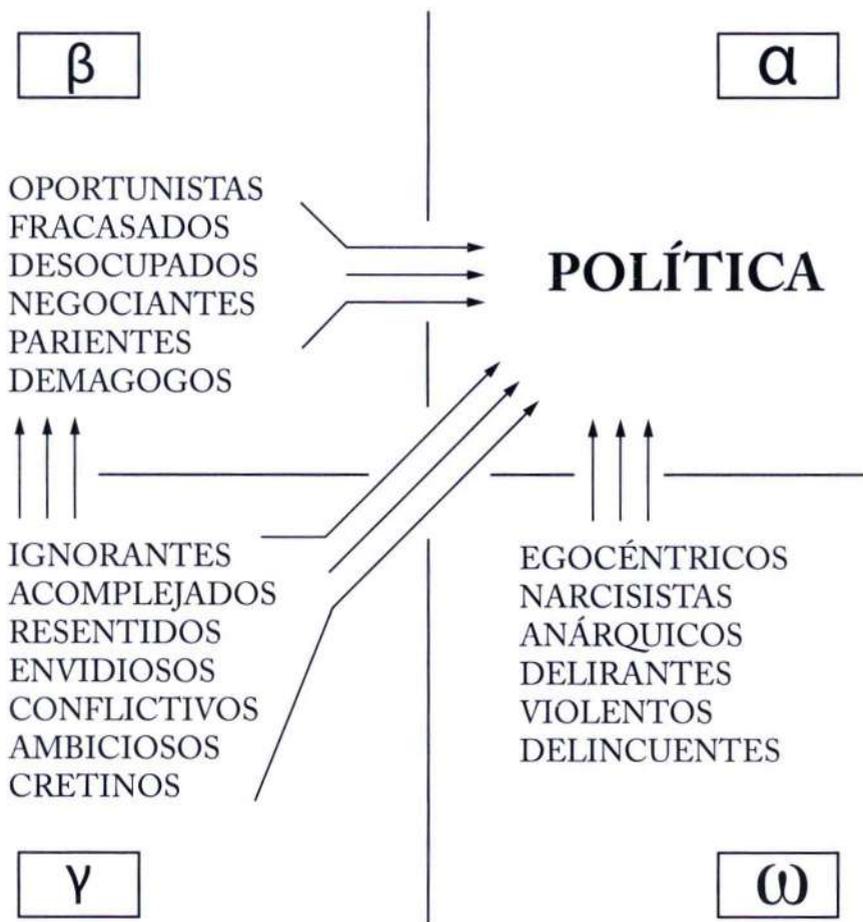
2. DINÁMICA CARTESIANA DE LA POLÍTICA CRIMINAL

De la masa, del pueblo, de la comunidad, de la ciudadanía, surgen los “políticos” que aspiran a ser gobernantes. Todos tienen el “derecho” y casi todos se sienten en la obligación de conquistar el poder político. La Constitución Política de la República les abre las puertas, les da el pasaporte, el salvoconducto, les permite el ingreso y sus artículos los motivan, promueven y estimulan para participar en una carrera que en sus tramos finales se torna desbocada, violenta, anéctica, necrofilica. Los puntos de procedencia de estos corredores con entrañas y combustible de *política criminal* son diversos. Las valencias de cada uno de ellos son, igualmente, variadas. Pero el punto de llegada, la meta ambicionada, el referente soñado es el mismo. Y cuando lo alcanzan, se juntan en una ensalada que un periodista arequipeño calificó como “pozo séptico”, refiriéndose a una instancia, la del Congreso de la República. Lamentable y desgraciado para el buen político, el auténtico, el idóneo, ese al que consideramos una especie en extinción, pero que aún existe y al que hay que cuidar, rescatar y promover, antes de que sea demasiado tarde, porque, además, lo patológico es contagiante, avasallador, aplastante, mimetizador, conformista, adaptante y asfixiante, con su referente de “mal de muchos, consuelo de ...”.

En un intento de graficar a esta jauría, con perdón de los inimputables por patología mental, presento el esquema que sigue, al que he calificado de **Dinámica Cartesiana de la política criminal** y que tiene sus cuadrantes abiertos para seguir colocando a los nuevos por llegar. Es, pues, un esquema

como ese que Dimitri Mendeleiev construyó para la clasificación periódica de los elementos químicos, y que deja espacios para ser ocupados a medida que el esfuerzo diagnóstico establezca nuevos perfiles nosológicos. He aquí ese esquema:

Dinámica cartesiana de la política criminal



Julio Soderini, mencionado en páginas anteriores, nació en 1473 y falleció en 1536. Fue, pues, contemporáneo de Maquiavelo, de quien llegó a ser su amigo, confidente y opositor ocasional. Como él, ocupó cargos políticos muy importantes en la Florencia renacentista. Retirado del poder político, escribió varios manuscritos que tuvieron como eje central el análisis de la política y de los políticos, en especial referentes a las ideas y prácticas de Nicolás Maquiavelo. Varios de esos manuscritos han sido publicados por la editorial argentina Distal con el título de *Maquiavelo. Las técnicas del poder*, y con el subtítulo de *Cómo aniquilar a la competencia*. En una de las páginas de ese libro ha quedado impresa una de las descripciones más bellas y acertadas de la *política criminal*:

“Antes, durante y después de Maquiavelo, no solamente el tirano, no solamente el dictador, sino también todo político en general, y el demagogo especialmente, tenía que ser un gran disimulador, un talento en apariencia, un penetrante conocedor de la oportunidad, un virtuoso aprovechador de todas las debilidades, un calculador de todas las fallas de memoria, un fustigador de las vanidades, un hábil juglar con los idealistas, un amante de astucias y un adorador de la fuerza”.

Afirma Soderini que esto es y será siempre así: “Antes, durante y después de Maquiavelo”. Su predicción se confirma cotidianamente en el siglo XXI, casi cinco siglos después de su muerte. Pero la mancha de aceite se ha extendido a casi todas las instituciones de nuestro país, y con seguridad a las de muchos otros. Se han contaminado los empresarios,

los profesionales universitarios, los militares, los sacerdotes, los pastores evangélicos, los artistas, los dirigentes deportivos y cuantos participantes en actividades sociales aspiren a tener poder y a dominar, a ser cabeza de algo o a liderar negativamente a sus seguidores. Las instituciones se han politizado y se han contaminado de la *política criminal*.

Alguien me afirmó un día: “A la cabeza de la mala fe están los políticos, después vienen los sacerdotes (los curas), luego los abogados, siguen los médicos, los periodistas, los charlatanes, los curanderos, los empresarios”. Creo, no estoy seguro, que quien afirmó esto era un empresario... político.

3. LAS RELIGIONES Y LA POLÍTICA CRIMINAL

Se afirma que existen alrededor de tres mil religiones en el mundo y que siete de ellas tienen millones de seguidores, por lo que se las considera como “grandes”. El término se lo reparten el islamismo, el cristianismo (incluyendo a católicos y evangélicos, anglicanos y ortodoxos), el budismo, el hinduismo, el judaísmo, el confucianismo y el sintoísmo. Todas afirman tener un dios o varios, querer la paz en la Tierra, salvar a los seres humanos, ofrecerles la salvación eterna, ayudarlos a transitar en este valle de lágrimas, conquistar la fraternidad (en varias de estas agrupaciones religiosas se hacen llamar “hermanos”) y, en fin, lograr el equilibrio interno, sinónimo de felicidad. Y en el intento competitivo por lograr adeptos, seguidores, rebaño, se enfrentan, se destrozan, se descuartizan, utilizando mecanismos de *política criminal*.

Los libros llamados sagrados, que son las cartas de navegación de los creyentes, son las evidencias de los instrumentos maniqueos y enajenantes de las religiones. La afirmación de que hay “un solo dios verdadero” —que es, naturalmente, el de esa religión— es una demostración de intolerancia y fundamentalismo. Las acusaciones contra la mujer (recuérdese expresiones como: “Ligera es toda maldad comparada con la maldad de la mujer; caiga sobre ella la suerte de los pecadores”; “Por la mujer tuvo principio el pecado y por ella morimos todos”; “Parirás con dolor”), las acusaciones contra el hombre (“Por haber escuchado a tu mujer, comiendo del árbol de que te prohibí comer, diciéndote no comas de él, por ti será maldita la Tierra”; “Trabajarás con el sudor de tu frente”), las órdenes compulsivas de oración, obediencia, ayuno, modestia, sacrificio y hasta martirologio, así como las

acusaciones a los herejes, a los idólatras, a los ateos y a cuanto disidente se cruzara en el camino, son otras demostraciones de intolerancia y fanatismo criminales que han llevado y llevan a enfrentamientos personales y grupales que han terminado en guerras entre países que han durado y duran años de años, con miles y hasta millones de víctimas enajenadas.

El colonialismo invasivo para conquistar tierras y almas con el pretexto religioso de la salvación es otro ejemplo ancestral de *política criminal*. Los castigos inquisitoriales, las persecuciones y las torturas han dejado sangre, sudor, lágrimas, dolor y vidas de millones de seres humanos en salas de interrogatorios, en celdas de reclusión, en cadalsos y en mortuorios, víctimas de la intolerancia religiosa. Como dice Carlos Velaochaga en su libro *Psicología y religión*:

“...es una peculiaridad del cristianismo el hecho de contener una orden de propagar el mensaje y convertir a todas las naciones. Ninguna otra religión se siente en la obligación de asimilar a otros a su modo de ver el mundo. Es cierto que el Islam destruye ídolos donde los encuentra, pero no obliga a incorporarse a la religión de Mahoma. Por supuesto que es conveniente ser musulmán en países de mayoría musulmana, como ocurría en la España del siglo X, pero jamás se hizo obligatorio, como la haría el cristianismo después del siglo XV”.

Sí, claro, puede ser, pero en cuanto usted discute sus creencias, pone en duda sus dogmas, ataca su fundamentalismo; entonces, no se quede donde

está, porque el trueno y el rayo de la ira caerá sobre usted. Si no, que lo diga Salman Rushdie, el autor de *Los versos satánicos*.

Otra actividad que atenta contra la libertad, de manipulación precoz, es esa práctica descerebrante de imponer a los niños, desde que nacen, el sello de una religión. Son técnicas que marcan a fuego, en surcos, cisuras y lóbulos cerebrales, la impronta religiosa, el troquelado dogmático, el sello indeleble de la creencia, del prejuicio, del dogma. Ninguna norma, ningún código, ningún tratado que proteja a la niñez de la enajenación y de la trata ideológica son respetados. Cuanto antes mejor, y sea con la cruz y la espada, con el agua bendita y el incienso, con la hostia y la oración, los niños sucumben a la manipulación, y con los padres como celebrantes, ingresan a engrosar el rebaño, sin posibilidades de salvación racional.

Hay países que han institucionalizado una religión oficial, y con ello permiten un atroz negocio educativo con el pretexto de establecer una moral salvadora del pecado. La educación en manos de esta gente es un atentado a la libertad creadora y racional, además de constituir un ejemplo indiscutible de la aplicación de políticas educativas criminales. Alimenta fanatismos desde la más temprana edad y explica la enorme, gigantesca y monstruosa mentalidad bélica de personas, grupos y países que se enfrentan en luchas genocidas, como las que se ven aún entre católicos y protestantes en Irlanda del Norte, entre cristianos y musulmanes en las regiones de la ex Yugoslavia, entre hindúes y musulmanes en India y Pakistán, entre shiitas y sunitas en Irak e Irán, entre judíos y musulmanes en Israel y Palestina, entre otras. El polémico escritor inglés Richard Dawkins ha denunciado estas realidades en varias de sus obras, básicamente en *The God Delusion* (Bantam Press, Londres, 2006). En otro de sus libros, *El capellán*

del Diablo, Dawkins analiza en profundidad el concepto de “meme”. Al referirse al libro de Susan Blackmore, *La máquina de los memes*, dice:

“Por mucho tiempo he sentido una atracción científica y una repulsión humana por la idea de que pueda existir información con capacidad de autorreplicarse y soltar, de modo infeccioso, de mente en mente, lo que ahora conocemos como virus informáticos. Ya sea que utilicemos o no el nombre de ‘meme’ para estos virus mentales, es necesario que tomemos esta teoría en serio. ...Siempre he pensado que las religiones proveen los mejores ejemplos de memes y complejos de memes, ‘memeplejos’. La razón por la cual la religión organizada merece la hostilidad sin tapujos es que... esta es poderosa e influyente, está libre de impuestos y es transmitida sistemáticamente a niños demasiado pequeños para defenderse...

Una hermosa pequeña de seis años cercana a mí, la niña de los ojos de su padre, cree que Tomás, el trencito (personaje de dibujos animados) realmente existe. Cree en Papá Noel y su ambición es ser un hada madrina cuando sea grande, ella y sus amigas de la escuela. Cree en las solemnes palabras de adultos respetables que afirman que las hadas y Papá Noel realmente existen. Esta pequeña tiene edad para creerse cualquier cosa que se le diga. Si se le dice que las brujas transforman en ramas a los príncipes, lo

creerá. Si se le dice que los niños malos se cocinan para siempre en el infierno, tendrá pesadillas. Acabo de descubrir que, sin el consentimiento de su padre, se envía a esta dulce, confiada y crédula niña de seis años a catecismo semanal con una monja católica. ¿Qué posibilidades tiene?

Una niña humana es moldeada por la evolución para sumergirse en la cultura de su pueblo... Cuando se está programado para absorber información útil a un ritmo elevado, es difícil excluir al mismo tiempo la información perjudicial o dañina. Con tantos bytes mentales para ser “descargados”, tantos cordones mentales para ser duplicados, no es sorprendente que los cerebros de los niños sean crédulos, estén abiertos a casi cualquier tipo de sugestión, sean vulnerables a la subversión y sean fácil presa de *moonies*, científicos y monjas. Como si fuesen pacientes con deficiencias inmunológicas, los niños son vulnerables a infecciones mentales que los adultos podrían repeler sin esfuerzo... Es un factor revelador que en todo el mundo la vasta mayoría de niños siga la religión de sus padres en lugar de cualquier otra religión disponible. Las instrucciones para persignarse, inclinarse hacia la Meca, asentir con la cabeza hacia la pared en forma rítmica, sacudirse como un maniático, “hablar en lenguas” –la lista de tales arbitrarios patrones motores sin sentido, ofrecida por la religión, es amplia– se

obedecen, si bien no como si se tratase de esclavos, al menos con cierta elevada probabilidad estadística”.

A todos estos comportamientos, a todas estas conductas, a todas estas marcas mentales indelebles se les ha asignado el nombre de “memes” – semejante a “genes”–, neologismo que podría tener su raíz en el término francés *meme*, que significa “lo mismo, idéntico, igual”. A partir del término “meme”, se ha creado la extensión “memetismo”, próximo a “mimetismo”. Ha surgido, pues, una nueva cultura, la mimética, altamente enajenante, polucionadora y criminal.

4. LOS “PSICOSOCIALES”. EL RUMOR, EL CHISME Y LA ESTADÍSTICA

La *política criminal* utiliza instrumentos de combate como medios que justifican el fin: el asalto al poder. Desde siempre, la política se ha contaminado de conductas, comportamientos y mentalidades sesgadas, inmorales, anéticas, delictivas, ilícitas. Pero estos instrumentos de avasallamiento que confirman la afirmación de que los políticos caminan entre y sobre cadáveres han ido aumentando y han logrado desplazar a las artes y a las técnicas del buen gobierno y de lo que en deportes aun se suele llamar el *fair play*, es decir, el respeto a normas, el reconocimiento del rival en su superioridad y el combate limpio, honesto y pulcro. La política se ha ido criminalizando en base a estos caminos tortuosos, maledicentes, violentos, asquerosos, putrefactos y delictivos. Y la sociedad se ha complicado venalmente y hasta cínicamente con la cochinado. La filosofía de las moscas ha vuelto a imperar: comer basura porque cien mil millones de moscas lo recomiendan. Y han surgido expertos, especialistas en la elaboración, en la difusión y en la imposición de esa basura. Lamentablemente, se han escogido a psicólogos, a psiquiatras, a sociólogos, a publicistas y a cuanto estudioso de la mente, de las conductas y comportamientos de individuos, de personas y de masas se encuentre en el camino de la manipulación y de la enajenación. La famosa frase nazi de “Miente, miente, que algo quedará” se ha entronizado en las campañas políticas, y la mentira, el chisme, el rumor y la difamación han sido utilizados, sutil o declaradamente, subliminal, connotada o abierta y denotadamente. Así, el rumor y el chisme se utilizan con una frecuencia inaudita en *política criminal*. Ambas son propuestas verbales, orales o gráficas, escritas o caricaturales, que se pasan de persona a persona, de grupos a multitudes, sin medios probatorios seguros para ser

demostrados. A medida que rumor y chisme circulan y se propagan, se van engrosando, engordando; lo que al inicio fueron detalles o sutilezas, al final, agregando ambigüedades, resultan no solo cambiados, sino que la carga desinformativa es de tal envergadura, que no es nada fácil desmontar una mentira de la que nadie se cree ya culpable ni quiere ser autor. El “lo sé de buena fuente” pasa a ser “lo sé”, “así es”, “lo vi”, y el “me dijeron” se transforma en “creo que”, “me consta”.

El Diccionario de la Real Academia Española de la Lengua afirma que rumor es “voz que corre entre el vulgo”, y que chisme es “murmuración, hablilla, habladuría, charla impertinente; mentira que corre en el vulgo”. Yo creo que entre los dos hay una pequeña y sutil diferencia, aunque ambos son conceptos de la misma categoría en diferentes valencias. El rumor es, creo, menos malévolo que el chisme, pues su falsedad resulta más fácilmente demostrable; siempre es una duda, su contenido es “parece que...”, donde ese “parece” le da la posibilidad de “no ser”. El chisme, en cambio, es más destructor; su disfraz es: “sé de buena fuente”, “creo que”, expresiones que lo convierten en una casi afirmación, con lo que la siembra es menos anónima. El paso siguiente es la difamación honda y oronda. Todos estos instrumentos de competencia e infraternidad llenan el vacío de la necesidad casi instintiva de “saber”, de “conocer” los “cómo”, los “porqué”, los “cuándo”, los “dónde”, los “quién”, etcétera. Esto aproxima el chisme al mito, al prejuicio, al pensamiento primitivo y precategórico de las tribus y pueblos salvajes. G. Wallport y L. Postman han escrito un libro sobre el rumor, y en él afirman:

“Los rumores suelen descargar la tensión emocional inmediata al proveer una salida verbal capaz de

traer alivio; ellos protegen, a menudo, y justifican la existencia de estos estados de ánimo, los cuales, encarados de frente, podrían resultar inaceptables... y al mismo tiempo contribuyen a veces a conferir una más amplia interpretación de los aspectos intrincados del mundo circundante, y juegan así una parte importante en el esfuerzo intelectual enderezado a tornar inteligible el ambiente en que vivimos... Si la especie que oímos nos proporciona una interpretación caprichosa de la realidad que sea agradable para nuestra vida secreta, nos inclinamos a crearla y trasmitirla... Al referirse un chisme, está uno momentáneamente en posición de dominio frente a las circunstancias. Un placer de esta índole puede incluso resultar irrenunciable para individuos cuya vida carece de color y variedad”.

Como dijo Mahoma en el Corán: “La mentira está en el corazón del hombre”.

En medio del caos y la incomunicación, la verdad se ha asfixiado y hasta ha muerto. El objetivo vericida encumbra a los políticos en su asalto al poder. Se ha construido la *pseudología política*, es decir, el arte de la mentira, la técnica de hacer creer al pueblo falsedades con un propósito aparentemente benigno, pero en realidad mendaz. En mis lecturas encontré la referencia a un ensayo atribuido a Jonathan Swift, escrito en 1773, con el título de *L'Art du mensonge politique* (*El arte de la mentira política*), lo que me hace afirmar que el asunto no es tan nuevo, que los políticos siempre abusaron de

la mentira, y que progresivamente se fue construyendo, bajo las narices de los moralistas, de los bioéticos y de los axiólogos, una sociedad política de mentirosos que fue desplazando y matando a la verdad. Así se edificó una mentira totalitaria tanto en la política de derecha como en la de centro y en la de izquierda, y la virtud desfalleció hasta casi morir. Baltasar Gracián, jesuita y literato español que vivió entre 1601 y 1658, autor de los tratados de carácter moral *El héroe*, *El discreto*, *El político don Fernando*, y de la novela alegórica *El criticón*, afirmó que “la ciencia que más se usa es el arte de mentir, de disimular” (*El hombre de la corte*). La serpiente del paraíso terrenal es una alegoría bíblica de la antigüedad de esta astucia malévola. No en vano, entonces, George Orwell puso en su novela *Rebelión en la granja* el “Ministerio de la Verdad”, que finalmente se dedicó a construir mentiras, pseudoverdades, mitos y leyendas manipuladoras, más que a establecer ese valor ético que cultiva la verdad y cuyo objetivo era salvar al individuo, matando a su persona. La mentira evolucionó con las monarquías, con las democracias y con cualquier otra forma de gobierno. La mentira utilizó la calumnia, la difamación. Expresiones y afirmaciones como “es ateo”, “es un acosador”, “es un homosexual”, “es un violador”, “es un acosador”, “es un homicida”, “es un terrorista”, “es un bastardo”, “es un explotador”, etcétera, fueron puñales que bloquearon el ascenso y la marcha del competidor. La mentira se hizo sumatoria: lo que hacía uno de malo se extendía al grupo, se adicionó a los demás; la mentira se hizo globo de ensayo; se hizo la prueba de ella para ver qué resultaba, se la difundió para evaluar resultados y, además, se calendarizó la pseudología: unas mentiras para esta época, estas para más adelante, aquellas para la proximidad electoral, y otras para la campaña final. Y el consumidor de mentiras, el pueblo, víctima, se acostumbró a estas tácticas y hasta llegó a gustar, a disfrutar de ellas; dejó de reflexionar, de analizar, de interpretar. Sófocles tenía

razón: “La existencia más placentera consiste en no reflexionar nada”. El ciudadano común y corriente perdió la capacidad dialéctica de diferenciar la autoridad del poder, la verdad de la mentira, la paja del grano, el humo del fuego. Sería bueno y oportuno, creo, recordar a Erasmo de Rotterdam. Erasmo Gerardo nació en Rotterdam, en 1467, y murió en Basilea, en 1536. Huérfano de padre y madre, en la adolescencia adoptó el nombre grecolatino de Desiderio Erasmo. Filólogo, teólogo y escritor, dedicó una de sus obras maestras a Tomás Moro, el autor de *Utopía*, canciller de Inglaterra en tiempos de Enrique VIII y condenado a muerte por no haber querido reconocer la autoridad espiritual del Rey. Erasmo le dedica su libro *Morias enkomion*, que significa encomio de la estulticia (*moria* = “estulticia” en griego, es decir, necedad, estupidez, sandez). La obra ha sido traducida y difundida por las editoriales de lengua española como *Elogio de la locura*, perdiéndose así la substancia de los términos *stultitia* (latín) y *moria* (griego). Una frase resume el objetivo de la obra: “Las apariencias de los sabios que se pasean como monas revestidas de púrpura o asnos con piel de león”.

Habla la Estulticia:

“...me criaron a sus pechos dos graciosísimas ninfas, la Ebriedad, hija de Baco, y la Ignorancia, hija de Pau, a las cuales podéis ver entre mis acompañantes y seguidores... Esta que veis con las cejas arrogantemente erguidas es el Amor Propio; allí está la Adulación, con ojos risueños y manos aplaudidoras. Esta que veis en duermevela y que aparece soñolienta es el Olvido. Ésta, apoyada en los codos y cruzada

de manos, se llama Pereza. Ésta, coronada de rosas y ungida de perfumes de pies a cabeza, es la Voluptuosidad. Ésta, de ojos torpes y extraviados de un lado para el otro, es la Demencia. Esta otra, de nítido cutis y cuerpo bellamente modelado, es la Molicie... Veis también dos dioses, mezclados con esas doncellas, de los cuales a uno llaman Como, y al otro Sublime Modorra. Con los fieles auxilios de esta familia, todos permanecen bajo mi potestad y ejerzo autoridad incluso sobre las autoridades...

...según la definición de los estoicos, si la sabiduría no es sino guiarse por la razón, por el contrario, la estulticia es dejarse llevar por el arbitrio de las pasiones. Júpiter, para que la vida humana no fuese irremediamente triste y severa, nos dio más inclinación a las pasiones que a la razón, en tanta medida como la que difiere media onza de una libra. Además, relegó a la razón a un angosto rincón de la cabeza, mientras dejaba el resto del cuerpo al imperio de los desórdenes y de dos tiranos violentísimos y contrarios: la ira, que domina en el castillo de las entrañas y hasta en el corazón, fuente de la vida, y la concupiscencia, que ejerce dilatado imperio hasta lo más bajo del pubis...

Añadiré, en fin, que sin mí no habría ni sociedad, ni relaciones agradables y sólidas, ni el pueblo

soportaría largo tiempo al príncipe, ni el amo al criado, ni la doncella a su señora, ni el maestro al discípulo, ni el amigo al amigo, ni la esposa al marido, ni el arrendador al arrendatario, ni el camarada al camarada, ni los comensales entre ellos, de no estar entre sí engañándose unas veces, adulándose otras, condescendiendo sabiamente entre ellos, o untándose recíprocamente con la miel de la estulticia”.

Así pues, los gobernantes, los políticos, el pueblo, los partidos políticos, los ciudadanos, la masa, viven, subsisten, se acomodan, se amodorrán, se soportan, se mueven, se anulan, se controlan gracias a la estulticia de unos y otros, mientras esa partícula, esa media onza de razón no esté alerta, atenta, vigilante para acreditar al proverbio chino que afirma que más vale una chispa que maldecir la obscuridad.

5. LA CORRUPCIÓN Y LA TOLERANCIA

La *corrupción* es una palabra que involucra varios conceptos. En el Perú, como ocurre con otros términos, se ha estrechado el significado hasta casi encajonarlo en el significado de prostitución monetaria. Para muchos, es corrupto quien recibe coimas, quien vende servicios, quien alquila influencias, quien hace algo infringiendo la norma, adulterando un procedimiento, acelerando un trámite, realizando una gestión, a cambio de dinero. Pero corrupción no es solo eso, es también alteración, falsificación, seducción, cohecho, soborno con regalos, promesas, mujeres, malas costumbres, putrefacción, abuso, vicio, y hasta contagio (“mal de muchos...”). Así, entonces, corrupción es también mentira, impuntualidad, engaño, estafa, nepotismo, y, como afirma el diccionario, “en las organizaciones, especialmente en las públicas, es una práctica consistente en la utilización de las funciones y medios de aquéllas en provecho, económico o de otra índole, de sus gestores”. Es corrupción la anomia, la violencia, la violación de documentos privados, la injerencia en la vida íntima y privada, la difamación, el chisme, la limitación o recorte de las libertades y de los derechos humanos, la prostitución de la moral, de la ética, de la deontología.

Según estos criterios, la corrupción es una constante en el ejercicio de la *política criminal*. Como lo he afirmado en páginas anteriores, la política ha degenerado sus fundamentos, y los políticos han renegado de esos objetivos nobles para los que fueron creados los principios del buen gobierno y de la práctica de gobierno de los pueblos. El asalto del poder político ha utilizado meandros, atajos, instrumentos innobles, anéticos, psicopáticos, que han

llegado a ser constantes y casi obligatorios y justificables en sociedades que se han acostumbrado, que se han acomodado y habituado a estas conductas, comportamientos y mentalidades de individuos, sinarquías, partidos y agrupaciones delincuenciales. Es bueno agregar que la quinta acepción de nuestro diccionario para la palabra *corrupción* es “diarrea”, es decir, un producto extraído de la posición terminal del intestino grueso, además de hacer referencia a la actividad aplicada a menores de edad o a discapacitados “consistente en promover o favorecer la prostitución y su utilización en actividades pornográficas o su participación en actos sexuales que perjudiquen el desarrollo de su personalidad”.

La corrupción se ha infiltrado en todas las instituciones. Una de esas instancias son los medios de comunicación –entre estos la televisión–, que se han transformado en soldados necrofilicos de generales sinárquicos, en su mayoría invisibles.

Alguna vez hice un comentario radial que dice lo siguiente:

“Una encuesta de esas compañías e instituciones que preguntan sobre el gusto de la gente ha informado que el programa de televisión que más goza de la preferencia de la gente es un bodrio carroñero que mete sus narices en la intimidad de la vida de la gente, en especial de políticos, de profesionales del deporte, de la farándula, de los medios de comunicación y de cuanto hombre y mujer públicos existe en nuestro país. La encuesta demuestra que, por lo menos en Lima, ese programa televisivo es visto por miles y tal

vez millones de personas que se refocilan, que gozan del rumor, del chisme, de la difamación y de cuanta pus existe en la vida íntima de los llamados personajes peruanos que tienen fama y poder en el Perú. Esa noticia me ha producido náuseas. Les confieso, con el respeto por el gusto de la gente, que ese resultado me ha decepcionado hasta el vómito. Y me pregunto, ¿cómo es posible que el buen gusto de por lo menos los limeños haya descendido a tal nivel de indignidad? ¿Acaso la televisión peruana se ha puesto al servicio de la estulticia, es decir, de la tontería, de la torpeza, de la chabacanería y de la estupidez? He afirmado, más de una vez, que la televisión puede ser un bisturí que sirve para extirpar un tumor, un absceso purulento o una patología y que salva una vida, o puede ser un cuchillo, una daga que mata y termina una vida. Pues bien, esta encuesta nos demuestra que la preferencia de mucha gente se ha inclinado por el puñal*. Desde los tiempos de Augusto Ferrando, se viene construyendo la necrofilia televisiva, es decir, se viene promoviendo la filosofía de las moscas, que dice que hay que comer basura porque millones de moscas lo recomiendan. Y ahí está el resultado de eso: hay que dar lo que le gusta a la gente. Los pocos, poquísimos programas

* A fines del año 2008, una encuesta de la Universidad Católica demostró que la mayoría de encuestados consideró a la conductora de ese programa televisivo como "personaje del año", mientras purgaba una condena judicial en el penal Santa Mónica.

culturales, esos que favorecen el desarrollo mental de los peruanos, están desapareciendo y van a morir porque los dueños, los productores y los conductores de programas televisivos están descerebrando al buen gusto y a la madurez intelectual de los ciudadanos, y progresivamente van teniendo prioridad los mensajes estupidizantes. Tienen éxito los programas carroñeros, los que solo entretienen chabacanamente y promueven la mediocridad y el enmierdamiento de la salud mental, social y espiritual. Es lo mismo que aconsejar comer cochinado y anular la reflexión, el análisis y el cuestionamiento de lo indigno. La televisión ha surgido para resolver los problemas de la vida, para desarrollarnos y progresar en la evolución, no para hundirnos en la cloaca. Instituciones como los ministerios de Educación, de Salud, Indecopi, la Defensoría del Pueblo, el Instituto Nacional de Cultura, entre otros, debieran tomar el resultado de esa encuesta como un reto para impedir la conspiración de los idiotas o la conjura de los necios”.

Así pues, *alea –jacta est*, la suerte está echada. Lo grave es que hasta la palabra, el lenguaje, están corrompidos. En su libro *César y Cleopatra*, el autor Philipp Vandenberg, refiriéndose a César, afirma que éste, al inicio de su carrera hacia la cumbre, no sabía nada de nada, y que “lo único que había aprendido era a hablar: sería político, la profesión ideal”. Y se impuso gracias al encantamiento demagógico, cuya médula es la mentira, la falsedad, y su disfraz corrompido fue la promesa. “El

principio del mal reside precisamente en la promesa, en ese gesto que lanza por delante un telos de la comunidad cuyos fragmentos se precipitan como piedras mortíferas... producción que el siglo enloquecido confundiera con el gesto homicida de la promesa... ya que la promesa vuelve impotente o demencial al poder". (Jacques Rancière: *En los bordes de lo político.*)

Lo lamentable es que los ciudadanos llegan a adquirir una tolerancia patológica para la corrupción. Una novela notable denuncia este lamentable estado. Su título es tremendamente alusivo: *La conspiración de los idiotas*. Su autor, un médico psiquiatra y literato argentino, Marcos Aguinis. Dice: "El mundo está lleno de esas alimañas que circulan gracias a la miopía de los hombres. La miopía provocada por una compasión maricona. El mundo se aferra con ceguera a ideas absurdas. Cuando madura la evidencia, sin llegar a rectificar los errores, castiga a quien pregona las evidencias. La credulidad induce a prosternarse ante la mentira, la pereza, a seguir prosternado".

Aguinis critica severamente la tolerancia patológica a aceptar disciplina, orden, silencio y respeto por las jerarquías, sin chistar, sin cuestionar, sin protestar, sin ni siquiera comentar lo ordenado, en especial en instituciones como las fuerzas armadas o las iglesias de cualquier religión. El autor de *La conspiración de los idiotas* escribe: "Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos será el reino de los cielos... ¿Quiénes son los pobres de espíritu?... Pensé que, de acuerdo a mi razonamiento, un buen cristiano que anhela entrar en el reino de Dios debería preferir nacer profundamente imbécil... La Iglesia venera a santos cuya virtud fue haber sido olímpicamente retardados".

Aplicados estos conceptos a la política, y habitualmente a la política peruana, subrayo lo que escribió Carlos Miró Quesada Laos en su interesante análisis *Radiografía de la política peruana*:

“Los constantes olvidos del Perú son su tragedia. Porque el Perú olvida es por lo que pueden volver los pícaros y porque no pueden regresar quienes le prestaron servicios. La amnesia colectiva es una de las causas de sus infortunios... Hace falta la sanción. País sin memoria, permitimos que quienes ayer delinquieron vuelvan hoy a los cargos públicos. Nos olvidamos con facilidad, y de allí que puedan prosperar desde el funcionario que ha aprovechado con todos los gobiernos hasta la cínica consigna electoral, como aquella célebre de ‘Pueblo: tú lo conoces, vota por él’”.

Entre la tolerancia extrema y patológica y la amnesia se acuesta la *política criminal*. El acostumbramiento, la mimetización, la abulia, la adaptación y el conformismo son ríos en los que pescan los políticos criminales. Nadie puede dudar de la importancia de la tolerancia, pero llevada al extremo resulta tan nociva como la intolerancia misma. De ninguna manera se puede tolerar la corrupción. La frase “mal de muchos, consuelo de tontos” es elogiada y promocionable. Como escribe Wole Soyinka, dramaturgo nigeriano, premio Nobel de literatura en 1986: “La apuesta inteligente no es la del silencio, sino la de demostrar la impostura... Mientras el mundo se apresta a ensartarte vivo en el asador, ¿qué es lo que haces tú? ¡Te untas con aceite y te acurrucas junto al fuego abrasador, quejándote de que sientes frío!”. El afán de vivir en sociedad ha hecho que los seres humanos soporten indignidades. Su

“insociable sociabilidad”, como decía Kant, debe mantenerlos con la alerta y la vigilancia bien en alto para no permitir que el exceso de tolerancia no los haga buscar y hasta amar al diablo o a la noche de la razón. Si en un extremo está el instinto o la pulsión de la intolerancia, ese gen de herencia archimnésica, transmitida etológicamente, no se debe permitir que el “meme” cultural de la tolerancia asfixie la protesta, la reflexión, el cuestionamiento. Si la tolerancia es un logro educativo, un “pacto de consuno motivado por el conflicto de vivir juntos” (Paul Ricoeur), la intolerancia frente a la política criminal debe seguir vital para evitar el abuso de los políticos profesionales delincuentes. Creo que Mohamed Talbi, profesor universitario de Túnez, historiador y miembro de la Academia Universal de las Culturas, tiene razón al afirmar que “la tolerancia se define, en primer lugar, como una resignación consensual que puede ser provisora, ante un mal que solo se podría erradicar al precio de un mal mucho mayor. En el mejor de los casos, se trata de una generosa y desdeñosa indulgencia, reservándonos siempre el derecho de rehusarla o revocarla a voluntad. La tolerancia es, por tanto, frágil e indefinible, lo que mueve a proponer que se la sustituya por el concepto de respeto”.

El juramento de un congresista de la República, que ya anotamos en las primeras páginas de este libro (“Juro por Dios y por la plata”), es el lema de la corrupción y debe ser el epitafio de los sinvergüenzas. Al lado de él, se colocan los tránsfugas, los traidores, los nepotistas, las que lucen las nalgas para ganar votos, los que se encierran en prostíbulos con prostitutas, los que consumen drogas prohibidas, los que aumentan los precios de los alimentos que deben entregarse a los pobres o a las víctimas de catástrofes naturales, los que firman documentos falsos para conseguir dinero, los que se venden al dictador de turno, los que prostituyen su puesto o su voto en asalto de un poder artificial, en fin, los mentirosos, falsarios, vendepatria, cínicos, estafadores, psicópatas.

■ XIV. IDEOLOGÍAS, DOCTRINAS Y POLÍTICA CRIMINAL

Autocracias - Monarquías - Teocracias

Oligocracias - Fascismos - Sinarquías

Imperialismos - Socialismos - Comunismo

Capitalismo - Liberalismo - Isocracias

Democracia - Humanismo - Utopías

La historia nos ilustra y nos enrostra, al mismo tiempo, sobre la existencia de numerosas ideologías políticas y religiosas que han tenido en sus manos el poder de gobernar. La visión general no creo que sea del todo positiva a pesar de los millones de páginas de libros, revistas, boletines y panfletos, y de los millones de discursos que han intentando justificar tal o cual teoría, ideología o doctrina. Los políticos que crearon, adoptaron, defendieron, propalaron y hasta obligaron a seguir estas ideas y estas prácticas, utilizaron todos los recursos para convencer de ello a los demás. Esos recursos fueron, con demasiada frecuencia, métodos, estrategias y tácticas de *política criminal*. Incluso se han diseñado eslabones justificatorios en la escalera hacia el éxito. Engels (Según R. Gómez P.) habría escrito en el *Anti-Dübring* que sin la esclavitud no habría existido Grecia ni Roma, que sin el feudalismo no se habría organizado la sociedad burguesa, que sin ésta no habría nacido el capitalismo, y que sin el capitalismo no se pasaría a la sociedad socialista. Otra forma de señalar que el fin justifica los medios.

Los sofistas griegos fueron criticados en *La república*, por Platón, de ser los primeros defensores de la ley del más fuerte como ley natural. “La justicia... es el interés del gobierno constituido. Ahora bien, ese gobierno es quien tiene el poder, la fuerza; de donde se sigue que en todas partes lo justo es el interés del más fuerte, como concluye cualquier hombre que sepa razonar” (Trasímaco, *La república*).

Cualquier ideología puesta en práctica ha exigido siempre la obediencia, el orden, la disciplina, el respeto a las jerarquías, a los estatutos, a las leyes del partido. Esto ha conducido a manipulaciones, a enajenaciones, a fanatismo y a crímenes de obediencia. Incluso el anarquismo, que supuestamente “es el rechazo puro y simple, sin distinción ni matiz, de cualquier subordinación de un hombre a otro” (Op. cit.), ha incurrido en exceso de política criminal. Entonces, “al no existir una verdad política única e inmutable, se ha pensado en organizar a la sociedad de modo que las diferentes opiniones sean conocidas por los ciudadanos y llegue al poder la que obtenga una mayoría. A esta sencilla solución, pero que ha costado siglos de historia y millones de vidas, se da el nombre genérico de *democracia*”. (R. Gómez P.)

Lamentablemente, siendo el mejor de los peores caminos para lograr el poder, con el disfraz de la democracia se han cometido y cometen los peores crímenes políticos. Actos electorales fraguados, difamaciones, chismes y hasta homicidios entre candidatos, transfuguismo, deslealtad, traición, mentiras, palabrería enajenante, conjuras, corruptelas, demencia semántica y todos los vicios, patologías y vilezas de otras ideologías con el mismo y único interés: asaltar y conquistar el poder político. Como lo graficó tan simple, llana y artísticamente el cineasta mexicano Luis

Estrada en su película *Ley de Herodes*, “o te chingas o te jodes”, es decir, te avivas o te entierran. “Búscame un partidario que sea buena persona para ganar las elecciones”, dice un candidato. Su interlocutor le pregunta: “¿A qué te referes con que sea una buena persona?”. El candidato replica: “Que sea pendejo”, es decir, avisado, cínico, coimero, corrupto y que sepa caminar entre cadáveres. Esa buena persona pronto aprende a “morder” con esta justificación: “En este país, el que no transa, no avanza”. País de leyes y de pistolas.

La democracia, el mejor de los sistemas políticos, no ha logrado separar *estado* de *gobierno*, *poder* de *autoridad*, ni siquiera *poder* de *política*. Dentro de ella se mantiene una confusión caótica y una mezcla de todos estos términos. Algo más: dentro de la democracia se establece un totalitarismo semántico, es decir, se mezcla *nación* con *nacionalismo*, *nación* y *estado* con *fascismo*; *estado*, *país* y *etnias* con *nacional socialismo*, *etnonacionalismo* y *etnoculturalismo*. Se mezclan, manipuladoramente, religión y política (socialcristianismos), y, lo que es peor, se pretende con la democracia defender la división de los organismos llamados poderes del Estado, pero lo primero que se hace es coparlos para el control total, llegando al absolutismo más denigrante y majadero de la democracia. La democracia es asaltada por los aristócratas, los militares, los partidos de derecha, de izquierda y de centro, hemipléjicos políticos; incluso, en el afán de alcanzar la cresta de la ola y con la careta de demócratas, se juntan perro, pericote y gato, ángeles y diablos, burros y doctores, “minas y señoras”, como dice el tango, en un cambalache político-democrático-basural.

Durante todos los gobiernos “democráticos” se cometieron y se siguen cometiendo tropelías. Vejación y atropello son casi la constante, irremediable,

de esa política criminal. Tal vez el espíritu de ese indio traidor que se llamó Felipillo esté aún pegado en la mente de los políticos delincuentes, aquí en el Perú. Por lograr poder político se pelean entre ellos no solo los católicos sino también los hermanos evangélicos, llegando hasta a expulsar del partido a su líder candidato; se dicen la vela verde los hermanos masones; el inconsciente traiciona a los políticos, y éstos juran públicamente por Dios y por la plata, o dicen que tienen “la conciencia absolutamente sucia, digo limpia” (Congresista de la República, en declaración del 11 de agosto de 2008); candidatas llegan al poder mostrando tetas y nalgas, junto con su ignorancia descomunal; se portan armas sin licencia y se matan perros que atacan gallinas; se contratan familiares en nepotismo ilícito; se exigen cuotas de sueldos por puestos de favor; se compran curas, obispos y arzobispos; se consume alcohol y drogas. Y todo esto es solo una pequeña muestra de la pus criminal que invade la política dentro de la democracia.

Ninguna ideología se salva. ¿Dónde estará la solución? No hay salud política. Ese es el diagnóstico. ¿Cuál es el tratamiento? Este ha querido ser un libro de diagnóstico. Creo que se logrará bastante reconociendo los signos y síntomas de un cuadro clínico patológico. Es esta, creo, una buena forma para encontrar la terapéutica. Si un adicto a cualquier droga no reconoce que es drogadicto, o no se lo convence de que lo es, su tratamiento es muy difícil y hasta casi imposible. Por eso tenemos que reconocer que nadamos entre excremento y respiramos podredumbre. Pienso que lo que he denunciado puede ser una lucecita en el túnel en que nos encontramos. Inventemos una *metapolítica* salvadora, reeducativa, rehabilitadora, auténtica, no falsa; urgente, no postergada; desde hoy, no desde mañana; real, no virtual; palpable, no imaginativa; racional, no fantasiosa; justa, no discriminadora; intolerante con la mentira, con la

deslealtad, con la pobreza corporal, mental, social, espiritual; intolerante con toda forma de corrupción y de reparto de miserias, perversiones y podredumbres. Estoy seguro que se puede. Nuestros instintos, nuestras pulsiones, nuestras memorias arcaicas, nuestros “memes” educativos y enajenantes pueden, deben, tienen que ser modificados y transformados por una cultura temprana, incluso prenatal, que se ponga al servicio del desarrollo humano y de la sociedad donde tengamos que vivir.

Osiris y Seth, como Rómulo y Remo, Caín y Abel, Huáscar y Atahualpa y tantos otros hermanos de sangre y de divinidad, se enfrentaron hasta la muerte. Esta memoria arcaica no puede continuar. La condición de hermanos tiene que lograr la riqueza biológica, sociológica, psicológica, antropológica y filosófica que necesita la humanidad de hoy y mañana. Que los políticos criminales que aún subsisten no tengan ninguna ocasión de tomar ningún tipo de poder. Solo depende de los seres humanos buenos que aun pueblan el planeta. “...Es protestando, rebelándose, transformando, fracasando, e incluso muriendo para mejorar nuestra situación y la de nuestros semejantes, los oprimidos de la Tierra, que alcanzaremos la plenitud”. (Op. cit.)

Si queremos continuar defendiendo, aceptando, imponiendo la democracia, tenemos que buscar que no solo la mayoría cuantitativa ni la aparente participación de todos sea su sustento. La esencia de la democracia está en la participación, pero también en la honradez, en la transparencia, en el respeto, en la justicia, en la defensa de la libertad, en la solidaridad y en todos los otros valores éticos que le dan calidad a ese sistema. Ya no se puede seguir la recomendación de Pericles, uno de sus fundadores, que afirmaba que la democracia

solo es posible donde el gobernante conoce el nombre de cada uno de los gobernados. Eso es ahora imposible. Raimon Panikkar ha escrito que “la fuerza de la democracia es su mito y... el mito es mito cuando los hombres creen en él”. Pero cómo se puede creer en un mito que tiene tantas falsedades. Con frecuencia, la democracia es el camino hacia la *política criminal*. Si bien el origen, la raíz de la palabra tiene el significado de “territorio” (de ahí otros términos como *endémico* y *epidémico*), se transformó después en *pueblo*; es decir, la referencia llega a los habitantes de ese territorio. Y con frecuencia, los autocalificados demócratas ni defienden a los pobladores ni a su territorio, sino que más bien lo depredan y lo enajenan. Si esto ocurre con la democracia, mucho más fácil de realizar resulta en los otros sistemas, donde la voluntad y la fuerza poderosa e invencible de una persona o de un grupo son las que deciden todo, con la ley que ellos mismos establecen o con la fuerza que imponen. Panikkar cree que la solución es la *metapolítica*, término que él propone. Explica:

“Lo metapolítico es el fundamento antropológico de lo político, la relación trascendental entre lo político y lo que lo sostiene y lo funda: el sentido de la vida. Lo metapolítico restablece la unión intrínseca entre la actividad política y el ser humano. Lo metapolítico es lo que permite al hombre sobrevivir políticamente en un sistema político que considera injusto y agobiante. Lo metapolítico es una relación no dualista entre la interioridad y la exterioridad... Lo metapolítico nos abre una dimensión espiritual... es lo trascendente de lo inmanente...”.

Admito y promuevo esta dimensión rehabilitadora de lo político, actual, cotidiano, real y lamentable, pero el término aún me parece limitante. Está bien que denote algo más allá de lo político actual, no solo desde el punto de nueva llegada y nuevo objetivo, algo que considere ontológicamente y teleológicamente al ser humano. Pero la política no puede ni debe estar solo al servicio y en defensa de los seres humanos. Tiene que gobernar a todos los seres vivos, al ambiente, a eso que Teilhard de Chardin, el arqueólogo jesuita francés, llamó *noosfera*, es decir, la vida, el planeta, el universo. Gran reto para los políticos del futuro. De lo contrario, seguirá imperando la ley de Herodes y las manos sucias continuarán engañando, explotando, enajenando y prostituyendo. Y ese gran reto solo puede ser ejecutado por políticos inteligentes, afectivos, sociables, con conocimientos sólidos, cultos, con autoridad, equilibrados mentalmente y bien dotados existencial y biosóficamente. Si aún no existen los suficientes, hay que formarlos con urgencia, y sobre todo hay que elevar las exigencias para los que quieran ingresar por esa puerta; finalmente, hay que prohibir el acceso a los que no tengan esas cualidades. No veo otra forma de levantar a la política agónica y desfalleciente de hoy. El futuro de la vida y de lo que la sostiene no puede ni debe estar en manos de criminales necrofilicos.

▪ EPÍLOGO

Y llegamos al final de este camino que ha transitado por los laberintos de la *política criminal*. El diagnóstico ya no es difícil; los síntomas son cada vez más claros y numerosos; el problema es el tratamiento y lo urgente es la prevención. ¿Será posible corregir tan trágica y atroz situación? Creo que sí. Hace falta mucha decisión, menos cobardía y una real conciencia de lo nefasto de esa acción política delictiva. Sus cultores, los delincuentes que asaltan el poder para corromper y para prostituir a la auténtica política (ciencia, arte, tecnología, filosofía, para gobernar a los pueblos), deben ser erradicados de la doctrina, de la práctica y de la acción política.

Este libro refleja mi esperanza, mi fe racional y mi confianza en los “hombres buenos y sabios” (Javier Pulgar Vidal) que aún existen en el Perú y en el mundo. Ciertamente resultará difícil resucitar a Diógenes el Cínico, del siglo IV antes de Cristo. En realidad deberemos buscar con una lámpara a esos hombres, en todas las ciudades. Utopía realizable, difícil pero no imposible.

Durante muchos años participé en política: como receptor de ideas, como testigo de conductas, comportamientos y mentes de políticos profesionales; como asesor, consejero, participante activo y pasivo de asambleas, mítines, congresos, plenarios y hasta de manifestaciones callejeras. He dado conferencias en partidos políticos, en el Congreso de la República, en ministerios e instituciones del Estado. Pero nunca decidí inscribirme en ningún partido político, hasta que...

Un día del año 1999 me abordaron varios amigos y me invitaron a participar en reuniones de una agrupación que aún no definía con exactitud su verdadera estructura partidaria, aunque, a pesar de su juventud, ya era fuerte, conocida, popular. Varios de sus dirigentes eran personajes de la vida cultural y política en nuestro país. Su fundador, toda una personalidad: el Dr. Javier Pérez de Cuellar. Su nombre: UNIÓN POR EL PERÚ. Nació a la vida pública el 21 de septiembre de 1994, con una Declaración de Principios y Doctrina que la identificaba como un “Movimiento Político Independiente”, con postulados convincentes, novedosos, originales y muy esperanzadores para nuestro país. No me decidí a participar correligionariamente. Un año después tomé la decisión de asumir una aproximación más efectiva. Luego de una reflexión fermentada, alambicada, meditada de un año más, decidí afiliarme a un partido político. Ingresé, como dicen con frecuencia los abogados, con

premeditación, alevosía y ventaja. Y lo consideré así en función de mi edad, mi experiencia, mis conocimientos y mis esfuerzos por hacer algo más por mi país. Me acogieron con cariño los pocos y restantes amigos que aún quedaban en UPP, porque en esos dos años de aproximación se había retirado un buen número de conocidos de antes. Después de diversas acciones, contactos y participación a nivel nacional, los directivos me ofrecieron el honor, que acepté con alegría, de ser Secretario Nacional de Ideología y Doctrina. Y comenzaron los problemas. Reuniones, chismes y hasta difamaciones; lo de siempre, “así es la política”. El 29 de noviembre del año 2003 se realizó el V Plenario Nacional, con protestas, intrigas, acusaciones, denuncias y peleas que llegaban a los insultos de barracón. Más adelante se realizó el Congreso Nacional, y la olla putrefacta reventó. Se tenía que elegir a las nuevas autoridades del partido responsables de la participación en el Acto Electoral Nacional del año 2006, pero también se debía decidir sobre las eventuales alianzas y la nómina de candidatos al Congreso de la República.

Comprobé “en carne propia” la traición y el papel de la *política criminal*. Tomé entonces la decisión de renunciar irrevocablemente y apartarme definitivamente de toda actividad política partidaria. “Vacuna definitiva y antídoto eficaz”, pensé. Alas y buen viento para sacar lo putrefacto. Para el Plenario Nacional del año 2003 recibí el encargo de

elaborar una nueva Declaración de Principios, Ideología y Doctrina del partido UNIÓN POR EL PERÚ. Fue el modesto aporte de mi última actividad partidaria. No sé si aún será útil, ni a quién, pero en ese entonces me pareció oportuno –y hasta correcto– para mostrar lo poco que podía hacer desde ese rincón político, aunque también para obedecer a ese verso conminatorio que escribió mi gran y admirado amigo Washington Delgado: “Para vivir mañana debo ser una parte de los hombres reunidos”. El problema, mi querido y recordado Washington, es saber con quién te reúnes, porque, como dice el proverbio popular, “caras vemos, menos corazones”.

■ BIBLIOGRAFÍA

1. ACADEMIA UNIVERSAL DE LAS CULTURAS. *La intolerancia*. Fórum Internacional. Granica, Barcelona, España, 2002.
2. AGUINIS, Marcos. *La conspiración de los idiotas*. Edit. Sudamericana, Buenos Aires, Argentina, 1996.
3. ALVARADO, S. J. *Reflexiones sobre el golpismo, la tiranía y la revolución*. Edit. Minerva, Lima, Perú, 1979.
4. ARGUEDAS, José María. *El zorro de arriba y el zorro de abajo*. Edit. Losada, S.A., Argentina, 1975.
5. BLOOM, Harold. *Shakespeare. La invención de lo humano*. Edit. Norma, Colombia, 2001.
6. CÁCERES, V. A. *Acusaciones y denuncias*. Edit. San Marcos, Lima, Perú, 1999.
7. CÁCERES V., Artidoro. *Norbert Wiener: de la cibernética al humanismo*. Univ. Norbert Wiener, Lima, 2001.
8. CÁCERES V., Artidoro. *Psicología de la criminalidad*. Universidad Alas Peruanas, Lima, Perú, 2005.
9. CARTHY, J. D. *La conducta de los animales*. Salvat. Edit., España, 1969.
10. CHIAPPO, Leopoldo. *Psicología del amor*. Edit. Peisa, Lima, Perú, 2002.
11. DAWKINS, Richard. *El capellán del diablo*. Gedisa Edit., España, 2005.
12. EINSTEIN, Albert. *Así lo veo yo*. Errepar, Buenos Aires, Argentina, 1998.
13. FREUD, Sigmund. *Psicología de las masas*. Alianza Editorial. Madrid, España, 1972.
14. GÓMEZ-PÉREZ, R. *Represión y libertad*. Edic. Universidad de Navarra (EUNSA), España, 1975.

15. HERRERA, Z. José Luis. *Sartre y el psicoanálisis*. Edit. San Marcos, Lima, Perú, 2006.
16. HOBBS, Thomas. *Leviatán*. Fondo de Cultura Económica, México, 1994.
17. KAFKA, Franz. *Carta al padre*. Goncourt, Buenos Aires, 1974.
18. LORENZ, Konrad. *Les Fondements de L'Ethologie Flamarion*. París, 1978.
19. MAQUIAVELO, Nicolás. *El Príncipe*. Losada-Océano, España, Buenos Aires, 1998.
20. MIRÓ QUESADA Laos C. *Radiografía de la política peruana*. Edic. Páginas Peruanas, Lima, Perú, 1959.
21. ORIZIO, Ricardo. *Hablando con el diablo. Entrevista con dictadores*. Fondo de Cultura Económica, 2007.
22. ORWELL, George. *1984*. Destino, España, Barcelona, 1995.
23. PANIKKAR, Raimon. *El espíritu de la política. Homo politicus*. Edic. Península, Barcelona, España, 1999.
24. PLANAS, Pedro. Regímenes políticos contemporáneos. Fundación Friedrich Ebert, Lima, Perú, 1997. México, 2007.
25. PLATÓN. *La república*. Edit. Juventud S.A., Barcelona, 1979.
26. PLATÓN. *Diálogos*. Edit. Libsa, Madrid, 2001.
27. PUZO, Mario. *Los Borgia*. Booket, Buenos Aires, 2006.
28. RANCIERE, Jacques. *En los bordes de lo político*. Editorial Universitaria, Santiago de Chile, 1994.
29. SHAKESPEARE, William. *Ricardo III*. Edit. Andrés Bello, Chile, 1999.
30. SHAKESPEARE, William. *Macbeth*. Panamericana Edit., Colombia, 2006.
31. SIRE, Marcel. *La vida social de los animales*. Edic. Martínez Roca, Barcelona, 1968.

32. SMITH, John W. *Etología de la comunicación*. Fondo de Cultura Económica, México, 1977.
33. SODERINI, Julio. *Maquiavelo. Las técnicas del poder*. Distal, Argentina, 2005.
34. SÓFOCLES. *Antígona. Tragedias griegas*. Salvat Edit.-Alianza Edit., España, 1969.
35. SOYENKA, Wole. "Intolerancia y derechos Humanos". En: *La intolerancia*. Granica, Barcelona, España, 2002.
36. TALBI, Mohammed. "Tolerancia e intolerancia en la tradición musulmana". En: *La intolerancia*. Granica, Barcelona, España, 2002.
37. TEILHARD DE CHARDIN, P. *El porvenir del hombre*. Taurus, Madrid, 1962.
38. TEILHARD DE CHARDIN, P. *El fenómeno humano*. Taurus, Madrid, 1963.
39. VALLEJO, César. *Obra poética completa*. Mosca Azul Edit., Perú, 1983.
40. VANDENBERG, Philipp. *César y Cleopatra*. Vergara Edit., Barcelona, España, 2000.
41. VARGAS LLOSA, Mario. *La fiesta del Chivo*. Alfaguara, Santillana Ed., Madrid, Perú, 2002.
42. VELAUCHAGA, D. Carlos. *Psicología y religión. Una visión antropológica*. Asoc. Pukllasunchis, Perú, 2007.
43. VIRONI, Maurizio. *Nicolás Machiavello. La sonrisa de Machiavello*. Edic. Folio S.A., ABC, S.L., 2004.
44. WAAL, de Frans. *La política de los chimpancés*. Alianza Editorial, Madrid, 1982.
45. YALLOP, David. *El poder y la gloria*. Planeta, Colombia, México, 2007.

Este libro se terminó de imprimir en los talleres gráficos de la
Universidad Alas Peruanas

Noviembre 2009

**RECIENTES PUBLICACIONES
DEL FONDO EDITORIAL UAP**

LA CIENCIA MILITAR

Fidel Ramírez Prado / Jorge Lazo Arrasco

**LAS CABEZAS OFRENDA
DE LA CULTURA NASCA**

Raúl Sotil Galindo

PUEBLO LIBRE

A. Candamo de la Puente y otros autores

PERIODISTAS DE LA LIBERTAD

Segundo J. Llanos-Horna

NAYMLAP

Jorge Lazo Arrasco

LA EXPERIENCIA HUMANA

Segisfredo Luza

DICCIONARIO DE PERUANISMOS

Juan Alvarez Vita

LOS DIOS DE LA ECONOMÍA

Jaime Deza Rivasplata

EL SILENCIO DE LOS HÉROES

Edwin Donayre C. / Hilda Balbín A.

FONDO EDITORIAL UAP



UNIVERSIDAD ALAS PERUANAS

La tiranía totalitaria no se edifica sobre las virtudes de los totalitarios, sino sobre las faltas de los demócratas.

————— **Albert Camus** —————

ISBN: 978-9972-210-86-0



FONDO EDITORIAL UAP
FONDO EDITORIAL UAP FONDO EDITORIAL UAP
FONDO EDITORIAL UAP FONDO EDITORIAL UAP
FONDO EDITORIAL UAP FONDO EDITORIAL UAP
FONDO EDITORIAL UAP

FONDO EDITORIAL UAP